



La historia de Sophie y Lukas

Milan Zaro

UNIVERSO
de LETRAS 

La historia de Sophie y Lukas



La historia de Sophie y Lukas

Milan Zaro

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Milan Zaro, 2021

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2021

ISBN: 9788418674389

ISBN eBook: 9788418676246

*«...estarás solo, pero ningún precio es demasiado alto
por el privilegio de ser uno mismo».*

Friedrich Nietzsche

*«La libertad es incompatible con el amor.
Un amante es siempre un esclavo».*

Anne Louise Germaine Necker

*«Ser esclavo de quien se ama
es tener por prisión el paraíso».*

Ramón de Campoamor

Ocaso

Sophie había tomado la Línea 1 en la estación Hôtel de Ville y seis paradas adelante se bajó del atestado vagón en Charles de Gaulle-Étoile, recorrió el laberinto de túneles adornados por imágenes publicitarias y salió de ese mundo subterráneo a un costado del Boulevard des Champs Élysées utilizando las escaleras fijas como era su costumbre.

Sobre la acera esperó con impaciencia el cambio de la señal y avanzó sin prestarle atención al Arc de Triomphe que, erguido en medio de la Place de l'Étoile, parecía ignorar dignamente la congestión ocasionada por la cantidad de coches que a esa hora entraban incesantemente a la rotonda.

Como si flotara en el aire se alejó de ese pequeño caos por Marceau, iba sintiendo la brisa de la tarde que acariciaba su piel, pero no era consciente del efecto que ocasionaba a su paso entre los desprevenidos transeúntes con su impactante figura y dos calles adelante tomó a su izquierda por la rue Euler acelerando el ritmo de sus pasos hasta alcanzar el portón de su edificio.

Esa mañana el cielo había amanecido completamente azul y el pronóstico de las condiciones meteorológicas anunciaba que la temperatura llegaría a los veinticuatro grados en las horas de la tarde, una buena excusa para lucir ese vestido corto y ligero que resaltaba la forma de su cuerpo dejando al descubierto sus largas piernas bronceadas.

Por la forma como se había arreglado para salir, por el perfume que se había aplicado y por algo indefinible en su actitud al despedirse, a Lully no le cabía ni la menor duda de que ese día Sophie tenía algún plan en su mente, y cuando después de despedirse escuchó el golpe seco con que cerró la pesada puerta del apartamento pensó que cualquier persona que se cruzara en su camino creería que se trataba de una estudiante universitaria.

La vida se les había convertido en una inagotable sucesión de cambios y, aunque de momento se tomaban un respiro para conocer cada rincón de esa gran ciudad, sabían bien que un placer ocioso como ese no se lo darían por mucho tiempo más, así que, pensando en la propuesta de Jean Jacques, aunque sin sospechar lo que traería consigo, tomó una ducha y se vistió con el uniforme que le gustaba utilizar para hacer los oficios domésticos en su propia casa.

Para comenzar, abrió de par en par las ventanas dejando que la luz y el aire fresco de la mañana entraran a su habitación y se detuvo para respirar profundamente mientras que observaba en la distancia la parte superior de la tour Eiffel con su Bar à Champagne que se asomaba sobre el techo de los edificios situados en el costado opuesto de la calle.

Después de esa pausa tendió la cama percibiendo con agrado el aroma de Sophie, ordenó la habitación, limpió el baño, lavó los platos sucios en la cocina, aspiró la alfombra del salón, barrió el piso de los dos niveles del apartamento y limpió el polvo que inevitablemente se acumulaba sobre las mesas. Cuando todo quedó en orden cerró las bolsas con la basura clasificada que se acumulaba bajo el

fregadero y las llevó al sótano del edificio utilizando el pequeño y vetusto ascensor que la hacía sentir como encerrada en una jaula, para ir a dejarlas en los contenedores.

Liberada de esa tarea subió alegremente por la escalera que rodeaba el aparato para dedicarse a traspasar el contenido del cajón de la ropa sucia a un carrito con ruedas.

A ella le gustaba salir a la calle en ese pequeño uniforme negro con que inevitablemente atrapaba las miradas de todos los hombres que se cruzaban en su camino hacia la lavandería más cercana. Hacerlo le traía viejos recuerdos y era un acto que de alguna manera atentaba contra los principios de ese mundo moderno, liberal e igualitario en el que temporalmente se habían instalado.

Al regresar una hora más tarde se tomó el tiempo para organizar meticulosamente las prendas limpias que había traído consigo en el amplio guardarropas de su habitación mientras que cantaba en voz baja una vieja canción.

«Tendré que andar entre luces y sombras, recorriendo el camino que el destino me señaló...».

Comenzaba el verano y anhelaba abandonar el negro que desde el otoño predominaba en sus atuendos, así que para celebrar la llegada de la estación escogió un vestido estampado con flores de colores cuyos tallos verdes parecían brotar desde el borde del ruedo, una prenda de fondo azul cielo con mangas cortas que caía suelta justo sobre sus rodillas, y antes de salir nuevamente del apartamento se miró detenidamente en el espejo aprobando su aspecto con un guiño.

Ella disfrutaba verdaderamente al caminar desapercibida entre la multitud de visitantes provenientes de los más diversos lugares del mundo que recorrían palmo a palmo la ciudad, y le encantaba hacerlo en el amable vecindario de Le Marais, pero ese día en particular no quería ir lejos, así que se dispuso a visitar algunas de sus tiendas preferidas en el Distrito Ocho.

Cerca de las tres de la tarde se acomodó con las bolsas de sus compras en una mesa junto a la ventana de su café preferido en donde pidió una *pizza*, mientras que le servían respondió uno a uno los mensajes acumulados en su teléfono móvil y al terminar de hacerlo llamó a Alicia, lo hacía a diario, aunque no tuviera nada nuevo que contarle.

Sentía hambre, pero siguiendo una costumbre que no sabía en dónde ni cuándo había adquirido para cuidar su figura se comió solamente la mitad de su orden acompañada por un vaso de vino de mesa mientras que observaba con curiosidad a los transeúntes que se movían de un lado para otro sobre la acera, y al terminar pidió un *espresso doppio* que saboreó lentamente dejando escapar un suspiro de satisfacción al notar la marca nítida de su pintalabios rojo sobre el borde blanco de la taza.

Antes de marcharse pagó la cuenta dejándole una generosa propina al mesero colombiano que le atendía siempre con amabilidad y por el camino se detuvo para comprar algunas de las revistas preferidas de Sophie en un lugar atiborrado de suvenires baratos y publicaciones provenientes de diferentes lugares del mundo, un kiosco ubicado al costado de esa icónica avenida en donde el hombre que atendía, un francés algo mayor con un aspecto típico parisino, le reconocía al verle llegar y le coqueteaba haciéndole reír con sus anticuados piropos.

Al entrar de nuevo al apartamento se sintió sola, no tener noticias de Sophie le causaba una desazón a la que no acabaría de acostumbrarse nunca, pero se esforzaba para no acosarle con sus llamadas en esos días en los que sin haberlo acordado se permitían un respiro a su simbiótica vida de pareja.

Por fortuna, su espera no fue muy larga porque pasadas las seis de la tarde escuchó el ruido de la puerta al abrirse y entornó sus grandes ojos grises con alivio haciendo un gesto femenino de secreta satisfacción.

Era el ocaso de un hermoso día a finales de la primavera y los rayos de un sol anaranjado proyectaban largas sombras alrededor de Lully, que acomodada entre los abullonados cojines de una de las sillas de hierro forjado de la terraza disfrutaba del atardecer ojeando las revistas que había traído consigo, cuando Sophie, agitada por el ritmo de su caminata desde la estación del metro, le estampó uno de esos besos fugaces que acostumbraba darle siempre que se saludaban o se despedían y revelándole todo con su mirada brillante, pero sin decirle ni una sola palabra, la tomó de la mano y la condujo hasta la habitación.

Encuentro

Se conocieron en Lima, la ciudad que generosamente les había abierto las puertas y bajo su cielo gris les ofrecía un colorido ramillete de oportunidades, un lugar al que llegaron sin buscarlo, arrastrados por el torrente de acontecimientos que se sucedían a diario en sus vidas, como si el destino los condujera inexorablemente para crear la ilusión de aquel encuentro casual.

Con la piel blanca, el cabello rubio y profundos ojos azules, Sophie era una joven médica dotada de una personalidad arrolladora que había nacido en Viña del Mar, mientras que Lukas, más reservado, era un abogado nacido en Caracas de cabello castaño y grandes ojos grises.

Sin saberlo los dos tenían citas contiguas para conocer un apartamento que se encontraba en venta en el sector de Miraflores, pero Sophie llegó al lugar con casi media hora de retraso mientras que él lo hizo algunos minutos antes de la hora convenida, como era su costumbre, y a la apenada agente de la compañía inmobiliaria no le quedó más remedio que presentarlos en la puerta de la torre y con su consentimiento, mostrarles el inmueble al mismo tiempo.

Las dos mujeres no paraban de hablar, pero a Lukas, que caminaba un par de pasos detrás de ellas, eso no le importó mucho, porque sin poderlo evitar estaba completamente absorto observando a Sophie, que vestida con una blusa de lino blanco algo translúcida y *leggings* negros le daba la espalda decidida a no determinarlo, empeñada en indagar hasta el más mínimo detalle.

Después de formularle algunas preguntas se despidieron frente a la torre de la agente inmobiliaria que les había presentado y se hubieran limitado a hacerse una discreta sonrisa y una señal de despedida con la mano a prudente distancia, cuando encontraron que, al estacionar afanosamente, Sophie había golpeado con su coche el de Lukas, el hecho era evidente por las pequeñas abolladuras y las marcas de pintura.

—*Te juro que no me di cuenta a qué hora ocurrió esto...* —le dijo ella dejándole percibir claramente su acento.

—*No te preocupes, el daño no parece gran cosa, además, ha sido peor en tu coche que en el mío* —concluyó él utilizando un tono conciliador y después de observar los coches se quedó mirándola a los ojos con su mejor sonrisa.

—*Este... ¿cómo es tu nombre?* —le preguntó ella cayendo en la cuenta de que no había prestado atención cuando los presentaron y él apenas pudo balbucearlo, invadido en lo más íntimo por esa forma de hablar tan autosuficiente.

—*Lukas...*

—*Por favor, Lukas, averigua cuánto cuesta la reparación de tu coche y me llamas para yo que pueda cubrir los gastos que ocasione.*

«*Doctora Sophie Meyer*

Especialista en cirugía plástica y medicina estética».

Leyó él en la tarjeta de presentación que le entregaban y mientras que buscaba la billetera en el bolsillo trasero de sus pantalones para sacar una de las suyas, llevó la conversación a un escenario personal.

—¿Eres médica?

—Sí, y desde hace algún tiempo atiendo una práctica privada aquí en Lima, en San Isidro.

—¿De dónde eres?

—Soy chilena, de Viña del Mar, pero por el acento veo que tú tampoco eres peruano, ¿no es cierto?

—No lo soy, yo nací en Caracas, soy abogado y hace poco que he abierto un bufete aquí en Lima.

—¿Hace poco?

—Sí, apenas tres meses, y la verdad es que todavía no tengo muchos amigos en esta ciudad, así que es bueno conocerte, Sophie —dijo Lukas, dejándole percibir veladamente su interés personal en ella.

—Sí, es bueno... —repitió Sophie mecánicamente mirándolo a los ojos con una expresión indescifrable—. Aunque hubiera preferido que hubiera ocurrido en otras circunstancias —anotó avergonzada.

—Estas son cosas que nos pueden pasar a todos, Sophie, yo te llamo si el arreglo llegara a costar una suma que no cubra el seguro —la tranquilizó él, sabiendo que el seguro de su coche no le pagaría los gastos ocasionados por la reparación de un daño tan pequeño y menos aún sin el reporte de accidentes de la policía de tránsito, pero ese fue el pretexto perfecto para entablar la conversación e intercambiar sus tarjetas personales de presentación antes de despedirse dándose cortésmente la mano.

Desde ese mismo momento, Lukas comenzó a fraguar en su mente toda clase de estrategias para acercarse a ella, y buscando infructuosamente alguna conexión que le facilitara las cosas preguntó entre sus pocos relacionados, pero nadie en su reducido entorno profesional había oído acerca de una médica chilena que ejerciera en la ciudad.

Varios días después, cuando se decidió a llamarla, Sophie se imaginó que lo hacía para pedirle el reconocimiento de los gastos ocasionados por la reparación de su coche, pero él, sin saber a ciencia cierta si se trataba de una mujer casada o comprometida, le hizo una propuesta más atrevida.

—Hola, te habla Lukas, ¿me recuerdas?

—Claro que sí, ¿cómo te fue con la reparación del coche?

—Lleva un par de días en el taller y estará listo mañana.

—¿Y ya sabes cuánto costará el arreglo?

—No te preocupes, el seguro lo pagará todo —mintió él y de inmediato se armó de valor—. Solo quería saludarte y preguntarte si... te gustaría que fuéramos a cenar juntos.

Invitarla sin que existiera algún nexo que los relacionara fue el resultado de un impulso incontenible que embargaba a Lukas, quien antes de hacer esa llamada se había convencido de no abrigar mayores esperanzas, así que cuando ella aceptó dejando en claro que se trataba de una mujer libre, se sintió realmente emocionado.

Lukas había decidido que si Sophie aceptaba su invitación no la llevaría a un lugar elegante o acartonado y escogió para esa primera cita una taberna de estilo inglés ubicada en la calle San Ramón,

un *pub* acogedor en el corazón de Miraflores que había encontrado una noche en que merodeaba solitario por el vecindario de su apartamento rentado en busca de una cerveza fría y algo para cenar.

Todo en ella le atraía como un poderoso imán, pero especialmente esa actitud de controlarlo todo que había percibido en su comportamiento aquella tarde en que casualmente se conocieron.

La noche de su primera cita, mientras que cenaban, una intensa garúa venida de la sierra cayó de manera inclemente sobre la ciudad, un fenómeno atmosférico muy poco común que complicó el congestionado tráfico de sus calles, pero esa no fue la razón por la que prolongaron su sobremesa, ocurrió que desde el momento en que se saludaron se sintieron cómodos el uno con el otro y conversaron sin parar.

Durante los días que siguieron Lukas no podía dejar de pensar en Sophie ni un solo minuto, repasando en su mente una y otra vez los detalles de su agradable charla, mientras que ella, siempre tan ocupada, procuraba no pensar en él y se repetía a sí misma que no era del tipo de hombre que normalmente le llamaba la atención, le parecía un personaje indefiniblemente sencillo y no propiamente uno de los hipertrofiados machos alfa que le hacían mover el piso. Pero a pesar de esos razonamientos, algo en lo cómoda que le había hecho sentir con su forma tranquila y afectuosa de tratarle le agradaba inesperadamente.

Como todos, Lukas vio en Sophie a una mujer extremadamente guapa, pero lo que más le gustó fue su personalidad extrovertida y su conversación inteligente, porque ella era indudablemente una gran conversadora que se divertía hablando de cosas sin trascendencia, pero también, y con buen criterio, comentaba los asuntos de mayor actualidad en el mundo, sobre los cuales se mantenía bien informada y no se rehusaba a tratar temas más profundos utilizando un razonamiento bien estructurado y libre de prejuicios que le era propio gracias a que desde muy niña había sido una asidua lectora.

En aquella velada Lukas fue descubriendo con fascinación que el halo que rodeaba a Sophie no era propiamente de arrogancia, que más bien era la expresión de la simple y tranquila seguridad con la que expresaba una sensualidad que afloraba en su forma de hablar, de moverse, de mirar y de reírse, revelando una energía personal que él, acostumbrado a verbalizarlo todo, no encontraba cómo definir con palabras, pero le dejaba saber claramente que si ella lo quisiera, haría con él lo que se le antojara.

Sophie llevaba por esos días una vida solitaria y dedicada al ejercicio de su profesión, que repartía entre la práctica privada de la medicina estética en su consulta privada y la cirugía plástica reconstructiva, un trabajo que había conseguido gracias a sus títulos académicos y a la carta de recomendación del jefe del departamento de cirugía del hospital en donde había cursado sus estudios de especialización, y prestaba sus servicios en la unidad de urgencias de una clínica conocida desde donde la llamaban a cualquier hora del día o de la noche cada vez que la requerían.

Lo cierto era que, a pesar de sus reparos, ella tampoco podía dejar de pensar en Lukas, le había gustado que la había hecho reír con su fino humor negro, que parecía haber leído sus libros preferidos y que, a pesar de las dificultades, se había instalado valientemente en Lima dejándolo todo atrás para luchar por sus sueños.

Durante la especialización y los años que transcurrieron antes de su llegada a Lima, Sophie había tenido un sinnúmero de admiradores, acompañantes ocasionales y amantes de unas pocas noches con

los que establecía relaciones superfluas, a ella le gustaba hacerlo así porque de esa manera vivía con libertad, pero se sentía sola y, sin proponérselo, comenzaba a acariciar vagamente el deseo de tener a su lado una persona especial y no solamente los extraños con los que compartía ocasionalmente su cama.

Pero encontrar una pareja estable para Sophie no era una tarea fácil porque su compañero ideal debía ser atractivo pero inteligente, un personaje que la amara con locura y que, además de satisfacerla en la cama, le fuera absolutamente fiel, pero sin someterla a la aburrida contrapartida de celarla, controlarla o pretender imponerle sus intereses, y a esas alturas de su vida ella estaba casi convencida de que era imposible hallar a alguien que pudiera cumplir medianamente esas expectativas, a juzgar por el comportamiento de los hombres que había llegado a conocer, que no eran pocos, comenzando por su propio padre, a quien amaba y odiaba con la misma intensidad.

Así que aquella tarde gris, como todas las de Lima, cuando Lukas la llamó para invitarla nuevamente a salir, ella esperaba con ansiedad su llamada, tanta como la que él mismo sintió al hacerla.

—*Hola, Sophie, este... te habla Lukas* —la saludó dejándole notar un cierto nerviosismo en su voz.

—*¿Quién?* —preguntó ella neutralizando su acento, para bromear antes de dejar escapar la risa contagiosa que la caracterizaba—. *Es mentira... ¡supe que eras tú desde el momento en que timbró el teléfono!* —le dijo, reconociendo sin ambigüedades el gusto que le producía recibir su llamada—. *Qué bueno es escucharte, Lukas, déjame decirte que pasé un rato inolvidable la noche en que cenamos juntos.*

—*Eso digo yo y... quisiera saber si te gustaría que nos viéramos de nuevo.*

Hablarle de la misma forma en que lo hacía con sus queridas primas le fluyó naturalmente a Lukas que, sin ser muy consciente de ello le dio un toque de afecto y confianza a la conversación que Sophie percibió con agrado.

—*¡Claro que sí!* —aceptó de inmediato ella sin poder controlar una espontánea emoción infantil.

—*Entonces te propongo que vayamos a la playa el domingo, conozco un bonito lugar situado justo al lado del restaurante en que preparan el mejor ceviche del mundo* —alardeó Lukas inocentemente y continuó—. *Si te parece bien podríamos ir en la mañana y regresar en la tarde. ¿Te gustaría?*

—*A mí me encanta la playa, pero no podríamos ir muy lejos, porque si me llegaran a llamar desde el servicio de urgencias de la clínica tendría que interrumpir nuestro paseo y regresar de inmediato a Lima.*

—*¿Y no puedes tomarte un día de descanso?*

—*No podría hacerlo sin planearlo con una mayor anticipación y no me gustaría que alguien llegara medio desbaratado al hospital y dejar las últimas suturas a los cirujanos de urgencias. Aunque frecuentemente se pasa el día sin que me requieran.*

—*Te entiendo...* —aceptó Lukas asimilando con admiración el grado de compromiso que le dejaba entrever Sophie con ese comentario.

—*¿A qué hora me recoges? o ¿prefieres que yo pase por ti?*

—*No, por favor, ¡prefiero conducir!* —bromeó él con ironía.

—*¡Para tu información, soy una buena conductora y el incidente que me ocurrió con tu coche es el único que he tenido en toda la vida!* —se defendió ella como una adolescente.

—*¡He, he!... Era solo una broma, Sophie, te recojo a las nueve de la mañana, solo dame tu dirección.*

—*¿A las nueve de la mañana? Mira que los domingos, cuando el trabajo me lo permite, procuro dormir un poco más. A las diez me parecería mejor* —replicó Sophie estableciendo tranquilamente sus

reglas.

—*Entonces a las diez paso a recogerte* —aceptó Lukas dándole gusto antes de despedirse.

Al dar por terminada esa llamada ambos se quedaron en silencio con la mirada perdida, él estaba sentado en la modesta oficina de su recién fundado bufete de abogados en Miraflores y ella en su consultorio privado de medicina estética en San Isidro, y en ese instante los dos sintieron que esperar hasta el domingo sería como aguardar la eternidad.

La playa

Lukas llegó antes de la hora convenida a recoger a Sophie y ella se tomó quince minutos de más para salir mientras que terminaba de arreglarse, solucionando su tardanza con una sonrisa encantadora y un beso en la mejilla tan cercano a la boca que le hizo olvidar al instante la incomodidad de la inquietante espera.

La playa fue un lugar ideal para reírse, para mostrarse la piel, disfrutar juntos de ese entorno les produjo una agradable sensación de intimidad y a Lukas, que había crecido rodeado por las hermosas mujeres de su familia, ver a Sophie en su pequeño bikini rojo le permitió notar que ella, por decirlo de alguna manera, era simplemente perfecta.

Jugaron riéndose como niños con las raquetas de madera y la pelota de espuma que Lukas había llevado y mientras que lo hacían ella lo examinaba con su mirada clínica, lucía sano, le agradaba su cuerpo delgado y también su piel que, a diferencia de la suya, tenía suficiente melanina como para no sufrir tan fácilmente con las quemaduras producidas por el sol, pero al verlo jugando enfundado en esa pantaloneta larga que le cubría hasta más abajo de las rodillas se dio cuenta de que sus pantorrillas parecían lampiñas y percibió vagamente que algo delicado fluía en toda su expresión corporal con la más absoluta naturalidad.

Cuando se cansaron de medir sus habilidades y dieron por terminada la competencia infantil en que se habían enfrascado, caminaron el uno al lado del otro dejando que las olas que subían deshaciéndose en espuma por la suave pendiente de arena húmeda del borde de la playa les mojaran los pies.

—...«*El agua anda descalza...*» —susurró de pronto Lukas sin explicación y Sophie se estremeció al reconocer en esas palabras el fragmento de un verso de su poeta preferido.

Encontraron un buen lugar para tomar el sol y sin su consentimiento, como si se tratara de un niño, ella comenzó a untarle a Lukas un gel protector sobre los hombros, el cuello y el torso dándole instrucciones para facilitar su tarea, eran pequeñas órdenes que él obedeció sin protestar, sintiendo que esas manos lo transportaban a algún momento feliz e indeterminado de su infancia, mientras que la observaba en silencio sin saber qué pensar.

—*Es delicioso tomar el sol y muy saludable, pero es necesario protegerse de sus radiaciones nocivas. Ahora cierra los ojos* —le ordenó, y él sintió que las manos de un ángel acariciaban su rostro con una suavidad infinita.

Después de aplicarle el protector solar Sophie se untó a sí misma el producto sobre la cara y los hombros frotándolo hasta hacerlo desaparecer, y como si fuera lo más natural del mundo, le entregó el tubo a Lukas para que le ayudara a esparcirlo sobre el resto de su cuerpo. Acto seguido, se recostó boca abajo sobre la toalla desatándose el sujetador del bikini para facilitarle las cosas y él, incrédulo, comenzó a esparcir el producto cuidadosamente sobre esa espalda tan perfecta como desconocida, lo hizo

también sobre sus largas piernas y sin pensarlo pasó sus manos untuosas por el pequeño espacio que se le formaba entre los muslos de Sophie haciéndole latir con fuerza el corazón.

Terminada la tarea que le había encomendado Sophie, Lukas se recostó a su lado tratando de disimular sin éxito el efecto que todo eso le estaba causando, y cuando ella decidió cambiar de posición para tomar el sol boca arriba, se quedó viéndole con esa mirada indescifrable que con el tiempo se le haría cada vez más familiar y le entregó nuevamente el tubo de bloqueador para que terminara de hacer su trabajo.

Sin poder asimilar lo que estaba sucediendo, el mundo se redujo para Lukas a la piel suave, el cuerpo perfecto y la sonrisa franca de Sophie, y mientras que arrodillado junto a ella extendía el gel, tuvo la absoluta certeza de que su vida acababa de cambiar para siempre.

Recostados el uno al lado del otro tomaron el sol durante media hora más y luchando con la brisa que lo agitaba extendieron un pequeño mantel de cuadros rojos y blancos que Sophie había llevado para sentarse a disfrutar del prometido ceviche de pescado en leche de tigre que les trajeron desde el restaurante vecino, acompañado por una buena porción de camote y dos vasos de pisco sour.

Estar tan juntos descubriéndose el uno al otro, escuchando el rumor de las olas que rompían incesantemente sobre la playa y disfrutando de esa extraordinaria combinación de sabores fue como un hechizo.

A media tarde levantaron su improvisado campamento de playa para regresar a Lima y por el camino se contaron algunas anécdotas divertidas de su vida familiar, una verdadera novedad, porque ninguno de los dos estaba acostumbrado a compartir sus asuntos personales con nadie, y al llegar a la puerta del edificio en que vivía, Sophie lo invitó a subir con la promesa de prepararle una taza de café.

El apartamento de Sophie se encontraba en un sexto piso frente al Bosque El Olivar a corta distancia de la clínica en que prestaba sus servicios como cirujana plástica reconstructiva, y Lukas era el primer hombre que invitaba a entrar en ese comfortable nido, el lugar en que se había refugiado después de dar por terminada la breve y absurda relación con el responsable de su llegada a Lima.

Ella cumplió su promesa utilizando una pequeña cafetera italiana y mientras que el aparato crepitaba esparciendo en el aire el delicioso aroma del café hizo sonar su música preferida en unos curiosos parlantes de cristal conectados a su tableta, y entonces las increíbles voces de Édith Piaf, Yves Montand, George Moustaki, Gilbert Bécaud y Charles Aznavour llenaron uno a uno el ambiente, algo que a Lukas se le antojó anacrónico, pero ella no dejaba de sorprenderle a cada momento y, además, las cantaba en francés, un idioma que él no comprendía.

Se acomodaron en el balcón con vista al bosque y al sentarse junto a él Sophie trajo consigo un estuche de cuero del que sacó todo lo necesario para armar un cigarrillo de marihuana, que envolvió hábilmente y encendió sin recato aspirándolo profundamente en varias ocasiones con los ojos cerrados antes de entregárselo a Lukas, que no fue capaz de rechazarlo y lo tomó en sus manos con fingida naturalidad para chuparlo sin atreverse a inhalar el humo.

—Mi casa se encuentra en la ladera de una colina frente a la Bahía de Quintero y desde sus ventanas se puede ver el mar. Cuando yo era niña pasaba horas enteras observando las embarcaciones que navegaban sin cesar de un lado para otro y los grandes buques petroleros que fondeaban a lo lejos

para pasarle su carga a otros más pequeños que la traían hasta los muelles de la refinería, según me explicaba mi padre.

—Vaya, esa es una descripción romántica de algunos de los negocios que yo asesoro, sabes que esos grandes barcos no descansan, fondean mientras les llega el momento de entregar su carga y al terminar se van en busca de un nuevo puerto para volver a cargar y lo hacen sin descanso una y otra vez. ¡La vista desde tu casa debe ser fantástica!

—Lo es, mira que en la noche las embarcaciones se convierten en puntos de luz que flotan meciéndose levemente sobre la superficie negra del océano.

—Por eso me encanta la noche.

—¿Qué tiene de especial la noche para ti?

—Que en la noche puedes apreciar todo aquello que la luz y el bullicio del día no te dejan ver.

—No lo había pensado, en cambio, a mí me encanta el sol, especialmente cuando me marca el bikini sobre la piel, como lo hizo hoy —declaró Sophie echándose a reír evidentemente afectada por la hierba.

—Tú vienes del mar, eres fresca como las olas y estás llena de luz, Sophie, yo, en cambio, crecí en un entorno urbano y desde la ventana de mi habitación solo podía ver los edificios vecinos, así que para escapar de ese aplastante hacinamiento solía caminar tarde en la noche por las calles aledañas.

—Eso suena un poco sórdido, Lukas.

—Lo fue... —reconoció Lukas, sintiendo un gran vacío en el estómago al comprender que muy pronto le llegaría el momento de contarle los pormenores de la impublicable historia de su vida.

Acomodados en ese balcón conversaron mientras que Sophie terminaba de fumarse el porro y la luz del sol se fue desvaneciendo, creando en la penumbra el escenario perfecto para que se aproximaran más, hasta que comenzaron a besarse con la delicadeza con que lo harían dos adolescentes, como si temieran dañar de alguna forma la magia de ese maravilloso momento.

Estaba oscuro cuando ella se levantó invitándole con una señal a seguirle hasta su habitación y se desnudó tranquilamente frente a él para meterse en la ducha, a donde él la siguió como un autómata y en medio de la penumbra de ese pequeño espacio, liberando la insoportable excitación que había acumulado durante todo el día, la besó y la penetró apasionadamente con todas las fuerzas de que era capaz mientras que el agua tibia rodaba sobre sus cuerpos.

Varios minutos más tarde salieron de la ducha y se secaron apresuradamente para continuar haciendo el amor sobre la cama, y entonces Lukas pudo sentir por primera vez la voluptuosa sensualidad con que Sophie acostumbraba a entregarse por completo a sus amantes, pero a pesar de toda su excitación, ella no logró alcanzar uno de esos orgasmos profundos que le gustaba experimentar.

No durmieron bien, se despertaron constantemente sintiendo la novedosa proximidad de sus cuerpos, hacía calor y cuando las sombras comenzaron a disiparse Lukas recorrió con sus besos cada milímetro del cuerpo tibio de Sophie y, finalmente, sumergió de lleno la boca entre su vulva para que ella, tomando su cabeza con ambas manos y estimulada por las caricias húmedas de su lengua, se moviera libremente hasta alcanzar una prolongada sucesión de orgasmos.

Ya había amanecido cuando se despidieron con un beso y Lukas se marchó impregnado por el excitante aroma íntimo de Sophie, mientras que ella comenzaba a arreglarse pensativa para iniciar el

día, sabiendo, aunque de manera inexplicable, que no habría marcha atrás y que iba a adorar esos grandes ojos grises por el resto de su vida.

Después de ese día comenzaron a buscarse el uno al otro, al principio los fines de semana, pero muy pronto lo hicieron a diario, al terminar sus jornadas de trabajo con la disculpa de ver algún espectáculo o ir a comer, y sin darse cuenta a qué hora el amor creció ocupando todos sus espacios, algo que ninguno de los dos había experimentado anteriormente, y así fue como se inició la gran aventura de sus vidas, pero no solo por el placer que les causaba pasar el tiempo juntos, por las cosas que a diario hacían o por los propósitos que compartían, que eran muchos, como por la espontánea liberación de lo que en esencia eran.

No hubo secretos, la noticia de su nueva e inesperada relación cruzó de inmediato las fronteras y se regó como pólvora prendida entre sus familiares y amigos que tanto en Viña del Mar como en Caracas estaban fascinados con la romántica historia de su encuentro casual.

Sophie

El vuelo en que llegaron Franz y Adele aterrizó en Santiago pocos días antes de la Navidad de 1963, tenían la misma edad, veintitrés años, se amaban y dejaban atrás el viejo continente para construir su vida en ese mundo nuevo y extraño para ellos.

Con unos padres que solían distribuir su tiempo entre los negocios y una intensa vida social, Franz había crecido a la sombra de Hans, su hermano mayor, en quien ellos parecían depositar todas sus esperanzas y por eso, al terminar la carrera de Economía que adelantaba en la Université de Genève, comenzó a buscar la forma de hacer su vida lejos.

Pero de manera imprevisible sus progenitores perdieron la vida en un accidente de carretera ocurrido una mañana mientras que recorrían el camino que diariamente tomaban para ir desde su casa de Ginebra hasta el hotel de su propiedad cerca de Saint-Prex.

A causa de ese lamentable suceso, los hermanos heredaron tempranamente los bienes y propiedades familiares, pero Franz no dudó en venderle a Hans la parte que le correspondía del hotel y de la casa paterna, porque con Adele ya habían hecho planes para viajar a Suramérica.

Franz y Adele se conocieron un año antes del fatal accidente cuando ella llegó a trabajar como auxiliar contable al hotel del lago Lemán, el lugar en que le había correspondido hacer sus prácticas, un requisito que debía cumplir obligatoriamente antes de graduarse en la carrera de Contaduría Pública que adelantaba en la Facultad de Negocios y Economía de la Universität Basel.

Resuelta la sucesión de los padres de Franz, la pareja contrajo matrimonio y abrieron un encargo fiduciario con instrucciones para otorgarle a Hans los títulos de las propiedades heredadas tan pronto como terminara de pagar la suma convenida, un capital importante que cubriría a lo largo de los siguientes diez años.

Así que con sus bienes a buen resguardo y su dinero en la cuenta de un banco suizo con corresponsales alrededor del mundo, justo antes de terminar el otoño se despidieron de sus familiares, amigos y conocidos para tomar un tren entre Ginebra y Frankfurt en donde abordaron el deslumbrante Super Constellation que los llevó hasta Santiago de Chile, siguiendo un itinerario con las cuatro escalas necesarias para reaprovisionar la nave de combustible.

El mismo día en que se bajaron del avión en el Aeropuerto de Cerrillo se iniciaba el verano del hemisferio sur y los dos se sintieron felices de escapar al invierno que comenzaba en Suiza.

Cuatro meses más tarde, convencidos de haber encontrado el lugar que habían soñado para establecerse y echar raíces, fueron en su nuevo coche hasta Valparaíso para recibir las cajas de madera de pino noruego en que llegaban embaladas todas sus pertenencias, una buena parte del contenido de la casa de los padres de Franz y, aunque inicialmente habían pensado instalarse en Santiago, todo en Valparaíso les gustó, especialmente el mar, tanto que cambiaron de planes a última hora y con su menaje guardado en una bodega del puerto recorrieron la región durante un par de semanas hasta que,

finalmente, se decidieron a adquirir un pequeño hotel de playa que se encontraba en venta en Viña del Mar y un terreno para construir su casa al norte de la ciudad, sobre la ladera solitaria de una colina en un entorno rural que con el tiempo cambiaría su vocación para convertirse en un vecindario exclusivo con vista al mar.

Tres años después de su llegada se desenvolvían hablando fluidamente el español, aunque con un notable acento extranjero, y con su pequeño hotel funcionando de manera productiva se sintieron felices de formar una familia el día en que el médico les confirmó que Adele estaba embarazada.

Adele era una mujer alta, delgada, con el cabello rubio y unos ojos azules muy claros de mirada infinita que había nacido en Schaffhausen, el pueblo del que su familia salió a finales de la Segunda Guerra Mundial para buscar refugio en Basel, pero solo para encontrarse con un nuevo infierno, porque, aunque Suiza era un país neutral, esa esquina del mundo en la que confluían las fuerzas en conflicto también se vio afectada por grandes tensiones y hasta bombardeos de las fuerzas aliadas.

Tal vez la austeridad en la que había vivido durante su infancia explicaba la disposición de Adele para trabajar sin descanso y la disciplina que le caracterizaba en el manejo de todos los asuntos con que aseguraba la buena marcha del hotel, que controlaba con mano firme para evitar que Franz se excediera en los gastos superfluos a los que de pronto parecía estar inclinado.

Pero el entusiasmo con que dejaron Ginebra para establecerse en Viña del Mar se puso a prueba algunos años más tarde cuando todo parecía marchar inmejorablemente, porque de un momento para otro la economía del país se derrumbó y una inflación desbordada hizo difícil la supervivencia de la familia y la administración del hotel.

Las cosas iban de mal en peor hasta que un día la situación hizo crisis, ocurrió el derrocamiento a sangre y fuego del presidente y el establecimiento de la dictadura militar.

Fueron tiempos difíciles en los que, sin ninguna filiación política, pero protegidos por su fuero de inmigrantes extranjeros provenientes de un país que había visto con buenos ojos esos acontecimientos, los padres de Sophie continuaron trabajando sin descanso, hasta que su dedicación comenzó a dar frutos en un nuevo ambiente de crecimiento económico.

Solo entonces se decidieron a invertir el dinero acumulado en el banco suizo para transformar su pequeño hotel en una moderna instalación de siete plantas y construir la casa con que habían soñado, un cómodo *chalet* rodeado de jardines en las faldas de esa colina solitaria con vista al mar, el lugar en que anhelaban ver crecer felizmente a su hija.

Desde sus primeros años escolares Sophie asistió a un colegio en donde se dictaban las clases en idioma inglés, una decisión consciente de sus padres que asumieron que el francés lo aprendería en casa, lo que fue parcialmente cierto porque, por alguna razón incomprensible, Franz se comunicaba cada vez menos y Adele aprovechaba los momentos en que se encontraba a solas con su hija para hablarle en alemán, así que la pequeña no tenía dificultades para comunicarse fluidamente en la lengua de su madre, pero al llegar a la adolescencia se sentía más cómoda expresándose en español, la lengua en que se desenvolvía todo en el entorno en que vivían y especialmente el pequeño círculo de sus amistades.

Su infancia fue plenamente feliz, pero su adolescencia no lo fue tanto a causa de los problemas de pareja que surgieron entre sus padres, porque justo cuando sus preocupaciones por la estabilidad

económica del país y la productividad del hotel quedaban en el pasado, sin ninguna explicación, Franz comenzó a beber más de la cuenta, a buscar mujeres y a utilizar su posición para propiciar aventuras, tanto, que los comentarios sobre sus deslices en la *suite* reservada para el uso exclusivo de la familia comenzaron a llegar hasta los oídos de Adele.

Lo cierto era que Franz pasaba mucho tiempo entre los bares de Viña, y eso, sumado a la gran dedicación de Adele a los asuntos relacionados con la administración del negocio, le dejaba a Sophie el espacio y el tiempo libre de controles para disfrutar a sus anchas de un grado de libertad que aprovechaba para experimentar cosas de las que ellos jamás llegaron a enterarse.

A sus quince años Sophie comprendía más o menos bien lo que estaba ocurriendo en su casa y, a pesar de que Franz a su callada manera era un padre afectuoso, saber que engañaba a su madre cada vez que tenía la oportunidad de hacerlo le causaba un resentimiento que crecía en su interior y se acentuaba al observar la frustración de Adele.

Ella era una líder natural entre sus compañeras del colegio, un grupo de adolescentes con quienes exploraba el mundo en busca de aventuras en medio de un despertar felizmente irresponsable, en una época en que los muchachos no faltaron y con ellos las fiestas, el alcohol y el uso esporádico de algunas drogas que consumían para asistir a los conciertos. La marihuana, su preferida, la fumaba con sus amigas más cercanas en interminables noches de chicas que organizaban en su propia casa, veladas en las que se reían como locas compartiendo sus escasas aventuras y muchas fantasías.

Con diecisiete años recién cumplidos, Sophie había salido una cálida noche de verano en compañía de Ariana, su mejor amiga, dispuestas a divertirse y lo estaban haciendo en grande, pues las puertas de todos los establecimientos se abrían para ellas y les ofrecían toda clase de atenciones porque esas dos chicas eran una verdadera atracción en donde quiera que estuvieran y, además, porque en el sector hotelero de Viña del Mar, la familia de Sophie era conocida por todos.

Desobedeciendo a su madre, que le había prohibido terminantemente tomar bebidas alcohólicas, y con dos martinis en la cabeza, Sophie bailaba y se reía cuando se toparon con un grupo de músicos dispuestos a pasar un buen rato. A ella le gustaron esos muchachos varios años mayores que festejaban alegremente su participación en el festival musical y, al ordenar su tercer martini de la noche, se sentía absolutamente eufórica, tanto que no quiso marcharse cuando Ariana le insinuó al oído que ya era hora de hacerlo.

No recordó haberlo terminado y se despertó cerca de las once de la mañana del día siguiente en la habitación de un hotel, estaba sola porque sus compañeros de farra se habían marchado, el festival había terminado y en esa noche de juerga habían celebrado en grande su despedida.

Desorientada y sufriendo de una fuerte resaca intentó recordar lo que había hecho, pero a su mente solo llegaron algunos fragmentos en los que se vio a sí misma bailado sensualmente para provocar a esos desconocidos, saliendo de la discoteca con tres de ellos para entrar al hotel contiguo y subiendo más que voluntariamente, por iniciativa propia, hasta esa habitación en la que terminó de desinhibirse para permitirles hacer lo que quisieron.

Perfectamente consciente de haber propiciado todo aquello en lo que había terminado involucrada, Sophie se quedó entre la cama de esa habitación de hotel que le parecía vagamente familiar

recordando la sensación, no de dolor, pero tampoco de placer, con la que acababa de dejar atrás y para siempre su infancia.

Ya era el medio día cuando reunió la fuerza necesaria para levantarse y tomando conciencia de su situación supo que tendría un grave problema con su madre, pues no tenía ni la menor idea de cómo explicarle la razón por la que no había regresado a casa la noche anterior, y temerosa por su reacción, tomó el teléfono de la habitación para marcar el número privado de su oficina en el hotel.

—*Hola.*

—*Hola, mamá...* —la saludó usando un tono infantil de evidente culpabilidad y Adele descansó al oírla antes de descargar sobre ella su disgusto y preocupación, hablándole aceleradamente en alemán desde el otro lado de la línea.

—*Sophie, yo no pude dormir anoche y te he buscado por todas partes, tu padre ya ha llamado a la policía, ¿en dónde estás?, ¿te encuentras bien, hija?*

Adele se sentía culpable por dejar sola a su hija adolescente mientras que trabajaba sin descanso, a pesar de la relativa tranquilidad que le producía el hecho de que en casa estaba al cuidado de su nana, la mujer que le había ayudado a criarla desde el día de su nacimiento y la amaba como si fuera su propia hija, aunque sabía muy bien que la nana era totalmente tolerante con Sophie, porque su sentimiento de adoración hacia ella era tan grande, que le impedía contar nada cuando su comportamiento era reprochable.

—*Estoy bien, mamá, no te preocupes.*

—*Pero ¿en dónde te encuentras?*

—*Me quedé dormida en la casa de Ariana y hasta ahora me despierto, pensé que pasarías la noche en el hotel, lo siento mucho* —mintió descaradamente tratando de hacerla sentir culpable.

—*Sophie, yo hablé esta mañana muy temprano con la mamá de Ariana y ella me contó que estaba enojada porque su hija había regresado pasada la media noche oliendo a alcohol y, además, me confirmó que tú no estabas en su casa. ¿En dónde estás, hija?, ¿por qué me mientes y apareces hasta esta hora?*

Eran preguntas que Sophie no tenía idea de cómo contestarle a su madre, además, en ese justo momento, la cabeza le dio vueltas, sintió la urgente necesidad de vomitar, así que sin previo aviso dejó el teléfono sobre la mesa de noche para correr al baño interrumpiendo su regaño.

Cuando tomó de nuevo el aparato algunos minutos más tarde Adele había colgado enfadada, de tal manera que lo único seguro era que a su regreso no la pasaría muy bien en casa.

Pero lo que realmente lamentaba Sophie era haber terminado la noche completamente ebria, tanto como para no acordarse de todas las cosas que había hecho en medio de su desenfreno. Tenía una incomodidad extraña en la vagina, sus bragas estaban manchadas y por primera vez en su vida se sentía impregnada por lo que sus compañeros de farra habían dejado en su cuerpo.

Desde el momento en que se encontró con los integrantes de esa banda musical Sophie había sentido el impulso de hacer lo que hizo, tal vez el alcohol mezclado con la pastilla del estimulante desconocido que había ingerido justo al entrar a la discoteca le habían desinhibido de esa forma y tres de los miembros de la banda no dudaron en disfrutar de la oportunidad que les ofreció, porque, además, en esa etapa de su adolescencia ella aparentaba ser algunos años mayor de lo que en realidad era y con su irresistible belleza los había atrapado.

Desconcertada se puso en pie con dificultad, miró brevemente a través de la ventana para confirmar el lugar en que se encontraba, tomó una ducha para eliminar de su cuerpo los rastros de la inusual actividad en que se había visto involucrada y se vistió sabiendo que a esa hora se iba a ver extraña con el atuendo que se había puesto para salir de carrete la noche anterior, y, sin más opción, bajó al restaurante del hotel en busca de una taza de café, pero sintiendo que todos la observaban partió apresuradamente en el taxi que diligentemente le consiguió un botones, un joven que la reconoció y se despidió de ella observándola con una sonrisa maliciosa.

Por el camino se juró a sí misma que no le contaría a nadie sobre lo que había hecho aquella noche, ni siquiera a Ariana, pero también, que no dudaría en hacerlo nuevamente si alguna vez en la vida se le llegara a presentar una oportunidad como esa.

Para tranquilidad de Adele, que sabía, sin necesidad de que se lo hubiese contado, que esa noche su hija había tenido relaciones sexuales por primera vez en su vida, aunque lejos de imaginarse la situación en la que se había involucrado, Sophie atendió a regañadientes una cita con el ginecólogo.

Las pruebas que le practicaron demostraron que no estaba embarazada, aunque al escuchar algunas inconsistencias en su evasiva versión sobre la manera como había perdido la virginidad e intuir vagamente que había tenido que ver con varios desconocidos, el médico le pidió nuevos análisis de laboratorio cuyos resultados le confirmaron finalmente que todo estaba bien.

Entonces, la relación con su madre volvió lentamente a la normalidad y conminado por ella, Franz regresó a dormir regularmente en la casa para hacer presencia como un buen padre de familia, lo que solo sirvió para que su relación de pareja se hiciera más difícil.

Por esos días Sophie comenzó su último año escolar y antes del siguiente verano se graduó con honores como la mejor estudiante de su promoción, así que en medio de sus problemas de pareja, Franz y Adele solo tenían motivos para sentirse orgullosos de su hija.

Medicina

Admitida en la facultad de Medicina de una de las mejores universidades de Santiago, a los dieciocho años Sophie respiró con alivio al alejarse de la difícil relación entre sus padres que por esos días comenzaban el tortuoso proceso de su divorcio, y al llegar a la ciudad se alojó en una pensión para estudiantes desde donde comenzó a buscar una compañera para compartir la renta de un apartamento que pudiera pagar con la mesada que cada mes le giraba puntualmente su madre.

Sophie tenía una personalidad egocéntrica, ella siempre había sido una excelente estudiante porque simplemente no podía permitirse menos, y al comenzar su carrera de Medicina nada le importaba tanto como obtener resultados sobresalientes en las pruebas académicas, así que no le quedaba tiempo para nada diferente de asistir a sus clases y pasar horas enteras en la biblioteca de la facultad o en su habitación estudiando para lograrlo.

Aunque odiaba enterarse de lo que estaba ocurriendo en su casa, recibía llamadas de Adele que le causaban un gran desasosiego, un dolor que soportaba en silencio mientras que se adaptaba a la facultad de Medicina, a donde asistía en una actitud más bien huraña.

Claudio, el chico con quien había comenzado a salir en Viña, la visitaba los fines de semana y llegaba con tantos deseos de verla como de explorar la ciudad, pero Sophie a duras penas se tomaba el tiempo necesario para fumarse en su compañía un largo cigarrillo de marihuana y, canalizando la ira que llevaba por dentro, lo utilizaba como un juguete para satisfacer sus deseos reprimidos antes de enviarlo de regreso y concentrarse de nuevo en sus estudios.

En esas condiciones no fue extraño que las visitas de Claudio se fueran distanciando, hasta que un día no regresó más a Santiago y ella se enteró por Ariana que su pololo había comenzado a salir con otra de sus compañeras del colegio. Le dolió más de lo que quiso reconocer, pero su orgullo no le permitió llorar y se juró a sí misma que nunca en su vida lo haría por ningún hombre, sin encontrar ni la menor explicación a la situación que se le presentaba en su propio comportamiento.

Para calmar los impetuosos deseos que su cuerpo comenzaba a experimentar, impulsos que crecían con cada día que transcurría desde que terminaba su menstruación, Sophie se masturbaba en la privacidad de su alcoba, y para mejorar esa autoestimulación un día compró un aparato vibratorio pequeño y versátil en una tienda de objetos eróticos que encontró mientras que caminaba solitaria por el centro de Santiago, un dispositivo que se activaba, cambiaba de ritmo o se apagaba con un leve toque sobre el botón de encendido.

El aparato funcionaba bien, pero en poco tiempo se sintió insatisfecha con su tamaño e impulsada por sus necesidades, una tarde fría a finales del otoño, ataviada con un abrigo largo, anteojos oscuros y un gorro de lana, regresó a aquella tienda para comprar uno de mayores dimensiones, un juguete de silicona largo y de buen calibre dotado con sorprendentes funciones que podría insertarse profundamente y que contaba con un apéndice más pequeño para estimularse simultáneamente el

clítoris, «se conoce como el conejo», le explicó la desinhibida vendedora que la atendió y parecía disfrutar dándole explicaciones más detalladas de lo necesario, mientras que trataba infructuosamente de identificarla.

En la privacidad de su habitación Sophie se estimulaba con sus juguetes mientras que intentaba reproducir en su mente las escenas que había protagonizado en aquel hotel de Viña del Mar la noche en que perdió la virginidad, y excitada por una mezcla de imágenes entre las que no podía diferenciar muy bien sus recuerdos de sus fantasías, los manipulaba para calmar temporalmente sus ansias antes de quedarse dormida.

A mediados de su primer invierno en Santiago, Sophie hizo contacto con una joven que había llegado a la ciudad un año antes para estudiar Administración de Empresas, se llamaba Juliette, una chica reservada a quien la propuesta de compartir su apartamento con una completa desconocida no la motivaba mayormente, pero la amiga que las relacionó era una de esas personas más diligentes de lo esperado que, en un abrir y cerrar de ojos, había organizado una cita para que se conocieran y pudieran conversar en un acogedor café del barrio Lastarria.

Juliette era espigada, tenía la piel trigueña y grandes ojos negros, una joven inteligente que vivía rodeada de todos los lujos imaginables, que, al terminar la secundaria, había decidido estudiar fuera de Buenos Aires, y Santiago era un lugar ideal porque en la ciudad había buenas universidades y desde allí podría tomar fácilmente un vuelo que le llevara de regreso a su casa cuando fuera necesario.

Por todas las circunstancias de su vida llena de grandes contrastes entre la riqueza y el abandono, la mirada de Juliette era triste, aunque podría decirse que con una leve sonrisa iluminaba el mundo a su alrededor. Durante su adolescencia ella tuvo pocos amigos y antes de cumplir los quince años comenzó a entender que lo suyo no eran los muchachos, nada en ellos la atraía, le parecían patanes y, aunque era una chica muy femenina, se sentía atraída por otras niñas a las que en contraste consigo misma las prefería rubias y de ojos claros.

Juliette llegó al lugar previsto para ese encuentro al terminar sus clases del día y buscó una mesa para sentarse a leer mientras que esperaba la llegada de Sophie, sentía curiosidad, pero no tenía ninguna expectativa de esa reunión que solo había aceptado en un gesto de amabilidad con la amiga común, y se encontraba con un libro abierto sobre las piernas divagando sobre la mejor disculpa que podría ofrecerle a la desconocida, que llegaba tarde a la hora de su cita, cuando de repente la vio entrar.

Sophie preguntó en la puerta del café y cuando el mesero le señaló el lugar en que se encontraba sentada se dirigió hacia ella caminando de la forma que la caracterizaba, como si flotara en el aire en medio de la gente mientras que su cabello rubio se mecía al ritmo de sus pasos y sus ojos azules brillaban dándole vida a su cara sin una sola gota de maquillaje.

Segura de que se trataba de la joven con la que estaba citada, Juliette levantó ligeramente el libro para parecer ocupada, pero por más que lo intentó no pudo dejar de mirarla.

Los ojos negros de Juliette, enmarcados por sus cejas pobladas, se abrieron de par en par al encontrarse con la sonrisa fresca de esa desconocida, y cuando la joven estiró su mano para saludarla mostrándose apenas por su tardanza, el corazón le latió con fuerza en el pecho, y en un gesto familiar se levantó de su silla presa de una emotiva torpeza para saludar a la recién llegada con besos en las

mejillas y sin ninguna razón más que la impresión que le causaba su presencia, le abrió las puertas de su vida sin que hubiesen cruzado ni una sola palabra.

Sophie se sintió acogida por esa joven que le cobraría una suma apenas simbólica para permitirle compartir un apartamento confortable facilitándole las cosas para dedicarse a estudiar con tranquilidad, y desde el primer momento la relación entre ellas se desenvolvió armoniosamente porque ambas eran amables, consideradas y de buenas costumbres.

Terminaba un invierno particularmente frío y Sophie sufría de la nostalgia que le ocasionaba su reciente salida del ambiente en que había crecido en Viña del Mar, en donde además de sus padres y de su nana, permanecía siempre rodeada por sus amigas del colegio, entre las que extrañaba especialmente a Ariana.

Una noche en que esos sentimientos sumados al estrés por el nivel de exigencia que rápidamente habían adquirido sus estudios le causaba un doloroso espasmo muscular en el cuello y la espalda, Juliette se ofreció para darle un masaje con aceite relajante de lavanda, un remedio casero alabado por su padre que ella cargaba en su botiquín, y entonces Sophie disfrutó del masaje que su compañera le proporcionaba recorriendo una por una sus vértebras para desbaratar con sus manos cálidas los nudos que se le habían formado, pero después de un rato le dejó acariciar delicadamente su espalda con la yema de los dedos y sin pensarlo se acomodó ronroneando como una gata consentida para permitirle hacer lo mismo sobre la piel de durazno de su vientre.

Las caricias de Juliette le ocasionaban sensaciones electrizantes, era un contacto físico que nunca antes había experimentado y en el estado de trance que le producían le permitió acariciar sus pezones, lamerlos, mordisquearlos y succionarlos delicadamente abriendo la puerta a un mundo nuevo de placeres que se desplegó en todo su esplendor cuando su nueva amiga bajó besándole delicadamente el vientre hasta alcanzar su clítoris, haciéndole arquear la espalda fuera de control deseando ardientemente que no parara de estimularla de esa manera hasta que alcanzó un orgasmo increíblemente intenso y prolongado.

Sin reponerse del todo, Sophie compensó a Juliette de la misma forma y se esforzó por repetir paso a paso la lección que le acababa de enseñar, hasta que las caricias de su lengua le produjeron también a ella una interminable sucesión de placenteros orgasmos.

Todo en esas dos chicas contrastaba, pero ambas tenían cuerpos esbeltos y pieles sensibles que anhelaban, más que nada en el mundo, ser descubiertas por los besos y las caricias de la otra.

Después de esa exploración inesperada se abrazaron estrechamente en silencio bajo el edredón de plumas de la cama de Juliette, dándose el calor necesario para pasar abrigadas la fría noche de invierno, pero la novedad del contacto de sus cuerpos hizo que amanecieran sin dormir y sin poder contener un insaciable deseo de besarse y acariciarse.

En adelante, el vínculo que las unía se hizo cada día más fuerte y su relación creció tan intensa como equilibrada, porque si el carácter de Juliette era una dulce combinación entre la mesura y la razón, el de Sophie era una mezcla perfecta entre la alegría y la pasión que lo arrasaba todo, y gracias a eso sus caras cambiaron, dejaron atrás la carga de tristezas que traían desde sus hogares y comenzaron a disfrutar de la felicidad que les ocasionaba sentirse tan vivas y vibrantes.

Eran inseparables y para no alejarse durante las vacaciones de verano Sophie invitaba a su amiga a

Viña del Mar, en donde no paraban de hacer toda clase de planes alegrándole la vida a Adele, que llegó a tomarle tanto afecto como si se tratara de otra hija, aunque por momentos le preocupaba, sin llegar a comentarlo, que esas dos chicas tan hermosas, inteligentes, activas y felices no parecían necesitar de la compañía de nadie más para disfrutar del verano y en la noche dormían juntas entre la cama de Sophie.

A Juliette, que había sufrido en carne propia por el alcoholismo de su madre, no le gustaba tomarse más de dos copas seguidas y no estaba de acuerdo con el consumo de ninguna clase de droga, ni siquiera de la marihuana, y eso sirvió para que Sophie abandonara el uso de los estimulantes a los que, sin darse cuenta a qué hora se había habituado, como si fueran necesarios para disfrutar de la rumba y de los conciertos, aunque siguió buscando ocasionalmente, en la más secreta intimidad, los momentos adecuados para fumarse los porros que había aprendido a armar con gran habilidad.

Durante el breve descanso de invierno viajaban a la casa de Juliette en Buenos Aires para disfrutar de las actividades lúdicas que les ofrecía la ciudad, y después de unos días iban hasta Mendoza a trabajar en la hacienda y Antonio, sin imaginarse lo que pasaba en la intimidad de esa relación, era feliz viendo la energía que esa nueva amiga le traía a la vida de su hija.

Pero a pesar del vínculo tan gratificante que llegaron a construir, Sophie tenía claro que no haría de esa una forma de vida definitiva y que el grado de intensidad de esa relación no duraría para siempre, así que un día tres años después de haberse mudado al apartamento de Juliette y contra su voluntad, sin una explicación convincente, decidió tomar en arriendo una pequeña y acogedora buhardilla que encontró en el barrio Lastarria a una distancia corta y caminable del hospital universitario.

Esa fue su manera de tomar el control ante la inminencia de los hechos que las llevarían a alejarse, porque al terminar sus estudios Juliette tendría que regresar a Buenos Aires para trabajar en la empresa de su padre que le esperaba ansiosamente.

Durante los últimos años de su carrera universitaria Sophie debía realizar guardias nocturnas dos o tres veces por semana, rotando en agotadores turnos entre las diferentes especialidades y, sin importar lo cansada pudiera sentirse, tenía que asistir a clases a partir de las ocho de la mañana en los salones de la Facultad de Medicina anexa al hospital, terminando sus largas jornadas exhausta y sin entender cómo era posible que a pesar de todo consiguiera mantenerse en pie.

Víctor

Las noches en que no tenía que hacer guardia Sophie regresaba caminando a su pequeña buhardilla de la calle Rosal y cruzaba sin prisa la Alameda del Libertador Bernardo O'Higgins para tomar luego la calle José Victorino Lastarria y recorrer ese rincón especial de Santiago, un vecindario que la había fascinado desde la misma tarde en que conoció a Juliette.

Alejarse del hospital le producía una sensación reconfortante y mientras que avanzaba con su forma particular de andar trataba de pensar en cosas diferentes a la pesada carga de sus estudios y de olvidarse de aquello que le parecía más agobiante, entre todo lo que ocurría a diario en el hospital, la sensación de estar sometida a la desmedida atención que le prestaban sus compañeros de clase y hasta los profesores de la facultad, en su mayoría hombres, que la rondaban como moscas generándole un hastío total con su inoportuna actitud conquistadora en ese lugar en el que, a su juicio, todos deberían estar concentrados en los asuntos académicos y en la atención de los pacientes.

Una noche en que regresaba tranquilamente a su buhardilla, justo cuando estaba a punto de cruzar la Alameda, un coche se detuvo frente a ella y aunque la luz del semáforo había cambiado, el desconocido que lo conducía no tuvo ningún inconveniente en obstaculizarle el paso, y como si fuera a hacerle alguna pregunta para orientarse bajó la ventanilla y la invitó a acompañarle.

—*Hola, si quieres, te llevo a donde sea que vayas...* —le propuso inclinándose para verle a la cara desde adentro del coche.

Aunque las intenciones de ese desconocido eran obvias, Sophie, la dedicada estudiante de Medicina y amorosa compañera de Juliette, inexplicablemente y sin pensarlo se subió a su coche.

—*¿Cómo te llamas?* —le preguntó el hombre al volante, mientras que ella se acomodaba a su lado.

—*Sophie...* —respondió ella titubeando sin perdonarse por no haberle mentido.

—*Tienes una cara preciosa.*

—*Gracias, ¿cómo te llamas tú?*

—*Me llamo Víctor, ¿hacia dónde te diriges, Sophie?*

—*Iba hacia mi apartamento que no está muy lejos de aquí, pero ahora ya no lo sé... ¿Acostumbras a recoger personas desconocidas en la calle?* —le interrogó intentando liberarse de la momentánea sensación de estar cometiendo un acto temerario.

—*¡Nunca!* —negó él categóricamente—. *Pero al verte no creí que fueras una persona, más bien un ángel* —inventó apresuradamente para halagarla.

—*Y lo soy, no te imaginas* —afirmó ella pensando en sus actividades diarias en el hospital.

—*¿A qué te dedicas?*

—*Estudio Enfermería* —mintió esta vez ella tratando de justificar el uniforme que llevaba puesto sin darle demasiada información personal a ese sujeto.

—*Yo me preguntaba si estabas dando un paseo en pijama* —se burló él.

—Eres muy gracioso, acabo de salir del hospital y en algunas ocasiones, aunque no debería hacerlo, cuando me siento muy cansada al terminar el día me quito el uniforme al llegar a casa —se explicó, muy consciente de que esa noche había salido apresuradamente del hospital para huir del acoso al que la sometía uno de sus profesores, un tipo que parecía no darse por enterado de su claro rechazo.

—¿Tienes novio? —le preguntó Víctor con fingida seriedad, como si su respuesta fuera importante.

—Alguna vez lo tuve en Viña del Mar, pero esa relación terminó hace algunos años, creo que él me olvidó...

—Pero ¿cómo puede alguien olvidarte? —la interrumpió él haciéndole un nuevo cumplido.

—Eso me pregunto yo —replicó ella cayendo en cuenta en ese instante de toda su culpabilidad en el asunto y comenzando a sentirse incómoda por el giro personal que adquiría la conversación.

—A mí me encanta Viña del Mar —comentó él cambiando perceptivamente el tema y entonces ella se interesó por saber algo sobre ese personaje que le acababa de recoger.

—¿De dónde eres?

—Soy del norte, del desierto.

—¿Del desierto?

—Sí, de Antofagasta —precisó hablándole con una jocosa teatralidad que no le fluía muy bien y continuó—. En mi juventud fui a Viña del Mar varias veces con mis compañeros de la universidad, en esa época estudiaba aquí en Santiago y salíamos en el verano en busca de aventuras, tú sabes...

—Claro que lo sé —afirmó ella con convicción recordando los maravillosos veranos de su adolescencia—. ¿Y... eres casado? —le preguntó de pronto dándole a su voz un curioso tono inquisidor mientras que observaba fijamente la argolla que brillaba en el dedo anular de la mano derecha de Víctor, en la que no había reparado hasta ese momento.

—Sí... lo soy... —respondió él titubeando un poco y tratando de recuperar la compostura argumentó—: Pero... aunque podría parecer común que lo diga un hombre casado cuando se lo pregunta una mujer joven y bonita como tú, créeme que mi matrimonio no funciona.

—¿Qué es lo que no funciona en tu matrimonio? —le preguntó ella riéndose irónicamente y liberando toda la tensión que le producía estar en una situación tan extraña como esa.

—La relación con mi esposa... ah, y lo que estás pensando me funciona perfectamente.

—No me digas... —replicó Sophie avergonzada por su osadía y poniéndose roja como un tomate.

—¿Te gustaría comprobarlo? —le preguntó entonces Víctor, encontrando la oportunidad para aclarar sin más rodeos lo que esa noche estaba buscando.

Sophie pensó que de esa manera se podía desenvolver la conversación entre una prostituta y alguno de sus clientes y que solo le faltaba negociar su precio, entonces miró con mayor detenimiento al desconocido sentado tras el volante de ese lujoso coche y para su propia sorpresa lo encontró atractivo.

—No lo sé... —dudó ella en voz baja tratando de darle algún sentido a sus palabras y después de una breve pausa aceptó en voz alta, aunque asombrada de sí misma por la forma como precipitaba la situación—. Pero... ¿por qué no?

A juzgar por su apariencia, Víctor podría tener algo más de cuarenta años, era alto, trigueño, de ojos color miel y cabello negro, se vestía con buen gusto y le dejaba sentir con sus modales y su forma de hablar que era educado, aunque con un carácter neurótico. Indudablemente, era un tipo guapo y

tenía ese inconfundible halo de hombre rico y de mundo que ella había visto en algunos de los conocidos de sus padres en Viña del Mar.

«No está nada mal para vivir una aventura», pensó Sophie para sus adentros, porque, a decir verdad, con excepción de su exótica iniciación, su experiencia se limitaba a unas pocas relaciones íntimas con su único novio y a sus relaciones con Juliette, en las que no había de por medio la penetración que solo conseguía en las sesiones solitarias de autoestimulación cuando fantaseaba manipulando sus juguetes.

Al salir esa noche del hospital Sophie estaba lejos de imaginarse que antes de llegar a su buhardilla iba a terminar envuelta en una aventura con un perfecto desconocido y, mucho menos, que el sujeto fuera un tipo maduro y casado, pero sentada en la comodidad de ese coche sintió que a sus veintiún años realmente le hacía falta un hombre con quien satisfacer esos impulsos que la asediaban en medio de sus intensas rutinas de estudio y las extenuantes guardias en el hospital, alguien que hiciera realidad los momentos de placer con los que fantaseaba.

—*¿Te gustaría hacer el amor conmigo?* —le preguntó Víctor de manera directa interrumpiendo sus cavilaciones.

—*Yo nunca he hecho algo así...* —comenzó a decir Sophie como si se estuviera justificando, pero sin terminar su frase y sin poderla contener dejó escapar una sonrisa reveladora.

—*Nunca has hecho algo como qué.*

—*¡Como subirme al coche de un desconocido para comprobar si todo le funciona bien!* —contestó con lo primero que se le vino a la cabeza, como lo hacía siempre que sus ideas no estaban completamente en orden.

—*Vaya angelito el que me cayó del cielo esta noche, si no te importa, te voy a llevar a un lugar que tengo solo para mí* —le informó por cortesía, pero sintiéndose autorizado para hacerlo.

—*Eres casado, ¿pero tienes un lugar para ti solo? No puedo creerlo.*

—*Aunque no lo creas, así es* —afirmó el y remató—: *Es el lugar en donde me escapo de los malos momentos.*

—*Los malos momentos...* —repitió Sophie murmurando mientras que trataba de asimilar aquello en lo que de pronto y sin pensarlo se estaba involucrando.

Víctor se detuvo frente a un gran edificio en la avenida Gertrudis Echenique, accionó un comando remoto para abrir la puerta de acceso de los coches e ingresó lentamente tomando la rampa hasta el segundo sótano en donde finalmente estacionó y se bajó rodeando el coche para abrirla la puerta de Sophie, dándole la mano para ayudarla a descender y guiarla a través del mal iluminado estacionamiento en busca del elevador que los llevó al piso veintiuno.

Aquel apartamento era amplio y con grandes ventanales que miraban hacia el oriente, por los que a esa hora, por encima de las luces de la ciudad y de las edificaciones vecinas, aún se podía ver la silueta nevada de la cordillera de los Andes que recibía los últimos rayos de un sol tenue y rojizo que ya había abandonado por completo las calles de Santiago, y Sophie, que sabía que estaba actuando de forma temeraria al dejarse llevar hasta la guarida de un completo desconocido, respiró aliviada al ver que el lugar estaba limpio, en orden y decorado con buen gusto, y entonces se relajó sintiendo que esa noche estaba dispuesta a todo.

Trataba de asimilar el entorno en que se encontraba, cuando Víctor se le acercó, a ella le hubiera gustado conversar con él para conocerle mejor, pero no le quedó más remedio que dejar que todo sucediera cuando él la tomó en sus brazos y la llevó hasta su habitación dejándole cuidadosamente sobre la cama, en donde le ayudó a deshacerse del uniforme que llevaba puesto, y observándola por primera vez en ropa interior cayó en cuenta de que esa joven era, sin lugar a dudas, la mujer más hermosa que jamás hubiese conocido.

Las partes íntimas de Sophie tenían esa noche un olor perceptible, eso era usual cuando se pasaba el día entero en medio del ajeteo de sus guardias en el hospital, lo que ella no esperaba era que su aroma íntimo invadiera los sentidos de Víctor excitándolo de esa manera y se sintió morir cuando arrodillándose a un lado de la cama y apartando sus piernas él comenzó a lamerle, pero no con la delicadeza que caracterizaba a Juliette a la que estaba acostumbrada, más bien devorándola con apasionada avidez, y entonces simplemente dejó de pensar y se sumergió por completo en el placer que ese desconocido le proporcionaba.

Después de hacerla disfrutar intensamente con las caricias de su lengua húmeda, Víctor se puso de pie junto a la cama y tomándole por los tobillos para mantener sus piernas en alto la penetró lentamente causándole una sensación nueva, un dolor placentero que la hizo gemir y cerrar los ojos al sentir la manera implacable como le llenaba literalmente de una forma que ella no había experimentado nunca antes.

Ser poseída por un hombre tan guapo y bien dotado era justo aquello con lo que Sophie había fantaseado por años y, sin lugar a dudas, lo que deseaba con mayor intensidad en ese momento de su vida, así que simplemente se entregó por completo, dejando que ese desconocido, que superaba todas sus expectativas, la llevara a descubrir un universo de nuevas sensaciones.

Víctor alcanzó un poderoso clímax justo cuando Sophie comenzaba a experimentar un cosquilleo que iba en aumento, una sensación que prometía desembocar en algo que indudablemente la habría arrasado si él hubiese continuado moviéndose con la fuerza y el ritmo con que lo estaba haciendo cuando no pudo contenerse más.

Recostado a su lado sin abandonarse al sueño como lo habría hecho con cualquier otra mujer, Víctor no podía dejar de mirarla sabiendo que ella necesitaba algo más, algo que su naturaleza le pedía a gritos, así que se acomodó de espaldas en medio de la cama invitándola a seguir sus instintos y cuando ella lo sintió endurecer nuevamente se subió a horcajadas sobre él para dejarse caer lentamente, y entonces comenzó a explorar las sensaciones que su cuerpo le regalaba, al principio con suavidad y movimientos erráticos a los que poco a poco fue imprimiendo más ritmo y fuerza hasta que, moviéndose desesperadamente, alcanzó el primer orgasmo profundo de su vida en medio de gritos descontrolados de placer.

Cuando Sophie se derrumbó sobre el pecho velludo de Víctor percibió su humor masculino levemente enmascarado por la fragancia de una agradable loción. La situación era muy extraña para ella, que no sabía qué decir y temía que al cambiar de posición tuviera que mirarle a la cara. ¿Cómo contarle a un perfecto desconocido que era la primera vez en su vida que experimentaba algo como eso?

Recostada sobre él pensó lo mucho que había deseado la compañía de un amante que no se

asemejara a los tontos acosadores del hospital, un hombre fuerte que supiera gozar de su cuerpo y le diera el placer que tanto anhelaba.

Lo que acababa de ocurrir con esa joven que se había encontrado en una acera de la alameda junto al hospital universitario fue para Víctor mucho más que cualquier situación que se hubiera podido llegar a imaginar ese día cuando salió de las oficinas de su empresa después de caer la tarde sin el deseo de llegar a casa.

Lo que había sucedido era indudablemente más gratificante que las aventuras que frecuentemente sostenía y esta vez no había ocurrido con una acompañante salida secretamente de algún café con piernas o en un prostíbulo, ni con una joven necesitada o desubicada, eso saltaba a la vista, había sido una coincidencia impensable ocurrida en una calle cualquiera de la ciudad, algo que llegaba a su vida vacía como un regalo.

Finalmente, Sophie se levantó sin mirarlo, recogió en silencio el uniforme y su ropa interior que se encontraban en el piso a un lado de la cama y entró al baño.

El agua tibia rodaba sobre su piel mientras que comenzaba a ser consciente del entorno íntimo en que se encontraba, no quería pensar si lo que acababa de hacer estaba bien o mal, sus instintos le decían que tenía sentido para su cuerpo y le confirmaban lo que desde siempre había intuido, que estaba en capacidad de sostener relaciones sexuales verdaderamente satisfactorias con un hombre.

Unos minutos más tarde Víctor entró para colgar una toalla limpia en el gancho a un lado de la puerta de vidrio de la ducha y la sacó de sus cavilaciones haciéndole volver a esa realidad en la que ahora tendría que vestirse para salir de ahí y regresar a su buhardilla.

Vestida de nuevo con su uniforme salió del baño y buscó a Víctor, que, sentado en el estudio del apartamento, parecía concentrado en la computadora portátil como si nada especial hubiera ocurrido.

—*¿Qué haces?* —le preguntó intrigada, intentando hablar de algo.

—*Solo respondo algunos correos, es que los problemas no paran ni un minuto.*

—*¿Problemas?*

—*Cosas que debo solucionar, porque tengo inversiones en algunas empresas mineras cerca de Antofagasta y no te imaginas lo que se debe hacer para que todo eso funcione bien.*

—*Ya veo* —anotó ella, comprendiendo que se trataba de un hombre de empresa, de un ejecutivo ocupado.

—*¿Me llevas hasta el lugar en donde me recogiste, por favor?* —le pidió.

—*Claro que sí. ¿Te gustó estar conmigo?* —le preguntó él haciendo gala de una ingenua curiosidad.

—*¿Tú qué crees?* —contestó ella sabiendo que él no tenía ni la menor idea de que esa noche le había hecho sentir el orgasmo más intenso de su vida.

—*Creo que te gustó tanto como a mí, Sophie* —le confirmó Víctor llamándola por su nombre de una manera extrañamente familiar.

—*Sí, estuvo bien... ¿Me llevas, por favor?* —le urgió ella.

—*Claro que sí* —aceptó él, sintiendo que le gustaría volverla a ver. Justo al salir de ese apartamento, al mirarse en el espejo del recibidor, Sophie pensó que nada podría hacerla lucir menos sensual que la forma como se encontraba vestida, ocultando las formas de su cuerpo bajo la tela inexpresiva de su

uniforme azul clínico y se preguntó qué habría visto en ella ese hombre para abordarla en plena calle, en lugar de continuar su camino.

En medio del asombro que esa chica le causaba, Víctor la llevó de regreso, algo indefinible había cambiado en su manera de tratarla y no aceptó dejarla sobre la alameda en el lugar en que le había recogido argumentando que era tarde, así que insistió en llevarla hasta la puerta de su casa, y una vez que el coche se detuvo frente al pequeño edificio en que vivía Sophie, con un movimiento premeditado le metió una cierta cantidad de dinero en el bolsillo de su uniforme, algo que ella no esperaba, pero cuando intentó rechazarlo con dignidad, no le fue posible.

—*No te estoy pagando, tú eres una estudiante y estoy seguro de que este dinero no te sobrará, y créeme que a mí no me hará falta* —se justificó él de manera contundente antes de despedirse dándole un beso y haciéndole una caricia atrevida entre las piernas.

Mientras subía las crujientes escaleras de madera hasta su buhardilla Sophie tenía la sensación de haber actuado como una prostituta, y al cerrar tras de sí la puerta de su pequeño espacio privado no resistió la tentación de contar el dinero que Víctor había puesto entre su bolsillo y quedó perpleja, porque esa era una cantidad que le alcanzaría para pagar la renta de un mes y, a decir verdad, le llegaba en un momento en el que deseaba, sin saber cómo, tener algún grado de independencia de sus padres. Entonces se metió entre la cama pensando en la forma como había propiciado todo lo que acababa de suceder y en la última caricia que Víctor le había hecho mientras que dejaba sutilmente el dinero con el que, dijera lo que dijera, le estaba pagando por sus servicios, y concluyó que si eso era ser una prostituta ella bien podría serlo, pero solo para un hombre tan culto, atractivo y generoso como él.

A la mañana siguiente Sophie se despertó tarde con un sentimiento de satisfacción tal que no le importó faltar a su primera clase del día, pero mientras que se arreglaba afanosamente cayó en cuenta de que no le había dado el número de su teléfono a Víctor, así que él no tenía manera de comunicarse con ella.

Pasaban los días y lo único que se le ocurría era seguir caminando a la misma hora y por la misma ruta cada vez que salía de la clínica para dirigirse a su apartamento las noches en que no tenía que hacer guardia, y cruzaba sin prisa la Alameda del Libertador Bernardo O'Higgins abrigando la secreta esperanza de encontrarle de nuevo.

La frustración de Sophie llegó a su final tres semanas más tarde cuando había perdido la esperanza de volver a verle, una noche en que él la esperaba estacionado sobre la calle Rosal justo frente a la puerta de su edificio, en el mismo lugar en que la había dejado después de su primer encuentro.

Inexplicablemente nerviosa se aproximó temiendo equivocarse, no podía ser nadie más, ese era su coche, y al reconocer su cara tras el brillo del cristal respiró aliviada y sin pensarlo dos veces abrió la puerta del acompañante, se sentó a su lado y para su sorpresa, al verlo lo encontró aún más atractivo de como le recordaba, él no era un joven con la cara bonita, más bien era un hombre maduro con mucha clase y ella sintió que el corazón cabalgaba en su pecho.

—*Me gusta mucho verte de nuevo* —le confesó él con su voz grave mientras que ella terminaba de acomodarse.

—*A mí también me agrada volver a verte* —le respondió ella controlando sus emociones.

—*Eres una joven hermosa e inteligente y desde la noche en que estuvimos juntos no he dejado de*

pensarte.

—*Gracias por los cumplidos, yo también he pensado en ti.*

—*No le voy a dar muchas vueltas al asunto, yo soy un hombre de pocas palabras y solo quiero decirte que me gustaría verte con alguna frecuencia.*

—*¿Verme con alguna frecuencia? No te entiendo, ¿qué quieres decir con eso?* —le preguntó haciendo su mejor cara de inocencia.

—*Quiero decir que me gustaría que me hagas compañía de vez en cuando haciéndome sentir tan deseado como yo te haré sentir a ti y, a cambio de eso, te compensaría.*

—*¿Me compensarías?*

—*Sí, te compensaría generosamente.*

—*¿Y tu esposa?*

—*Ella siempre está moviéndose entre nuestra casa de Antofagasta y la de Santiago, pero me aseguraré de que nunca sepa que tú existes.*

—*¿Me estás pidiendo que sea algo así como tu amante y que me pagarías por ello?*

—*Mira, Sophie, yo soy un hombre solitario con un matrimonio poco estimulante, podría decirse que más bien estoy casado con mis negocios, pero me haría muy feliz verte ocasionalmente* —le manifestó él dándole a entender que no estaba interesado en generar un compromiso emocional con ella.

—*Tú me gustas, pero esto que me propones... no lo sé, es algo inesperado...*

—*Yo sé bien que esto es algo diferente a lo que una joven tan hermosa y talentosa como tú pudiera esperar que un hombre le proponga, pero, aun así, me parece que es posible y que en cierta forma hasta conveniente para ambos.*

—*No estoy tan segura de querer una relación de esa naturaleza, Víctor* —dudó fingidamente ella con un recelo que en realidad no sentía, solo para que no pareciera que se ponía fácilmente a su disposición, como una cualquiera.

—*Mira, esta es mi tarjeta de presentación, por alguna razón estoy seguro de que puedo confiar en ti, en ella encontrarás el número de mi teléfono móvil y la dirección de mi correo electrónico, piénsalo bien y comunícate conmigo si te decides a aceptar mi propuesta, yo te estaré esperando* —le anunció Víctor, haciendo una sonrisa ausente.

—*Yo tengo que estudiar mucho... realmente hago Medicina y ¡no te imaginas lo intenso que es!*

—*A mí no me importaría verte cada vez que puedas hacer una pausa, porque yo también tengo que atender asuntos que no me dan tregua, por eso mi propuesta se reduce a hacer coincidir nuestro tiempo una que otra noche cada semana.*

—*¿Una que otra noche cada semana?* —repitió mecánicamente ella, para asegurarse de haber entendido lo que él le estaba proponiendo.

—*Sí, Sophie, eso me gustaría.*

El asunto no podía estar más claro, no obstante, ella le preguntó.

—*¿Y si nos enamoramos?*

—*Eso no va a suceder, yo nunca podré ofrecerte el futuro que te mereces, piensa que tengo al menos veinte años más que tú y, aunque no me satisface la relación que llevo con mi esposa, no me gustaría dejarla, ella es la madre de mis hijos y..., a pesar de todo, es mi esposa* —se explicó.

Sophie pensó que él parecía hablar con sinceridad y no le ocultaba sus intenciones ni pretendía generarle falsas expectativas, pero sin una razón clara también creyó que era importante parecerle indecisa y dejarle sentir que necesitaba un tiempo para pensarlo bien porque, al hacerlo de esa manera, se ponía un precio más elevado en esa particular negociación, cuando en realidad no tenía ninguna duda al respecto después de haber fantaseando con él todas las noches durante las últimas tres semanas.

—*Déjame pensarlo* —le rogó Sophie haciendo un esfuerzo para disimular la total disposición que sentía para aceptar de inmediato esa propuesta, descubriendo en sí misma una habilidad de manipulación que hasta ese momento le era desconocida.

—*Como te dije, estaré esperando tu llamada, y si lo consideras necesario, tus condiciones* —le dijo Víctor dando por terminado ese particular encuentro, y entonces se despidieron con un beso en la mejilla como si se trataran de dos viejos amigos.

Durante los días siguientes Sophie se sintió cada vez más segura de aceptar la propuesta de Víctor como un asunto meramente práctico. Definitivamente, ese hombre le atraía, además, en el único encuentro que habían sostenido le había llevado a descubrir un mundo nuevo de placeres y sensaciones, todas las que le hacían falta desde su primera experiencia sexual, y si iba a ser siempre tan generoso, era indudable que le haría mucho más fácil la vida, así que no encontró ninguna razón para renunciar a semejante oportunidad.

Sophie sabía que para lograr los resultados académicos por los que tanto se esforzaba no podría andar de carrete, ni perder el tiempo saliendo en busca de hombres como a veces lo hacían sus pocas compañeras de estudio un poco alocadas, y tenía claro que no le provocaba complicarse la vida cayendo en las garras de esos profesores que le habían demostrado estar dispuestos a aprovechar la menor oportunidad, como a veces ocurría con el personal femenino de ese feudo machista que era el hospital.

Lo único que le inquietaba era la posibilidad de terminar esa aventura enamorándose de Víctor, pero después de todas sus cavilaciones, se convenció a sí misma de que él tenía razón y que eso no ocurriría porque ella no estaba interesada en compartir el amor de un hombre casado, y lo que realmente le llamaba la atención era el placer que podría llegar a obtener en esa relación sin necesidad de atarse a un compromiso emocional y, de paso, disfrutar de su generosidad.

Cuando sus ideas sobre todo el asunto estuvieron en orden, una noche en la tranquilidad de su pequeña buhardilla buscó la tarjeta de presentación que Víctor le había entregado, tomó el teléfono y marcó el número de su móvil.

Eran las siete y media de la noche y la llamada lo encontró dando por terminados los últimos asuntos del día en su oficina.

—*Hola.*

—*Hola, soy Sophie.*

—*Sophie, ¡qué sorpresa!*

—*¿No esperabas mi llamada?*

—*¡Pero claro! No sabes cuánto he deseado escucharte.*

—*Me alegra saber eso.*

—*Y ¿qué has pensado?*

—*He pensado que está bien, que acepto tu propuesta sin condiciones.*

—*No sabes lo feliz que esto me hace, quisiera verte cuanto antes* —le pidió Víctor de manera inesperada.

—*Y yo a ti* —le respondió ella sorprendiéndose a sí misma al mostrarse tan complaciente con ese desconocido.

—*¿Qué tal ahora?*

—*¿Ahora mismo?*

—*Sí, te recojo en tu puerta en treinta minutos, te deseo inmensamente.*

—*Voy a tomar un baño.*

—*No, no quiero que tomes un baño...*

—*Está bien, ¡me gustan tus instintos!* —aceptó Sophie y al colgar el teléfono sintió un cosquilleo en su bajo vientre, una urgencia física de estar nuevamente con ese hombre, su cuerpo se lo reclamaba y, a pesar de su promesa, tomó una ducha corta, se vistió con sus bragas más sensuales y bajó a la calle justo a tiempo para verle llegar en un coche lujoso, uno diferente al que le había conocido la noche de su primer encuentro.

«Esta chica no tiene ni la menor idea de lo hermosa que es», pensó Víctor para sus adentros al verla salir.

Esa noche se besaron sobre la cama de Víctor y después de un juego previo prolongado hicieron el amor con una pasión desbordada, y entonces Sophie alcanzó varios orgasmos, sensaciones completamente nuevas para ella en las que instintivamente participaba hasta la última célula de su cuerpo.

—*Cuando estoy contigo me gustaría utilizar algunas palabras, simplemente como un estímulo, no te preocupes si te digo que te amo, eso no cambiaría nada de lo que acordamos, es solo que al hacerlo me sentiré mejor* —le pidió él.

—*¿No sería más fácil si simplemente me tratas como a una prostituta?*

—*Tal vez, pero eso no me excita tanto como imaginarme que eres algo más para mí, piensa en eso como un juego de roles que terminará siempre que te deje en la puerta de tu casa.*

—*Está bien... yo también te amo* —respondió ella irónicamente y se echó a reír.

Sophie se cuidó mucho de no dejarle percibir nada sobre esa aventura a Juliette, que por esos días se encontraba atareada terminando su último semestre y no llegó a imaginarse que algo como eso pudiera estar ocurriendo, porque en su egocéntrica forma de pensar había concluido que manejando las cosas con discreción podría disfrutar de sus dos amantes sin que eso le generara ningún conflicto.

Algunos meses más tarde, al recibir el título en Administración de Empresas que le otorgó la universidad y sin poder justificarle a Antonio su permanencia en Santiago por más tiempo, tal y como lo había previsto anticipadamente Sophie, Juliette regresó a Buenos Aires. Alejarse no fue fácil, pero ellas habían construido una relación a toda prueba y, aunque la vida las alejaba siguiendo su curso, era claro que continuarían unidas para siempre por un fuerte vínculo.

A partir de la noche en que aceptó la propuesta de convertirse en la acompañante pagada por Víctor continuaron sosteniendo encuentros regulares y se volvió normal que él llegara a recogerla hacia las siete de la noche a la puerta del hospital, una o dos veces cada semana, en alguno de sus lujosos

coches que dejaban con la boca abierta a los compañeros de Sophie, que comenzaron a identificarlo en los comentarios de pasillo como su novio y, aunque ella jamás dijo ni una sola palabra sobre ese asunto, los chismes sobre la existencia del pretendiente maduro y evidentemente rico que la buscaba crearon un mito, una fantasía colectiva que ayudó para que todos en el hospital comenzaran a tratarla con más respeto y dejaran de acosarla.

Desde entonces, la búsqueda del placer se convirtió en un poderoso motor de la vida de Sophie que, poco a poco, fue experimentando todas las formas en que podía llegar a disfrutar de un hombre, viviendo la más fantástica exploración de los límites de su cuerpo y liberándose de sus prejuicios.

Sin importar que su agenda le obligaba a viajar frecuentemente a Antofagasta y a los lugares del mundo en que se encontraban sus principales clientes, ni las restricciones que le imponía su condición de hombre casado y con hijos, Víctor buscaba y encontraba el tiempo necesario para estar con Sophie y disfrutar de su compañía.

Indudablemente, el mayor halago que la masculinidad de Víctor podía llegar a recibir eran los orgasmos de Sophie y la manera como ella los alcanzaba entregándole activamente su cuerpo en medio de ese peligroso juego de roles en que se trataban como dos amorosos amantes, y eso le producía a él deseo de protegerla, así que cumpliendo su promesa, la compensaba generosamente de la mejor manera en que podía hacerlo, con dinero, lo que le permitió a Sophie comenzar a disfrutar de su anhelada independencia.

A pesar de comportarse habitualmente como un hombre neurótico tanto en su casa como en su trabajo, Víctor era extremadamente dulce con Sophie, que justo en esa relación descubrió que podía llegar a ejercer una cómoda posición dominante aun sobre un hombre maduro, experimentado y seguro de sí mismo como él, que cuando se trataba de ella, simplemente estaba dispuesto a darle gusto en todo lo que quisiera para asegurarse de tenerla a su lado y gozar de la actitud complaciente con que le entregaba su cuerpo por completo.

Actuaban como dos enamorados desde el momento en que él la recogía en la puerta del hospital hasta cuando la dejaba frente a su edificio en la calle Rosal, y no era raro que al llegar por ella descendiera de su coche para saludarla besándola en la boca y que ella le correspondiera sin la menor reticencia.

—*Hola, nena, ¿cómo estuvo tu día?*

—*Fatal, hasta que llegaste tú.*

Y a Sophie le gustaba dejar que sus compañeros los vieran comportándose de esa manera.

Pasaron cerca de dos años, hasta que al terminar su carrera de Medicina Sophie aplicó para adelantar estudios de especialización y fue aceptada, así que a comienzos de la primavera del hemisferio sur viajó a Miami y Víctor, misteriosamente, decidió viajar con ella sorprendiéndola una vez más con su generosidad al tomar un apartamento rentado en South Beach, un piso por el que ella nunca tuvo que pagar ni un centavo, acompañándola a organizar los asuntos prácticos de su estancia como estudiante y repartiendo el tiempo que les quedaba libre entre la visita a un gran *mall* al norte de Miami Beach y los restaurantes de Lincoln Street, pero cada noche regresaban al hotel para hacer el amor durante horas.

—*¿Volverás?*

—*No lo creo, nena, ahora debo enfrentar un reto muy grande y tú debes encontrar a alguien que te*

pueda hacer feliz... ¡En verdad te amo! —le dijo Víctor con una emoción totalmente desconocida para ella.

—*Y yo a ti* —le respondió Sophie con los ojos brillantes.

Después de pasar por el mostrador de la aerolínea y justo antes de avanzar hacia el puesto de control de emigración del Aeropuerto Internacional de Miami, Víctor la abrazó y se besaron mirándose a los ojos. Sabían que todo terminaba ahí, era un sentimiento extraño, y cuando él se despidió moviendo su mano en la distancia y dio la vuelta para caminar en busca de la puerta de salida del vuelo que le llevaría de regreso a Santiago, se perdió entre la multitud de viajeros y tan misteriosamente como un día llegó a su vida, desapareció de ella para siempre.

Víctor se fue después de haberle entregado a Sophie una pequeña fortuna, el dinero que poco a poco había depositado en su cuenta de ahorros, porque su generosidad con ella no conoció límites, pero sobre todo le dejó dos lecciones importantes que marcaron su vida en adelante: el conocimiento de la extraordinaria capacidad de su cuerpo para experimentar el placer y del control incuestionable que su belleza y su sensualidad le otorgaban para obtener de un hombre cualquier cosa que deseara.

Lukas

Alicia era una joven inteligente que había nacido en Caracas, pero al graduarse de la escuela secundaria su familia no contaba con los recursos necesarios para apoyarla en su carrera universitaria, y por eso aplicó a un trabajo como azafata que ofrecía la aerolínea más conocida de su país, con tan buena fortuna que resultó elegida.

Después de recibir el entrenamiento de rigor comenzó a volar como auxiliar en las rutas locales y un par de años más tarde, gracias a sus evaluaciones de desempeño que la calificaban como una empleada sobresaliente, siempre puntual y con una actitud apropiada para el difícil manejo de los pasajeros, fue promovida, y Aruba fue la primera ruta que le asignaron en su nuevo rol de azafata internacional.

Aunque prácticamente no le quedaba tiempo para hacer nada más que comer y dormir entre el momento en que su transporte la dejaba en el hotel entrada la noche y cuando regresaba en la madrugada del día siguiente para llevarle de nuevo al aeropuerto, a ella le gustaba sentarse en la terraza de la piscina para escuchar el rumor del mar y sentir la brisa fresca mientras que se tomaba a solas un delicioso *mangel haltorita*.

Sentada en esa terraza la conoció Ulrik, un marinero danés que hizo todo lo imaginario para entablar con ella una conversación, hasta que después de varios encuentros y a pesar de la barrera del idioma, consiguió llamar su atención.

Sin darse cuenta a qué hora, Alicia se enamoró de ese marinero que llevaba varios años navegando como cocinero en los barcos de una de las empresas navieras más grandes del mundo, que ocasionalmente se alojaba en el mismo hotel en que ella pernoctaba.

Un año más tarde, cuando dejó de volar a Aruba por disposiciones de la aerolínea que la promovía nuevamente para que comenzara a hacerlo a diferentes destinos de Suramérica y Centro América, Ulrik Jacobsen, el marinero danés, arribó a Caracas con dos maletas y la intención de quedarse a vivir junto a ella para siempre.

Pero, aunque se esforzaba, parecía nadar en contra de la corriente, no comprendía el español y tenía serias dificultades para aprenderlo, así que con Alicia tenían que hablar en inglés dejando muchos vacíos en su comunicación como pareja, porque hacía menos de un año que ella había comenzado a estudiar ese idioma por exigencias de la aerolínea.

El tiempo pasaba y Ulrik no lograba conseguir un trabajo en la cocina de algún restaurante u hotel de la ciudad, y solo pensar en las responsabilidades que le traería el nacimiento del hijo que ella esperaba y atarse a ese lugar sin tener cómo responder por sus obligaciones lo abrumaba. Además, él parecía neurológicamente programado para no interactuar a gusto con la cultura latina, todo le molestaba del desordenado comportamiento de la gente.

Un mal día, cuando Alicia llegaba a los siete meses de embarazo, después de haberlo pensado y repensado, el marinero danés tomó una terrible decisión, y mientras que ella hacía su último vuelo

antes de las vacaciones que empalmarían con su licencia de maternidad, salió del apartamento con sus maletas para regresar a Aruba en donde se embarcó con rumbo lejano, así que Lukas nació acompañado solamente por su madre y por su tía Sara.

Un gran interés por entender lo que ocurría en el mundo y hablar indefinidamente sobre cualquier cosa que le llamara la atención lo caracterizó durante la infancia, y una vez que algo se le metía en la cabeza dejaba salir su perorata de abogado innato armando extraños casos sobre los asuntos más triviales o inverosímiles, de una forma tal, que al finalizar sus exposiciones las teorías que defendía parecían lógicas por más absurdas o desinformadas que fuesen, así que cada vez que le llegaba una idea nueva a Alicia no le quedaba más remedio que sentarse y ponerse cómoda.

—*Adelante hijo, soy solo oídos* —le decía y se preparaba para escucharle con atención.

Lukas fue desde siempre un joven intelectualmente inquieto, un excelente estudiante dotado de una inteligencia vivaz que le permitía entender los asuntos más complejos con las explicaciones que los profesores daban en el salón de clase y reafirmarlos echando un rápido vistazo a los libros o a sus escasos apuntes y, sobre todo, podía recordar para siempre lo que fuese que hubiera leído o escuchado.

La tía Sara era una buena mujer varios años mayor que Alicia, divorciada de un hombre adinerado que le había dejado para irse a vivir con una mujer más joven, pero le garantizaba una vida cómoda a ella y a sus tres hijas, todas hermosas y rebosantes de autoestima que conformaban el amoroso entorno en el que Lukas desarrolló una identificación natural con el género femenino desde sus primeros años, algo que se reflejaba en su manera de hablar y de moverse, pero también en su forma de ser, de pensar y de ver el mundo.

Cuando Alicia no estaba de viaje, entre la tibia comodidad de su cama, el pequeño Lukas comenzaba a despertar escuchando el sonido familiar de los trastos de la cocina e iba tomando conciencia oyéndole cantar suavemente y con perfecta entonación una canción que le fascinaba.

«Yo sé que soy ese alguien que un día ha de entrar en tu vida para darte su corazón...».

Alicia cantaba con su dulce voz mientras que preparaba el desayuno antes de ir a darle los buenos días a Lukas, y en ese momento él sentía la fuerza invencible de su amorosa presencia que le protegía.

Lukas era acogido en la casa de su tía durante los constantes viajes que su madre hacía en razón a su trabajo y era más que bienvenido porque sus primas le adoraban, y sin proponérselo le trataban como una chica más de su alegre tribu, una dinámica familiar se dio durante muchos años, hasta que cumplió los quince años y por decisión propia comenzó a quedarse solo en su apartamento cuando Alicia se encontraba de viaje.

En la escuela secundaria Lukas se sintió discriminado por algunos compañeros que le hacían la vida difícil con sus constantes burlas, especialmente uno de ellos bastante más grande y fuerte que con su cabello ensortijado y sus ojos negros le acorralaba cada vez que podía para agredirle de una manera particular.

—*¿Te sientes muy nena, mariquita?*

—*Déjame tranquilo, Juan, que yo no te he hecho nada.*

—*Pero me lo harás, estoy seguro de que te gustaría darme buena chupada.*

—¿De qué hablas?, ¿estás loco? —respondía él zafándose de su agresor con una confusa mezcla de emociones.

Lukas vivía entre dos mundos, el de su colegio en donde intentaba cuidar su manera de expresarse, hasta donde le era posible, para evitar el acoso de esos compañeros que parecían felices poniendo a prueba su masculinidad día tras día, y el de su casa, en donde protegido por las mujeres que le rodeaban disfrutaba de un ambiente familiar tranquilo y amoroso en el que nadie parecía notar nada especial en su forma de ser.

Así que aprendió a moverse selectivamente entre el comportamiento que le afloraba en la intimidad de su vida familiar y la conducta que le convenía asumir frente al resto del mundo.

Un día Lukas cayó en la cuenta de que sus capacidades le permitían mantener a su alrededor esa clase de amigos que siempre necesitaban ayuda con las tareas, y gracias a eso se convertían en su círculo de protección, un grupo de muchachos que no eran otra cosa que los vagos de la clase que se aprovechaban de él para mejorar sus resultados académicos, pero le cuidaban como si fuese su mascota.

Apoyarlos fue algo que aprendió a hacer con una habilidad sorprendente como un asunto de supervivencia, y después de su graduación se sintió liberado del agobiante peso de esas falsas amistades, pero debido a toda esa presión desarrolló habilidades que le sirvieron para manejar las relaciones con su entorno.

Una tarde en que regresaba a su apartamento después de clase Lukas se topó en una esquina de la avenida Andrés Bello con un travesti y se quedó atónito observándolo porque le pareció inexplicablemente hermoso.

Los travestis no eran extraños en la ciudad y la gente, en general, tenía alguna percepción de su presencia, no tanto en las actividades tradicionales, como en ciertos oficios, especialmente en los salones de belleza y particularmente en algunas zonas de la ciudad, como ocurría en los alrededores de la avenida Libertador en donde se reunían para exhibirse y prostituirse a altas horas de la noche.

Pero esta era la primera vez que Lukas veía a uno de ellos tan de cerca y a plena luz del día, y este, en particular, tenía una cara de hermosas facciones, una cabellera rubia que caía suelta más abajo de sus hombros y un cuerpo andrógino que exhibía con el mayor descaro posible vistiendo unos pequeños y ajustados *shorts* que dejaban al descubierto sus largas piernas depiladas.

El travesti se movía por el mundo con la seguridad de una diva y sin prestarle aparentemente atención a nadie, él simplemente caminaba por la calle como lo haría una modelo al desfilarse sobre una pasarela y de esa manera se dirigía decididamente hacia algún lugar.

Apenas logró reponerse del impacto que le causó la visión de semejante personaje, Lukas lo siguió a prudente distancia y no muy lejos de allí le vio entrar a una casa con antejardín, una de las pocas en ese vecindario de edificios, y al aproximarse cautelosamente al lugar pudo observar un discreto aviso de neón que colgado sobre la puerta de entrada anunciaba en letras resplandecientes de color fucsia el «Salón Veruska».

Durante los días que siguieron a ese encuentro casual Lukas no pudo, ni por un solo momento, dejar de pensar despierto ni de soñar dormido con el travesti, le recordaba exhibiendo su cuerpo andrógino con la cara en alto y en la privacidad de su habitación comenzó a imaginarse por primera vez en su vida que le gustaría exhibirse ante el mundo vestido de mujer, y se despertó en él un deseo intenso

de buscar al travesti, de conocerle y de entender la razón por la cual le producía semejante fascinación, hasta que dejándose llevar por un impulso superior a su razón, una noche salió del apartamento mintiéndole a su madre sobre su destino para dirigirse a la casa en que le había visto entrar.

Lukas sentía un miedo tan grande como el que le producía la pesadilla recurrente en que se lanzaba al vacío desde la ventana de su habitación en medio de la oscuridad de la noche para atender un llamado angustioso de su padre, a quien nunca conoció; pero irracionalmente decidido cruzó el antejardín, se paró frente al portón blanco de la casa y pulsó el timbre, un pequeño botón mimetizado en el marco que le costó algún trabajo encontrar.

Veruska

A través de las ventanas de la casa se proyectaba la luz cálida de su interior en donde sonaba a buen volumen una canción interpretada por dos voces inconfundibles... «*how deep is your love...*», y al cabo de algunos segundos una pequeña ventanilla en medio de la puerta se abrió y el travesti asomó su cara por ella.

—*Pero qué tenemos aquí, ¡un chico bonito! ¿En qué te puedo ayudar?* —exclamó haciendo gala de un gran afeminamiento y gritando sin ninguna necesidad, como si estuviera actuando para un público imaginario, y Lukas, impresionado al ver de nuevo su belleza andrógina, optó por ser sincero.

—*Hace algunos días te seguí hasta aquí y la verdad es que desde ese momento no he podido dejar de pensar en ti* —declaró con timidez.

—*Déjame ver... sí, ahora que lo pienso, eras tú el que me estaba siguiendo la tarde en que volvía desde la casa de mi madre, mira que me asustaste un poco. ¿Qué quieres de mí, chamo?*

—*Solo conocerte, es que me gusta mucho la forma como te vistes* —se explicó, pensando que lo único que le importaba en ese momento era que el travesti le dejara entrar a su casa para evitar que alguien que pasara por la acera le viera allí conversando con él.

—*Ya veo...* —murmuró el travesti cerrando la ventanilla para correr luego el pasador metálico que sonó con un golpe seco antes de que la gran puerta blanca se abriera frente a sus ojos—. *Sigue, solo espero que no me traigas problemas* —le advirtió mirándolo de arriba abajo y hablándole en un tono de voz más controlado.

Aquella debió haber sido una buena casa de familia, pero su primera planta estaba transformada en un salón de belleza y el travesti le hizo seguir hasta uno de los sofás que amoblaban el recibidor en que las clientas esperaban a diario su turno para ser atendidas.

—*¿Cómo te llamas?* —le preguntó invitándolo a sentarse con una señal inequívoca mientras se acomodaba a su lado cruzando sus largas piernas depiladas.

—*Lukas, ¿y tú?*

—*Yo soy Veruska* —se presentó el travesti haciendo un gesto teatral.

—*¿Eres rusa o algo así?* —le preguntó Lukas inocentemente.

—*Mira que eres divertido, chamo, yo nací en Maracaibo, así que no soy rusa, ¡soy maracucha!* —le contestó riéndose con ganas—. *Lo que ocurrió fue que mi madre me concibió con un finlandés, un hombre que llegó a trabajar en la petrolera, yo no le recuerdo porque murió en un accidente en el lago cuando estaba muy pequeña, pero mamá siempre me dijo que me parecía a él, que parecía una rusa porque esa era su ascendencia, y cuando tenía siete años vi en la televisión un programa en que aparecía una bailarina rusa llamada Veruska, me fascinó la manera como bailaba y me encantó su nombre. Ese día decidí comenzar a llamarme Veruska y nunca más acepté que nadie, ni siquiera mi madre, me volviera a tratar como si yo fuera un chico.*

—*Viéndote bien, tu mamá tiene razón, tú no pareces de por aquí, y la verdad es que eres muy linda, pero ¿acaso... ella te ha visto vestida como una chica?* —le interrogó Lukas, tratando de evaluar lo que podría ocurrir si Alicia se entrara de esa inclinación que de pronto descubría tan claramente en su interior y que por alguna razón intuía que nunca más le iba a abandonar.

—*Desde siempre, chamo, yo nunca jugué con carritos, ¿me entiendes?*

—*Creo que sí* —le confirmó él, pensando que durante los años de su infancia tampoco le había gustado «jugar con carritos» y que nunca había disfrutado haciendo todas las cosas que normalmente hacían los demás chicos, y entonces cayó en la cuenta de que esos sentimientos urgentes que le traían hasta esa casa eran parte de una búsqueda que se había iniciado en su interior y le movía con un impulso irrefrenable para identificarse con alguien que de alguna manera se asemejara a lo que creía ser.

—*La primera rabieta que recuerdo haberle hecho a mi pobre madre fue como a los cuatro años, un día en que ella intentó comprarme unos pantalones de niño y yo casi acabo con el almacén con mis gritos porque lo que lo que yo quería era un precioso vestido rosado de niña* —se explicó el travesti.

Entonces Lukas recordó que él siempre había deseado, aunque en silencio, que su madre le comprara ropa de niña, como la que su tía Sara compraba a sus primas.

—*¿Te gusta la forma como me visto?* —le preguntó el travesti interrumpiendo sus pensamientos.

—*Sí, y eso es algo que me ha hecho pensar mucho.*

—*Pero ¿en qué has pensado, chamo?*

—*He pensado que me gustaría vestirme como tú lo haces... y no sé por qué me da tanto temor.*

—*¿No lo has hecho? ¿Nunca has tenido la oportunidad de vestirte de niña delante de nadie?*

—*Bueno... sí, un 31 de octubre, para asistir a una fiesta de disfraces mi mamá sin pensarlo mucho decidió que lo más fácil sería vestirme de niña, yo tenía siete años y recuerdo que me fascinó ponerme un vestido de mi prima Carolina.*

—*¿Y cómo te sentiste en la fiesta?*

—*Un poco avergonzado al principio, pero cuando mis primas terminaron de burlarse de mí y siguieron tratándome como si fuera una niña, la pasé increíblemente bien, aunque mi mamá se puso nerviosa y volvimos a casa más temprano de lo esperado.*

—*Tal vez ella se asustó al verte.*

—*Sí, y yo me enfadé porque me obligó a quitarme la ropa que traía puesta justo al llegar al apartamento y la guardó para devolvérsela a mi tía. Recuerdo que ante su mirada sorprendida le reclamé y me encerré llorando en mi habitación.*

—*¿Y cómo lo tomó ella?*

—*Se sintió culpable, pero después yo traté de que se olvidara del asunto, que me perdonara por mi rabieta y no se sintiera mal por su ocurrencia.*

—*Eres un buen hijo y... ¿qué fue lo que pensante al verme el otro día en la calle?*

—*Sinceramente, que caminas de una forma que me encanta, mejor dicho, ¡que eres divina!* —le alabó Lukas dejando fluir sus palabras con amanerada espontaneidad, como si hacerle ese cumplido a Veruska le saliera desde lo más profundo.

—*¡Gracias! Pero ¿qué pensaste, chamo?*

—*Que yo sería mucho más feliz si pudiera estar siempre vestido como una chica, como lo haces tú.*

—*Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?, ¡un pequeño pichón con ganas de volar!* —gritó Veruska frente a su público imaginario volviendo a usar su forma de hablar histriónica y descontrolada—. *¿Quieres decirme que a tu edad no te has vestido de niña ni has tenido siquiera la tentación de mostrarle al mundo tus lindas piernas usando una falda corta para salir a caminar por la calle?*

—*Debo confesarte que desde el día en que te vi me he puesto ropa de mi mamá cuando ella no está, viaja mucho, pero lo hago por un rato y a solas dentro del apartamento.*

—*¿Sí? ¿Y por qué viaja tanto tu madre?*

—*Porque es azafata.*

—*¡Ah!... ¿Y deseas que todos te vean vestido como una chica?*

—*Te juro que no lo había pensado antes, pero ahora estoy sintiéndolo todo el tiempo, pero la única posibilidad que tengo es utilizar ropa de mi mamá, y aunque me gusta mucho cómo le queda a ella, yo no me siento bien al ponérmela y me aterra la idea de salir vestido de esa forma.*

—*Me imagino que quieres verte como una chica bonita y te debes ver ridículo con ropa de vieja, porque eres un pollo y de verdad que estás lindo, así que esa ropa no te debe sentar tan bien, además, ¿es la ropa de tu madre, chamo!*

—*Mi mamá tiene en su guardarropa muchas cosas que a mí me gustan, además, ella es muy bonita, se viste bien y cuando vamos juntos a algún lugar la gente piensa que es mi hermana mayor* —le contó el defendiendo la juventud y belleza de su madre.

—*Está bien, te entiendo y no te disgustes por lo que dije, mira que yo también adoro a mi madre.*

Veruska estaba divirtiéndose en grande, era evidente que ese chico le había caído en gracia por su espontaneidad y le gustaba mucho que hubiese llegado esa noche a su casa solo y por su propia voluntad.

—*¿Te gustan los hombres?* —le preguntó de pronto.

—*¡No! ¡Claro que no!* —negó Lukas enfáticamente.

—*Pero te gusto yo...*

—*Sí, tú me gustas... y me encanta cómo te vistes.*

—*¿Te gusta cómo me visto o te gusto yo?, dímelo sinceramente.*

—*¡Ambas cosas!*

—*A ver, chico, aclaremos esto, aunque no me gusta nada decirlo, ¿has notado que yo soy un hombre vestido de mujer?*

—*Pues sí..., pero eres más linda que muchas de las mujeres que conozco.*

—*¡Gracias!* —gritó nuevamente Veruska con histriónica emoción.

—*Pero es cierto, ¿eres divina!* —insistió él, ganándose para siempre un lugar en los afectos de Veruska con su cara de inocencia.

—*¿Cuántos años tienes, chamo?*

—*Dieciocho* —mintió tímidamente Lukas agregándose un año.

—*Y... ¿has hecho el amor con alguien, hombre, mujer o cosa alguna vez en tu vida?* —se burló sarcásticamente el travesti para saber si ese chico que llegaba hasta la puerta de su casa era virgen.

—*Pues no lo sé..., algunas veces he hecho algo con una amiga que es como mi novia, eso dice mi mamá, pero ella y yo peleamos hace varias semanas.*

—*Ajá, ¿cómo es eso de que has hecho algo?*

—*Es que no..., no lo hicimos del todo.*

—*¿Qué fue lo que no lo hiciste del todo?* —preguntó nuevamente el travesti fuera de control.

—*El amor...* —confirmó tontamente él.

—*¿No has hecho el amor nunca en tu vida?, ¿ni con tu noviecita ni con nadie?*

—*Con nadie* —aceptó Lukas bajando la mirada como si estuviera confesando un pecado.

—*Y entonces, ¿qué es lo que tanto te gusta de tu amiguita?*

—*Que es linda e inteligente, pero ella no quiere verme más.*

—*¿Y qué fue lo que le hiciste para que peleara contigo de esa manera, chamo?*

—*Me puse sus bragas.*

—*¿Qué?*

—*Estábamos solos en el apartamento, nos besamos y terminamos desnudos, yo pensé que íbamos a hacerlo todo, pero mientras que ella entró al baño se me ocurrió la idea de ponerme sus bragas, y cuando salió no le gustó verme con ellas puestas y se marchó tan rápido que ni siquiera trató de pedírmelas.*

—*Así, ¿nada más?*

—*Antes de irse me dijo que iba a hacer el amor por primera vez en su vida y no quería hacerlo con un marica.*

—*¡Pero qué perra!* —exclamó Veruska solidarizándose con él y de inmediato lo miró a los ojos con una ternura viciosa colocándose a pocos centímetros de su cara—. *¿Te gustaría hacerlo conmigo?* —le preguntó.

Lukas sintió que saltaba al vacío, pero una fuerza irrefrenable lo llevaba adelante en busca de lo desconocido.

—*Sí... creo que me gustaría...* —aceptó tomando aire mientras que el corazón le palpitaba apresuradamente en el pecho.

—*¿Crees que te gustaría?*

—*No, este..., ¡me encantaría!*

—*Me encantaría es lo que le dices a alguien que te ofrece un café, chamo, no me hagas sentir así, ¡mírame a los ojos y dime que me deseas!*

—*Eso es, ¡te deseo!* —afirmó Lukas sin entender lo que esas palabras significaban realmente.

Entonces Veruska lo condujo hasta su habitación en el segundo piso de esa casa, una alcoba espaciosa en cuyas ventanas se proyectaban las sombras de los ficus del antejardín que a esa hora se mecían con la brisa sirviendo de amortiguamiento al ruido y las luces de la calle.

La habitación de Veruska estaba decorada con pocos objetos, su techo blanco era alto, las paredes por debajo de una ancha cornisa ocre estaban pintadas de color lila y en el piso se alternaban baldosas blancas y negras de cerámica como en un gran tablero de ajedrez.

En medio de ese espacio se encontraba una cama blanca rodeada de toldillos translúcidos que caían encerrándola por todos sus costados, y contra una de las paredes había un sofá sobre el que colgaba una reproducción de uno de aquellos hermosos retratos de Marilyn Monroe magistralmente realizados por Andy Warhol, una imagen en la que los carnosos labios de la actriz se destacaban pintados de rojo dominando con su presencia la energía del lugar.

El travesti llevaba una falda corta, sandalias con plataforma y una blusa desabotonada que dejaba entrever los senos de mediano tamaño que había conseguido como resultado del tratamiento de reemplazo hormonal al que se había sometido varios años antes.

Veruska se desató las sandalias, dejó caer su falda, se quitó la blusa y en ropa interior caminó contorneándose en dirección a Lukas que plantado junto a la puerta de la habitación la miraba como hipnotizado con sus grandes ojos grises más abiertos de lo normal, notando que bajo las pequeñas bragas del travesti se insinuaba un miembro de buen tamaño.

—*¡Desvístete!* —le ordenó Veruska y el contacto de una mano sobre sus genitales le produjo a Lukas una sensación indescriptible que lo hizo reaccionar para obedecerle inmediatamente, y cuando también el quedó en ropa interior el travesti lo miró de arriba abajo con detenimiento—. *Muéstrame la manera como caminas, chamo, ve hasta la ventana y regresa* —le indicó, con un ademán amanerado de su mano quebrada que él obedeció de inmediato como si se lo hubiera pedido su madre, y sin forzar ningún comportamiento diferente al suyo mismo—. *¡Pero mírate!* —gritó el travesti con su alocada actitud histriónica mientras que buscaba algo entre los cajones de su *closet*—. *Quítate esos horribles interiores de hombre que te hacen ver ridículo, parecen pañales, y ponte estas bragas, están nuevas* —le aclaró ofreciéndole una prenda diminuta y continuó—. *Ojalá a mí se me diera de manera natural la forma como tú te mueves y tus proporciones, chamo, si supieras el trabajo que me ha costado conseguir todo esto* —le dijo señalándose a sí misma de arriba abajo con los dedos de sus dos manos y aseguró—: *Estoy completamente segura de que vas a ser la travesti más linda de este vecindario.*

Y Lukas, que la escuchaba mientras que se ponía las bragas que le acababa de entregar, se sintió halagado por sus elogios.

—*Ahora déjame verte de nuevo* —le pidió Veruska señalando la ventana.

Entonces Lukas caminó más amaneradamente que de costumbre y al terminar giró sobre sus pies poniendo sus brazos en jarras, haciendo una pose de inocente sensualidad acompañada por una sonrisa deslumbrante que el travesti, sorprendido, observó en silencio.

En esta ocasión, como en las que vendrían después, no hubo preámbulo, ni caricias, ni besos en la boca como se lo imaginaba Lukas fantaseando en solitario, simplemente, apartando el toldillo, Veruska se sentó en el borde de su cama y le ofreció su miembro.

—*Ven, acércate, arrodíllate a mis pies, chamo, ¡lámelo todo y lo chupas como si estuvieras comiéndote el helado que más te gusta, el que viniste a buscar!*

Lukas nunca se había imaginado haciendo algo como eso y al acercarse percibió su olor natural matizado con alguna fragancia femenina y no supo si lo que estaba a punto de hacer le gustaba o le repugnaba, él no estaba seguro de nada en ese momento, pero tenía claro que esa noche estaba allí por su propia voluntad y justamente en busca de lo que estaba a punto de ocurrir.

En el estado en que se encontraba el pene de Veruska era al menos tres o cuatro centímetros más largo que el de Lukas, y aunque tenía un glande pequeño y puntiagudo, se ensanchaba notablemente hacia la mitad y se reducía ligeramente antes de llegar a su base, él pensó que era como un pez, uno que estaba lejos de caberle por completo entre la boca y le fascinó que ella tenía el pubis perfectamente depilado.

El travesti le pidió a Lukas que se acomodara boca abajo sobre el borde de la cama, colocó dos

almohadas debajo de su estómago para levantarle el trasero y sacando un tubo de lubricante de su mesa de noche se lo untó generosamente introduciéndole sin reparos uno de sus dedos por el ano.

—*Sé que te va a doler, pero puedes estar seguro de que en poco tiempo comenzarás a disfrutarlo de verdad, y entonces te sentirás como la chica que anhelas ser, la que llevas por dentro* —le dijo.

Lukas sintió que el pene de Veruska se deslizaba sin dificultad gracias al lubricante causándole una vaga incomodidad que rápidamente se convirtió en una experiencia dolorosa, pero, a pesar de sus lamentos, el travesti se lo introdujo hasta que sus cuerpos estuvieron unidos y se detuvo para hablarle al oído.

—*Vamos, chamo, relájate para que no te duela mucho, pon todo de tu parte y trata de disfrutarlo, yo estoy segura de que siempre me recordarás por esto.*

Más que la expresión de un sentimiento genuino de consideración, las palabras de Veruska le sonaron a Lukas como si le estuviera leyendo el guion de un corto ritual de iniciación, pero lo motivaron a hacer su mejor esfuerzo, aunque por más que lo intentaba no podía relajarse en ese momento en que todos sus sentidos estaban exacerbados por la consumación de ese acto.

Cuando Veruska comenzó a moverse a Lukas se le hizo insostenible el dolor y cuando la fuerza y el ritmo con que lo hacía aumentaron de intensidad se le escurrieron las lágrimas, pero justo cuando parecía que el sufrimiento no podría ser mayor y le era imposible tolerarlo por más tiempo, algo en lo profundo de su mente le hizo saber que no quería desperdiciar ese momento de la manera como lo estaba haciendo, que ese dolor era como un nuevo nacimiento y que, en realidad, no había nada en el mundo que deseara más que aquello que le estaba ocurriendo, y así pudo continuar hasta que al cabo de varios minutos el travesti eyaculó entre gritos afeminados de placer.

Durante ese encuentro Lukas asumió espontáneamente la actitud de satisfacer a Veruska sin importarle nada, descubriendo en esa experiencia el curioso deseo de someterse a ella por completo y, aunque todo en ese acto fue una dolorosa novedad, ser dominado de esa manera fue, sin la menor duda, lo que más le agradó.

Apenas terminó exhausto por la fuerza y el ritmo con que le había penetrado, el travesti le dio un beso en la nuca y sacó su miembro con un movimiento rápido que le causó a Lukas una ardorosa sensación, y entonces se tumbó boca arriba en la penumbra sobre los tendidos blancos de su abullonada cama.

—*Para ser tu primera vez lo hiciste muy bien, chamo...* —le dijo mirando hacia el techo.

Lukas se incorporó de inmediato para entrar al baño de la habitación en donde se limpió lo mejor que pudo, se vistió utilizando las bragas que Veruska le había dado y sintió una gran urgencia por salir de ahí.

—*¡Vuelve cuando quieras, chamo!* —alcanzó a gritarle Veruska mientras que él bajaba velozmente por la escalera repitiendo esas palabras en su mente, pasó por el salón y salió de la casa cruzando el antejardín para correr en medio de las luces de la noche hasta el apartamento en donde su madre, aún despierta, descansó al sentirlo entrar.

Ese episodio ocurrió cuando Lukas adelantaba su último año escolar y a partir de ese día él comenzó a darle rienda suelta a un impulso incontrolable que le llevaba a frecuentar la casa de Veruska.

Sin haber cumplido los dieciocho años Lukas se graduó de la secundaria, fue aceptado en la

universidad pública para estudiar la carrera de leyes y durante los años siguientes continuó visitando el Salón Veruska, en donde aprendió a vestirse, a maquillarse y a comportarse como ella, mientras que voluntariamente ayudaba con tareas sencillas, sintiendo que el trabajo que hacía estaba más que compensado porque allí podía exhibirse tranquilamente delante de la clientela vestido de mujer, y en ese espacio seguro fue adquiriendo gradualmente la confianza que necesitaba para dar el paso de salir a la calle arreglado de la forma en que anhelaba para reafirmar su feminidad.

En el salón trabajaba Berenice, una mujer humilde que se encargaba de que todo estuviera en orden y guardaba silencio sin mostrar ni la menor señal de desaprobación por lo que allí ocurriera o dejara de ocurrir.

Cuando Berenice se encontraba en el salón utilizaba un uniforme negro de sirvienta francesa, un vestido enterizo de tela de algodón que le llegaba por debajo de las rodillas e incluía un delantal, una cofia y unos guantes blancos que Veruska le proporcionaba para crear una imagen de refinamiento frente a la clientela, y Lukas observaba tanto su actitud servicial como su vestimenta con una cierta e indescriptible fascinación.

Berenice era una mujer dulce que siempre tenía palabras amables para Lukas, a quien le tomó afecto y por eso no dejaba de decirle, cada vez que podía hacerlo, que su destino debía estar lejos de allí, porque en esa casa solo encontraría sufrimientos.

Sin que nadie se lo hubiera pedido, Lukas adoptó espontáneamente una versión propia del uniforme de Berenice que compró en una tienda especializada e hizo arreglar de una costurera, asegurándose de que se ajustara a su cuerpo y que la falda cayera por encima de sus rodillas, y vestido de esa manera comenzó a ayudar con los quehaceres del salón y se sentía feliz haciéndolo.

Lukas fue un excelente estudiante en la facultad de leyes en donde nadie sospechaba que su vida se partía en dos, pues era una cuando su madre se encontraba en la ciudad y él se comportaba amorosamente en su entorno familiar, o asistía a sus clases y otra cuando trabajaba sin remuneración exhibiéndose en su pequeño uniforme negro de sirvienta dentro del Salón Veruska.

Como era frecuente en algunos de los estudiantes época se dejó crecer el cabello por debajo de los hombros y en la universidad lucía como un joven rebelde, pero con su rendimiento académico extraordinario lograba que cualquier impresión poco convencional que su imagen pudiera despertar a primera vista se borrara rápidamente de la mente de sus profesores y también de sus compañeros, que llegaron a conocerle por sus admirables capacidades, su memoria infinita y su inteligencia jurídica.

Para eliminar los vellos faciales que no deseaba, Veruska lo depilaba con cera y eso era solo el principio, porque cuando tenía tiempo disfrutaba depilándole las piernas, las axilas y el pubis, y Lukas lo toleraba todo protestando fingidamente, porque en realidad le fascinaba el resultado final de esas sesiones y adoraba que su cuerpo adquiriera un aspecto terso y femenino.

Veruska era diez años mayor que Lukas y gozaba de su compañía que en poco tiempo se tornó familiar en el salón, fue ella quien un día cualquiera comenzó a decirle Lulito, un sobrenombre cariñoso que después de un tiempo estilizó para llamarle Lully.

Con total desprendimiento, Veruska le regalaba algunas prendas de ropa que tenían solo una postura e inclusive algunas que no había llegado a utilizar, y desde entonces una buena cantidad de ropa femenina comenzó a acumularse en el guardarropas de Lukas, hasta que le fue imposible ocultarla

de los ojos de su madre, que tenía por costumbre revisarlo de vez en cuando para asegurarse de que todo estuviese en orden.

Antes de cumplir los veinte años y aprovechando las frecuentes ausencias de su madre, Lukas comenzó a salir a la calle arreglado como un travesti, y haciendo gala de un comportamiento sensual e histriónico caminaba sin rumbo a altas horas de la noche por los alrededores de la avenida Libertador.

El hermano Miguel

Los domingos, cuando sus viajes como azafata internacional se lo permitían, Alicia asistía acompañada por su hijo a la celebración de la misa de siete de la noche en la iglesia católica más cercana a su apartamento, la que estaba anexa al complejo educativo en donde Lukas estudió desde sus primeros años.

Aunque no era tan antigua como parecía, esa iglesia estaba construida en piedra, tenía un campanario cuadrado y tres grandes naves, sin duda, era un lugar imponente, un sitio de recogimiento en donde ella encontraba la paz que necesitaba para recobrar sus fuerzas y seguir trabajando con tanta dedicación, como lo hacía, para asegurar el futuro de su hijo y, aunque a él esa edificación le parecía sombría, se había acostumbrado a acompañar su madre, a quien le gustaba sentarse en la primera banca frente al altar y por esa razón los dos se habían vuelto conocidos de los sacerdotes que oficiaban y del sacristán que siempre estaba presente.

El hermano Miguel administraba la iglesia con dedicación y podría decirse que era la única persona indispensable allí, porque solamente él sabía en qué lugar se encontraba cada cosa y conocía a la perfección lo que se debía hacer para decorar y organizar todo lo necesario a lo largo de los diferentes ritos del calendario litúrgico. Además, era el encargado de las llaves del complejo religioso, así que su responsabilidad no era poca, pero él la asumía con entusiasmo.

Lukas estaba llevando esa doble vida y manejaba en el más absoluto secreto sus visitas al Salón Veruska y las salidas nocturnas en las que caminaba vestido como una mujerzuela a altas horas de la noche por los alrededores de la avenida Libertador, pero en ocasiones se detenía a pensar en lo que estaba haciendo y, aunque no era, en absoluto, una persona religiosa, encontraba en la iglesia un lugar tranquilo para reflexionar.

Así que cuando Alicia no estaba en la ciudad él seguía su rutina, asistía a la misa y se quedaba sentado algunos minutos después que los feligreses se habían marchado cuando el recinto quedaba en silencio y trataba de encontrar en su mente las respuestas a todo ese asunto tan fuera de su control.

—*¿A quién podría afectar que yo sea como soy?* —se preguntaba y concluía—: *¡A nadie!*

Estaba en ello cuando una voz grave le habló al oído sacándolo de los pensamientos en que se encontraba sumido.

—*Hola muchacho, ¿en dónde está hoy doña Alicia?*

—*Está en Madrid, hermano* —contestó Lukas sorprendido.

—*¿Y su padre?, nunca le he visto por aquí.*

—*Ni yo, hermano, él no vive con nosotros...*

El hermano Miguel Aguirre rondaría los cuarenta y cinco años y hacía por lo menos veinte que se había dedicado a administrar esa iglesia, era un tipo alto, grueso sin ser gordo, medio calvo, con unas orejas y una nariz prominentes y unas facciones fuertes, pero en contraste con su aspecto era un

hombre amable que se había acostumbrado a verlos en la primera banca los domingos durante la última misa del día.

—*¿Le preocupa algo en especial el día de hoy?* —le preguntó perceptivamente el hermano al ver que Lukas seguía ahí sentado después de que todos los demás feligreses se habían marchado.

—*No, hermano, es solo que tengo algunas cosas en la cabeza y este es un buen lugar para pensar en ellas.*

—*Estoy seguro de que lo es, pero yo ya tengo que cerrar las puertas, si quiere puede acompañarme y me cuenta algo de todas esas cosas que tiene en la cabeza.*

Una vez que cerró las enormes puertas de la iglesia, Lukas siguió al hermano por un costado del altar hasta la sacristía, en donde él le ofreció una butaca para que se sentara mientras que terminaba de limpiar meticulosamente los ornamentos y de cepillar las vestimentas utilizadas por el sacerdote durante el rito antes de colgarlas en un gran mueble.

—*No me imaginaba este lugar.*

—*Esta es mi oficina, muchacho* —se explicó el hermano alegremente.

—*Ya veo.*

—*Y esto es lo que hago cuando terminan los oficios religiosos.*

—*¿Todos los días?*

—*Casi todos, descanso los lunes y los martes, pero la actividad es bastante intensa los fines de semana, especialmente los domingos en que se ofrecen hasta seis misas.*

—*¿Y qué hace en sus días libres, hermano?*

—*Visito a mis padres, me gusta mucho la música clásica y las buenas películas, así que a veces asisto a conciertos de la orquesta filarmónica o voy al cine y tengo una buena colección de discos que escucho en mi habitación.*

—*Pero usted no es un sacerdote, ¿cierto?*

—*No, yo soy solamente alguien que ha dedicado su vida a ayudar en la iglesia a cambio de un lugar para vivir.*

—*¿Y por qué usa sotana?*

—*Es algo que acostumbro a hacer porque ver merodeando por ahí a alguien vestido de particular durante los ritos le puede parecer extraño a los feligreses y, en realidad, es cómodo, tanto que he llegado a habituarme, es mi uniforme de trabajo muchacho.*

—*¿Y no se aburre, hermano?*

—*En absoluto, hay mucho que hacer y, además, lo tengo todo, no me pagan propiamente un sueldo, pero yo mismo administro las limosnas, consigno la cuota de la iglesia, le pago al sacerdote de turno por sus oficios, cancelo los gastos especiales ocasionados por los distintos ritos y como sobra un poco, ese es mi pago.*

—*Ah, no me imaginaba lo que se hacía con las limosnas.*

—*Es que mantener todo esto cuesta, especialmente en esas fechas en las que se debe cambiar la decoración, comprar flores, pagar músicos y hacer una infinidad de cosas, como ocurre durante la Semana Santa y la Navidad.*

—*Por lo que veo usted permanece bastante ocupado aquí, hermano.*

—Sí, es cierto, aquí tengo que hacer lo que tengo que hacer, aunque también tengo mis ratos de descansos en medio de esta gran rutina, ¿le gustaría ver mi colección de discos, muchacho?

Cuando el hermano terminó sus tareas ambos salieron por la puerta trasera de la sacristía hacia el claustro y caminando por senderos flanqueados de plantas florecidas encontraron la escalera que los condujo hasta el segundo piso, a un amplio corredor abierto en arcos hacia el jardín que acababan de atravesar, por el que llegaron hasta la puerta de su habitación.

Sobre pisos de mármol rústico y entre altas paredes de piedra que le daban un aspecto monacal, había un cómodo apartamento dotado con un baño, una habitación espartana y un confortable estudio en donde se encontraban clasificados y en perfecto orden cientos de acetatos enfundados en carátulas de cartón, la extensa colección de música clásica del hermano Aguirre.

Realmente era un aposento apacible.

—Hermano, supongo que usted tiene un nombre.

—Qué inteligente que es este chico, pero claro que tengo un nombre, como todos —se burló el hermano.

—Quiero decir... ¿cómo se llama? Para llamarlo por su nombre.

—Venga, muchacho, siéntese aquí y dígame qué música le gustaría oír.

—No lo sé, hermano, dígame usted.

—¡No me diga que nunca ha escuchado música culta, niño! —le reprochó cariñosamente el hermano.

—Pues... no, en las clases de música del colegio tal vez un poco, pero en mi casa esa música no la escuchamos.

—Entonces cierre sus ojos y oiga esto. Ah, y para su información, me llamo Miguel.

—Yo me llamo Lukas, y ahora soy solo oídos, como diría mi madre.

El hermano Aguirre sonrió al escuchar esa expresión y tomando en sus manos una vieja carátula anaranjada con un dibujo que parecía calcado de la fotografía de un pianista sacó cuidadosamente el acetato que contenía, retiró el plástico que lo protegía y con gran cuidado lo colocó sobre el tornamesa de su equipo de sonido.

Un leve chasquido se escuchó cuando la aguja cayó sobre el disco mientras que el sello rojo con el inconfundible símbolo comenzaba a girar y al instante los parlantes dejaron escuchar una interpretación de la sonata *Claro de Luna*.

Haciendo caso a las instrucciones del hermano, Lukas cerró sus ojos y dejó que la música lo transportara a un lugar completamente desconocido de su mente.

—No sabría cómo describir esto, solo sé que me ha llegado hasta lo más profundo —dijo Lukas visiblemente impactado cuando la pieza musical terminó—. ¿Quién interpreta esa tonada?

—Esa tonada, como le dice, niño, es una gran pieza musical, ¡una obra maestra! —le reprochó el hermano por la forma inadecuada como se refería a ella y a continuación le explicó—: Claro de Luna es una obra inmortal y la reproducción que acaba de escuchar la interpreta un gran pianista que se llamaba Arthur Rubinstein, pero tenga presente que quien la compuso fue Beethoven.

—Ah...

—Es un buen principio, muchacho, pero ahora tengo que cerrar todo y debe marcharse, espero volver a

verlo pronto.

Entonces, el hermano condujo a Lukas desde su habitación hasta una puerta lateral del gran complejo religioso y mirándole afectuosamente se despidió dándole un cálido apretón de manos.

—Si viene en sábado, a la misa de seis de la tarde, que ese día es la última, tal vez podamos oír otras obras, y si tiene tiempo y paciencia, yo podría ensañarle algo sobre la buena música.

Lukas no supo cómo tomar ese ofrecimiento y pensó que ese hombre podría querer utilizarlo para satisfacer alguna inclinación, pero con todo y sus dudas el sábado siguiente llegó al finalizar la misa de seis y esperó pacientemente a que el hermano cerrara las puertas de la iglesia para acompañarle de nuevo en la sacristía mientras que terminaba sus quehaceres, y después le siguió hasta su habitación donde él preparó una jarra de té que revolvió con algunos trozos de hielo, como lo haría en adelante durante todas sus visitas.

El hermano le enseñó a Lukas cómo eran, cómo se llamaban y cómo sonaban los instrumentos de la orquesta, a distinguir su sonido característico entre todos los demás y a conocer la estructura de las distintas piezas musicales y, con el tiempo, le fue dando a conocer los más grandes compositores de la historia de la música clásica, sus más grandes obras y los más reconocidos intérpretes.

El pintor

Se ocultaba el sol una tarde en que Lukas caminaba hacia su apartamento desde la estación del metro cuando se encontró sobre la acera una gruesa billetera, parecía que a alguien se le había salido del bolsillo sin darse cuenta, la recogió sin atreverse a abrirla y se acercó a la entrada de la casa que se encontraba en frente para pulsar el timbre.

Al momento, un personaje alto con aspecto desaliñado abrió la puerta y le saludó.

—*¿En qué puedo ayudarte, chaval?*

—*Encontré esta billetera y quería saber si le pertenece a alguien de esta casa.*

El hombre se llevó de inmediato la mano al bolsillo trasero de su pantalón haciendo una expresión de preocupación seguida por otra de gran alivio.

—*Mira que me has salvado la vida, ¡he!* —le agradeció con un inconfundible acento español y continuó—. *No encuentro cómo agradecerte lo que has hecho por mí, y no solo por el dinero, que hoy he comprado algunos bolívares, como por mis documentos de identificación, ¡en verdad me has evitado un gran problema, chaval!*

—*Qué bueno que yo la encontré antes de que alguien se la hubiese llevado* —le respondió Lukas sintiéndose satisfecho.

Aquel hombre debía tener cerca de cuarenta años y, a juzgar por su aspecto descuidado, era un personaje excéntrico que bajo esas circunstancias solo tenía palabras de agradecimiento y le hizo seguir a su casa.

En el interior, en medio de un desorden descomunal, muchos lienzos sin enmarcar se arrumaban recostados contra las paredes y uno de ellos estaba puesto sobre un caballete de madera al lado de una mesa rústica de trabajo, donde en el más absoluto caos se encontraban varios pinceles y muchos colores mezclados sobre una gran paleta, todo allí olía intensamente a trementina.

—*¿Eres pintor?* —le preguntó Lukas sorprendido.

—*Sí, a eso me dedico, hace unos días que llegué de Barcelona para participar en una exposición y he traído conmigo todas estas obras que ahora mismo estaba retocando y firmando para entregárselas al curador.*

—*Son muy bonitos... o, más bien, ¡impresionantes!* —exclamó maravillado Lukas.

—*Gracias, ¿y tú qué haces?*

—*Yo estudio leyes y estaba regresando a mi casa cuando me encontré su billetera.*

—*¿Te gustaría acompañarme a cenar, chaval? Estoy solo esta noche y ahora mismo estaba pensando en descansar un poco antes de seguir con mi trabajo. Vamos, déjame atenderte en agradecimiento.*

Algo en ese hombre intrigaba a Lukas, y como esa noche su madre no se encontraba en la ciudad, sin pensarlo mucho aceptó la invitación.

—*Muchas gracias, espero no molestarle.*

—No te preocupes, puedo tomarme un descanso para cenar en tu compañía, ¿cómo te llamas?

—Lukas.

—Yo soy Ferdinando y, como ves, soy pintor, pero venga, acompáñame a la cocina.

El hombre sirvió dos vasos de vino tinto y puso sobre la mesa un bloque de jamón serrano, media tortilla española, un par de platos, algunos cubiertos en desorden y lo invitó a sentarse.

—Como artista debo decirte que tienes una cara perfecta de angelito renacentista —observó Ferdinando en son de broma, reparando en las facciones perfectas y la cara lampiña de Lukas mientras que cortaba con habilidad finas lonjas del bloque de jamón.

—Nunca nadie me había dicho algo como eso! —exclamó Lukas sin saber qué pensar de ese comentario.

—Pues mira que así es, ni que posaras para Rafael.

—¿Rafael?

—Vamos, el genio de la pintura renacentista.

—¿Cómo son acaso los angelitos que pinta Rafael?

—¡Que pintaba, chaval! Pues nada, igualitos a ti, ¡aunque un poco gorditos y con alas! —se burló el pintor.

Lukas sintió que le invadía un sentimiento desconocido de vergüenza y sin tener idea de cómo reaccionar ante esos comentarios puso sus manos en jarras en una pose totalmente afeminada y trató de confrontarlo.

—¿Acaso tienes algo en contra de los gais? —le preguntó identificándose a sí mismo por primera vez de esa manera en frente de alguien y dispuesto a salir de esa casa inmediatamente si fuera necesario.

—Vamos, de ninguna manera —dijo el hombre tranquilizándole—. Que estoy jugando contigo, relájate, yo solo quiero mostrarte mi agradecimiento y para tu información, yo también soy gay, solo que a mí no me excitan para nada todas esas plumas que a ti te sobran —concluyó Ferdinando dándole una explicación breve sobre su orientación sexual, que Lukas no comprendió, y al terminar de cenar le despachó con su tosco acento—. Ahora vete, que yo tengo mucho que hacer aquí. ¡Ah! Pero si vuelves una tarde de la semana que viene tal vez pueda pintar un cuadro con tu cara de angelito.

—¿Es en serio? —le preguntó Lukas intrigado por la oferta.

—Es en serio, chaval, cuando haya terminado con todo este asunto de la exposición, podría hacer algunos bocetos contigo, pero por ahora vete y déjame trabajar!

Entusiasmado con la idea de que el pintor pudiera utilizarle para pintar un cuadro Lukas regresó a aquella casa varios días después a la misma hora.

—Ah... eres tú, el angelito renacentista, mira que viéndote bien estás un poco flaco para ello, pero dime, ¿cómo has estado, chaval?

—Muy bien, pero... ¿qué ha hecho con todos sus cuadros? —le preguntó al ver que el espacio que unos días antes había estado lleno de lienzos pintados se encontraba completamente desocupado.

—Los han llevado a la galería y se han vendido todos, la exposición ha sido un éxito. Ahora tengo que comenzar a pintar de nuevo y tú vas a posar para mí.

—Yo no tengo idea de cómo posar para usted, pero dígame qué tengo que hacer.

—Es fácil, chaval, te sacas todo lo que llevas encima, te paras, te sientas o te acuestas frente a mí

caballete tal y como yo te lo ordene, dejas de pensar y simplemente sigues todas mis instrucciones.

—Pero...

—No hay pero, además, te voy a pagar por ello.

—¿Me va a pagar por posar desnudo para usted?

—Has entendido bien, te voy a pagar —le confirmó el pintor con su sonrisa franca.

Acordaron que Lukas posaría tres veces a la semana, el pintor quería que lo hiciera con la luz de la tarde y pensaba que seis sesiones de dos horas cada una serían más que suficientes para capturar la esencia de aquello que buscaba.

Lukas se comprometió a visitarle los lunes, los miércoles y los viernes durante las dos semanas siguientes, y lo mejor era que por cada una de esas sesiones el artista le pagaría más o menos la misma suma que él le cobraba a sus clientes en la avenida, de tal manera que el trato era bueno.

Posar desnudo fue una actividad del más puro exhibicionismo y vencida la vergüenza que le produjo inicialmente, Lukas comenzó a obedecer sumisamente las órdenes que le daba el pintor escuchando los comentarios desaliñados que hacía sobre el natural amaneramiento de sus movimientos y sobre las formas andróginas de su cuerpo lampiño, y, curiosamente, a disfrutar de la mirada de ese hombre que le escudriñaba metódicamente plasmando en sus bocetos algo que solo sus ojos veían.

Ferdinando nunca acosó a Lukas con pretensiones que fueran más allá de lo necesario para hacer sus bocetos y las sesiones de trabajo se desarrollaron tranquilamente entre toscas órdenes que matizaba con bromas. Fueron horas extenuantes, pero el artista le pagaba puntualmente lo convenido.

El día de la última sesión Lukas llegó a la casa del pintor según lo acordado, pero no encontró el sitio de trabajo arreglado como de costumbre y, en su lugar, un lienzo fresco estaba sobre el caballete en la mitad del salón.

En aquella obra los trazos azarosos de los bocetos del pintor habían adquirido una forma y una fuerza inexplicables, dándole vida a una imagen que misteriosamente surgía entre pinceladas erráticas en la que Lukas se reconoció, y vio retratada de una manera que le era imposible comprender toda la ambigüedad de su disforia y la angustia de su azarosa búsqueda de un lugar en el mundo.

—¿Ese soy yo? —le preguntó y el pintor acostumbrado a expresarse con crudeza le explicó:

—Eso es lo que yo veo cuando te miro, porque, a pesar de las delicadas líneas que te caracterizan, caminas al borde de un abismo. Si no caes en él y si algún día te encuentras a ti mismo, sabrás que nunca serás la imagen principal de tu propio cuadro, y como un angelito renacentista decorarás la obra en la que el personaje principal será alguien más. Tómallo, es para ti, es mi regalo.

Lukas no comprendió bien lo que Ferdinando le acababa de decir y algunos días después el pintor regresó a Barcelona, así que se quedó sin la posibilidad de terminar esa conversación para aclararlo.

Travesti

El apartamento en que Lukas creció junto a su madre estaba situado en el tercer piso de un edificio sobre la avenida Los Samanes, a corta distancia de la avenida Libertador, y desde allí le tomaba pocos minutos llegar caminando hasta esa zona de la ciudad en que usualmente se exhibían los travestis a altas horas de la noche.

Cuando comenzó a hacerlo él pasaba cerca de una hora transformándose frente al espejo y entonces salía sigilosamente, bajaba apoyándose en las barandas de la escalera, pasaba por la recepción del edificio cruzando sus dedos para no encontrarse con alguno de sus vecinos y alcanzaba finalmente la calle en donde caminaba liberando todo su afeminamiento hasta la avenida Libertador, adquiriendo destreza para desenvolverse con naturalidad sobre los zapatos de tacón alto que utilizaba para esas faenas.

Sin tener claro lo que le impulsaba, se paseaba esperando que alguien se interesara en su compañía, pero cuando esto no ocurría rápidamente tomaba la avenida Quito hasta la Plaza Venezuela y regresaba a su apartamento con los pies adoloridos.

Esta caminata nocturna era una descarga de adrenalina que comenzó a hacer dos o tres veces cada semana muy cerca de la media noche cuando muchos otros travestis concurrían en ese lugar, mimetizándose en ese entorno de prostitución y exhibicionismo.

Aunque al principio trató de convencerse de que su propósito al salir a la calle vestido de esa manera era solamente el de exhibir públicamente su anhelado cambio de identidad de género, explorando sus límites y con más frecuencia de la que él mismo encontraba razonable, terminaba aceptando invitaciones de desconocidos que le ofrecían dinero a cambio de compañía.

—*Hola, ¿cómo te llamas?* —le preguntaba una voz desde el interior de alguno de los coches que se detenían ocasionalmente a su lado.

—*Lully* —contestaba él, acentuando una afeminada actitud histriónica.

—*¿Te gustaría dar un paseo conmigo?*

Siguiendo los consejos de Veruska que le había instruido sobre el manejo de ese momento al que debía prestar toda su atención para no cometer un error que le llevara a tomar riesgos innecesarios, si el coche parecía nuevo y costoso él se inclinaba desde lo alto de sus tacones para mirar con mayor detenimiento al hombre que lo conducía y aplicaba reglas elementales antes de tomar la decisión de aceptar o rechazar su propuesta.

En primer lugar, no podía tratarse de alguien ni remotamente conocido, tampoco debía ser demasiado joven o viejo, pero sí guapo, estar sobrio y, sobre todo, hablar de manera amable y, en general, parecer una buena persona.

Si el sujeto no cumplía con estos requisitos básicos Lukas se limitaba a disculparse amaneradamente diciéndole que esperaba a su novio que pasaría a recogerle en cualquier momento y se

alejaba caminando por la avenida ignorándole mientras que los hombres rechazados insistían un poco, pero terminaban por marcharse frustrados, muchas veces enfadados y no en pocas ocasiones le insultaban antes de alejarse.

Pero si el interesado cumplía los requisitos, él se subía a su coche, negociaba el precio de sus servicios y cumplido el propósito, dentro del coche o en algún hotel para parejas de la zona, volvía a dejarle en el lugar en que le había recogido después de pagarle lo convenido, y entonces regresaba satisfecho a su apartamento.

Las noches en que Alicia se encontraba en la ciudad descansando de sus frecuentes viajes o durante sus vacaciones, cuando pasaba un par de semanas continuas en Caracas, si Lukas no podía reprimir el impulso de salir, trasladaba sus preparativos al salón en donde su amiga disfrutaba arreglándole.

En algún momento de su vida Veruska también había caminado exhibiéndose por esas calles que ahora recorría Lukas y conocía ese entorno, pero se había alejado de todo eso desde el momento en que uno de sus amigos fue asesinado por un sujeto que le recogió una noche en la avenida. Lo cierto era que el cuerpo de Veruska presentaba un par de cicatrices como testigos silenciosos de situaciones sobre las que ella nunca quiso contarle nada.

A su manera, Veruska procuraba que Lukas entrara tan prudentemente como fuera posible en el mundo complejo de marginalidad en que ella había vivido desde siempre.

—*No te digo que no lo hagas porque yo misma lo hice durante algún tiempo, pero debes saber que es peligroso.*

—*¿Por qué?*

—*No lo sé, pero ocurre y debes tener los ojos bien abiertos, que tú y yo nacimos en este mundo marcadas por una condición que la sociedad considera inaceptable.*

A pesar de todo, a Veruska le gustaba arreglar a Lukas para que saliera en busca de las experiencias que tanto deseaba y jugaba maquillándole como una *femme fatale*.

—*Me gusta mucho verme cuando tú me maquillas* —le comentó agradecido una noche Lukas antes de salir.

—*Así te ves preciosa, mi Lulito* —le contestó ella afectuosamente.

—*Lo digo porque me siento como una puta cara... ¡y curiosamente eso me encanta!*

—*Recuerda que salir a caminar por la avenida a la media noche no es para angelitos y, al menos, por ahora eso es lo que tú quieres ser, querida, una puta.*

—*¡Gracias!* —le respondió Lukas irónicamente y se quedó pensando.

—*Solo espero que sobrevivas a esta etapa de tu vida* —le dijo ella besándole en la frente para no dañar el maquillaje que acababa de aplicarle.

—*Si tú lo dices... ¿te gusta cómo me veo?*

—*Ya te lo dije una vez, sin duda alguna, tú eres la travesti más linda de este vecindario, pero no olvides que a muchos enfermos que andan sueltos por ahí les pareces la peor escoria del mundo.*

—*Eso suena aterrador, Veru.*

—*Sonará horrible, pero tristemente es cierto, porque por el simple hecho de ser como eres y sin hacerle mal a nadie, algunos individuos que no te conocen podrían tratar de hacerte daño a la menor oportunidad.*

—¿Nos odian sin conocernos?

—Sí, y su odio sin causa es real, por eso tienes que cuidarte y no bajar nunca la guardia, porque con mayor o menor intensidad eso ocurre por aquí y en cualquier otra parte de este mundo.

Cuando Veruska le delineaba los ojos con un lápiz negro, daba a sus párpados un tono oscuro y le pintaba la boca con un lápiz labial rojo, Lukas se sentía más propenso a flexibilizar sus requisitos y terminaba envuelto en relaciones con desconocidos que al verlo arreglado de esa manera lo asediaban con mayor intensidad y hasta le pagaban mejor por sus servicios.

En todas esas andanzas Lukas fue descubriendo que realmente no le agradaba sostener relaciones sexuales con hombres desconocidos y que muchos de los tipos que se paseaban ansiosamente en sus coches buscando compañía a altas horas de la noche por los alrededores de la avenida Libertador eran personajes afectados por su incapacidad de enfrentar abiertamente sus inclinaciones, individuos abusivos, alcohólicos o drogadictos llenos de complejos y de aberraciones.

Las experiencias que vivió vendiendo su cuerpo en la avenida fueron muchas, pero finalmente terminó haciéndose a unos pocos «amigos», sujetos que, a diferencia de la mayoría, eran lo suficientemente cultos como para poder sostener una conversación, razonablemente atractivos y, sobre todo, muy generosos a la hora de pagarle por sus servicios.

En la calle descubrió también que algunas mujeres buscaban ocasionalmente la compañía de travestis y, aunque su presencia era más discreta y menos frecuente que la de los hombres que pululaban conduciendo sus coches por la zona a altas horas de la noche, ellas no faltaban y sabían muy bien lo que estaban buscando.

Era un hecho que Lukas no se veía a sí mismo acompañado sentimentalmente por otro hombre y que, a pesar de lo que hacía, sabía muy bien que nada le haría más feliz que amar y ser amado por una mujer, y se rompía la cabeza tratando de imaginarse cómo, a pesar de todo, podría llegar a encontrar una chica con quien compartir su vida sin dejar de ser quien era.

Sin darse cuenta, un día Lukas se vio completamente inmerso en esa actividad de prostitución callejera y expuesto a toda clase de malas influencias, tanto, que lo verdaderamente extraño era que no hubiera adquirido los peores vicios, la basura que frecuentemente le ofrecían sus clientes. Por fortuna, ni el alcohol ni las drogas le atraían, a pesar de las situaciones en que a diario se involucraba, sucesos que traspasaban los límites de su imaginación como ocurrió en la celebración del cumpleaños de Veruska que, para celebrar sus treinta y tres años, organizó una fiesta y elaboró una lista de invitados en la que incluyó a sus amigos y algunos conocidos, todos pertenecientes al más encumbrado ambiente gay de la ciudad.

El día del evento Lukas y Berenice arreglaron la casa para la celebración y Memo, un hombre casado con quien sostenía una relación amorosa llena de altibajos, llegó hacia las siete de la noche para ayudar con los últimos preparativos trayendo consigo una torta de cumpleaños misteriosamente decorada con una fotografía de Veruska completamente desnuda impresa sobre el fondant blanco.

Los invitados comenzaron a llegar cerca de las nueve de la noche y cuando la mayoría se encontraba presente, Lukas encendió velitas sobre la torta y se dio comienzo a la celebración cantando el *happy birthday*, el ambiente era relajado, Veruska y su novio se besaron amorosamente y ella sopló el pastel pidiendo un deseo con los ojos cerrados mientras que todos los asistentes le aplaudían animadamente.

Apropiado del papel que tanto le gustaba interpretar, Lukas disfrutaba moviéndose de un lado para otro entre los amigos de Veruska ayudando a repartir las sodas y los tragos. Esa noche se había puesto el uniforme de sirvienta al que le había hecho subir la altura de la falda y como pocos días antes, Veruska le había repasado la depilación de su cuerpo, se sentía feliz exhibiendo su figura andrógina.

La fiesta había entrado en furor cuando Lukas comenzó a apagar luces y prender velas para crear un ambiente romántico, y aunque la anfitriona no la había ofrecido, el ambiente estaba lleno de humo de la marihuana que habían llevado varios de sus invitados.

Todo transcurría en la penumbra, la noche era perfecta y Lukas mostraba felizmente un comportamiento servicial cuando, de pronto, Memo se levantó del lado de Veruska porque debía regresar a su casa ante de la media noche y eso la hizo salir de casillas.

El hombre logró salir huyendo después de recibir toda clase de insultos de la anfitriona que pasada de tragos y abandonada a mitad de su celebración se quedó mirando a Lukas y encontró sobre quién volcar toda su frustración.

—*Y tú, ¿quién te has creído para coquetear con mis amigos?* —le gritó enfurecida.

Un escalofrío recorrió a Lukas que nunca, en todos esos años, había tenido un roce con Veruska.

—*Perrita descarada, ¡ven aquí y muéstrales a todos que eres mi esclava!*

Prosiguió y tratándole despiadadamente le ordenó arrodillarse para hacerle sexo oral.

Lukas tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar su reflejo natural mientras que ella, tomando su cabeza con ambas manos, se movía con fuerza hasta eyacular profusamente, y entonces, ebria como estaba, subió tambaleándose para ir a recostarse.

Cuando regresó al salón después de asearse la mayoría de los asistentes se habían marchado, pero un pequeño grupo le esperaba para convertirle en su centro de atención.

Esa noche tuvo relaciones sexuales con varios hombres simultáneamente, algo que nunca antes había experimentado, ni se lo había imaginado, y después que el último de ellos se marchó, subió para tomar una ducha en el baño de la habitación de Veruska, pero cuando salía para marcharse la vio durmiendo plácidamente sobre su cama y se acercó para observarla a través del toldillo.

La luz del alba se filtraba por las ventanas iluminando tenuemente su rostro apenas lo necesario para permitirle confirmar que no había exagerado ni un poquito al decirle que era más linda que la mayoría de las mujeres que conocía, desatando esa tormenta de acontecimientos en que se había visto envuelto durante los últimos años de su vida.

Era domingo, y aunque había planeado regresar a su apartamento para pasar el día con su madre, no pudo resistir la tentación de recostarse junto a Veruska y después de darle un beso en el hombro se quedó dormido.

Veruska sonrió al despertarse junto a él.

—*Perdóname si te maltraté, mi Lully, estaba ebria y muy molesta porque Memo se fue temprano, ¡justo el día de mi cumpleaños!*

—*No tienes que disculparte, Veru, no te imaginas cuánto disfruté de tu fiesta.*

La calle

Lukas descubrió en carne propia que la calle que usaba como vitrina era un lugar aciago y que los travestis que se paseaban en las noches por ahí eran, en general, personajes hipersensibles con un temperamento impredecible, siempre a la defensiva y cuidando con celo la parte de la acera en la que ofrecían sus servicios, un espacio en donde no dejaban permanecer a otros travestis, llegando incluso a agredirse entre ellos cuando alguno se atrevía a traspasar esas fronteras invisibles para competir voluntaria o involuntariamente por los clientes.

Además, todos debían mantenerse en estado de alerta porque después de utilizar sus servicios, algunos de sus clientes borrachos o drogados no querían pagarles lo convenido y también porque, con alguna frecuencia, aparecerían en la zona personajes que llegaban desde los mejores barrios de la ciudad como demonios ebrios salidos de la nada y sin más propósito que agredirlos e importunarlos por su condición de género.

Frente a la agresión de esos personajes que llegaban en manadas armados de palos y cadenas, a falta de ser tan valientes como querían mostrarse al atacarlos, lo mejor que podían hacer los travestis era huir despavoridos destruyendo sus zapatos de tacón alto.

Pero si huir no era posible siempre quedaba el recurso de agruparse olvidando sus diferencias para protegerse unos a otros, dispuestos a perderlo todo, hasta la vida, por defender su derecho a ser lo que eran y a trabajar prostituyéndose como su principal fuente de ingresos para sobrevivir en medio de esa sociedad intolerante, que a la luz del día los rechazaba despiadadamente y enfrentando esa brutal amenaza formaban un círculo de aterrados muchachos vestidos de mujer que no dejaba aproximar a sus atacantes hasta que cansados o satisfechos de su inmensa estupidez decidían marcharse para ir a beber en algún otro lugar de la ciudad.

Durante los años en que caminó por esas calles Lukas no pudo evitar situaciones como esas y en más de una ocasión tuvo que huir y también se vio involucrado en terribles peleas en defensa propia cuando no pudo evitarlas, pero se defendió y defendió a los otros travestis con valor y en recuerdo de ello le quedaron moretones en el cuerpo que se curaron con el tiempo y cicatrices en el alma que perduraron para siempre. Pero entre todas las amenazas que se cernían sobre ese grupo socialmente marginado la peor era la llegada de la policía, un grupo de déspotas que vistiendo sus uniformes hacían redadas simulando estar en busca de armas, drogas o cualquier cosa ilegal que los travestis pudieran llevar consigo y los justificara, encontrando la ocasión para robarlos y abusar de ellos de manera miserable aprovechándose de su investidura.

En esas redadas los travestis eran como corderos a merced de sus matarifes que podían hacer lo que les viniera en gana con ellos, y algunos de esos sujetos eran peores que sus más perversos clientes y, aun, que los cobardes atacantes que a veces llegaban hasta la avenida para agredirlos.

Aparecían en el lugar hacia la media noche y comenzaban por reducirlos en pequeños grupos aprovechando para robarles el dinero que a esa hora pudieran haber recogido. Algunos de los agentes los obligaban a hacerles sexo oral y ante cualquier señal de resistencia los golpeaban con sus bastones de dotación amparados en el terrible miedo que con mucha razón les tenían esos chicos por la capacidad de estos déspotas con placa para hacerles impunemente cualquier mal mayor.

La llegada de la policía producía una estampida sobre la avenida y la mayoría de los travestis se escabullían corriendo por las calles aledañas descalzos o destruyendo sus zapatos de tacón alto, pero aquellos que caían en las manos de los uniformados sufrían injustamente por su arbitrariedad.

Más de una vez a Lukas le ocurrió esta desgracia y fue asaltado por estos maleantes que le robaron y le maltrataron, pero en una de esas ocasiones sufrió el peor de los abusos.

Atrapado, luego de haber sido perseguido por varias calles, con la ropa desgarrada y golpeado por tratar de resistirse al arresto, le fue entregado al teniente que dirigía el operativo, un hombre que lo encerró dentro del vehículo utilizado para llevar a la comisaría los delincuentes capturados, y mientras que un par de policías custodiaban la puerta, con su pistola al cinto abusó de él con una violencia inusitada.

El teniente jadeaba como un animal mientras que lo penetraba diciendo cosas que Lukas jamás se imaginó que pudieran salir de la boca de un ser humano antes de expulsar todo su odio adentro de él, y después de satisfacer sus instintos esa bestia lo sacó a golpes del vehículo vociferando toda clase de improperios.

Brutalmente lastimado, sangrando por la boca y la nariz, esa noche Lukas se sintió en peligro de muerte, vivir ese momento ensombreció su espíritu y para seguir adelante con su vida tuvo que comenzar por tomar una ducha de varias horas para limpiar los rastros de ese episodio que borró de su memoria como si nunca hubiese ocurrido.

Rebecca

Caminaba por los alrededores de la avenida Libertador imitando la manera de moverse de Veruska cuando aquella mujer lo vio desde su coche y percibió en él ese algo que lo hacía diferente de los demás travestis, así que esperó el momento preciso para abordarlo cuando él tomó por la avenida Quito en dirección a la Plaza Venezuela, dándole la oportunidad perfecta para detener el coche a su lado y hacerle una extraña e inesperada propuesta.

—*Hola, ¿quieres venir a jugar un rato conmigo?* —le preguntó con su tono de voz sensiblemente más grave que el común de las mujeres.

—*¿A jugar? ¿A qué te gusta jugar?* —le preguntó Lukas extrañado por esa manera tan particular de abordarlo.

—*A dominarte para hacerte gozar como mi esclava.*

—*¿Qué?*

—*Si vienes conmigo te voy a enseñar todo sobre el verdadero placer. ¿Vienes?*

—*¿El verdadero placer? No te entiendo.*

—*Sí, te someteré hasta que amanezca.*

—*Te va a costar...*

Fue lo único que se le vino a la cabeza a Lukas, sin entender por qué no rechazaba de inmediato tan extraña propuesta, y se subió con dificultad al pequeño coche deportivo italiano de color rojo en que ella le llevó velozmente hasta su lujoso apartamento.

Por el camino Lukas iba sintiendo de nuevo esa sensación de saltar al vacío, un presentimiento de que en esa mujer solo encontraría la oscuridad de la noche.

Hija de un general que después de años de servicio había llegado al más alto rango en el ejército, un personaje que manejaba sus relaciones familiares haciendo uso de una férrea y absurda disciplina, como si estuviera tratando soldados en los cuarteles, a sus treinta y seis años, Rebecca era una mujer enigmática de mediana estatura con el cabello negro y fríos ojos verdes.

Su cuerpo era atlético porque ella se ejercitaba practicando rutinas en el gimnasio y aunque sus músculos no llegaban a ser tan marcados como para deformar su silueta femenina, su tono era firme y le gustaba acentuarlo con las vestimentas de cuero que utilizaba en sus noches de libertinaje, atuendos con los que resaltaba sus atributos cuando salía dispuesta a satisfacer los depravados apetitos que la asediaban, perversiones que mantenía en el más absoluto secreto y no podía ni soñar en compartir con su esposo, un militar de alta graduación, al igual que lo había sido su padre, con una visión conservadora y machista de la vida, quien, para su fortuna, viajaba permanentemente por asuntos del servicio.

Rebecca comenzó por indagar si Lukas estaría dispuesto a darle gusto en satisfacer sus inclinaciones.

—*Veo que te gusta exhibirte y buscar clientes vestida como una puta barata y callejera* —anotó ella de manera ruda.

—*La verdad es que me encanta* —afirmó Lukas retándola.

—*¿Y te buscan muchos hombres para acostarse contigo?*

—*Eso es cierto, pero desde hace algún tiempo solo acepto la compañía de aquellos que en verdad me gustan y, a veces, tú sabes, llegan algunos especiales a los que no puedo resistirme.*

—*¿Y mujeres?*

—*De vez en cuando veo mujeres que andan por ahí en busca de lo no se les ha perdido. Pero tú eres la única que he conocido* —le contestó Lukas utilizando una expresión corporal extremadamente amanerada.

—*Y espero seguir siéndolo* —afirmó ella de manera sorpresiva.

—*Si eso es lo que quieres...* —aceptó Lukas dejándole saber que estaba dispuesto a jugar su juego.

—*¡Te portas muy mal!*

—*¿Cómo?*

—*Sí, y mereces un castigo por venderte en la calle.*

—*¿Un castigo? ¿Qué quieres decir?*

—*Que te voy a disciplinar, y cuando termine de entrenarte serás mi esclava.*

Lukas estaba perplejo, pero no opuso resistencia cuando ella le obligó a ponerse boca abajo sobre sus rodillas y le dio unos cuantos azotes en las nalgas utilizando una corta y gruesa correa de cuero, un objeto que atesoraba porque su padre lo usaba para castigarle durante la infancia por sus supuestas faltas.

A pesar de sus azotes, Lukas no mostró ninguna intención de marcharse, estaba en *shock*, pero no tanto por los golpes que había recibido, más bien porque de pronto, la idea de ser la esclava de esa mujer le parecía fascinante.

Rebecca lo hizo acostar boca arriba sobre su cama y se acomodó sobre él para masturbarse refregándole voluptuosamente su vulva húmeda sobre la cara, pero lo más sorprendente de ese episodio fue que ella no tenía que exigirle a Lukas absolutamente nada, porque él, instintiva y voluntariamente, hacía lo que estaba a su alcance para proporcionarle el placer que buscaba.

Lo cierto era que Rebecca necesitaba mucho más para sentirse satisfecha y esa noche solo esperaba algunas señales que le indicaran que ese chico estaba dispuesto a someterse a ella para satisfacer sus aberraciones, señales que Lukas le daba en abundancia respondiendo a sus perversos deseos con una actitud complaciente.

En ese primer encuentro Rebecca no fue más allá y antes de despedirse le propuso a Lukas que se vieran de nuevo y le aseguró que si se lo permitía, comenzaría a enseñarle todo sobre el secreto placer de ser su esclavo.

Sin asimilar lo que eso significaba, Lukas aceptó volver a verla dos semanas más tarde en el mismo lugar en que le había recogido y entonces ella le pagó por sus servicios, y para despedirse lo besó mordiéndole los labios hasta hacerle sangrar.

Al regresar al apartamento después de la media noche Lukas se tendió sobre su cama pensando en las cosas que le había dicho y hecho esa extraña mujer, y antes de quedarse dormido se masturbó

agitadamente percibiendo con excitación el aroma que le impregnaba la cara.

Para atender su nueva cita con Rebecca, Lukas recurrió a Veruska, que le prestó unos *leggings* y un *corsette* de látex negro, y entendiendo que quería satisfacer los deseos de un cliente especial, lo maquilló pintándole los párpados de negro y los labios de rojo encendido.

El resultado final fue tan impactante que cuando Lukas salió en busca de Rebecca, con su atuendo, paró literalmente el tráfico en la calle.

Más asustado que emocionado por la reacción que ocasionaba encontró con alivio el coche de Rebecca y sorteando la dificultad de subirse con sus tacones de doce centímetros, se acomodó en él tan apresuradamente como pudo.

Una perversa satisfacción invadió a Rebecca que no podía creer que ese chico se hubiera esmerado tanto para darle gusto, y apenas terminó de acomodarse en el interior de su coche le ató al cuello un collar de cuero con taches metálicos ligado a una gruesa cadena, cuyo extremo conservó entre las manos mientras que conducía rumbo a su apartamento a gran velocidad.

Al entrar Rebecca lo hizo poner de rodillas y le ordenó guardar silencio para escucharla.

—*Cuando estés conmigo, mariconcito, debes saber que tu existencia solo tendrá sentido si me das gusto en absolutamente todo lo que yo desee y, aunque te cause dolor, me obedecerás sintiendo que mi placer es tu placer, ¿está claro?* —le instruyó usando un tono de voz autoritario.

—*Está claro, pero ¿qué es lo que quieres hacer conmigo?* —preguntó Lukas suplicante.

—*Quiero hacer muchas cosas contigo y tú me ayudarás a disfrutarlas porque desde ahora serás mi juguete.*

—*Si eso es lo que deseas...*

—*Eso es lo que deseo y espero que hayas entendido que, en adelante, cuando quieras decirme algo, te dirigirás respetuosamente a mi como «mi ama», ¿está claro?*

—*Sí, mi ama* —respondió Lukas plegándose a sus deseos, entrando de lleno y sin preámbulo en su perverso juego y ella lo miró entrecerrando sus ojos verdes.

—*Y ahora bésame los pies. Demuéstrale algo de respeto a tu ama* —le ordenó Rebecca para probarlo.

Sin oponer ni la menor resistencia, Lukas comenzó a hacer lo que esa mujer le mandaba y desde ese momento la aceptó como su «ama», un ser superior que le sometía a toda clase de vejámenes en cada uno de sus encuentros.

Rebecca aprovechaba las frecuentes ausencias de su esposo para darle rienda suelta a su depravación comportándose como una hembra agresiva que exigía sin reparos las cosas que debían hacer los compañeros que eventualmente encontraba para complacerla, pero, en general, sus relaciones furtivas no funcionaban de la manera como ella lo deseaba y, por eso, desde hacía algún tiempo se había decidido a buscar entre los travestis que se prostituían en la calle, chicos que por una pequeña suma de dinero simulaban estar complacidos con su inusual comportamiento.

Ella fue la primera mujer con la que Lukas tuvo relaciones sexuales cuando se encontraba sobre los veinte años y le enseñó todo sobre el placer que podía experimentar al someterse y, más que eso, al humillarse frente a una mujer dominante que disfrutaba usándole y maltratándole, lo que para su propia sorpresa le hacía sentir a gusto.

En su círculo social, Rebecca era la perfecta esposa de un coronel que gozaba de una intachable imagen pública, por eso se cuidaba de mantener en el más absoluto secreto su lado oscuro y estaba feliz de haber encontrado a Lukas, un chico sumiso por naturaleza, un hermoso travesti de veinte años que le permitía materializar sus deseos más perversos liberándola de cualquier asomo de culpa y también de los riesgos que podía correr al someter a alguien que no estuviera verdaderamente inclinado a disfrutar de sus placeres sádicos.

Tenía solo doce años cuando el monstruo comenzó a entrar sigilosamente a su habitación en la madrugada y en medio de la oscuridad se metía entre su cama para abusar de ella sin contemplaciones. Indefensa, Rebecca se sintió verdaderamente sucia y nunca más se atrevió a comentar el asunto con nadie después de que su propia madre le abofeteó rudamente al escucharle hablar sobre ese fantasma que la visitaba.

Cada vez que se encontraba con Lukas, ella le ataba el collar de cuero con tachas alrededor del cuello y adoptaba una actitud dura para menospreciarle dándole órdenes absurdas, y ese comportamiento le gustaba tanto a él, que en las noches en que no salía a la calle, se masturbaba en su habitación recordando la forma como le trataba y todo lo que le hacía con la rudeza que la caracterizaba.

A Rebecca le gustaba ver a Lukas vestido con prendas negras de látex, amarrarlo con cuerdas de una forma en que no pudiera oponer ni la menor resistencia y, una vez inmovilizado, le cubría la cara con una de las medias veladas de *nylon* negro que llevaba puestas convirtiéndolo en el fantasma que le visitaba en las noches de su pubertad, y entonces le golpeaba con sus propias manos insultándole de manera incoherente, le azotaba fuertemente con aquella correa y fijando firmemente a su cuerpo un arnés con un miembro de silicona inusualmente grande, le hacía sufrir dolores indescriptibles.

—*¿Te gusta, desgraciado?* —le preguntaba desafiante mientras que se movía agitadamente.

—*Como todo lo que tú me haces, mi ama...* —respondía Lukas lloriqueando afeminadamente en medio de esa tortura.

Después de abusar de él sin compasión lo hacía recostar de espalda sobre su cama para refregar su sexo húmedo contra su cara con tal intensidad que la media de *lycra* con la que le había cubierto el rostro se rasgaba dándole un aspecto sombrío mientras que Lukas, instintivamente, se esforzaba tanto como podía para que ella disfrutara de sus primitivos e inverosímiles orgasmos.

Para terminar su faena, Rebecca lo desataba, se tumbaba sobre su cama matrimonial y le ordenaba que le hiciera el amor sin besarle ni llegar a eyacular, porque en caso de hacerlo, le había advertido que lo pagaría muy caro, así que para no sufrir más con el castigo que le propinaba, Lukas aprendió a controlar sus erecciones y a retardar indefinidamente sus orgasmos para producirle a su ama el estímulo con que finalmente alcanzaba un último y salvaje orgasmo que la dejaba satisfecha.

Los juegos de Rebecca se extendían hasta el amanecer y solo cuando la claridad comenzaba a verse a través de las ventanas de su habitación ella terminaba de saciar su libido y le permitía llamar al taxi en que Lukas regresaba a su apartamento maltratado, pero en compensación le pagaba bien por sus servicios.

Además de ser un abusador, el general fue un hombre extremadamente autoritario, tanto, que el día de su muerte Rebecca, su hermano y su madre se sentaron en la habitación principal de la casa

junto al lecho en que yacía el cadáver mirándole en completo silencio sin saber qué hacer. Una muerte súbita le había llegado a ese viejo y abusivo militar, y ahora su familia esperaba sus órdenes para actuar, sin entender que, por fortuna, no las volverían a oír nunca más.

Solamente la llegada de un pariente cercano que después de una llamada telefónica casual se dirigió alarmado hasta la casa de la familia les hizo entender que el general había muerto y que alguien tendría que encargarse ahora de tomar las decisiones, comenzando por llamar de inmediato a las autoridades para iniciar los trámites de rigor y hacer los preparativos para el funeral.

Lukas le puso a Rebecca dos condiciones insalvables para verle, la primera era que no le dejara marcas que pudieran ser notadas por fuera de su ropa y, la segunda, que no le acompañaría y no debía insistir cuando su madre se encontraba en la ciudad. Ella las aceptó entendiendo que de esa manera podría tenerlo a su merced sin correr riesgos y, en verdad, valía la pena, porque ese chico se comportaba como el esclavo con que siempre había soñado.

Aquella mujer representaba un peligro real para la integridad física de Lukas, que temía, aunque sin hacer absolutamente nada por evitarlo, que alguna de esas noches se le pasara la mano con alguna de sus ocurrencias provocándole algún daño, pero, a pesar de eso, cada vez que lo llamaba estaba dispuesto a ir en busca de ella, a pesar de la fuerte oposición de Veruska, que era la única persona que notaba las marcas que le dejaba en el cuerpo.

Veruska se sentía molesta por lo que ocurría entre Lukas y esa desconocida, y le rogaba que no viera más a esa extraña mujer que lo lastimaba, sin conocerla la odiaba y la calificaba acertadamente.

—*Esto no tiene ni pies ni cabeza, Lully, ¿no entiendo por qué le permites a esa enferma que te lastime de esa manera!* —le reprochó seriamente un día.

—*Yo mismo no sé por qué, pero por alguna razón a ella le permitiría hacerme cualquier cosa* — confesó Lukas avergonzado por sus confusos sentimientos sobre ese asunto, pero agradecido por la afectuosa desaprobación de Veruska.

—*¡Eso va a decir tu epitafio, chamo!*

—*Encárgate de que así sea, Veru.*

Despedidas

Transcurrieron varios años en los que sin una carta de navegación Lukas se mantuvo inmerso en esa doble vida, logrando un precario equilibrio entre el deber ser y su *alter ego* que caminaba por los alrededores de la avenida Libertador, el buen hijo y excelente estudiante de leyes se exhibía discretamente en el Salón Veruska o salía vestido como una prostituta para vender su cuerpo sumiéndose en el lumpen cuando no se sometía con gusto a los caprichos de la depravada Rebecca.

Pero un buen día todo eso pareció llegar a su final cuando a los veintitrés años recibió con honores su título universitario como abogado.

Durante los últimos momentos que pasó con Veruska, Lukas se esforzó por ser afectuoso, indudablemente había llegado a quererla y le hubiera sido difícil no hacerlo una vez que ella se despojó del disfraz de loca histriónica con que defendía sus inclinaciones y comenzó a comportarse como la persona dulce y sensible que en realidad era, la que le acogió sin reparos en su casa durante todos esos años.

Pero Lukas había llegado a la conclusión de que llevar su amor por Veruska a otro nivel era un imposible y que al terminar sus estudios también le había llegado el momento de dejar atrás y para siempre esa impublicable etapa de su vida que no parecía conducirlo a ninguna parte, como tantas veces se lo había repetido Berenice con su humilde sabiduría.

Un domingo en la tarde, presintiendo la despedida, Veruska le hizo el corte de cabello que Lukas le pidió para asistir a su ceremonia de graduación y cuando terminó se quedó mirándolo con asombro y lo abrazó en silencio, porque, sin su larga cabellera, le vio de un solo golpe seis años mayor que aquel día en que llegó por primera vez hasta su puerta y cayó en la cuenta de que durante esos años, que habían pasado tan rápido, ese chico ansioso por explorar sus límites se había convertido en un hombre.

Esa noche Lukas se despidió sin contarle a Veruska que ese adiós era para siempre, sin lágrimas en los ojos y sin mostrar ninguna emoción, como si quisiera negar la importancia que ella se había ganado día tras día en su vida y traicionando sus propios sentimientos se alejó sabiendo que la recordaría siempre.

Gracias a las recomendaciones de algunos de sus profesores que lo consideraban un estudiante brillante, para tranquilidad de su madre y convirtiéndose en el orgullo de su familia, Lukas consiguió un empleo en la empresa petrolera estatal.

Con el cabello corto y vestido de traje, como cualquier joven ejecutivo, era poco probable que quienes le habían visto caminar por la avenida Libertador pudieran reconocerle, ni la misma Rebecca, su ama, a quien le sería prácticamente imposible identificarlo aunque lo tuviera parado al frente.

Alicia, que había visto crecer con preocupación la cantidad de extrañas prendas femeninas que almacenaba en su guardarropas, se sintió feliz porque apenas le comunicaron que había sido aceptado para trabajar en la petrolera, la mayor parte de esa ropa desapareció entre bolsas que él mismo llevó una

noche para regalarlas en la avenida Libertador y desde ese mismo día comenzó a llenar su guardarropas con vestidos de hombre, camisas de cuello, corbatas, zapatos, cinturones de cuero y todo lo que necesitaba para asistir bien presentado a su trabajo, en donde estaba decidido a ganarse el respeto de todos ejerciendo la profesión que había estudiado.

No obstante, él no quiso deshacerse de las bragas que llenaban el cajón de su ropa interior y las continuaba usando, eran su secreto, excepto para Alicia, que sin comentarlo sabía bien lo que ocurría.

Tres años más tarde Lukas resultó favorecido con la asignación de una beca que cubriría las matrículas y sus gastos para adelantar estudios de maestría en Inglaterra, un premio que le daba la gran empresa en la que trabajaba por su dedicación y por las grandes capacidades que había demostrado.

Cuando visitó al hermano Miguel para despedirse antes de emprender su viaje, Lukas había disfrutado por tantos años de sus lecciones, que no se imaginaba que aun ese día pudiera sorprenderlo con una espléndida pieza musical, el *Amanecer* del poema sinfónico *Also Sprach Zarathustra* de Richard Strauss, que hizo sonar a un volumen inusualmente alto.

—*Ahora dígame, muchacho, ¿qué sintió al escuchar esta obra?* —le preguntó cuando la interpretación terminó.

—*Que no existen límites para lo que los seres humanos podemos hacer* —concluyó Lukas.

Entonces, usando un tono paternal, el hermano Miguel le dejó saber lo que deseaba para él.

—*La vida es demasiado corta, pero para alguien con sus capacidades será tan extraordinaria y apoteósica como esta obertura.* —Y a continuación le compartió algo que reflejaba sus ideas más íntimas, una línea de pensamiento que Lukas no había percibido nunca antes en el hermano—. *Lo que acaba de escuchar está inspirado en la obra de un hombre extraordinario, un gigante que demolería esta iglesia hasta sus cimientos.*

—*Pero ¿quién querría hacer eso?*

—*¡Un verdadero genio!* —se limitó a decir triunfalmente el hermano mirándole fijamente a los ojos con emoción.

Seis meses más tarde el hermano Miguel Aguirre falleció a causa de un fulminante ataque cardíaco mientras que arreglaba la iglesia para la celebración de la Semana Santa, su muerte intempestiva no le dio tiempo para legarle a nadie nada de lo poco que poseía, pero de haber podido hacerlo, seguramente le habría dejado a Lukas su gran colección de música.

Londres

Comenzaba el otoño cuando Lukas llegó a esa ciudad cosmopolita, fría y gris, un lugar ideal para adelantar sus estudios de maestría, en donde aprendió a desenvolverse con fluidez en el idioma y se destacó como un estudiante brillante entre el grupo de sus compañeros que provenían de diversos lugares del mundo.

Todas las mañanas se levantaba temprano y salía de su apartamento frente a Tavistock Square enfundado en un vestido deportivo ajustado para correr una hora antes de arreglarse y tomar el bus que le llevaba hasta la universidad, cerca del río Támesis, en donde asistía a clases y almorzaba con algunos de sus compañeros.

En la tarde permanecía en la biblioteca durante horas y antes de llegar la noche, si el clima se lo permitía, regresaba caminando a su apartamento y se detenía para hacer las compras, pero una vez en la seguridad de su espacio privado se vestía como una chica.

Algo sustancial había cambiado en su manera de hacerlo, porque intentaba lucir como una joven de su edad, alejándose por completo de la voluptuosa sensualidad que caracterizaba las vestimentas que alguna vez utilizó para salir a caminar por la avenida Libertador, aunque aprovechando la vida de estudiante se dejó crecer nuevamente el cabello y lo cuidaba con esmero.

Por esa época Alicia viajaba como una de las azafatas internacionales de mayor rango en la aerolínea y organizaba sus propios itinerarios aprovechando para pasar una noche de cada semana en Londres.

En una ocasión a una de sus compañeras se le presentó una urgencia familiar y ella no tuvo ningún problema en cubrirla, eso no le molestó para nada porque volvería al lugar en que se encontraba el hijo que le daba sentido a su vida, y sin haber tenido tiempo para contarle a Lukas, regresó a Londres la noche del mismo día en que había madrugado para volar hacia Caracas.

Lukas tenía que terminar una presentación que debería exponer frente a la clase el día siguiente y como era su costumbre, cuando Alicia no se encontraba en la ciudad, al llegar a su apartamento se cambió de ropa y organizó un programa relajante de música clásica.

Eran casi las diez de la noche y estaba concentrado en su computadora portátil disfrutando del agradable clima de principios del verano cuando Alicia llegó cansada pero feliz en la camioneta de la aerolínea y subió hasta el cuarto piso halando su maleta.

Ella tenía una copia de las llaves del apartamento para entrar cada vez que necesitara hacerlo, y al abrir la puerta escuchó el dulce sonido de una flauta que llenaba el ambiente y supo con emoción que su hijo se encontraba en casa.

Absorto en su trabajo, Lukas no sintió que su madre había llegado y que parada en la puerta de su habitación le observaba en silencio.

Los movimientos de las manos y de la cabeza de Lukas tecleando en el ordenador mientras que pensaba en lo que estaba escribiendo estaban influidos por la música y eran muy femeninos, como su

atuendo, y muy familiares para Alicia, que en ese momento notó que desde su llegada a Londres su hijo había adelgazado un poco porque su cuello, sus hombros y también sus brazos lucían más esbeltos.

—*Ejem...* —Tosió suavemente ella al cabo de un par de minutos.

—*Mamá, pero qué haces aquí, qué susto me has dado... este, ¿no sabía que volverías tan pronto!* — exclamó Lukas girando con las piernas cerradas como lo haría cualquier chica vestida con una minifalda como la que tenía puesta y la miró con una mezcla de emoción y vergüenza.

Ninguno de los dos sabía cómo reaccionar en esas circunstancias, como madre e hijo ellos tenían una relación verdaderamente cercana, pero ese encuentro en condiciones inesperadas los dejó de momento sin saber cómo actuar, aunque ambos tenían claro que solo era una cuestión de tiempo que una situación como esa se presentara y que, en realidad, lo extraño era que no hubiese ocurrido mucho tiempo atrás.

Alicia amaba profundamente a su muchacho, pero lo que más le impactó al verlo vestido como una chica fue su gran parecido con ella misma, y observándolo sin parpadear se le acercó, lo tomó de la mano para hacerle levantar y dar una vuelta en redondo.

«Somos como dos gotas de agua», pensó sin decirlo.

—*Es tarde, ¿ya cenaste?* —le preguntó mientras que le dejaba acomodar de nuevo en la silla.

—*No, mamá, he estado muy ocupada...* —contestó él marcando claramente el género con que se refería a sí mismo.

—*Termina lo que estás haciendo mientras que yo organizo mis cosas y preparo la cena.*

—*Gracias, mamá.*

—*Me encanta lo que estás escuchando* —comentó Alicia para bajar la tensión del momento sonriendo nerviosamente.

—*Se llama «Air» y es un movimiento de la Suite Número Tres de Bach* —le informó él sin siquiera pensarlo, un poco desconcertado, pero feliz al ver la reacción de su madre.

Alicia se tomó el tiempo para acabar de llegar, entró al baño, arregló el sofá en que dormía cuando pasaba la noche en el apartamento de su hijo, se puso la pijama, preparó una pasta y mientras que cocinaba arregló la mesa, calentó la salsa, improvisó una ensalada y, finalmente, le llamó para cenar.

Lukas se levantó de inmediato, tenía por costumbre no hacer esperar a su madre, así que lo que fuera que faltara lo terminaría de hacer más tarde, y durante la cena le dio rienda suelta a su forma más femenina de comportarse mientras que ella le observaba sin sentirse realmente sorprendida.

No había diferencia entre la manera en que su hijo actuaba esa noche y la forma como normalmente lo hacían sus queridas sobrinas.

—*¿Te sientes más feliz de esta manera?* —le preguntó cuando terminaban de cenar.

—*Me siento bien siendo lo que en verdad soy, tú lo has sabido siempre, mamá.*

—*¿Te gustaría ser una chica?*

—*No es tan sencillo, pero me agrada lucir, pensar y actuar como si lo fuera, lo hago cuando estoy solo en este apartamento, pero me gustaría hacerlo siempre.*

—*En verdad, pareces una chica...*

—*Gracias, mamá, cuando estemos a solas, ¿podrías llamarme Lully?*

—*¿Lully?*

—*Sí, ¿podrías hacerlo?* —le pidió en tono de súplica.

—*Esta noche estás preciosa, mi Lully* —dijo Alicia con un nudo en la garganta, confirmando de manera inequívoca su aceptación a la identificación de género que su hijo le mostraba tan abiertamente.

—*Te amo, mamá.*

—*Y yo a ti, hija* —le respondió ella, y él la abrazó para agradecerle sin decir nada más.

En ese instante, Lukas fue consciente de cuánto disfrutaba, cuando era un niño, al observar a Alicia enfundada en su sencilla pijama con el cabello recogido y comportándose con la dulzura que la caracterizaba, tan llena de todas esas maravillosas expresiones femeninas que usaba para moverse, mirarle y contarle cosas cuando pasaban el tiempo juntos, y de cómo todo en su vida tenía sentido en ese instante en que al besarla antes de salir hacia el colegio percibía su aroma de mujer y la veía tan hermosa.

Alicia, por su parte, se sintió segura de que en adelante no lucharía contra aquello que desde siempre había fluido de manera natural en su hijo, y a partir de ese día comenzó a llamarle Lully cuando se encontraban a solas.

Londres le ofreció a Lukas la oportunidad de asistir a conciertos de música clásica en los que pudo ver y escuchar a los mejores intérpretes del mundo, espectáculos que se ofrecían en los magníficos *halls* de la ciudad o en espacios públicos en los que con frecuencia se realizaban presentaciones inolvidables, así que además de la extraordinaria experiencia de asistir a esa prestigiosa universidad en donde pudo conocer personas provenientes de los más diversos lugares del mundo, la música hizo que esos años fueran aún más emocionantes y él continuó aprendiendo de los clásicos por su cuenta, sintiendo un gran agradecimiento con el hermano Miguel, a quien recordaba con nostalgia.

En esa gran ciudad él también pudo satisfacer su deseo de exhibirse en público vestido de mujer y no tuvo que buscar mucho para descubrir un club nocturno al que comenzó a asistir los sábados en la noche. Cuando salía de su apartamento, tomaba el metro y caminaba tranquilamente por calles concurridas hasta Minories Street, no muy lejos de la Torre de Londres.

La diferencia era que allí se sentía seguro gracias a la mayor tolerancia a la diversidad de género, al total anonimato que propiciaba su condición de extranjero y al hecho de que cuando la gente le veía transformado ya no era evidente que se tratara de un travesti.

Él había explorado el asunto hasta la saciedad y sabía que sostener relaciones sexuales con hombres desconocidos no era lo que deseaba, así que cerca de las dos de la mañana, con un par de ginebras en la cabeza y sin aceptar propuestas, que no le faltaban, regresaba a su apartamento satisfecho por haber llamado la atención con su atuendo y con ese indiscutible don que tenía para bailar.

Pero el reto más importante que enfrentó Lukas durante el último año de su estadía en Londres fue resolver el mayor enigma de su vida, su padre.

Usando la escasa información que Alicia le había dejado conocer encontró la página web y el teléfono de las oficinas de la línea marítima en Copenhague y no le fue difícil indagar por el paradero de Ulrik, quien recientemente se había jubilado, así que sin contarle nada a nadie se tomó unos días para viajar a Dinamarca antes de comenzar el último semestre de su especialización.

Desde el instante en que se bajó del avión en Kastrup a Lukas le encantó Copenhague y el ambiente

de la ciudad le produjo una vaga sensación de pertenecer allí, una idea que se intensificó durante su estadía en un hostel a corta distancia de la plaza Kongens Nytorv y de la calle Strøget, el lugar en donde se alojó para familiarizarse con la singular belleza de la ciudad en que había nacido su padre, antes de lanzarse a la aventura de ir a buscarle.

Ulrik era un tipo solitario que parecía perdido al no saber qué hacer con su tiempo libre después de haber trabajado para la línea marítima por más de treinta y cinco años, en los que había ascendido desde cocinero en los buques hasta gerente de abastecimientos de la flota mercante con base en las oficinas centrales.

Completamente decidido, Lukas caminó desde del hostel en inmediaciones del Ørstedsparken en busca de la dirección. Terminaba el verano y a pesar de la hora el sol aún no se ocultaba cuando al acercarse vio salir a un hombre mayor con el cabello blanco y supo de inmediato que se trataba de su padre, así que le siguió sigilosamente zigzagueando por estrechas callejuelas que le condujeron hasta un agradable bar.

Lukas temblaba cuando se sentó en la barra decidido a presentarse ante su padre a la menor oportunidad, pero no fue capaz de hacerlo y le vio comer y tomar vodka hasta que, pasadas las nueve de la noche, Ulrik se levantó de su mesa para irse, pero al hacerlo tropezó cayendo aparatosamente y en una reacción automática se acercó para ayudarlo a incorporarse y los dos se miraron a la cara muy de cerca.

—*Muchas gracias, ¿te conozco?* —le preguntó el viejo sacudiendo su ropa al ponerse de pie, hablándole en danés, pero al darse cuenta de que el muchacho no le había entendido se lo repitió en un buen inglés.

—*Tú no me conoces, pero deberías* —le dejó saber Lukas antes de despedirse apresuradamente para regresar al hostel profundamente conmovido por ese particular encuentro.

Esa noche Lukas pensó que todo ese asunto de buscar a su padre era un disparate, un error y que lo más razonable sería regresar de inmediato a Londres, pero a la mañana siguiente, mucho más tranquilo, decidió quedarse y cumplir con el propósito que le había llevado hasta Copenhague.

Como nadie acostumbraba visitarle y extrañado por la insistencia con la que alguien pulsaba el timbre de su casa, Ulrik abrió la puerta algo molesto para encontrarse de frente con el joven que le había ayudado a levantarse en el bar la noche anterior.

—*¿Por qué debería conocerte?* —le preguntó sin saludarle, conociendo de antemano su respuesta.

—*Porque soy tu hijo* —contestó Lukas sin darle más explicaciones.

Ulrik lo observó con detenimiento identificando las extraordinarias combinaciones genéticas que hacen que los hijos se asemejen de alguna manera a sus progenitores.

—*Sí, te pareces a tu madre, ella era tan hermosa...*

—*Y lo sigue siendo, créeme.*

—*¿Se encuentra bien Alicia?* —preguntó cerrando ligeramente sus ojos grises.

—*Ella está perfectamente y continúa trabajando tan intensamente como lo ha hecho durante toda su vida.*

—*¡Era una gran mujer!*

—*Lo es, y una extraordinaria madre para mí.*

—*Cómo te llamas, muchacho.*

—*Es extraño que no lo sepas, me llamo Lukas.*

A Ulrik se le humedecieron los ojos sin querer cuando le explicó el origen de su nombre.

—*¿Sabías que llevas el nombre de mi padre?*

—*No tenía ni la menor idea, a mamá no le gusta hablar sobre su pasado, ¿aún le duele!*

—*Has hecho un largo viaje, muchacho* —anotó Ulrik cambiando el tema de esa conversación que avivaba la herida profunda de su absurda culpa.

—*No tanto, solo paseaba por el vecindario* —dijo irónicamente Lukas, disimulando con su humor negro un rencor profundo que ni él mismo sabía que llevaba por dentro.

—*¿Quieres seguir?*

—*Sí, gracias, vine hasta aquí para conocerle.*

—*Entonces no te quedes ahí parado, ¿te gusta el café?*

—*Me encanta.*

Lukas siguió a Ulrik hasta la impecable cocina abierta de su casa y él se paró detrás del mesón estableciendo una barrera física entre los dos.

—*Adelante, siéntate y me cuentas un poco de tu vida mientras que yo te preparo un cappuccino.*

Fue un encuentro cordial y distante a la vez, entre un padre y un hijo que no se conocían y sentado en el mesón de la cocina de la casa de Ulrik, Lukas esperó a que él terminara de preparar metódicamente el café en una pequeña y moderna máquina con múltiples funciones antes de abordarlo con sus inquietudes.

En esa casa no había rastros de los recuerdos que las personas comunes acumulan durante sus vidas, y Lukas se sentía cada vez más incómodo y fuera de lugar sabiendo que ya nada podría remediar el abandono al que ese hombre, su padre, le había sometido con su total ausencia sin una razón conocida.

—*Soy abogado, actualmente estoy haciendo una especialización en Londres, y, como sabes, voy a cumplir veintisiete años el mes que viene* —comentó Lukas haciendo un resumen extraordinariamente sucinto.

—*Es toda una vida.*

—*Es toda mi vida, Ulrik..., ¿en dónde has estado?* —le interrogó, sin saber de dónde le aparecía el valor para hablarle de esa manera a su padre, y el hombre le contestó tranquilamente, como si estuviera hablando de la vida de otra persona.

—*Cuando dejé Caracas tomé un vuelo a Aruba, me embarqué y navegué por el mundo sin parar durante trece años continuos, hasta que la flota me ofreció un puesto en Copenhague.*

—*Después de dejarnos...*

—*No hubiera funcionado, habría naufragado, todo eso era demasiado complicado para mí, estaba más allá de mis posibilidades quedarme en Caracas como un inútil al lado de ella.*

—*De Alicia Ulrik, se llama Alicia.*

—*Sí, de Alicia. Aunque no lo creas, nunca he vuelto a amar a una mujer, ni a tener una relación estable con nadie, me fue imposible.*

—*¿Pero de qué podría servirnos eso a mi madre o a mí ahora, Ulrik?, ¿de consuelo?*

—*Ya nada puede cambiar lo que ocurrió, hijo.*

—No me digas hijo, no te lo has ganado. A mí me hubiera gustado descubrir que eras un drogadicto perdido, un inválido, un loco encerrado en algún hospital psiquiátrico o tal vez un peligroso sociópata, un criminal preso en alguna cárcel, pero te encuentro viviendo en este lugar perfecto como si nada, y eso lo hace más difícil de aceptar, porque pareciera que para ti nada a ocurrido durante todos estos años en que has estado completamente ausente de mi vida. No me lo has preguntado, pero yo soñaba que te encontrabas solo en alguna isla remota y en las noches más difíciles, en mis peores pesadillas, salía volando desde la ventana de mi habitación para buscarte, para acompañarte, porque eras tú quien me necesitaba.

Ulrik se quedó en silencio un par de minutos que parecieron eternos sin saber cómo responderle a su hijo, y lo miró con una profunda tristeza reflejada en su rostro, pero de inmediato se volvió para prestarle toda su atención a la máquina en la que terminaba de preparar el café antes de intentar justificarse sin darle una respuesta porque, simplemente, no la encontraba en su mente.

—No me juzgues tan rápido —se limitó a pedirle.

—No lo hago, Ulrik, ¡llevo toda mi vida construyendo una versión fantasiosa de tu historia y me encuentro con que no hay ninguna razón especial para que nos hayas abandonado!

—Yo no hubiera sido un buen esposo para tu madre, ni un buen padre para ti, y esa es una razón más que suficiente.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé.

—¡No lo sabes! Y no tienes ni la menor idea porque no te diste la oportunidad, no se la diste a mi madre ni tampoco a mí...

—Por lo que veo, ninguna explicación podría dejarte satisfecho —aseguró Ulrik mientras que aplicaba cuidadosamente la leche vaporizada sobre el café expreso.

—No he venido para escucharte decir algo que me deje satisfecho, Ulrik, eso sería imposible, solo vine para terminar de armar el rompecabezas de mi vida con la ficha que le hace falta, una razón, por pequeña que sea, que me permita entenderte y perdonarte —le manifestó Lukas, pronunciando lentamente sus palabras para asegurarse de que Ulrik las entendiera y continuó—. Déjame decirte que has desperdiciado tu vida lejos de mi mamá, que realmente te amó —después de decir eso Lukas se levantó con el corazón agitado y la intención de marcharse, pero algo le hizo detenerse y mirar a Ulrik a los ojos, no quería dejar más cabos sueltos en su vida—. ¿Tengo hermanos? —preguntó como una ráfaga y Ulrik, indefenso, se apoyó en la mesa de la cocina y lo pensó un instante antes de responderle con honestidad.

—Sí, tienes una hermana —le informó en voz baja, y al oírle el piso se movió bajo los pies de Lukas que se volvió a sentar de inmediato.

—¿Vive aquí en Copenhague?

—No, conocí a su madre en Mumbai, a donde tuve que viajar durante algunos años.

—Y la dejaste, claro...

—Me enteré de que ella había nacido varios años después.

—Pero ¿qué edad tiene?

—Debe tener cerca de quince años.

—*Al menos, sabrás su nombre.*

—*Se llama Valkiria.*

—*No parece un nombre indio.*

—*No lo es, su madre escogió ese nombre por algo que leyó sobre la mitología nórdica.*

—*Escogió su nombre en tu honor, eres sorprendente, Ulrik, ¿cómo puedes vivir con eso?*

Ulrik no supo qué responder, pero era un hecho que Caracas y Mumbai eran para él como una misma cosa, dos lugares lejanos y extraños en los que le era imposible pensar en establecerse de manera definitiva.

Lukas hubiera querido alejarse inmediatamente de ese sujeto insensible que abandonaba a su suerte a las mujeres que dejaba embarazadas, pero en vez de eso se quedó sentado frente a la taza de *cappuccino* que le acababa de servir para averiguar más sobre su hermana.

—*¿Qué sabes de ella?*

—*¿De Valkiria?*

—*Sí, de tu hija, de la hermana que tengo, pero no conozco.*

—*La verdad es que no sé mucho.*

—*Me lo imagino, pero cómo se llamaba su madre y en dónde viven.*

—*La madre de Valkiria se llama Mandira Chauhan, cuando la conocí vivía en Mumbai y trabajaba en las oficinas de la línea marítima, teníamos una relación esporádica, nos veíamos cuando yo arribaba al puerto, pero no había nada serio entre nosotros, y por esos días me ofrecieron trabajo en las oficinas centrales aquí en Copenhague. Yo solo supe de la existencia de Valkiria cuando volví a verla cinco años más tarde en un viaje ocasional.*

—*¿Volviste a navegar?*

—*No, fue un viaje de trabajo cuando ocupaba un cargo administrativo en la flota y volé hasta Mumbai para asistir a una reunión en la oficina de India. En esa ocasión, ella me contó que tenía una hija que había nacido de su relación conmigo y que por esos días iba renunciar a la línea marítima para regresar a New Delhi, a la casa de sus padres, porque su madre estaba enferma y a punto de morir, recuerdo que me dijo que su padre era un músico de profesión y ella se sentía orgullosa porque su pequeña hija era verdaderamente virtuosa con el violín que había aprendido a tocar en un pequeño instrumento que le había regalado su abuelo.*

—*Y eso fue todo?*

—*Eso fue todo, desde entonces no volví a saber nada más acerca de ella.*

—*De ellas, Ulrik, ¿es que no te das cuenta?*

Se despidieron al caer la tarde con un frío abrazo y en ese momento Ulrik lo miró a los ojos.

—*Las cosas no ocurren como quisiéramos y muchas veces nos damos cuenta demasiado tarde de que hemos escogido caminos que nos llevan a la soledad.*

—*Parece que tú siempre escoges el camino que lleva a la soledad a las mujeres que te aman y a los hijos que engendran contigo* —señaló Lukas crudamente.

—*Yo, en tu lugar, lo pensaría bien antes de ir a buscarla, se te irá la vida, ese país es enorme y totalmente diferente a todo lo que conoces* —señaló Ulrik leyéndole el pensamiento.

A pesar de haberlo deseado e imaginado durante todos y cada uno de los días su vida, ese fue un

encuentro para el que Lukas no estaba preparado y una indescriptible frustración se apoderó de él porque desde siempre había abrigado la secreta esperanza de encontrar a su padre y comprender la razón de su dolorosa ausencia antes de permitirse traerle de nuevo a su vida o relegarle definitivamente al olvido.

Pero esa conversación fue un golpe duro para su autoestima, al confirmar que ni Alicia ni él habían sido suficientemente importantes para que Ulrik hubiese desafiado los obstáculos que se le presentaban y permaneciera a su lado para luchar por ellos, y verle viviendo tranquilamente en la comodidad de ese lejano paraíso fue para Lukas una dolorosa revelación, pero no contento con ello, ese infeliz le había sembrado una nueva preocupación con nombre propio: Valkiria.

Después del impactante encuentro con su padre, Lukas se concentró de lleno en sus estudios y al terminar el segundo año recibió su grado de maestría en una ceremonia que se llevó a cabo en el Peacock Theatre, a la que orgullosamente le acompañó Alicia.

Entonces tomó un mes de vacaciones para recorrer Europa en tren alojándose en los pequeños hostales de lugares poco conocidos mientras que ponía en orden sus sentimientos antes de regresar a Caracas, a la empresa que le había becado, en donde le esperaban para asignarle un trabajo ejecutivo de mayor nivel, porque gracias a su nuevo título los directivos le plantearon el reto de convertirse en el asistente del vicepresidente de negocios internacionales, una posición que aceptó para dedicarse con entusiasmo a las nuevas tareas que le presentaba la empresa.

Así fue como comenzó la exitosa carrera que le permitió proyectarse como uno de esos jóvenes ejecutivos que parecían destinados a ocupar los cargos más importantes en esa gran corporación, en un momento en que, a pesar de los cambios políticos que comenzaba a sufrir el país, era difícil imaginarse las cosas que estaban por venir.

Ocupando una mejor posición que le llevaba a viajar permanentemente por el mundo, a Lukas no le faltaba dinero, pero era prudente con sus gastos y solo un par de años después de haber regresado de Londres le compró a Alicia un apartamento más amplio, un piso cerca del lugar en donde vivieron siempre, pero más luminoso y en un edificio dotado con un cómodo elevador.

Durante esos años adquirió reconocimiento en los asuntos jurídicos, comerciales y estratégicos del negocio internacional del petróleo y el gas natural y, de paso, mantuvo una relación con una compañera, una joven que trabajaba como asistente del departamento de compras internacionales, con cuya compañía su imagen estaba bien protegida, pero él sabía bien que ella lo utilizaba para mejorar su estatus dentro de la empresa y que la relación entre ellos era, sin que lo hubiesen pactado, un trato conveniente.

Para Carla, era un misterio que ese amigo con el que se veía prácticamente a diario no pareciera decidido a ir más allá en su relación y, aunque se daban una vida llena de actividades sociales, disfrutaban de los restaurantes más exclusivos, de los mejores espectáculos que llegaban a la ciudad y especialmente de los conciertos de música clásica, nunca tenían relaciones íntimas.

Por la homofobia que mostraba en sus comentarios sobre cualquier persona que pusiera en duda su orientación de género, Lukas sabía que con Carla debía ser prudente y que cualquier manifestación sobre sus inclinaciones delante de ella hubiera puesto en riesgo su vida laboral, porque con seguridad

no lo aceptaría y con esa información podría hacer algo que le expusiera perjudicialmente frente a la sociedad machista de la empresa en que trabajaban.

Y, de repente, llegó lo inesperado, lo impensable, y el brillante futuro de Lukas dejó de serlo, a tal punto que tuvo que entender que no tendría más oportunidades para crecer dentro del nuevo orden impuesto sobre la vida social, económica y política del país y, en particular, al interior de la empresa que le había ofrecido tan grandes oportunidades.

Como pasaba mucho tiempo trabajando con el equipo que negociaba la adquisición de activos para la formación de la más grande de las filiales de la empresa en los Estados Unidos, su nombre no apareció en la fatídica lista de los que fueron despedidos por manifestar su desacuerdo con las políticas del nuevo Gobierno, aunque a él, como a casi todos sus compañeros de trabajo, le parecía un adefesio inconcebible lo que estaba ocurriendo.

Los ejecutivos que permanecieron en la empresa más allá de la crisis comenzaron a sentir la fuerza de los lamentables cambios que se producían día tras día y, por su parte, Carla se alineó con los nuevos preceptos populistas que desviaron el foco y convirtieron la empresa en un lugar en que comenzó a reinar la corrupción introducida por dudosos personajes que desde el Gobierno pusieron al mando, cuya incapacidad para entender el negocio y dirigirlo era evidente, pero que con el poder entre las manos se pavoneaban tomando absurdas decisiones que daban al traste con programas importantes trabajados durante años, desdeñando el valor del conocimiento experto arduamente adquirido a cambio de satisfacer oscuros intereses.

En esas circunstancias su relación se tornó cada día más distante, y cuando le contó a Carla su deseo de renunciar y viajar fuera del país en busca de oportunidades, ella se hizo a un lado rechazando tajantemente la idea.

El rechazo de Carla fue la justificación perfecta para dar por terminado el acuerdo conveniente de su indefinible relación y alejarse de ella con alivio, porque Lukas tenía absolutamente claro que con ella no encontraría las compensaciones emocionales ni intelectuales a las que aspiraba y, además, que dentro de su estructura mental, esa joven estaba lejos de ser la persona adecuada para compartir su vida.

En medio de las dificultades que enfrentaban en esos difíciles momentos, sus colegas se fueron esparciendo por el mundo conformando una frágil red de apoyo que salió en su ayuda cuando uno de ellos le presentó el contacto gracias al cual pudo ofrecer sus servicios profesionales en su inexorable destino.

En Perú, Lukas tuvo la fortuna de encontrar una industria del petróleo y el gas natural más pequeña e inexperta que la venezolana, a la que comenzó a ofrecer asesoría jurídica, comercial y de gestión estratégica, y, poco a poco, con gran acierto, fue ampliando su portafolio para prestar también sus servicios al sector de la minería, una industria más grande y fuerte que la del petróleo en esa parte del mundo y se encontraba en ello el día en que conoció a Sophie.

Inexorable destino

En Miami el clima permanecía caliente y el ambiente demasiado húmedo para su gusto durante la mayor parte del año, no obstante, la vida como estudiante de especialidad fue una experiencia excitante para Sophie que, rápidamente, comenzó a brillar porque sus profesores, sus compañeros y todos los que le conocían se sentían atraídos por esa mezcla particular entre su belleza, su inteligencia y su simpatía, de tal forma que, en poco tiempo, ella se convirtió en el centro de atención de un amplio círculo de amistades y no percibía, como en Santiago, el acoso de los hombres, ni la extraña aunque excitante presión de su secreta relación con un amante casado, y más bien disfrutaba de la camaradería que de manera espontánea se daba entre los miembros de un buen equipo de trabajo en el que, para su fortuna, había varios colegas que le atraían.

Fiel a sus principios ella no deseaba comprometerse emocionalmente con nadie, estaba convencida de que el amor era un asunto inconveniente y que entablar relaciones estables podía generarle a sus amantes incómodos derechos que no estaba dispuesta a conceder, así que no volvió a tener un novio y no le hacía falta, porque sabía muy bien que podía disfrutar de buena compañía sin que nadie pretendiera controlar su vida, descubriendo de manera cada vez más consciente el placer que le causaba ejercer una cómoda posición dominante sobre los hombres que gravitaban a su alrededor.

Aplicando las lecciones aprendidas durante su relación con Víctor, Sophie ejercía sin reparos el poder de su belleza y se convirtió en una amante exigente, deseada por muchos, pero disponible para unos pocos, que, además de cumplir con sus estándares de apariencia e inteligencia, debían estar dispuestos a someterse a sus caprichos, siempre que se tratara de hombres bien dotados y con la habilidad de proporcionarle los placeres que su cuerpo le pedía.

Como practicante de especialidad le asignaban un par de guardias nocturnas cada semana, noches en las que eventualmente podía descansar algunas horas entre la última ronda de su unidad a media noche y las cinco de la mañana en alguna de las habitaciones privadas que le asignaban a los médicos residentes, y gracias a eso, el hospital se convirtió en su territorio, el sitio perfecto para propiciar encuentros furtivos, relaciones de sexo amistoso que ocurrían cuando coincidía con algún médico de su agrado al que atraía fácilmente hasta su habitación cuando no llegaban urgencias que atender.

Sophie buscaba en los hombres algo que no encontraba, pero siempre disponía de una larga lista de interesados y podía darse el gusto de seguir explorando, de tal manera que su vida loca solo se detenía cuando alguno de sus padres, Ariana o Juliette, llegaban de viaje para visitarla y por unos días se dedicaba a ellos comportándose como la niña amorosa de siempre.

Al terminar su especialización y recibir el título por el que había trabajado durante esos años contempló la posibilidad de quedarse en los Estados Unidos, con sus resultados académicos no le hubiera sido difícil aplicar a un *fellowship* remunerado en otra ciudad, pero el estilo de vida de ese país no la atraía e impulsivamente decidió regresar, algo que secretamente se cuestionó durante los años

siguientes porque ejercer en Valparaíso no fue fácil, allí no encontraba lo que buscaba, además, la presión de tener a sus padres tan cerca le hacía la vida insoportable.

Aunque disfrutaba de la proximidad de Ariana, definitivamente, Sophie no deseaba estar al alcance de su primer novio, ese niño rico de provincia que nunca terminó de madurar y que por alguna extraña razón se esforzaba en aparecer de nuevo en su vida, así que el día en que su amiga viajó para iniciar estudios de especialización en Quebec, ella también partió para establecerse de nuevo en Santiago.

Un obstáculo para ejercer la actividad profesional que más le atraía era que la medicina estética no estaba considerada dentro de los esquemas de salud pública, y para ejercer exitosamente una práctica privada tendría que recorrer un camino que le diera el reconocimiento necesario para alcanzar un buen número de pacientes con la capacidad de costearse sus propios tratamientos, así que no tuvo más remedio que dedicarse a la cirugía plástica reconstructiva sometiéndose a la rutina de los horarios inciertos y las pesadas guardias en los hospitales, algo que a esas alturas de la vida no le entusiasmaba hacer.

Un día, mientras que buscaba información en las bases de datos del hospital sobre alguno de sus pacientes, se encontró casualmente con la historia clínica de Víctor y se enteró de que había fallecido a causa de un cáncer, que después de un año de haber sido diagnosticado había hecho metástasis, pero lo más impactante para ella fue que la fecha de su diagnóstico había ocurrido pocas semanas antes de su viaje a Miami.

Sin entender los sentimientos que esto le causaba lloró amargamente, e incapaz de trabajar en esas circunstancias argumentó una calamidad familiar y regresó a Viña del Mar para encerrarse en la habitación de su casa que Adele conservaba intacta para ella.

El dolor que le causó la muerte de Víctor fue profundo y el secreto que él había guardado sobre su situación mientras que la ayudaba a instalarse en su vida de estudiante de especialidad en Miami la dejó perpleja, pero lo peor de todo era que no tenía con quién compartir esos sentimientos.

Al verla en semejante estado y como Ariana se encontraba en Canadá, Adele recurrió a Juliette para pedirle apoyo, y ella no tuvo ningún inconveniente en volar de inmediato desde Buenos Aires, creyendo, como todos, que se trataba de una depresión, lo último que hubiese pensado que alguna vez pudiera llegar a ocurrirle a Sophie, y la acompañó discretamente por varios días dejándole sentir su amor incondicional, sin entender lo que realmente le ocurría.

Cuando logró sobreponerse a su pérdida, Sophie regresó a Santiago y pasaron varios años hasta que un buen día encontró la oportunidad que esperaba para trabajar en lo que más le gustaba, gracias a que el dueño y director de una clínica privada establecida en Lima, a quien conoció en un congreso médico, le ofreció una posición bien remunerada para dirigir un novedoso programa de medicina estética.

Sin pensarlo mucho renunció a su trabajo en el hospital y viajó ilusionada, pero recién llegada cometió el error de involucrarse en una relación íntima con su benefactor, el colega que la había hecho la oferta para que trabajara en su clínica y le había ayudado con aparente desinterés a establecerse, un médico reconocido, bastante rico, por cierto, mucho mayor que ella y divorciado por segunda vez.

Sophie no estaba enamorada, pero sí agradecida por la oportunidad que ese hombre le brindaba y por todas las atenciones que le prodigaba en medio una relación que en poco tiempo la llevó a ser conocida en los círculos más prestantes de la sociedad en la que fue acogida de inmediato, pero en la

intimidad, su nuevo compañero comenzó a sentirse amenazado por el ímpetu y la frecuencia con que a ella le gustaba satisfacer sus deseos y también por su belleza, que sin proponérselo le llamaba la atención a los hombres que le conocían en ese nuevo entorno social.

Tratar de controlarla hasta convertirse en un dolor de cabeza fue algo que acabó con el poco e incierto amor que pudo haber llegado a sentir, porque, a pesar de todos los beneficios que recibía de esa relación, Sophie no estaba dispuesta a aceptar el acoso al que la sometía la imaginación de ese sujeto que aun con su aparente madurez, su posición social y su riqueza, era un tipo inseguro de sí mismo, y porque hacer las cosas de las que le acusaba hubiera sido fácil, pero ella no las hizo durante el corto tiempo que duró su relación.

Cansada de todo eso encontró escape en una aventura furtiva con un colega con el que aprovecharon cada oportunidad que se les presentó en medio del programa de conferencias de un evento organizado por la industria farmacéutica al que asistieron durante tres días en un lujoso hotel de Lima, y, aunque no la había planeado, esa experiencia la ayudó a tomar la decisión de dar por terminada la relación tóxica en la que, sin saber a qué hora, se había involucrado y apartarse de su insufrible benefactor, pero al hacerlo no le quedó más remedio que renunciar a la posición que ocupaba en su clínica, así que a los treinta y tres años, habiendo transcurrido ocho años desde su graduación como especialista y sin proponérselo, le llegó el momento de volar sola, era su única posibilidad para no regresar a Santiago como una perdedora.

Afortunadamente, Sophie se había dado a conocer y en tan corto tiempo tenía ya un buen número de pacientes que la buscaban, así que para aprovecharlo tomó un modesto consultorio en San Isidro en donde comenzó a ejercer su práctica privada de medicina estética absolutamente segura de no querer repetir nunca más una experiencia como la que acababa de vivir con ese sujeto posesivo, celoso y obsesivo que había llegado a ejercer sobre ella una posición dominante de tal naturaleza que, al romper su relación con él, se había quedado sin trabajo.

A ella realmente le hubiera gustado volver a disfrutar de la vida loca que llevaba en Miami, pero en Lima, en donde comenzaba a construir un nombre como especialista, las cosas funcionaban a otro ritmo y tuvo que entender que el grupo del que provenían sus pacientes era una élite, un círculo cerrado en el que todos lo sabían todo sobre los demás, un entorno en donde a ninguna mujer tan visible como comenzaba a ser ella se le hubiera perdonado llevar una vida libertina, no si quería alcanzar el éxito profesional al que aspiraba.

Libro abierto

Para no ocultarle a Sophie ningún asunto que más adelante pudiera llegar a afectar su relación y no tener que darle explicaciones apresuradas cuando se diera cuenta de que el cajón de su ropa interior estaba lleno de bragas a las que a esa altura de su vida era incapaz de renunciar, varias semanas después de conocerla, Lukas se decidió a contarle todo lo que debería conocer para tomar conscientemente la decisión de involucrarse en una relación con él.

Lo hizo una noche, oprimido por la angustia que le causaba la posibilidad de una reacción adversa que los alejara irremediablemente, y abordando el tema con toda su capacidad para conducir un diálogo hacia una conclusión preestablecida, como si estuviera tratando algún asunto delicado con alguno de sus clientes en medio de una conversación aparentemente casual.

—*Nunca antes había estado involucrado en una relación como la que ahora tengo contigo* —le confió para comenzar, tomándola afectuosamente de la mano.

—*Será porque yo soy encantadora* —bromeó alegremente Sophie y acto seguido le preguntó—. *¿Pero te gusta?*

—*Todo en ti me gusta y mucho.*

—*Eso dicen todos* —volvió a bromear imprudentemente ella, pero trató de arreglarlo de inmediato—. *A mí me gusta estar contigo, me haces sentir tranquila.*

—*¿Y qué es lo que más te gusta de mí?* —le preguntó él aprovechando su respuesta.

—*No lo sé, me parece que eres diferente a los demás hombres que he conocido* —concluyó ella sin siquiera pensarlo.

—*¿De qué manera crees que soy diferente?*

—*No sé cómo expresártelo...*

—*Por favor, dímelo, quiero saberlo.*

—*Para comenzar, eres el primer novio que tengo con quien no tengo problemas para salir de compras, me gusta que me acompañes y eso es algo particular en ti, porque los hombres, por lo general, no sienten interés en ello, es como si acompañar a una mujer a hacer compras les hiciera menos hombres.*

—*¿Y qué les gustaba hacer a los hombres que has conocido?*

—*No me piques la lengua, amorcito...*

—*Vamos, dime cuál es la diferencia, quiero entenderla.*

—*Mira que esta noche estás un poco raro..., ¿cómo te lo explico?*

—*Con toda tranquilidad.*

—*¿Estás seguro?*

—*Completamente* —afirmó él y mirándola a los ojos le dejó en libertad de contarle abiertamente sus experiencias.

—A mis admiradores les gustaba salir conmigo para exhibirme delante de sus conocidos como si yo fuera un trofeo, llevarme a comer, a bailar o ir a tomar unos tragos en algún bar de moda que, por lo general, eran demasiados para mi gusto, y pasada la media noche mostraban una gran urgencia por regresar a mi apartamento para hacerme el amor, y ahí era cuando yo pagaba la cuenta...

—¿Y ya?

—Sí, porque ahora que lo pienso, la mayoría de ellos no hablaba mucho y todos sin excepción se dormían y hasta roncaban pocos minutos después de haber hecho el amor, además, algunos tenían la horrible costumbre de desaparecer al primer descuido en medio de la noche mientras que yo dormía o muy temprano en la mañana siguiente antes de tomarse siquiera un café y conversar conmigo.

—Un hombre que desaparece en medio de la noche debe tener otros compromisos.

—Seguramente, pero la verdad es que a mí tampoco me interesaba nada más...

—A mí me encanta decirte lo mucho que me gustas siempre que hacemos el amor, pero también prepararte el café en la mañana, porque realmente disfruto al conversar contigo.

—Mira que me estás poniendo nerviosa.

—No, por favor, dime lo que sientes al respecto —insistió Lukas.

—Por el grado de atención que le prestas a mis pensamientos, a mis sentimientos y a mis deseos en general, yo creo que te importo, que todos los detalles de mi vida te interesan y eso no me había ocurrido antes con nadie.

—¡Será porque realmente me importas, Sophie! —afirmó él contundentemente.

—Además, tú no te sientes mal cuando alguien me mira o me sonríe, ni aun si soy yo la que miro o converso con alguien de mi agrado, y gracias a eso no me amargas la vida innecesariamente.

—Es que contigo me siento tranquilo y andar por ahí alardeando de mis hormonas masculinas no es lo mío.

—Y hay algo más, yo siempre he tenido problemas con los tipos que se me acercan, porque, como te habrás dado cuenta, a mí me gusta hacer las cosas a mi manera. Recuerdo que mi madre me decía siempre: «Pobrecito el hombre que se case contigo...», pero a ti eso parece no molestarte y, es más, creo que hasta lo disfrutas.

—A mí me encanta estar contigo y darte gusto en todo.

—¿Estás completamente seguro de eso? —le preguntó ella, cayendo en cuenta de que eso parecía ser cierto y que Lukas podría ser como el hombre de sus fantasías.

—Sí, Sophie, estoy seguro, creo que los dos tenemos aún muchas cosas por explorar.

—Ya lo creo... —aceptó ella pensativa, y ocultándole de momento su interés sobre ese asunto sonrió antes de acabar de expresar la opinión que él le pedía—. A mí me encanta que no seas un fanático del fútbol, de las carreras de autos ni de los deportes en general, y que gracias a eso tengas más tiempo para mí que todos los demás hombres que he conocido.

—Tal vez es porque soy un fanático tuyo y me gusta más pasar el tiempo contigo que cualquier otra cosa, tú sabes que nunca me canso de estar a tu lado.

—Yo lo sé... —confirmó Sophie con egocéntrica satisfacción y entonces comenzaron a aproximarse al tema al que Lukas quería llevar la conversación.

—La verdad es que yo pienso y siento un poco diferente al común de los hombres.

—*Sí, estoy segura de ello, Lukas* —comentó ella en serio y en broma, tocando de lleno y sin saberlo el asunto sobre el que Lukas quería hablar esa noche.

—*¿Y eso te disgusta?*

Sophie se tomó algunos segundos para responderle, pero finalmente, mirándole con sus profundos ojos azules, le confió sus pensamientos.

—*No... en realidad no me disgusta, es más, me encanta que actúes de una manera diferente a como lo han hecho todos esos machos alfa tan agobiantes con los que he tenido relaciones en el pasado sin haber compartido con ellos ni un poquito de mi vida, con excepción de la cama...*

Al escucharla, a Lukas se le aceleró el pulso.

—*A mí me encanta compartirlo todo contigo, en la cama y por fuera de ella...*

—*Pero... yo sé que tú no eres muy diferente* —anotó Sophie haciendo cara de estar trayendo algo de su memoria.

—*¿Por qué lo dices?* —le preguntó él sorprendido.

—*Porque aún recuerdo la forma en que me mirabas mientras que recorriamos ese apartamento en Miraflores el día en que nos conocimos. Me desnudaste todo el tiempo caminando en silencio detrás de mí, ¡qué descarado! ¡Nunca te lo había dicho, pero eso no voy a permitir que lo hagas con nadie más!* —sentenció echándose a reír.

—*Y no lo haré con nadie más, mi Sophie, contigo fue inevitable. Pero, como tú lo dices, pensar y comportarme de manera diferente a como lo hace el común de los hombres me hace sentir a gusto.*

—*¿Eres gay? ¿Es eso lo que quieres decirme?* —le preguntó Sophie nerviosamente mientras que los dos se sentían al borde de un ataque de pánico.

—*No es tan simple, solo sé que soy diferente y que mi sexo biológico nunca ha determinado mi forma de ser, de pensar ni la manera cómo quisiera verme o interactuar con las personas que me rodean.*

—*No entiendo bien lo que quieres decirme.*

—*Que yo mismo no logro encasillarme en alguna definición preestablecida, digamos, simplemente, que no soy como el común de los hombres, o, al menos, de lo que la mayoría pretende mostrarle a los demás.*

—*¿Entonces eres gay! Dime, ¿has tenido relaciones sexuales con otros hombres?*

—*No te lo voy a negar, pero la verdad es que no encontré en eso la satisfacción que buscaba.*

—*¿De veras?*

—*Sí, Sophie, lo he hecho.*

—*Y entonces, ¿qué quieres conmigo?* —le preguntó ella alarmada por esa confidencia y tratando de procesar aceleradamente toda la información que él le estaba dando en esa conversación.

—*Sophie, yo simplemente no podría definir lo que soy* —afirmó mirándola con sus ojos grises brillantes por la angustia que le causaba dejarle conocer su mayor secreto, al conducir la conversación hasta ese punto y continuó—. *Lo que sí sé es que deseo más que nada en el mundo compartir contigo todo lo que soy y que tú compartas conmigo todo lo que tú eres.*

Sophie se tranquilizó al escuchar esas palabras y se sintió satisfecha por lo que Lukas le estaba confiando, entonces le dio su veredicto.

—*A mí no me importa lo que hayas hecho en el pasado, quién no ha hecho cosas, pero si vas a ser mi*

pareja no quiero que te vuelvas a acostar con nadie más, ni hombres ni mujeres y que ni siquiera lo pienses, jese es mi precio!

—Yo pagaré con gusto cualquier precio por estar a tu lado y te aseguro que no tengo y nunca tendré ojos para mirar a nadie más que a ti, porque mi mayor deseo es estar contigo y hacerte feliz. Pero hay algo que debes saber y no quiero que lo pasemos por alto en esta conversación porque tú eres verdaderamente importante para mí.

—Adelante, Lukas..., veo que hoy tenemos el libro abierto.

—Sophie, mi libro está y permanecerá siempre abierto para ti, porque apenas si te conozco y ¡ya te amo sin medida! —declaró, y acto seguido sacó el valor que necesitaba para llevar esa conversación hasta el final—. *El asunto, Sophie, es que a mí me gusta vestirme como una mujer y eso me hace la vida más feliz* —le confesó finalmente Lukas, sintiendo que le palpitaban las sienes mientras que trataba desesperadamente de leer la reacción en la cara de Sophie.

—Yo sé que te excita verme vestida de manera sensual, lo he notado, pero...

—Es cierto, yo no tengo palabras para expresar cuánto me gustas, pero lo que deseo compartir contigo es que a mí me hace feliz dejar fluir una manera completamente femenina de comportarme y vestirme de mujer —precisó Lukas con un leve temblor en la voz.

Sophie se quedó en silencio por un momento que a Lukas le pareció interminablemente largo, y al final lo miró de una manera extraña abriendo sus profundos ojos azules y lo besó.

—¿Me amas sin medida? —le preguntó.

—¡Te amo como no he amado nunca a nadie en el mundo! —declaró él sin poder controlar el temblor de su voz.

Desde el día en que fueron juntos a la playa, Sophie había intuido parte de lo que Lukas le acababa de confiar y por alguna razón totalmente fuera de su comprensión, hasta eso le gustaba de él, porque sentía, sin pensarlo mucho, que tenerlo a su lado tal y como era le permitiría a ella liberar una sensualidad sin límites.

—¡Yo lo sabía! —gritó de pronto ella utilizando un tono de voz acusador de niña consentida, pero con una sonrisa nerviosa dibujada en su cara.

—Sophie, yo he sido así desde que tengo memoria, mira que desde antes de cumplir los dieciocho años siempre he usado bragas y si últimamente me he puesto ropa interior de hombre es solo porque tú y yo estamos saliendo juntos.

—Pero no me has podido ocultar tu cuerpo depilado de quinceañera —anotó liberando la gran tensión que esa conversación le estaba produciendo con una carcajada.

—¿Te gusta? Me depilé tantas veces hace ya varios años que ahora no me salen muchos vellos.

—Lo noté desde la primera vez que estuvimos juntos en la playa y me preguntaba si eras un lampiño natural.

—Para tu información, jes el resultado de un gran sacrificio! —declaró Lukas haciendo de manera espontánea un gesto de dignidad completamente femenino nuevo para Sophie, usando una expresión corporal muy propia de Veruska.

—Aclárame una cosa, Lukas, ¿tú quieres convertirte en una mujer?, ¿deseas cambiar de sexo?

—No, Sophie, yo no siento la necesidad de hacerlo, y como lo habrás notado, te deseo con locura, así

que no cambiaría por nada en el mundo el poder hacer el amor contigo como lo hacemos, yo no tengo ningún problema con mi cuerpo.

—*Tu cuerpo es divino y si algo me hiciera falta lo podemos solucionar, ¿no lo crees?* —concluyó inesperadamente Sophie, tanteando sin intención el terreno en que a partir de ese momento construiría con Lukas una relación en la que se ella reservaría la libertad de hacer lo que le provocara.

—*Estoy seguro* —convino Lukas consciente de que en ese momento debía hacerle cualquier concesión para conservarla.

—*¿Te daba temor contarme esto?*

—*Temor no es la palabra adecuada para describirlo, he sentido pánico cada vez que he pensado en compartir contigo mis secretos, porque en tan poco tiempo te has vuelto la persona más importante de mi vida y soy consciente de que para la mayoría de las mujeres este asunto podría ser difícil de aceptar, pero justamente por eso no quería ocultártelo más tiempo.*

—*¿Y esperaste a que estuviera enamorada de ti para contármelo?*

—*Pero Sophie, no han pasado ni dos meses desde el día en que nos conocimos, aún no se había presentado el momento adecuado y, además..., yo también me he enamorado. Dime, ¿tú habrías vuelto a salir conmigo si te hubiera contado esto en nuestra primera cita, cuando aún no me conocías?*

—*No lo sé, probablemente no* —aceptó ella dándole la razón—. *Mira, Lukas, yo no estoy acostumbrada a tener novios, pero sí he tenido muchos compañeros ocasionales, todo ellos muy masculinos, aunque, a decir verdad, esos tipos han sido siempre y sin excepción un completo desastre, de tal forma que no encuentro una buena razón para no aceptarte como eres, así que en lo que a mí respecta puedes vestirme como más te guste, pero ten presente, sin importar lo que yo haga, que vas a ser mío y solamente mío.*

De repente, todo pareció tener sentido para Lukas, que sintió como si le quitaran un gran peso de encima y sin poderlo controlar un par de lágrimas se escurrieron por sus mejillas.

Durante los días siguientes Lukas le contó a Sophie algunas de las cosas que le habían ocurrido desde la noche en que había ido voluntariamente hasta la casa de Veruska, de las experiencias que había vivido como un travesti en la avenida Libertador y el nombre con que su amiga le había bautizado y cómo, algunos años más tarde, había disfrutado los sábados en la noche bailando en aquel club en Londres. Lo que no mencionó fue la oscura relación que había sostenido durante varios años con Rebecca, su ama.

Sophie lo escuchó sin hacer juicios sobre lo que le estaba confiando pensando que ella también había disfrutado libremente de su sexualidad, y por eso esas historias no le causaban asombro, pero no le llamó la atención compartir sus experiencias de la misma manera y Lukas aceptó esa reserva, así que no se enteró de que había perdido su virginidad en una pequeña orgía que ella misma había propiciado con solo diecisiete años, ni de su relación con Juliette, ni tampoco sobre su larga aventura como la acompañante pagada de un hombre rico y casado.

En cambio, Sophie le confió a Lukas el gran vacío que sentía en su vida antes de conocerle, y durante las siguientes semanas compartieron historias de su infancia, de su adolescencia y de su época como estudiantes universitarios, se contaron de sus logros, también hablaron sobre sus sueños y se sintieron unidos para siempre.

Vida de pareja

Seis meses después de su primera cita Sophie y Lukas reunieron una buena parte de sus ahorros para comprar un apartamento ubicado sobre el malecón Cisneros justo al frente del Parque del Amor, un cómodo dúplex encajado en los últimos pisos de una torre con una vista inigualable sobre la bahía de Miraflores que por separado les hubiera sido inalcanzable, y sin pensarlo dos veces se mudaron a ese lugar para comenzar su vida juntos.

Desde el comienzo Sophie dejó claro que no estaba dispuesta a compartir a Lukas de ninguna manera, que no le gustaba que se relacionara con las mujeres que había conocido durante su corta estadía en Lima antes de conocerla, ni que tuviera ninguna familiaridad con sus asistentes o subalternas en el bufete, lo controlaba sin sutileza y quería estar al tanto de su agenda, tanto que se molestaba cuando él tenía más de una reunión de trabajo en la que participara la misma mujer.

Además, Lukas debía asegurarse de llegar siempre a la hora convenida para sus citas y esperarla sin mostrar ningún disgusto cuando ella no llegaba a tiempo, descubriendo que hacer eso no le era difícil, porque sentirla a su lado feliz le compensaba con creces cualquier sacrificio.

No consideraron necesario formalizar su relación ante la Iglesia católica a la que pertenecían sus familias, dentro de cuyos ritos había crecido, ni frente a un notario. Su unión era libre y en lo material simplemente comenzaron a ser socios igualitarios en todo lo que hacían.

Llegado el momento hablaron sobre la conveniencia de formar una familia y debatieron el tema durante varios meses porque Sophie deseaba tener al menos un hijo, era un asunto biológico profundamente arraigado en su naturaleza y también en las expectativas de sus padres, pero ella misma tenía pensamientos encontrados sobre ese asunto, y habiendo agotado todas las disquisiciones posibles, finalmente concluyeron que en un mundo sobrepoblado y al borde de un colapso social y ambiental su descendencia, si es que la tenían, tendría que enfrentarse a situaciones verdaderamente difíciles.

Así que cerraron la discusión acordando que en lugar de tener hijos aportarían parte de sus ganancias a fundaciones humanitarias que ayudaran a los niños alrededor del mundo y también a iniciativas científicas que trabajaran en busca de la solución de los problemas ambientales más graves del planeta, y después de decidirlo, él se sometió a la vasectomía y ella a la ligadura de las trompas.

Cuando se presentaba algún disgusto entre ellos, que por lo general era ocasionado por los caprichos de Sophie, terminaban olvidando el asunto en la cama y a Lukas le encantaba la forma como eso ocurría, porque Sophie asumía el control haciendo gala de una actitud dominante para utilizarlo sin reservas, haciéndole sentir, tal y como él lo había percibido el día en que cenaron juntos por primera vez, que tenía el poder para hacer con él cualquier cosa que se le antojara.

Lukas, que se esforzaba por satisfacer a Sophie de todas las formas posibles, aprendió rápidamente que esas reconciliaciones eran más intensas cuando él aceptaba, sin la menor reticencia, tener toda la

culpa de aquello que hubiera podido incomodarla o, en otras palabras, si no mostraba ni la menor pretensión de tener la razón.

Que ella tuviera siempre y sin la menor sombra de duda la última palabra en todas las decisiones pequeñas de la vida tenía sin cuidado a Lukas, que se sentía realizado por el simple hecho de vivir a su lado, y a pesar de todas esas particularidades o, más bien, gracias a ellas, cada día que pasaba se volvían más unidos y dependientes el uno del otro.

Durante los primeros años compartían por igual el trabajo doméstico y las tareas de la vida cotidiana, formaban un buen equipo, iban juntos a hacer compras en el supermercado y en la noche cocinaban, él arreglaba la mesa y al terminar de cenar limpiaba la cocina y lavaba los platos.

En el cine, su pasatiempo favorito, compartían el gusto por películas menos comerciales de cine arte, y cuando iban a cenar a los restaurantes recomendados por las revistas especializadas jugaban tratando de descubrir los componentes que le daban sabor a los platos que escogían al azar, porque si algo adoraban de Lima era la exquisita oferta de sus maravillosas cocinas.

La música clásica ocupaba un espacio importante en la vida de Lukas, que poco a poco fue reuniendo una gran colección de discos y con la asesoría de un técnico de sonido adquirió los equipos necesarios y adaptó su estudio para reproducir sus piezas favoritas con la mayor fidelidad posible, y cuando llegaban a la ciudad orquestas sinfónicas, solistas o grupos de cámara conocidos asistían a sus conciertos en el Gran Teatro Nacional, y Sophie le acompañaba luciendo su deslumbrante belleza.

Ocasionalmente, disfrutaban del placer de ir a bailar, Lukas lo hacía estupendamente y ella, que había recibido clases de danza durante su infancia, no se le quedaba atrás, los fascinaba, era una de las cosas que más les podía excitar, y aquellas noches de rumba terminaban normalmente en relaciones apasionadas en las que, curiosamente, Sophie no sentía la necesidad de dominarle de la manera como normalmente lo hacía, y le dejaba expresar libremente su amorosa manera de poseerla.

Durante los primeros años de su vida de pareja, instalados en el apartamento del malecón Cisneros, Sophie y Lukas descubrieron que las experiencias que cada uno de ellos había tenido a lo largo de sus vidas antes de conocerse no eran otra cosa que todo aquello que les debía haber sucedido para que, llegado ese momento, encajaran de la manera como lo hacían.

Los amantes que habían pasado por la vida de Sophie le toleraban cualquier cosa para tener el privilegio de acostarse con ella, pero invariablemente entraban en desgastadores conflictos cuando lograban su propósito, porque ninguno de ellos renunciaba a tratar de imponerle sus intereses por fuera de la cama o controlarla de alguna manera, algo que ella odiaba profundamente y que con Lukas estaba lejos de suceder.

Mantenerse esbeltos era una obsesión que acompañaban con una estricta disciplina que comenzaba por alimentarse con una dieta mediterránea, practicar rutinas de ejercicio y, para completar, se aplicaban algunos de los tratamientos que Sophie ofrecía a sus pacientes para tonificar sus cuerpos, suavizar sus líneas de expresión, reducir las pequeñas acumulaciones de grasa y desvanecer cualquier asomo de celulitis.

Lukas pensaba que Sophie lo sometía a sesiones para lograr la depilación definitiva de los vellos que aún le quedaban en el cuerpo y veía como la cosa más natural que utilizara a diario ropa interior femenina bajo sus vestidos de hombre, como una forma más de controlarlo, para evitar que pudiera

pensar en enredarse con alguna de las mujeres de su trabajo que le causaban tanto recelo, pero con el tiempo fue entendiendo que eso era parcialmente cierto y que, aunque ella no lo reconociera abiertamente, realmente la excitaba verlo así y sentir el contacto de su piel suave.

Podría decirse que ellos pasaban el tiempo que les quedaba libre dándose gusto y disfrutando de hacer todo lo que les apetecía, mucho más que de estar acompañados por amigos, pues las pocas experiencias que tuvieron tratando de compartir algún tiempo con otras parejas les mostraron que para mantener esas amistades debían modificar sus agendas, coordinar encuentros y participar en reuniones que no siempre eran de su agrado, y lo que era peor e inevitable, terminar envueltos en situaciones incómodas cuando tenían que presenciar de cerca los conflictos de pareja de esos amigos.

Por todo eso, poco a poco tomaron una prudente distancia frente a sus conocidos estableciéndose felizmente en una relación simbiótica en la que, sin ser conscientes de la manera como actuaban parecía una sola persona, una extensión de Sophie que encontraba en Lukas a su compañero perfecto.

Quienes le conocían en el ámbito de los negocios admiraban a Lukas por ser un empresario exitoso, un trabajador incansable, un abogado brillante y un hábil negociador dotado de una cultura sin fronteras que se abría caminos como asesor del más alto nivel en los asuntos relacionados con el comercio internacional de la industria del petróleo y de la minería. Pero a él, que sentía con agrado el reconocimiento que le daban sus colaboradores y sus clientes, todo eso le parecía poco ante la profunda satisfacción que le generaba el simple hecho de estar junto a Sophie, una mujer a la que cualquier hombre hubiera considerado inalcanzable con solo verla.

Lukas no sabía a ciencia cierta qué era lo que más le atraía de ella, si su extraordinaria belleza, su sensualidad a flor de piel, su inteligencia, su arrolladora personalidad o simplemente la forma en que le dominaba a su antojo para satisfacer con él sus caprichos, haciéndole sentir intensamente deseado.

Sophie le liberaba y en su presencia Lukas dejaba salir su *alter ego*, una personalidad femenina cada día más presente que surgía desde lo profundo de su ser con la que le hacía saber que era completamente feliz a su lado.

Pero aunque todo parecía fluir con la más competa naturalidad, a ella no dejaba de inquietarle lo que Lukas le inspiraba y, en especial, ese deseo obsesivo de hacerle literalmente suyo, de usarlo y de controlarlo en todos los asuntos de la vida de una forma que superaba cualquier razonamiento, y temía que eso estuviera más allá de lo que pudiera considerarse sano, y por eso consultó secretamente a un colega psicoanalista y sacó el tiempo necesario para contarle los pormenores de su relación en sesiones que se extendieron a lo largo de varios meses.

Recostada en un diván y con los ojos cerrados, Sophie hablaba sobre su relación con Lukas durante los cincuenta minutos que duraba cada una de sus citas.

—¿Por qué le teme a que Lukas se relacione en el trabajo con otras mujeres?

—Yo no le temo a eso, simplemente me molesta, no quiero que termine involucrado con alguna de esas zorritas que le acechan a diario en el bufete.

—¿Le acechan a diario?

—Sí, él es muy guapo y sus colaboradoras lo desean, estoy segura, y como usted sabe, los hombres son débiles frente a las mujeres, y en un descuido alguna de ellas me lo podría quitar...

—¿No confía en él?

—*No se puede confiar en los hombres, ¿no cree?*

Sin emitir ningún concepto sobre esas respuestas, el psicoanalista continuaba haciéndole preguntas.

—*Por favor, hableme de su padre.*

—*La verdad es que yo sé poco sobre mi padre, él siempre ha sido una persona reservada, un hombre imperturbable a quien mi madre nunca ha podido llegar a conocer completamente y mucho menos yo. Aunque no tengo ninguna queja porque siempre me ha provisto de todo lo necesario para vivir. Pero un día mi madre comenzó a darse cuenta de que la engañaba.*

—*En su concepto, ¿él es el único responsable de lo que ocurre en la relación con su madre?*

—*¡Indudablemente!* —afirmó Sophie con absoluta convicción y siguió ventilando sobre ese diván los recuerdos más íntimos de su vida, sus pensamientos y sus sentimientos, hablando sobre cosas de las que normalmente no era muy consciente, pero sin llegar a obtener respuestas concretas por parte del psicoanalista, que se limitaba a hacerle más y más preguntas y le dejaba divagar elaborando sus respuestas.

Hablar libremente sobre tantas cosas íntimas le dio a Sophie una mejor perspectiva de sí misma, de sus frustraciones, del dolor que llevaba por dentro, de su manera de ver a los hombres, pero no le hizo cambiar su opinión sobre la confianza que debía tener en ellos, ni su idea de que todos se comportaban simple y llanamente como animales en presencia de una hembra y Lukas, a pesar de todo, no era una excepción.

La terapia terminó un día en que Sophie hizo un relato explícito para describir con lujo de detalles las cosas que le hacía a Lukas cuando él quería congraciarse con ella después de algún disgusto sin importancia, y la intensidad de la escena que narraba había llegado a tal punto que, recostada sobre el diván y con los ojos cerrados, comenzó a moverse sensualmente.

Esa tarde había llegado al consultorio de su colega para cumplir su cita semanal vistiendo una falda corta y medias veladas que remataban en un encaje adherido a la mitad de sus muslos que se notaba mientras que hablaba recostada en el diván levantando ligeramente una rodilla.

Desde el momento en que le saludó al entrar al consultorio, Sophie se había mostrado decidida a poner a prueba el profesionalismo y la voluntad de su colega con una actitud inesperadamente seductora y concediéndole la razón sobre la incapacidad de los hombres de resistirse a una mujer, al verle actuar de esa manera el hombre detrás de esa fachada imperturbable perdió la serenidad y cayó en su trampa.

Así que su colega le confirmó aquello que ella ya sabía sobre los hombres y desde ese día no regresó a la consulta, aunque hablando sobre el diván había comprendido que la normalidad era un asunto relativo y que podría considerar perfectamente sana su forma de relacionarse con Lukas en tanto que ambos la disfrutaran por igual, que no le causaran ningún mal a nadie y no se hicieran daño mutuamente, además, al analizar la manera como fluía su relación en todos los aspectos, era claro que esa conducta que le inquietaba no afectaba la forma en que llevaban adelante su vida juntos y, por el contrario, los estimulaba para ser más productivos y felices.

Llegar a esas conclusiones luego de varios meses de elaborar relatos y argumentaciones sobre el diván del psicoanalista fue suficiente para que Sophie cerrara definitivamente su propio caso y

continuara disfrutando de su relación con Lukas sin más preocupaciones.

Por esa época decidieron comprar un piso alto con una bonita vista a los campos del Lima Golf Club, en un edificio sobre la avenida Portillo, un lugar que transformaron con la ayuda de un arquitecto en un encantador centro de estética al que comenzaron a llamar SPA y entonces Sophie renunció a su trabajo como especialista en la unidad de urgencias de la clínica y decididos a ampliar los servicios que hasta ese momento ella venía ofreciendo en su práctica privada establecieron su primer negocio conjunto.

Muy pronto el lugar comenzó gozar de una creciente clientela compuesta principalmente por ejecutivas que trabajaban en las más grandes empresas de la ciudad y personas de la clase alta, mujeres maduras que sin más información que la comunicación que corría de voz a voz llegaban buscando la solución a problemas físicos que afectaban su imagen o, simplemente, tras el sueño de lograr y mantener sus ideales de belleza, y aunque la asistencia de los hombres era mucho menos frecuente, también algunos llegaban al SPA en busca de lo que allí ofrecían.

Para satisfacer las necesidades de una clientela tan selecta invirtieron una buena suma de dinero en adquirir equipos de alta tecnología para la realización de diversos tratamientos, haciendo del SPA un negocio innovador que comenzó a crecer en ese remanso de paz en donde todo invitaba a la relajación.

El SPA se convirtió en el escenario perfecto en que Sophie adquiría día por día mayor reconocimiento y gracias a su competencia profesional, su cálida personalidad y su notable belleza, el lugar comenzó a posicionarse como un verdadero ícono de esa actividad tan apetecida por el círculo social más prestante de la ciudad, para quienes asistir y recibir los tratamientos que allí ofrecían se convirtió en un símbolo de estatus.

Gracias al crecimiento sostenido que mostraban tanto el bufete como el SPA, un año más tarde dispusieron de los recursos necesarios para adquirir una bonita casa frente al mar en un lugar cercano a la playa que visitaron el día de su segunda cita y comenzaron a disfrutarla en sus días de descanso.

Sumisión

Completamente inmersos en los retos profesionales que se imponían, Sophie y Lukas vivían paralelamente una búsqueda incesante del placer dejando fluir libremente el erotismo de sus secretos deseos y la voluntad de satisfacerlos.

En el preámbulo de sus noches de amor se contaban al oído fantasías que podrían considerarse obsesivas.

—*Me gusta, me gusta...* —murmuraba Sophie.

—*¿Qué es lo que te gusta?*

—*Que sean grandes y fuertes.*

—*¿Deseas hacer el amor con otros hombres?*

—*Sí, pero mejor dotados que tú, no sabes lo bien que eso se siente.*

—*¿Me dejarías mirarte?*

—*¿Te gustaría?*

—*¡Mucho!*

—*¿Quieres verme con un hombre de verdad?*

—*Eso me excitaría, Sophie, pero no solamente verte, deseo estar a tu lado y sentir tu placer.*

—*¡Abaaaag!*

Sophie alcanzaba así un primer orgasmo estimulada por esas fantasías compartidas mientras que Lukas le recorría el cuello con sus besos y acariciaba su clítoris con el dedo corazón de su mano izquierda.

Pasados algunos minutos ella comenzaba a estimularse con su vibrador y volvían a fantasear.

—*¿Te gustaría lamerme mientras que estoy con un hombre?*

—*¡Te daré placeres increíbles mientras que se mueve adentro de ti!*

Sophie alcanzaba un segundo orgasmo con el intenso estímulo que le proporcionaba su juguete y en seguida le abría sus piernas a Lukas que se acomodaba sobre ella.

—*¡Vamos a hacer realidad nuestros sueños, mi Sophie, lo deseo tanto!*

—*No tanto como yo, estoy segura* —respondía ella mientras que él alcanzaba un orgasmo explosivo.

Pero más allá de esas noches de placer, su vida cotidiana estaba salpicada por episodios en los que exploraban su erotismo de diversas maneras cuando Sophie llamaba a Lukas sin previo aviso a cualquier hora del día para pedirle que abandonara lo que estuviera haciendo y fuera a buscarle al SPA, o a otro lugar de la ciudad que bien podía ser un centro comercial, un restaurante, una sala de cine, un parque o cualquier otro lugar público, en donde le esperaba ansiosa.

En esas aventuras les gustaba simular que eran dos desconocidos que se encontraban casualmente y terminaban sosteniendo relaciones íntimas apresuradas en las que Lukas debía ingeniar la manera de dejarla satisfecha, pero una vez que obtenía lo que deseaba, lo enviaba de regreso a su trabajo sin más.

compensación que saber que esa misma noche le buscaría para disfrutar sin limitaciones, y esa exploración no disminuía ni con el paso de los años, porque ambos continuaban descubriendo a diario emociones nuevas y fantasías que fortalecían su estrecha relación.

Los hombres que habían pasado por la vida de Sophie eran, por lo general, hipertrofiados machistas, narcisistas prepotentes, egoístas o mentirosos, algunas veces casados y con frecuencia reunían varias de esas características simultáneamente, es decir, no eran para nada parecidos a Lukas, y cuando les concedía el privilegio de meterse entre su cama en más de una oportunidad, era porque se trataban de hombres bien dotados y ahora, a pesar de la tranquilidad que su relación con Lukas le proporcionaba, ella sentía ocasionalmente el deseo de volver a estar con esa clase de tipos que le hacían gozar hasta enloquecer.

En su sexto aniversario, una fecha que celebraban con manifestaciones amorosas para conmemorar el día de su primer paseo a la playa, Lukas le dio a Sophie una sorpresa trayendo el servicio de uno de los mejores restaurantes de la ciudad a la terraza del apartamento. Una mesa espléndidamente decorada fue arreglada para que disfrutaran de una deliciosa cena en la intimidad de su hogar. Fue una velada romántica en medio de la más increíble experiencia gastronómica.

Cuando el último de los empleados del restaurante se marchó cerca de la media noche y volvieron disfrutar de su preciada intimidad, él se decidió a expresarle aquello que quería compartir desde hacía ya algún tiempo.

—*Esta noche estás preciosa, mi Sophie.*

—*Gracias, amorcito, ¡ha sido una cena deliciosa, una sorpresa maravillosa!*

—*Pero también quiero hacerte un regalo.*

—*¡Me encantan tus regalos!*

—*Yo lo sé, y esta vez te quiero dar algo especial...* —le dijo sacando de su bolsillo una cajita de terciopelo atada con un lazo dorado que ella, emocionada como una niña, abrió para encontrar un cordón de oro con un dije que representaba dos corazones entrelazados que él tomó de sus manos y poniéndose de rodillas lo ató sobre el tobillo del pie izquierdo de Sophie.

—*Pero ¿qué es esto, mi cielo?*

—*No es tanto lo que es, como lo que significa.*

—*Está divino, ¿significa algo especial?*

—*A simple vista, te hará ver muy sensual, pero para nosotros y de ahora en adelante va a significar lo que voy a decirte esta noche* —le informó Lukas con una sonrisa.

—*Adelante, chico, soy toda oídos* —le dijo, y sonrió al recordar una vieja historia que Alicia le había contado, pensando que a ella también le encantaba oírlo hablar cuando se traía algo entre manos.

—*Sophie, quiero que sepas que siendo tal y como eres me haces inmensamente feliz y que nada me puede complacer tanto como saber que estoy hecho para ti, para amarte, para darte placer y para satisfacer tus deseos* —y prosiguió mientras que ella, que le conocía como la palma de su mano, lo dejaba hablar sin interrumpirle, observándolo con sus ojos azules brillantes de emoción—. *Quiero confesarte que me haría feliz que te sientas en libertad de hacer realidad nuestras fantasías, las que creamos cuando hacemos el amor. A cambio, prometo someterme a tu voluntad y acompañarte en esas aventuras, pero me conformaría con que regreses a casa trayéndome tu cuerpo caliente y húmedo. Ese es el*

regalo que hoy te hago y lo que simboliza este lazo de oro con el que me ato a tus pies como tu esclavo, para que en adelante te siestas en libertad de buscar los placeres que tu cuerpo te pide y que yo no logro proporcionarte, los que tú te mereces.

Sophie escuchó atentamente cada palabra y cuando Lukas terminó lo besó agradeciéndole por haberle confiado sus sentimientos más íntimos, y entonces le expresó lo que se le vino a la mente, aquello que, sin duda alguna, ella también deseaba y que en esa noche romántica encontraba el momento perfecto para ser compartido.

—Lukas, yo te amo inmensamente y por esa razón debes tener presente en todo momento que eres mío, que me perteneces, que no deseo compartirtte de ninguna forma con nadie y que nunca te perdonaría una infidelidad. Creo que para ti es muy claro el placer que experimento al someterte a mis caprichos y ahora, más que nunca, estoy segura de que esta manera de relacionarnos nos satisface a los dos por igual — afirmó recordando fugazmente a su psicoanalista—. He llegado a la convicción de que esta es la forma como tú y yo nos amamos y no sabes lo feliz que tu amor me hace.

—Ya mí... —murmuró Lukas tratando de no interrumpirle.

—Aunque no lo parezca, soy perfectamente consciente de cada cosa que ocurre entre nosotros, y debes saber que tu deseo de complacerme en todo es maravilloso.

—Sophie, yo anbelo darte gusto...

—Disfrutaré de esa libertad con algún hombre que realmente valga la pena.

—Me da tranquilidad saberlo...

—Y tengo un pequeño secreto para compartir contigo, es algo que siempre he deseado, debes saber que me gustaría gozar con varios hombres al mismo tiempo y me haría muy feliz si tú te encargaras de hacerlo realidad.

—No lo dudes.

—Pero ten presente que yo te contaré todo lo que haga y hasta las cosas que piense, pero no para satisfacer tu curiosidad, lo haré para sentir el placer de ser tu dueña —le confesó Sophie, expresando un sentimiento que ella misma no había explorado antes de esa conversación—. Si este lazo de oro con sus dos corazones entrelazados significa que me perteneces, ten por seguro que es el mejor regalo que he recibido y recibiré en toda mi vida, no me lo volveré a quitar y no olvidaré nunca lo que nos hemos prometido esta noche —afirmó levantando su pierna para mirar la cadena con el dije de oro que brillaba sobre su tobillo.

—Mi regalo significa que te amo, que soy tuyo de una forma en la que nunca podrás llegar a poseer a nadie más, porque tu placer es mi placer.

—Lukas, ¿estás completamente seguro de querer que todo esto suceda?

—Sí, mi Sophie, lo deseo más que nada —aceptó él sabiendo que su vida iba a cambiar nuevamente, como aquel día que celebraban, cuando fueron juntos por primera vez a la playa, y para generarle confianza le contó con el mayor grado de detalle imaginable sus fantasías más íntimas—. Sophie, yo deseo verte haciendo el amor con un hombre en nuestra cama, escuchar tus suspiros y la forma como se transforman en gemidos mientras que le entregas tu cuerpo como solo tú sabes hacerlo y disfruto al imaginar que ocasionalmente me mirarás con tus ojos brillantes mientras que sus lenguas se entrelazan en besos, tus dedos crispados se enredan en su cabello y mueves tus caderas atrayéndolo rítmicamente

hacia ti en busca de ese éxtasis que llegará cuando él eyacule en lo más profundo de tu vagina haciéndote gozar de una manera indescriptible. Pero lo mejor de mis fantasías ocurre cuando tú, con tu piel brillante y la respiración agitada me ordenas con una señal de tus dedos temblorosos que me acerque y entonces tus manos acarician mi cabeza y con movimientos sutiles de tu pelvis viertes poco a poco entre mi boca el semen de tu amante mientras que alcanzas el último orgasmo de la noche.

—*¡Pero qué fantasía es esa Lukas!* —gritó Sophie ruborizada.

—*Una maravillosa, porque en ese momento tendré la certeza de que te sientes satisfecha y nada en el mundo me hace más feliz.*

—*¿No te sentirás humillado?*

—*Tal vez, pero es fantástico, porque nadie en el mundo te podrá amar de la manera como yo lo hago, además, a la mañana siguiente tu amante se habrá marchado y nuestra vida volverá a la normalidad por algún tiempo, al cabo del cual volverá para hacerte gozar de esa forma en que yo jamás podré llegar a hacerlo.*

—*¡Vaya!* —se limitó a decir ella sorprendida por los detalles de esa fantasía.

Así fue como abrieron juntos la caja de Pandora y dejaron salir sus más recónditos deseos. Estaba por verse si materializarlos podría llegarse a convertir en una expresión gratificante o en una pesadilla, pero voluntariamente lo pusieron a prueba.

Para Sophie fue un alivio sentirse en libertad de hacer cualquier cosa sin poner en riesgo su relación, ni tener que esconderle nada a Lukas, y para él, por su parte, fue emocionante aceptar que desde esa noche su compañera adquiriría una nueva dimensión, la del ser divino para el cual había nacido, y sin más, sellaron con un beso el pacto que en adelante gobernaría su vida de pareja.

Daniel

Daniel era un alto ejecutivo que había asumido tempranamente la posición de vicepresidente en el conglomerado de medios de comunicación de su familia, un hombre apuesto que cuidaba con esmero de su apariencia y se desenvolvía en el mundo con una personalidad encantadora.

Un par de años menor que Sophie se había convertido en uno de los pocos pacientes de género masculino que frecuentaban el SPA a donde llegaba semanalmente en busca de tratamientos para mantener esbelta su figura y argumentando que se trataba de un asunto privado, no permitía que su secretaria pidiera sus citas, como normalmente lo hacían los demás pacientes, e insistía en coordinarlas personalmente con Sophie, que sin haberlo planeado se estaba permitiendo pensar en él de una forma diferente.

De un día para otro Lukas comenzó a notar que Sophie hablaba con Daniel fuera del horario de trabajo, le dejaba escuchar esas llamadas y le contaba lo que ocurría durante las citas a las que cada vez con mayor frecuencia asistía en el SPA. Era indudable que ella lo hacía para medir sus reacciones y en respuesta a esa provocación él se mostraba a gusto con lo que parecía estar sucediendo, especialmente, cuando le contaba abiertamente esas historias en las que ponía de presente que le estaba dando un trato especial a ese paciente, y sin ponerse de acuerdo, las fantasías que habitualmente afloraban en la intimidad de su alcoba dieron un giro.

—*Me encanta...*

—*¿Qué es lo que tanto te gusta?*

—*Un verdadero hombre, uno que tenga un cuerpo hermoso, como el de Daniel.*

—*¿Lo deseas tanto?*

—*¡Mucho!*

—*¿Te gustaría hacer el amor con él?*

—*¡No te imaginas cuanto!*

—*Me encantaría que lo hagas, Sophie.*

—*Lo haré, ya verás, y te lo voy a contar todo... sé que lo vas a disfrutar.*

Y se extendían sobre los detalles de lo que podría llegar a ser un encuentro íntimo entre Daniel y Sophie, hasta que ella, estimulada por su imaginación y las caricias de Lukas, se insertaba profundamente su conejo de silicona y haciéndolo vibrar alcanzaba una deliciosa sucesión de orgasmos.

A Lukas le excitaba verdaderamente lo que estaba pasando y Sophie notó que disfrutaba más intensamente cuando se sumían de lleno en esas fantasías en las que el personaje central era Daniel.

Manipulándolo sutilmente, como solía hacerlo, Sophie indujo a Lukas para que fuera él quien le pidiera, o más bien, le suplicara avanzar decididamente en la relación que ella deseaba ardientemente sostener con su paciente.

—*Deseo que hagas el amor con él.*

—¿Estás seguro?

—Lo estoy.

—No lo sé...

—Lo vas a disfrutar inmensamente.

—No estoy tan segura de que sea una buena idea.

—Es una idea maravillosa, te suplico que la hagas realidad.

—¡Estás obsesionado, Lukas!

—Lo estoy, y si decides convertirlo en tu amante me pondré a tu servicio como el más sumiso de los esclavos para ayudarte a disfrutarlo tantas veces como quieras.

—Voy a pensarlo, ¡pero ten presente que lo haría solamente para darte gusto! —le respondía ella, perfectamente consciente de haber logrado con ese juego de palabras algo más que su simple consentimiento.

Un sábado se despertaron temprano, Lukas sabía que Sophie atendería a Daniel y que ese día él sería su único paciente en el SPA. Aunque ella no acostumbraba a maquillarse para ir a trabajar, esa mañana se delineó los ojos y salió del *vestier* luciendo unas medias veladas que remataban en un encaje que se adhería a la mitad de sus muslos para pedirle que le ayudara a enganchar el sujetador, con el único propósito de mostrarle que se estaba arreglando para algo más.

No le contó sus planes, pero a Lukas, que la veía moverse de un lado para otro mientras que terminaba de arreglarse, la imaginación le volaba, y cuando quedó lista para salir, la abrazó frente al espejo del *vestier* y le susurró al oído.

—Estás preciosa, disfruta lo que quieres hacer, ¡realiza nuestras fantasías!

—¿Estás seguro?

—Completamente, pero recuerda que te estaré esperando.

Con una sonrisa dibujada en su cara Sophie giró entre sus brazos, lo miró a los ojos mientras que se aplicaba su perfume preferido en el cuello, hizo el ademán de darle un beso en la boca sin llegar a tocarle con sus labios pintados y se escurrió con gracia para partir. Lucía radiante y se sentía emocionada con el plan de seducción que había urdido en su mente durante los últimos días.

En un día de trabajo normal ella llevaría una bata blanca sobre la inexpresiva tela aséptica de su uniforme azul, y se encontrarían allí Silvia su asistente, un par de esteticistas, algún representante de sus incansables proveedores y varios pacientes, todos a la espera de sus indicaciones. Pero esa mañana ella había dispuesto todo para estar a solas con Daniel, no quería que nada ni nadie le impidiera confrontar con hechos la provocación a que la había venido sometiendo desde hacía algún tiempo con su manera de tratarle.

Justo cuando entraba al SPA Sophie escuchó el intercomunicador y tomó el aparato para oír al conserje que le anunciaba sin emoción la llegada de su paciente.

Daniel vestía con *jeans* y una fina chamarra de cuero sobre una camiseta negra de algodón ajustada a su cuerpo atlético. Sin su impecable traje de siempre se veía aún más joven y ella, con sus sentidos aguzados, percibió la forma como la recorrió con su mirada antes de saludarla alegremente con un par de besos en las mejillas..., ¡olía tan bien!

El tratamiento programado consistía en eliminar los molestos vellos de la base del cuello y se

extendería sobre el pecho y el abdomen de Daniel haciendo uso del equipo láser de última generación del SPA. Ella le había recomendado hacerse la depilación definitiva al encontrar señales del maltrato que se ocasionaba sobre la piel cuando se afeitaba con una rasuradora que le producía una insufrible irritación acentuada por el contacto con su camisa de algodón ajustada por las corbatas que acostumbraba a utilizar.

No le había sido difícil convencerle mostrándole los cuerpos lampiños de los modelos que aparecían en los anuncios publicitarios de sus propias revistas, y esa sería la primera de las seis sesiones requeridas para cumplir con el propósito.

Siguiendo el protocolo, Sophie o su asistente acompañaban al paciente a la cabina de tratamiento en que se encontraba el equipo, le explicaban los detalles del procedimiento que le iban a practicar y salían cerrando discretamente la puerta, para que se quitara la ropa y se recostara en la camilla siguiendo sus instrucciones.

Cuando Sophie salió momentáneamente de la cabina sintió el impulso de ponerse una bata blanca encima de su vestimenta para sentirse trabajando de manera profesional, pero no lo hizo, estaba decidida a provocarlo y darle la oportunidad de ir más allá de su coqueteo.

Al volver un par de minutos más tarde lo encontró recostado con el torso desnudo y lo miró con discreción. Definitivamente, era un hombre hermoso y no pudo evitar detener su mirada para apreciar el tamaño de los atributos masculinos que se insinuaban bajo sus pantalones, y al hacerlo sintió un leve cosquilleo en el bajo vientre, pero sobreponiéndose a esa breve emoción dio comienzo al tratamiento.

La depilación comenzaría desde la parte alta del cuello y aplicar el láser, era algo que debía ser ejecutado con precisión, empezando por configurar en el equipo la intensidad de los disparos del rayo de luz, para lo cual debía tener en cuenta el color de su piel tanto como el calibre y la densidad de sus vellos.

Después de delimitar su piel dividiéndola en secciones pequeñas con un lápiz especial, recortó a la mitad la longitud de los vellos que se proponía eliminar utilizando una pequeña rasuradora eléctrica y le aplicó un gel cuyo contacto inesperadamente frío le causó a Daniel una reacción infantil que los hizo reír antes de comenzar.

Mientras que el procedimiento avanzaba conversaban sobre las noticias del día, la política y los sucesos más destacados de la semana en el mundo, él sabía que a ella le gustaba estar bien informada y más aún, conocer las noticias que aún no habían sido publicadas.

Recostado en la camilla, esa mañana Daniel estaba haciendo algo inusual, había establecido un contacto físico que Sophie no le hubiera permitido a ningún otro paciente, porque sin su consentimiento había puesto su mano sobre la curva de sus caderas y mientras que ella trataba de concentrarse en su trabajo la sentía apoyada suavemente allí, acariciándola con un movimiento leve, casi imperceptible, pero real.

Los anteojos oscuros de protección que Sophie utilizaba para aplicar el láser le dejaban en libertad para mirar hacia cualquier parte del cuerpo de Daniel sin que él lo notara, y sin poder resistir la tentación ella aprovechaba esa condición para observar con insistencia el bulto que parecía crecer por momentos debajo de sus pantalones, y verlo así, además del contacto de su mano cálida sobre la curva de sus caderas, la tenía literalmente mojada.

Más conversador que de costumbre, Daniel abandonó los temas de actualidad para halagar la forma como se encontraba vestida, decirle lo mucho que la admiraba y bromear sobre la envidia que le producía su compañero.

—*Debo decirle que hoy se ve sensacional, mi doctora.*

—*Gracias, yo tampoco lo había visto antes sin su corbata.*

—*¿Usted es casada?* —preguntó intentando aclarar su mayor inquietud.

—*No lo soy, pero tengo un compañero muy especial y me siento muy afortunada de tenerlo a mi lado* —le informó ella pensando momentáneamente en Lukas con una sonrisa.

—*¿Se siente afortunada?*

—*¡Absolutamente!*

—*Indudablemente, el afortunado es él, a mí me encantaría ser tan afortunado.*

—*¿Y qué pensaría de eso su novia?*

—*Ahora mismo no tengo una, pero jamás he salido con una mujer tan bonita e inteligente como usted.*

—*Por favor, no exagere.*

—*Lo digo en serio.*

Sophie, que le había aplicado el láser sobre el cuello y el pecho, ahora debía prepararlo para trabajar sobre su abdomen, y para eso era necesario definir la forma que le daría a la frontera superior de su vello púbico.

Para tranquilizarlo le contó, como un secreto, que había depilado completamente a Lukas y que después de eso su compañero se sentía más cómodo con su cuerpo.

—*A Lukas no le agradan los vellos de su cuerpo y a mí tampoco.*

—*¿Y le ha depilado completamente?*

—*Absolutamente... ¡se ve fantástico!*

—*¿No le parece un poco raro, doctora?*

—*Pues a mí me encanta su cuerpo sin vellos.*

—*¿Y cómo cree que me vería yo?*

—*¿Quiere mi opinión profesional?* —le preguntó ella.

—*Quiero tu opinión como mujer* —le pidió él cambiando sutilmente su forma de dirigirse a ella, en medio de esa conversación que tomaba un giro personal.

—*¡Yo creo que te verías absolutamente divino!* —opinó Sophie, aceptando su forma de tratarle.

—*No lo sé, mi doctora, creo que me sentiría algo afeminado. ¿Qué pensaría una mujer cuando descubra que no tengo vellos?*

—*Pues si esa mujer fuera yo pensaría que te vez muy sensual.*

—*¿Y a tu Lukas le has depilado también las piernas?*

—*Se las he dejado completamente limpias.*

—*¿Cómo las de una mujer?*

—*Como las de un hombre sin vellos, y créeme que su cuerpo luce precioso.*

—*¿Te gusta verlo depilado?*

—*No solo verlo, me encanta sentirlo, ¡el contacto de su piel suave es sumamente agradable!*

—¿Quieres decir... *excitante*?

—*Pero ¿qué pregunta es esa?* —le cuestionó ella en broma dejándole notar cierta emoción en su voz por el rumbo cada vez más íntimo que adquiría la conversación y sin esperar su respuesta afirmó melosamente—. *¡Sí, su piel suave me excita muchísimo!*

—*Vaya, no se me había ocurrido que un hombre sin vellos en el cuerpo pudiera ser excitante para una mujer.*

—*¡Pues piénsalo!* —le retó Sophie sabiendo que seguramente eso estaba más allá de sus límites.

Daniel aceptó, con fingida resistencia, depilarse una parte de los vellos del pubis y dejó que Sophie definiera la forma que considerara más conveniente para la frontera superior de su vello púbico, y para hacerlo no podría tener puesta su ropa interior mientras que ella le aplicaba el láser.

Sophie había notado desde la primera cita que Daniel no mostraba ningún reparo en desvestirse más de lo que requerían los tratamientos que le aplicaban y que si se lo permitían deambularía desnudo por el SPA, pues en medio de su natural simpatía aprovechaba las sesiones para exhibir su hermoso cuerpo delante de las esteticistas y auxiliares.

Por eso, cuidando el profesionalismo de sus jóvenes empleadas, Sophie, que controlaba todo lo que ocurría en su negocio, se aseguraba de mantenerlo siempre con su ropa interior bien puesta y cuando era necesario hacía que le entregaran prendas desechables para poder trabajar más cómodamente en los procedimientos de cavitación que acostumbraban a practicarle en el abdomen tratando de retenerlo en la cabina de tratamiento que se le asignaba, aunque verlo moverse casi desnudo como un niño travieso era un verdadero placer para todas en el SPA.

Para depilarle el abdomen reduciendo su vello púbico Sophie no encontró otra opción mejor que pedirle que se colocara una de las prendas desechables que utilizaban con las mujeres, y como era de esperarse, él no tuvo problema en aceptarlo, así que le entregó una pequeña tanga de papel azul clínico con una sonrisa y salió de la cabina dejándole a solas mientras que se cambiaba.

Parada frente al espejo del pasillo Sophie le escuchaba bromear en voz alta, estaba ruborizada, sentía el pulso acelerado, su ropa interior estaba empapada y sabía a ciencia cierta que aquello que tanto había deseado estaba a punto de ocurrir.

Cuando reinició el procedimiento de depilación y pasó su mano sobre el abdomen de Daniel, ese contacto le produjo a él un estímulo de tal naturaleza que las pequeñas bragas azules se hicieron a un lado abruptamente sin poder contener la erección con que su pene grande y bien formado se desplegó frente a los ojos de Sophie, que sintió que él bajaba de inmediato la mano que tenía puesta sobre la curva de sus caderas y pasándola por la abertura de su falda le palpaba entrando en contacto con la humedad que la empapaba.

Sophie no tenía ninguna intención de protegerse para sostener relaciones sexuales con Daniel, pero con su entrenamiento profesional no pudo evitar examinarlo cuidadosamente para asegurarse de que luciera saludable, y quitándose las bragas se le acomodó encima.

La excitación de ambos era tan grande que en pocos minutos alcanzaron un explosivo orgasmo y cuando su corazón apenas volvía a latir a un ritmo normal, ella lo llevó hasta el sofá de su consultorio en donde vestida únicamente con las medias de encaje que se adherían a la mitad de sus muslos se recostó boca arriba para ofrecerle nuevamente su cuerpo.

Sophie no había vuelto a experimentar durante los años que llevaba viviendo con Lukas la deliciosa sensación de ser poseída por un hombre tan bien dotado, y gozó con ese miembro fuerte que se abría paso una y otra vez hasta lo más profundo de su vagina haciéndole alcanzar un nuevo orgasmo, uno que la hizo gritar como no lo había hecho antes.

Por su belleza, por su sensualidad, por la forma como cada parte de su ser se involucraba activamente al hacer el amor o simplemente porque así lo desencadenaba la química de su cuerpo, Sophie producía un efecto en sus amantes, quienes invariablemente, después de alcanzar un primer orgasmo, se volvían a excitar casi de inmediato y la penetraban una segunda vez hasta ocasionarle otro orgasmo, uno más prolongado, y algunos, los que ella prefería, lo hacían por tercera vez, dejándole tan satisfecha como esa mañana lo hizo Daniel.

Eran las dos de la tarde cuando se despertaron abrazados sobre el sofá del consultorio.

—*Fue maravilloso* —se limitó a decirle Sophie al despedirse.

Mientras que conducía de regreso a su apartamento ella iba pensativa, excitada por lo que acababa de ocurrir y deseando comprobar si Lukas realmente disfrutaría de su cuerpo húmedo como se lo había repetido tantas veces en sus fantasías.

Convencido de que algo había sucedido entre Sophie y su apuesto paciente, Lukas la oyó entrar cerca de las tres y la esperó sentado en el estar de su habitación escuchando cada uno de sus pasos al subir por la escalera.

Por el tono de su voz al saludarle, un cierto desorden en su cabello, el leve brillo de su piel y especialmente por su mirada brillante, Lukas no tuvo necesidad de que Sophie le contara nada, y cuando ella se le acercó para besarlo fugazmente en la boca como lo hacía siempre, la haló suavemente obligándola a sentarse sobre sus piernas para percibir por primera vez el aroma masculino que la impregnaba, y llevado por un fuerte impulso metió una mano bajo su falda, hizo a un lado sus bragas y sintió la humedad que empapaba sus labios vaginales untando en ella sus dedos para dejarle ver el gusto con que los chupaba uno por uno, confirmándole, sin el menor asomo de duda, su aceptación, y Sophie sintió entonces la confianza necesaria para contarle los detalles de su aventura.

—*Amorcito, Daniel es un hombre de verdad y me ha hecho el amor con su pene grande y fuerte* —le dejó saber para comenzar, mirándolo fijamente a los ojos mientras que él continuaba untando los dedos en su humedad y llevándoselos a la boca con evidente placer.

Después de eso Sophie se acomodó en el sillón y Lukas se arrodilló entre sus piernas para lamerla, nunca antes había estado tan excitado como cuando sintió el sabor de su vulva que le era tan familiar mezclado con el de su amante, mientras que ella fuera de control temblaba tomando su cabeza con las dos manos.

—*Me haces tan feliz...* —le susurró él.

—*No te imaginas cuánto me gusta que esto te excite de esta manera.*

Lukas sintió que navegaba en un espacio tibio y húmedo que le era literalmente imposible llenar, pero hicieron el amor con tanta excitación que alcanzaron juntos un delicioso orgasmo.

Sophie tenía claro que, si Lukas no se hubiese sentido a gusto al materializar sus fantasías, se tomaría lo que había hecho como una aventura y en el futuro trataría de manejar el asunto con la mayor discreción posible para no afectar su relación, pero para su tranquilidad, Lukas le demostró la

más sumisa aceptación y hasta un profundo agradecimiento por lo que había hecho, y desde ese día su relación entró en una nueva dimensión, la que desde hacía algún tiempo ambos anhelaban.

Hicieron el amor y durmieron abrazados hasta la noche, cuando el sonido de un mensaje de texto en el teléfono móvil de Sophie interrumpió su descanso. Era de Daniel.

«No me acabo de reponer, eres sencillamente única.

Voy a estar fuera de la ciudad por unos días, pero me encantaría que vinieras a cenar a mi apartamento el próximo sábado.

Yo prepararé la cena, tú serás mi postre y yo seré el tuyo.

Te espero hacia las ocho de la noche

Va a ser una semana muy larga.

Un beso».

Decía el mensaje que ella respondió de inmediato.

«La semana será larguísima...».

Halo de superioridad

Esa semana Lukas tuvo que viajar por razones de trabajo a Bogotá para asistir a varias reuniones en las oficinas centrales del socio principal del gasoducto que asesoraba, y aprovechó el tiempo libre para comprarle a Sophie la ropa más sensual que encontró en las tiendas de un gran centro comercial al norte de la ciudad en donde las vendedoras se mostraron más que encantadas de atenderle, y de regreso a Lima, el sábado al caer la tarde se posesionó del papel de preparar a Sophie para una nueva aventura.

Vestirse, con una falda muy corta y tacones altos era algo que ella hacía cuando utilizaba a Lukas como un juguete aquellos días en que su cuerpo le pedía desesperadamente un hombre y jugaban a ser dos desconocidos que se encontraban casualmente en algún lugar de la ciudad, pero maquillarse dándole a sus párpados un tono oscuro, pintarse los labios de rojo encendido y utilizar medias de malla atadas con ligeros a la mitad de sus muslos le hizo sentir a flor de piel el irresistible poder de su sensualidad.

—*Quedaste preciosa.*

—*¡Como una puta cara!*

—*Tú nunca podrás verte como una puta, Sophie, porque simplemente eres una mujer perfecta.*

—*¡Lo dices porque eres mi ángel!*

—*Esta noche solo soy tu esclavo.*

—*Me encanta que seas ambas cosas y lo sabes.* Aclaró Sophie con admiración.

Cuando Lukas terminó de arreglarla la miró de arriba abajo con detenimiento, no encontraba las palabras adecuadas para describir a esa diosa que parada sobre sus *stiletos* de doce centímetros parecía más alta que él, creando un halo de superioridad que se acentuó cuando le manifestó abiertamente lo que sentía.

—*¡Deseo a tanto a Daniel!*

—*Espero que esta noche te dé todo el placer que te mereces...*

A pesar de los ruegos de Lukas para evitarlo, antes de salir del apartamento Sophie se puso un abrigo de cuero negro que le cubría hasta más abajo de las rodillas ocultando completamente su vestimenta bajo esa prenda inesperada, y cuando Lukas detuvo el coche en el malecón Armendáriz frente a la dirección de Daniel, ella se despidió cuidando de no dañar su maquillaje y él, sentado tras el volante, la observó avanzar hacia la puerta de esa moderna torre buscando entre el bolso su teléfono móvil para confirmar la clave que le habían enviado.

Al pulsar los números en el sistema de acceso se produjo un leve zumbido y ella empujó la puerta para entrar, pero antes de hacerlo giró sobre sus pies para darle una última mirada a Lukas y enviarle un beso agradecido de sus labios brillantes, abriendo momentáneamente el abrigo para dejarle ver la vestimenta que llevaba puesta.

Emocionado por ese gesto inesperado Lukas hizo el cambio de luces desde el coche y aguardó a que la puerta se cerrara tras de ella para partir.

En el solitario *hall* del edificio a Sophie la envolvió el frío del aire acondicionado haciéndole sentir desprotegida, tanto que instintivamente pensó en volver junto a Lukas, pero ya era tarde, se había marchado, así que recuperando el control caminó hasta el elevador escuchando el repique de sus tacones sobre el impecable piso de mármol.

No percibió el movimiento ascendente del elevador que abrió sus puertas en el último piso tomándole por sorpresa. El lugar estaba tenuemente iluminado y nadie salió a recibirla, de tal manera que fue entrando cautelosamente hasta que escuchó a Daniel darle la bienvenida desde la cocina en donde parecía atareado sacando del horno una bandeja que colocó sobre el mesón y, al terminar su tarea, se quitó los guantes, sirvió dos copas de vino y se acercó para saludarla.

—*Mi doctora Sophie, ¡esta noche estás preciosa!* —la elogió dándole la bienvenida con afectuosa admiración.

—*Gracias, tú también estás lindo...* —le devolvió ella el cumplido haciendo instintivamente una sonrisa coqueta.

—*Te prepararé mi especialidad* —alardeó mintiendo como un niño.

—*He contado cada minuto para venir y aquí me tienes para probarla. ¿Cuál es tu especialidad?*

—*Ya verás... Ah, y escogí este vino de tu tierra para acompañarla* —le contó entregándole una de las copas que traía en sus manos.

—*Huele delicioso...* —anotó ella acercando la copa a su nariz y agitándola suavemente mientras que lo miraba a los ojos sintiendo la excitación que le producía estar con él a solas en la privacidad de su apartamento, antes de tomar un sorbo—. *¡Está exquisito!* —confirmó blanqueando momentáneamente sus ojos azules en un gesto seductor.

—*Ven, ponte cómoda, dame tu abrigo* —le urgió él amablemente.

Sophie sabía que al quitarse el abrigo que llevaba puesto encima él iba a notar de inmediato que esa noche había ido hasta allí resuelta a seducirlo, y sin quererlo se le encendieron las mejillas como a una quinceañera y aún más al percibir el deseo en la mirada de Daniel cuando dejó al descubierto su atuendo.

Se sentaron en la mesa con la curiosa sensación de no conocerse suficientemente y disfrutaron del seco de cordero en salsa de cilantro, el plato tradicional que había preparado la empleada limeña de Daniel que él se había limitado a calentar siguiendo sus instrucciones. El cordero estaba divino, tanto como el Cabernet Sauvignon Gran Reserva escogido para la ocasión, y mientras que comían él no podía quitar sus ojos de ella, de su hermosa cara que maquillada tan sugestivamente adquiría una dimensión casi irreal, ni de su cuerpo perfecto que vestido de esa manera le atraía poderosamente.

Sophie se sintió morir con las caricias electrizantes que Daniel comenzó a hacerle bajo la mesa, recorriendo con la yema de sus dedos la cara interna de sus muslos y sin terminar el plato, en una reacción inesperada, se levantó apresuradamente en busca del baño de visitantes al que entró como refugiándose en un lugar seguro, y a solas en ese pequeño espacio moderno y decorado con buen gusto respiró profundamente frente al espejo.

«*¡Estoy dándote gusto!*», pensó dirigiéndose mentalmente a Lukas para justificarse y cerró los ojos

para imaginarse lo mucho que a su compañero le hubiera gustado presenciar lo que estaba a punto de ocurrir, y entonces se aplicó un poco de su perfume en el cuello, en las muñecas y también en sus partes íntimas, retocó sus labios de rojo y salió resuelta.

Daniel seleccionaba una suave música brasileña en su sistema de sonido cuando la vio desorientada en la penumbra del salón y se acercó a ella. El delicioso sonido lo inundaba todo y comenzaron a bailar muy juntos.

—*¿Cómo fue posible que una chica tan bella como tu pudiera llegar hasta aquí vestida de semejante manera sin que nadie le robara por el camino?* —le preguntó percibiendo su delicioso perfume y mirándola fijamente a los ojos para bromear haciéndole un cumplido.

—*Lo hizo posible mi ángel de la guarda* —le respondió ella tranquilamente.

—*¿Tu ángel de la guarda?*

—*Sí, mi ángel... el que me protege mientras que yo hago todo lo que se me ocurre.*

—*Y... ¿se te ocurren muchas cosas?*

—*Algunas* —afirmó Sophie con sensualidad y esas respuestas despertaron la curiosidad de Daniel, que embriagado como estaba con su delicioso perfume se sumió de lleno en el universo de sensaciones que ella le ofrecía y dejó sus preguntas para otra ocasión.

Con los tacones altos que ella llevaba puestos y bailando como lo estaban haciendo, sus cuerpos encajaban perfectamente el uno con el otro, y él desarrolló una fuerte erección que le hizo notar atrayéndola por la cintura.

La excitación iba en aumento hasta que jadeando con desesperación Sophie le desabrochó los pantalones y lo rodeó con sus piernas para que, sosteniéndola en vilo, él se abriera paso dentro de ella y comenzaron a moverse entrelazados buscando apoyo, pero al no encontrarlo terminaron sobre el piso, revolcándose con una pasión desenfrenada y llenando el ambiente con sus jadeos.

Sophie se despertó cerca de las siete de la mañana en la comodidad de la abullonada cama de Daniel pensando que nunca antes, desde que estaba viviendo con Lukas, había amanecido con otro hombre, y repasó en su mente todo lo que habían hecho durante la noche. Segura de que ya no podría volver a conciliar el sueño se sentó en el borde de la cama, se desperezó como una gata y se levantó para ir en busca de la ropa con que había llegado vestida la noche anterior.

La blusa estaba rasgada, el sujetador no aparecía por ninguna parte, su falda y sus bragas se encontraban sobre el piso de madera en medio del salón y sus zapatos de tacón alto junto a la cama enredados con sus medias de malla, y ella se fue vistiendo con esas prendas en el estado en que las iba encontrando.

No quería despertar a su amante y entró al baño de visitantes del apartamento para limpiarse el maquillaje, que corrido sobre su cara le daba un aspecto sombrío, pero sin terminar de hacerlo buscó su teléfono móvil y llamó a Lukas.

—*Hola, nena, buenos días* —le contestó él desde su cama con voz somnolienta pero afectuosa.

—*Buenos días, amorcito, ¿me recoges?*

—*Por lo que veo, te fue bien anoche.*

—*Ni te lo imaginas, ¿me recoges, por favor?*

—*Voy por ti.*

—*¡No te demores!*

Mientras que esperaba la llegada de Lukas ella se quedó observando la bahía de Miraflores a través del ventanal del salón del apartamento de Daniel y concluyó que su vida era perfecta.

A esa hora del domingo a Lukas le tomó menos de diez minutos llegar hasta la punta del malecón Armendáris para ver salir a Sophie enfundada en su abrigo, y cuando ella se sentó a su lado en el coche le pareció cansada, pero satisfecha.

En el trayecto estuvo pensativa y ausente. Entraron al apartamento en silencio y cuando subió a su habitación, Sophie se dio vuelta para mirar a Lukas que la seguía de cerca, nunca antes había sentido un deseo tan intenso de mostrarle la superioridad con que ejercía todo su poder sobre él.

—*Me ha hecho el amor de una manera que tú nunca podrías hacerlo...* —declaró abriendo descaradamente el abrigo para exhibir frente a él su cuerpo mal vestido con su ropa rasgada, y poniendo las manos en la cintura le miró con desdén desde la mayor estatura que le daban sus tacones—. *Me gozó como le vino en gana, me levantó en sus brazos fuertes y me gozó con su miembro grande y duro* —se explicó y luego concluyó—: *No te imaginas cuánto lo he disfrutado. He llegado a la conclusión de que ese es el hombre que merezco tener entre mi cama.*

—*Estoy seguro de ello...* —susurró Lukas mientras que ella terminaba su declaración.

—*Y... espero que en verdad lo disfrutes tanto como me lo has expresado infinidad de veces, porque sin la menor duda esto va a repetirse.*

—*Ya lo estoy haciendo...*

—*Entonces, ¡adelante!* —le ordenó y cerró sus ojos.

Lukas besó los pies de Sophie y subió por sus largas piernas hasta para sumergirse en ella eliminando hasta el más mínimo vestigio de su largo fin de semana, y al terminar la desvistió, le ayudó a ponerse una pijama y antes de salir de la habitación cerró las cortinas y ajustó la temperatura para asegurarse de que descansara plácidamente.

Cuando Sophie se despertó a mitad de la tarde de ese domingo Lukas le había preparado un baño de burbujas que disfrutó en el *jacuzzi* dejándole frotar su cuerpo con una esponja rebosante en la deliciosa espuma de un jabón relajante de sándalo mientras que el aparato masajeaba su cuerpo con sus chorros de agua tibia.

Esa noche comieron, vieron el noticiero e intentaron ver una película, pero Sophie conversó por teléfono con Daniel y se quedó dormida sin prestarle atención a Lukas, dejándole percibir ese cierto halo de superioridad.

Complicidad

Cuando Sophie abrió sus ojos el lunes se le había hecho tarde, Lukas había salido hacia la oficina y a esa hora Silvia, su asistente, tendría que haber recibido sola los primeros pacientes del día, así que se arregló y salió apresuradamente sin desayunar, ni tener tiempo para pensar en las cosas que habían sucedido durante ese largo fin de semana.

Camino del SPA llamó a Lukas sintiendo la necesidad de escucharle y saber que todo está bien entre ellos.

—*Buenos días, amorcito* —lo saludó afectuosamente.

—*Hola, preciosa, ¡buenos días! Te dejé dormir porque pensé que necesitabas descansar* —le explicó él mostrándose tan complacido como siempre al recibir su llamada.

—*Voy tarde para el SPA, ¿cómo está tu día?*

—*Tengo un día fatal, nena, atenderé reuniones con mineros hasta el medio día, almorzaré con un inversionista y en la tarde me espera una reunión interminable sobre los contratos de transporte de gas.*

Al escucharle hablar como de costumbre, Sophie sintió alivio de saber que todo había vuelto a la normalidad.

—*Estaba pensando en que almorzáramos juntos, pero si estás tan ocupado nos vemos en la noche.*

—*Sí, hoy me va a ser imposible almorzar contigo, nena.*

—*Está bien, esta noche te estaré esperando... ya sabes lo que quiero de ti.*

—*Lo sé, te prometo que lo tendrás todo y de la forma en que lo desees. Te amo.*

—*Y yo a ti.*

Lukas procuró no pensar en ella durante el día, pero no podía dejar de recordar el aspecto desaliñado con que se plantó frente a sus ojos en ese momento en que abrió su abrigo para mostrarle que su ropa estaba destrozada, dándole a conocer la pasión desbordada con que la había poseído su amante, pero, sobre todo, la forma como le trató antes de acostarse y eso le producía una incontrolable erección.

La tarde fue larga, y como lo había previsto, la última reunión del día le mantuvo ocupado hasta más allá de las siete de la noche, pero apenas logró darla por terminada salió con afán hacia su apartamento. Por el camino se detuvo en la florería para comprar un gran ramo de rosas, un detalle con el que quería hacerle saber a Sophie que se sentía agradecido con ella por haber hecho realidad sus fantasías.

Esa noche, en la tranquilidad de su alcoba, se besaron y acariciaron durante horas, no hablaron sobre lo que había ocurrido el fin de semana, solamente hicieron el amor entretejiendo estímulos de todas las formas posibles diciéndose una y mil veces cuánto se amaban.

Daniel no volvió a llamar a Sophie durante los días que siguieron y pasaron quince días sin que ella supiera de él, hasta que un domingo en la noche, cuando se encontraban recostados leyendo juntos el

mismo libro, en ese acto simbiótico en que encontraban tanto placer, sonó su teléfono.

El aparato sonaba a buen volumen y Lukas escuchó la conversación.

—*No he podido dejar de pensarte...* —le confesó Daniel desde el otro lado de la línea.

—*Han pasado dos semanas completas sin saber nada de ti* —le reclamó ella.

—*He estado recobrando fuerzas y no te imaginas la cantidad de trabajo que he tenido.*

—*¿Sería mucho pedirte una llamada?*

Daniel hizo un corto silencio y ella supo que no podría darle rienda suelta a su reclamo como lo hacía a veces con Lukas, porque probablemente no obtendría lo que deseaba, así que respiró profundamente y entornando sus ojos cambió su manera de hablarle, regresando a la jovialidad con que había comenzado a tratarle desde la primera vez que hicieron el amor.

—*Me has hecho falta.*

—*Y tú a mí, ¿cuándo podré verte de nuevo?*

—*¿Qué tal si te doy una cita en el SPA el viernes al finalizar la tarde?*

—*¿No puedes adelantarla?*

—*Todo es posible.*

—*Quisiera verte antes, pero pensándolo bien, el viernes es perfecto, porque me gusta la idea de tener todo el tiempo del mundo para estar contigo.*

—*¿Me estás invitando a pasar otro fin de semana contigo?* —preguntó Sophie mirando a Lukas, que pegado a ella los escuchaba sin perderse ni una sola palabra.

—*Sí... Me gustaría verte vestida tan sensualmente como la última vez.*

—*Eso no será posible, chico.*

—*¿Por qué?*

—*Porque me has deshecho la ropa... ¡eres un animal, un salvaje!*

—*Y puedo serlo aún más...*

—*¿Aún más?*

—*Sí, mucho más.*

—*Entonces voy a ver qué puede hacer mi ángel de la guarda para remediarlo.*

Sophie sentía a un costado de sus caderas el movimiento rítmico de Lukas y cuando terminó la conversación mandándole un beso a Daniel lo provocó haciendo una declaración que el escuchó con los ojos brillantes.

—*Daniel me enloquece con su hermoso cuerpo masculino, además, ¡me gusta que él llega hasta lo más profundo y se mueve con una fuerza maravillosa!*

El viernes Sophie terminó de atender los pacientes que llenaban su agenda un poco más temprano de lo usual y despachó a Silvia porque quería reunirse a solas con Daniel. Lo había pensado y no quería que se acostumbrara a verla arreglada como una mujer fatal corriendo el riesgo de que comenzara a tratarla como a una de sus amiguitas de cabeza hueca, así que se había arreglado con la discreta sensualidad con que normalmente lo hacía para salir con Lukas.

Al llegar al SPA Daniel la saludó alegremente mirándola como si nunca antes lo hubiera hecho, a él no dejaba de asombrarle la singular belleza de Sophie.

—*Hola, ¿quieres ser mi novia?* —bromeó alegremente.

—*No, bebé, yo quiero ser tu amante* —respondió Sophie dejando que sus palabras fluyeran expresando sus deseos para dejarle saber que, sobre todas las cosas, ansiaba el placer que él le proporcionaba.

—*Vaya, esta chica habla sin rodeos...* —dijo él mirándola sorprendido por su inesperada respuesta.

—*¿Qué tal si dejamos lo del tratamiento para otro día y nos vamos a cenar?* —le propuso.

—*¿No crees que es muy temprano para ir a cenar?*

Utilizando sus amistades Daniel hizo una reserva para esa misma noche en el mejor restaurante que se le ocurrió, también el más público, y antes de salir se quedaron conversando en el cómodo sofá de la oficina de Sophie.

—*¿Te gusta lo que haces?* —le preguntó ella intentando conocer algo más sobre su vida.

—*Me encanta, aunque no es sencillo lidiar con mi padre como jefe.*

—*Me lo imagino, pero supongo que llevas una buena relación con él.*

—*La mejor, aunque debo decir que ejerce un poder totalitario sobre la compañía sin contar con mis opiniones, tanto que a veces creo que todavía me ve como si aún fuera un adolescente* —aseguró dejándole percibir la ambigüedad de sus sentimientos que se movían entre un afectuoso respeto y la profunda frustración que le causaba la subordinación a la que debía someterse frente a las decisiones de su padre.

—*Pero qué coincidencia, ¡yo también te veo como un adolescente!* —se burló ella riéndose a carcajadas.

—*Contigo me siento como si lo fuera.*

—*¡Ya lo he notado!*

—*Pero... ¿Qué va a ocurrir con tu compañero, Sophie?, quiero decir con la relación que tienes ahora* —preguntó Daniel buscando una respuesta que le dejara tranquilo sobre el asunto y esperando que ella simplemente le confirmara que estaba a punto de terminar con esa relación para dejarle el camino libre.

—*No pasará nada, mi Lukas es un ser especial, espero que lo conozcas pronto* —declaró ella diciéndole todo sin decirle nada, evadiendo astutamente su pregunta, así que tuvo que conformarse de momento con esa respuesta.

Sophie lo deseaba ardientemente, pero esta tarde había decidido jugar con él para mostrarle que no podía desaparecer así como así sin atenerse a las consecuencias y que su silencio injustificado de varios días era una falta por la que le haría pagar, al menos, haciéndole esperar un poco antes de tenerla de nuevo, pero, además, ella sabía muy bien que al hacerlo llevaría la intensidad de sus deseos hasta el límite para liberarlos completamente después de la cena.

Estacionaron a un lado de la costanera y caminaron tomados de la mano sobre el entablado que se adentra en el mar observando las pequeñas vitrinas atiborradas de artículos típicos que lo flanquean.

Iban muy juntos escuchando el rumor de las olas que se estrellaban rítmicamente contra las rocas bajo sus pies y se detuvieron al lado de un farol apoyándose en la baranda pintada de azul marino y blanco para observar las luces del Parque del Amor que a esa hora acababan de encenderse arriba del barranco.

A sus espaldas el sol desaparecía bajo el horizonte del océano Pacífico por detrás de la gran estructura de madera del restaurante y la penumbra los envolvió dándoles un breve instante de privacidad que aprovecharon para besarse, pero de un momento para otro las luces del malecón se

encendieron dando por terminado su romance adolescente y no tuvieron más alternativa que entrar para acomodarse en la barra del bar, en donde él ordenó un *whisky* de veintidós años y ella un martini seco, y entonces cayeron en la cuenta de que cualquier persona los habría podido ver besándose frente a la puerta del restaurante.

Hacía mucho tiempo que Sophie no se tomaba un trago como ese y al probarlo sonrió.

Daniel era uno de los solteros más codiciados de la ciudad y estaba acostumbrado a salir con muchachas jóvenes vinculadas a los medios de comunicación, periodistas, presentadoras y modelos, chicas emancipadas de sus casas desde muy temprano gracias a su belleza y que, como él, pertenecían al más alto nivel social, solteras en busca de un novio rico y buenmozo.

Así que salir con alguien como Sophie era algo a lo que él no estaba acostumbrado porque ella era un poco mayor que él y, además, era una médica reconocida, una mujer brillante con una personalidad arrolladora a quien su belleza le hacía difícil pasar desapercibida en donde quiera que estuviera y porque, además, era sabido que tenía como compañero a un exitoso abogado que comenzaba a ser mencionado en el entorno empresarial de la región.

Sophie disfrutó del martini y no pidió otro porque temía que una gota más de alcohol en su cuerpo le pudiera arruinar la noche, y eso era lo último que deseaba. Afortunadamente, el *host* les hizo pasar a una mesa en el salón principal un poco antes de la hora de su reserva, en donde examinaron la carta con curiosidad, ella ordenó un ceviche de los esteros y él un filete de pescado.

Todo estuvo divino y cuando terminaron de cenar el restaurante estaba completamente lleno, en su gran mayoría por turistas extranjeros, y tal vez por eso, sin importarles nada, pagaron la cuenta y salieron tomados de la mano para recorrer entre besos y caricias atrevidas el malecón hasta el estacionamiento en donde se subieron al coche y partieron con urgencia.

Cuando el elevador abrió sus puertas en el último piso Sophie salió huyendo de Daniel y jugando como una niña llegó hasta la baranda de la terraza, en donde en un acto provocador se quitó las bragas y las lanzó por encima de su hombro hacia el vacío justo en el instante en que él llegaba a su lado.

La brisa del mar soplabla a ráfagas revolviéndoles el cabello cuando ella, sin decir ni una palabra, le dio la espalda con sus piernas separadas y el trasero levantado, haciendo una pose que lo invitaba inequívocamente a poseerla y escuchando el rumor de ese océano negro salpicado de puntitos luminosos Daniel la lubricó con un poco de su propia saliva.

El dolor que Sophie sintió se convirtió paulatinamente en una sensación placentera, entonces sus gemidos volaron perdiéndose entre la oscuridad de la noche mientras que ambos le daban rienda suelta a sus deseos, dejándose llevar por la única cosa que les importaba, fundir sus cuerpos de todas las maneras posibles.

Por fortuna, él era fuerte, tenía la energía de un hombre joven que la deseaba con locura y eso le permitió poseerla una y otra vez de la forma en que ella lo deseaba para saciar sus ansias.

Satisfecha, cerca de la media noche, Sophie tomó el teléfono de Daniel para no levantarse a buscar el suyo que seguramente se encontraba dentro de su bolso y llamó a Lukas.

—*Hola, amorcito* —lo saludó afectuosamente.

—*Hola, no reconocí el número desde el que me estás llamando.*

—*Es el móvil de Daniel, es bueno que lo registres* —anotó tranquilamente—. *Solo quería contarte*

que me encuentre en su apartamento y no voy a regresar esta noche a casa —le informó con naturalidad y al hacerlo fue plenamente consciente de la forma como lo sometía a sus caprichos y no pudo evitar que su cara se iluminara con una sonrisa.

—*Eso me encanta* —aceptó Lukas confirmando su total complicidad.

—*Ya lo sé, por eso te estoy dando gusto.*

—*¿Lo estás disfrutando?*

—*No te imaginas cuánto, ¡esta noche lo hemos hecho de mil maneras!* —Entonces a Sophie se le ocurrió darle una curiosa orden para controlarle en la distancia—. *Escúchame bien, te prohíbo que tengas un orgasmo a solas. ¿Está claro?*

—*Lo está, mi diosa, aquí te estaré esperando...*

Ángel y esclavo

Después de haber pasado la mañana de ese domingo entre la cama de Daniel, Sophie pensó en Lukas y sintió la necesidad de asegurarse de que nada estuviera fuera de su control, porque curiosamente le aterraba la idea de que sintiéndose solo se le pudiera ocurrir la idea de verse con alguna de las mujeres que había conocido en Lima antes que a ella, un pensamiento sin ningún fundamento y absurdamente ambiguo que ocasionalmente la atormentaba.

Como no había llegado en su coche, Daniel la llevó hasta su apartamento a mitad de la tarde y al llegar al edificio, en lugar de despedirse, Sophie lo invitó inesperadamente a acompañarla.

—*¿Quieres que suba contigo?* —le preguntó sorprendido.

—*¿Querías conocer a mi ángel de la guarda?*

—*¿El que hace todo lo que se te ocurre?*

—*El mismo.*

—*No lo sé, Sophie, pero... si eso quieres, yo no tengo problema.*

—*Eso es lo que quiero.*

Era la primera vez, desde que vivía con Lukas, que Sophie entraba a su apartamento acompañada por otro hombre.

—*¡Lully, baja que te quiero presentar a Daniel!* —gritó desde la primera planta.

Lukas percibió de inmediato que Sophie había llegado acompañada y comprendió que si lo estaba llamando por ese nombre era porque quería verle tal y como se encontraba, así que para no hacerla esperar y apropiándose de la soltura que había aprendido varios años atrás, bajó ágilmente por la escalera hasta el primer nivel con sus tacones altos y avanzó hacia ellos mientras que Daniel le observaba asombrado, tratando de asimilar el impacto que su belleza andrógina le causaba.

Daniel sabía que Sophie tenía como compañero a un exitoso abogado a quien en la intimidad se refería como su ángel de la guarda y, a pesar de que ella le había dejado saber que su relación era muy particular, no tenía ni la menor idea de que se tratara de un transgenerista.

—*¡No te puedo dejar sola ni un minuto!* —le recriminó Sophie con naturalidad.

—*Tú sabes que así soy yo, amorcito* —fue lo único que atinó a contestarle Lukas forzando una pose coqueta.

—*Ven, te presento a Daniel* —le dijo ella estresando la situación de tal manera que ninguno de los dos tenía claro cómo comportarse, hasta que Lukas lo relajó todo saludándole afectuosamente.

—*Hola, qué guapo eres, ya entiendo por qué Sophie no regresa a casa cuando está contigo* —le dijo mirándole a los ojos.

—*Me encanta conocerte* —le saludó Daniel sin saber cómo comportarse con el compañero de su amante en tan extrañas circunstancias, pero dándole la mano con la suavidad con que normalmente lo haría para saludar a una mujer.

—*Míralo bien* —dijo Sophie interrumpiendo esa curiosa aproximación y señalando a Daniel—. *Debes agradecerle porque este fin de semana perdí la cuenta de los orgasmos que me ha hecho sentir.*

Daniel los miraba perplejo, sabiéndose parte de un juego misterioso, mientras que Sophie continuaba dirigiéndose despiadadamente su compañero.

—*Este es el hombre con quien en adelante voy a disfrutar haciendo realidad tus fantasías.*

Y entonces Lukas se atrevió a expresarle a Daniel lo que se le vino a la cabeza.

—*Por mí no tendrás de qué preocuparte, yo le pertenezco a Sophie, estoy a su lado para complacerla y nada en el mundo me hace más feliz que saber que se encuentra a gusto con un hombre tan hermoso como tú* —dijo, sin saber de dónde le surgían esas palabras con las que reconocía su extraordinaria sumisión mientras que percibía la sensación que le producía a Sophie ejercer el poder que él mismo le concedía sin limitaciones.

Daniel los observó en silencio tratando de comprender el significado de esa declaración, asombrado pero agradecido por el privilegio que le otorgaban.

Los amantes habían pasado el fin de semana entre la cama y a esa hora del domingo estaban agotados, de tal manera que esa curiosa e impactante escena fue más bien breve, y para despedirse Sophie besó a Daniel en la boca provocándole una leve erección.

—*Solo te pido que no le des problemas y la hagas gozar tanto como se lo merece...* —le susurró Lukas al oído en el instante en que se despidió dándole un beso en cada mejilla.

Por el camino de regreso a su apartamento Daniel pensó que a Sophie no la podría encasillar en los parámetros que rigen las relaciones entre las personas comunes, y que si quería tenerla a su lado para disfrutar de la manera extraordinaria como ella le entregaba su cuerpo, su única posibilidad era aceptarla tal y como era, una verdadera cajita de sorpresas.

Los siguientes días estuvieron llenos de compromisos profesionales, y para descansar Sophie y Lukas pasaron un fin de semana en la casa del mar, caminaron por la playa, leyeron juntos y le dedicaron un tiempo a arreglar el pequeño y reseco jardín, una especie de terapia de pareja que aprovechaban para hablar sobre sus asuntos más íntimos.

—*¿Te gustó Daniel?* —le preguntó Sophie.

—*Tu Daniel está bellissimo* —manifestó Lukas entornando lo ojos y moviendo femeninamente su cabello para acentuar su respuesta.

—*Pero recuerda siempre que ese hombre es solo mío* —recalcó ella tajantemente.

—*Si eso es lo que quieres...*

—*Sí, por ahora eso es lo que quiero, no deseo compartirlo con nadie.*

—*Está bien..., siempre que te haga gozar como creo que lo está haciendo.*

—*Lo hace, entre nosotros se produce una química que yo solo recuerdo haber logrado antes con un amante, un hombre que era capaz de hacerme el amor de la misma manera.*

—*¿Y quién era ese hombre, Sophie?*

—*Fue algo que ocurrió hace mucho tiempo, algún día te lo contaré todo, te lo prometo.*

—*Es una deuda* —anotó Lukas haciendo una cara infantil de decepción.

—*¿Te sentiste mal?*

—*¿Por qué?*

—*Por la forma como te traté al volver a casa con él?*

—*Para nada, me gustó muchísimo.*

—*¿Te gusta que te humille?*

—*Me encanta que acabes con el ridículo impulso de tener algún control sobre ti.*

—*¿En serio?*

—*Debes estar tranquila y puedes disfrutarlo cada vez que te provoque, porque en verdad me encanta que me trates como lo que soy, un esclavo de tu propiedad. ¿Te gustó a ti?*

—*Sí, mucho, y tuve una nueva sensación al hacerlo frente a él, porque, aunque tú me lo repites todo el tiempo, de pronto entendí el placer que puedo llegar a sentir como la diosa de tu pequeño mundo.*

—*Sí, vi que cruzaste el límite... ¡que te liberaste!*

—*¿Lo hice?*

—*Lo hiciste, y a tu Daniel, que pretendía parecer sorprendido, ¡también le gustó exhibirse como tu macho alfa delante de mí!*

—*¿Tú crees?*

—*Estoy seguro, lo noté cuando se besaron para despedirse.*

—*Qué observador eres, yo también, ¿no es curioso?*

—*Sí, ¡es perfecto!*

Regresaron a Lima al caer la noche del domingo, les encantaba la sensación de encontrar su apartamento limpio y fresco después de haber pasado algunos días entre la arena de la playa y la sal del mar, y después de tomar una ducha se reunieron nuevamente en la terraza.

La noche estaba tibia y Sophie se había puesto una pijama corta y vaporosa. Apoyada sobre la baranda y mirando hacia el océano ella separó sus largas piernas y levantó su trasero de manera sugestiva como lo había hecho algunas semanas antes para excitar a Daniel, y al verla en esa posición Lukas no pudo resistir la tentación de abrazarla para sentir de inmediato que comenzaba a moverse voluptuosamente.

—*¿Es bueno el sexo con Daniel?* —le preguntó susurrándole al oído.

—*Es maravilloso, al comienzo puede ser tierno, pero se va tornando apasionado y cuando finalmente me posee lo hace como un animal y me encanta porque su pene es más largo y más grueso que el tuyo.*

Entonces Lukas se arrodilló entre las piernas de Sophie y comenzó a lamerle delicadamente hasta hacerle alcanzar un prolongado orgasmo con las caricias de su lengua.

—*Últimamente me siento un poco solo cuando pasas la noche con él* —le confesó mientras que ella se reponía.

—*La verdad es que cuando me quedo en su apartamento tú también me haces falta.*

—*¿No crees que es hora de hacer algo al respecto?*

—*¿Qué propones?*

—*No lo sé... tal vez compartir de alguna manera tu experiencia.*

—*¿No querrás coquetearle a mi hombre?*

—*Eso no se me cruza por la mente, pero... podríamos ser más creativos, ¿no lo crees?*

—*Voy a pensarlo.*

Los fines de semana en que Sophie se quedaba con Daniel, Lukas se dedicaba a revisar hasta el más

mínimo detalle su apariencia en ropa de mujer, y cuando ella regresaba y se enteraba de lo que había estado haciendo lo retaba para que comenzara a mostrarse ante el mundo de esa forma que indudablemente le hacía feliz, pero aun con su aprobación, él no se sentía capaz, y no por vergüenza, como por un sentido práctico de responsabilidad con el bufete, sabiendo que como su presidente, él era la imagen de la compañía frente a los clientes y partes interesadas, en medio de una sociedad machista, homofóbica y conservadora.

No obstante, algo en su interior le estaba diciendo que el momento para hacer un cambio radical en su vida había llegado porque no soportaba estar vestido de hombre más de lo estrictamente necesario, y eso se acentuó cuando Sophie espontáneamente y en la intimidad comenzó a llamarle por el nombre con que se sentía más a gusto, Lully.

Invitado a cenar

Una noche durante la cena Sophie le contó a Lully lo que estaba sintiendo.

—*El deseo de estar con él está ligado a todo el placer que me hace sentir cuando hacemos el amor.*

—*Esa parte me encanta.*

—*A mí también, aunque no me gusta dejarte sola, así que para variar lo invité a cenar y vendrá el próximo viernes en la noche, ¿te gustaría cocinar para nosotros?*

Lully aceptó con gusto la propuesta de Sophie y ese día fue hasta el supermercado, después pasó por una tienda de productos *gourmet* en Barranco, cuando volvió con sus compras se vistió con el pequeño uniforme negro de sirvienta que había comenzado a utilizar regularmente para hacer los oficios domésticos y luciendo ese particular atuendo se metió a la cocina a preparar la cena.

Había planeado todo cuidadosamente, el plato principal serían langostinos en salsa de liches acompañado con puré de camote y una ensalada exótica de mango, fresa y lechugas que rebanó pacientemente en finas tiras y adobó con una salsa casera de fruta de la pasión.

Para acompañar la cena escogió una botella de Chardonnay blanco de Borgoña madurado en barricas de roble que puso a enfriar y estaba atareada dándole los últimos toques a su preparación cuando escuchó el timbre y sintió que Sophie bajaba apresuradamente la escalera para darle la bienvenida a su invitado.

—*Le he pedido a mi ángel que cocine para nosotros y la he visto trabajar en la cocina por más de una hora.*

—*Entonces, vamos a probar lo que nos ha preparado* —dijo Daniel con entusiasmo entregándole a Sophie una botella de pisco de quebranta que le había traído de regalo con el propósito de tocar el tema y resolver sus diferencias de opinión sobre la denominación de origen de ese licor, y después de besarla la siguió con curiosidad.

La mesa estaba puesta y Lully terminaba de darle los últimos toques a lo que estaba preparando cuando Daniel se acercó para saludarla con besos en las mejillas.

La cena estuvo estupenda y al terminar los comensales alabaron los langostinos tanto como el vino elegido para la ocasión, preguntaron por los ingredientes de la ensalada y se levantaron satisfechos para acomodarse en el salón.

Cuando todo quedó limpio y en orden en la cocina Lully subió silenciosamente a su habitación, no estaba segura de lo que iba a hacer, pero impulsivamente buscó entre las cosas de Sophie y salió al balcón para fumarse un porro que ella tenía guardado. Nunca antes en toda su vida había hecho algo como eso, pero después de darle varias chupadas se sintió extrañamente relajada, y entonces se quitó el delantal, se pintó los labios de rojo y se calzó unos zapatos de tacón alto antes de bajar nuevamente.

—*¿Les provoca un pousse-café? Tenemos en casa un delicioso Cointreau* —les ofreció a los amantes que conversaban en voz baja en el sofá.

—*A mí sírveme una grappa* —le pidió Sophie sin mirarla.

—*Yo te recibo el Cointreau, gracias* —aceptó Daniel levantando su cara para verle parada frente a ellos con los brazos en jarras y su cabeza levemente inclinada. Bajo la luz tenue que iluminaba el salón nadie hubiera podido sospechar que esa silueta no era la de una mujer, pensó mientras que Lully se alejaba en la penumbra para ir a servir los tragos que les había ofrecido.

Algunos minutos más tarde regresó trayendo las pequeñas copas en una bandeja y después de colocarlas sobre la mesa comenzó a bailar sola en medio del salón. Indudablemente, tenía un don especial para moverse y le encantaba hacerlo, pero cuando terminaron el *pousse-café* Sophie se llevó a Daniel a su habitación dando por terminado el espectáculo.

—*Arregla todo y duerme en el cuarto de huéspedes, ¡porque yo tengo algunas cosas que hacer con este hombre!* —se limitó a ordenarle sarcásticamente Sophie.

Lully se despertó temprano con hambre, se puso una pijama corta de Sophie que encontró en el cuarto de ropas de donde salió para verse en el espejo y pensó que la depilación definitiva de su cuerpo era una bendición que nunca acabaría de agradecerle suficientemente a su diosa por la sensación de íntima sensualidad que le causaba la suavidad que había adquirido su cuerpo gracias a los tratamientos que ella le aplicaba, entonces, se decidió a prepararles un buen desayuno.

Se encontraba atareada en la cocina cuando escuchó la voz de Daniel a sus espaldas.

—*Buenos días* —la saludó con su voz varonil de recién levantado.

Cuando Lully giró sobre sus pies para contestarle lo encontró parado muy cerca de ella, trató de dar un paso atrás para tomar distancia, pero se topó con el mesón de granito de la cocina y quedó atrapada.

Con su mejor cara de niño Daniel estaba desnudo, su cabello desordenado, no tenía grasa de sobra, la piel bronceada y su estructura corporal saludable y atlética.

Al compararse con él, Lully cayó en la cuenta de que era casi diez centímetros más alto, que tenía un pene más grande y que sus axilas, su pecho, su abdomen y una buena parte de su vello púbico lucían perfectamente depilados por obra de Sophie.

—*Hola, Danny, buenos días* —lo saludó tratando de controlar el nerviosismo que le causaba tenerlo tan cerca y completamente desnudo—. *La ropa que te quitaron se encuentra colgada en el ropero del recibidor.*

Le informó volviéndose hacia el mesón en que cortaba unas rebanadas de pan, haciendo un gran esfuerzo, porque habría sido una imprudencia arriesgarse a acercarse más a él, y suspirando entornó sus ojos al percibir lo que ocurría entre sus delicadas bragas.

—*¿Quieres que me vista?* —le susurró al oído él, haciéndole notar que no había pasado desapercibida la forma como le había mirado antes de darle la espalda.

—*De lo único que estoy segura es que si pasaste la noche con Sophie no debes estar pensando en otra cosa más que en desayunar* —bromeó Lully ocultando su excitación.

—*En eso tienes razón* —aceptó él dándole una suave nalgada antes de salir de la cocina caminando como un hermoso adonis para volver quince minutos más tarde, bañado y vestido cuando todo allí olía a pan tostado y a café recién preparado—. *¿Qué haces?* —le preguntó.

—*Les preparo un desayuno saludable.*

—Sophie tiene razón, ¡tú eres su ángel de la guarda!

—¿Eso dice ella? —indagó Lully sin ocultar la felicidad que ese comentario le causaba.

—Sí, eso dice ella, y también dice que tú haces todo lo que se le ocurre.

—Créela, porque lo hago y lo disfruto —le confirmó Lully con una sonrisa.

—Te entiendo, ella es más bella que la mayoría de las modelos profesionales que aparecen en los medios de comunicación con los que yo trabajo.

—Pero no es solo por eso, Danny, sucede que es una mujer extraordinaria y la amo de verdad.

—¿Aunque se acueste con otros hombres? —replicó Daniel yendo directamente al grano, para tratar de comprender esa particularidad de su relación, sobre la cual Sophie nunca le había dado explicaciones.

—Aunque se acueste con quien quiera, a veces ella necesita algo que yo no le puedo dar.

—No te entiendo.

—Mírame —le pidió Lully girando sobre sus pies y levantando con sus dos manos la corta pijama que llevaba puesta para dejarle ver lo que discretamente se insinuaba por debajo de sus delicadas bragas.

—Ah... —exclamó él sorprendido por esa explicación tan gráfica.

—Con alguna frecuencia ella necesita disfrutar de un hombre de verdad, uno lo suficientemente bien dotado como para que al hacerle el amor le haga ver estrellas, y a mí me encanta que eso suceda.

—¿Quieres que ella vea estrellas con otro hombre?

—Sí, y, además, es saludable que alcance orgasmos profundos. Danny, Sophie me ama, yo no tengo la menor duda sobre eso, pero cuando estamos juntas se siente como una lesbiana.

—Seguro que sí, porque, a decir verdad, cada vez que te veo estás más guapa, pero ¿qué pasaría si tu Sophie te dejara para quedarse con el hombre que le produce esos saludables orgasmos profundos?, su hombre de verdad, como tú le dices.

—Gracias por el cumplido, no sabes cuánto esfuerzo para verme así. Y para responderte, si ella me dejara yo moriría de pena, pero no necesita hacerlo, porque yo soy su ángel de la guarda y al mismo tiempo su esclava, y confío que nadie cuerdo dejaría al ángel que le cuida y le mima amorosamente ni a su esclava que le sirve sumisamente más allá de lo imaginable sin pedirle nada a cambio.

—No voy a negarte que eso tiene sentido —reconoció Daniel entendiendo que detrás de esa extraña idea había una lógica poderosa.

—Pero no entiendo por qué querías serlo...

—Ni yo misma lo sé, pero para mí es excitante que ella tenga todo el control y por alguna razón que no podría explicarte, me encanta que lo ejerza como le venga en gana.

—¿Te gusta que Sophie abuse del control que ejerce sobre ti? Definitivamente, no lo entiendo.

—Ya te lo dije, ¡ni yo misma lo entiendo! Pero así es, me gusta que lo haga, además, ella necesita estar segura de que todo en nuestra relación depende exclusivamente de su voluntad y yo solo deseo que se sienta tranquila y feliz.

—Vaya, tal vez tú también podrías ser mi ángel de la guarda... o, mejor, mi esclava —sugirió con suspicacia Daniel.

—Tal vez, ¡pero recuerda que yo le pertenezco a Sophie y procuro no hacer nada que ella no quiera que haga!

—Trataré de recordarlo, pero si te vuelvo a ver en una pijama como la que tienes puesta y no he pasado la noche haciendo el amor con tu dueña, te juro que no va a ser tan fácil —le advirtió con una sonrisa morbosa.

Lully estaba electrizada por la forma como Daniel le hablaba y por la forma como la desnudaba con su mirada, y se sentía feliz exhibiéndose delante de él en esa pijama corta y ligera que dejaba apreciar bien las formas de su cuerpo, pero sentía más gusto por el simple hecho de dejarle conocer que su grado de sumisión era absoluto, que existía una barrera entre ellos y que la única persona que tenía la llave para abrir esa puerta, si lo deseaba, era Sophie.

—Eso es algo que deberías discutir con Sophie y no conmigo —recalcó Lully con convicción.

Las pisadas de Sophie sonaron en la escalera y casi de inmediato entró a la cocina con una sonrisa radiante, parecía satisfecha cuando besó a Daniel y después se aproximó a ella para darle un beso fugaz en la boca antes de sentarse a tomar el desayuno que les había preparado.

En la acogedora mesa de la cocina comentaron las noticias del día, las del Perú que volvían a mencionar los procesos de corrupción, como si no fuera ya suficiente, las de Venezuela dominadas por la farsa electoral y las de Chile en donde un fuerte sismo había sacudido el país.

La sobremesa fue corta, Daniel les contó que ese día almorzaría con su familia, un compromiso que atendía sagradamente el primer sábado de cada mes porque esa se había convertido en la verdadera junta directiva del negocio familiar, pues su padre aprovechaba la ocasión para contarle los pormenores del negocio e impartirle instrucciones sobre los asuntos más importantes.

Antes de despedirse Daniel le propuso a Sophie que fueran a bailar en la noche y le prometió que haría reservaciones en algún lugar, así que ella solo tendría que preocuparse por arreglarse para la ocasión.

En la tarde salieron de compras, Sophie se hizo a un vestido rojo confeccionado en un material de aspecto metálico, Lully le regaló unas diminutas bragas de satén con su sujetador compañero y al anochecer se encargó de arreglarla dejando fluir una actitud afeminada e histriónica que las hizo reír.

—¿Por qué te gusta tanto maquillarme como una bandida? —le preguntó Sophie mirándose en el espejo, solo para divertirse escuchando la respuesta ingeniosa que seguramente le daría Lully.

—Recuerda que los angelitos no salen en la noche... —le aseguró ella como si estuviera haciéndole alguna confidencia y no pudo contener la risa al caer en la cuenta de que eso era exactamente lo que muchos años antes le decía Veruska para justificar la manera como la maquillaba antes de salir a prostituirse en inmediaciones de la avenida Libertador.

Lully se vistió con *leggings* negros y una blusa gris de ruedo irregular, una prenda de diseñador que le daba cierta elegancia a pesar de su sencillez, se aplicó brillo en los labios, recogió su cabello y se calzó unas zapatillas cómodas de Sophie que la fulminó con una mirada de fingida desaprobación por utilizar sus cosas, y entonces salieron parlotteando felices del apartamento.

Hacía varias semanas que ella había comenzado a mostrarse en público como una mujer, usualmente lo hacía al terminar su jornada de trabajo y al salir arreglada de esa manera del apartamento se sentía como cuando bajaba las escaleras del pequeño edificio de la avenida Los Samanes en que vivía con su madre, aunque ahora solo tenía que caminar algunos metros por las zonas comunes del estacionamiento para entrar en su coche cuyos cristales polarizados la protegían de todas las miradas.

No les tomó mucho tiempo llegar a la punta del malecón Armendáris para recoger a Daniel, que las dejó con la boca abierta mientras que se aproximaba al coche vistiendo un traje de hombre algo ajustado que resaltaba de manera sencilla la jovialidad de su cuerpo varonil.

—*¡Hola, mi ángel!* —saludó alegremente a Lully después de darle a Sophie un beso en la boca malográndole el pintalabios que ella le había aplicado con tanto cuidado.

—*Hola, Danny, ¿hacia dónde nos dirigimos?*

—*Llévanos a ese bar de moda en la calle Manuel Bonilla, ¿lo conoces?*

—*Creo que sé en dónde se encuentra* —contestó Lully pisando el acelerador mientras que Sophie le lanzaba una mirada inquisidora a través del espejo del coche como preguntándole por qué diablos sabía de ese lugar.

Al llegar Sophie se inclinó hacia el asiento delantero para darle un beso y Lully la retuvo para limpiarle el contorno de la boca y retocarle los labios, un instante que Daniel aprovechó para acariciarla bajo el pequeño vestido y darle un delicado mordisco en una de sus nalgas ocasionándole una sonrisa que Lully, atareada como estaba, pensó que era para ella.

—*Recógenos a la una, tú sabes que no me gusta trasnochar* —le ordenó Sophie.

Mientras que caminaban para entrar al bar, Lully partió perdiéndose entre las luces de la noche, pero en vez de dirigirse directamente a su apartamento y decidida a satisfacer su curiosidad, fue hacia el centro de la ciudad tomando la avenida Arequipa que recorrió hasta Uruguay para llegar a la zona en la que había escuchado que a altas horas de la noche se exhibían los travestis de Lima.

Desde la precaria seguridad de su coche observó a cierta distancia un grupo de ellos y su corazón se aceleró cuando vio el alboroto que causaba en la zona la llegada de la policía y, de repente, un oficial se acercó a su coche y le pidió que bajara su ventanilla.

—*Es muy tarde para que una mujer joven y bonita como usted se encuentre sola por aquí. ¿Me permite su licencia de conducción, por favor?*

A Lully se le heló la sangre y las manos le temblaban mientras que buscaba la licencia entre su pequeño bolso y mientras que lo hacía el oficial continuó con sus preguntas.

—*¿A qué se dedica?*

—*Soy... abogada* —respondió a punto de echarse a llorar mientras que le entregaba el documento al joven oficial que lo miró en silencio y se lo devolvió de inmediato.

—*Puede irse, abogada, si alguna vez necesito que alguien me defienda espero encontrarla* —bromeó notando la inconsistencia.

Lully, agradecida, se dirigió sin más paradas hacia su apartamento, recordando el horror de las experiencias que había vivido con la policía de Caracas y pensando que el rechazo al que la sociedad sometía a estos muchachos, desde sus propias familias, les impedía prepararse para acceder a mejores oportunidades, construir una vida productiva y forjarse metas importantes, relegándolos a ser parte un grupo marginado, correr un alto riesgo de enfermarse, morir violentamente o caer en la drogadicción, el alcoholismo y la delincuencia, y tal vez, gracias al amor de su madre y algunas situaciones fortuitas ocurridas a lo largo de su vida, ella había sido una excepción esa triste regla.

Daniel y Sophie se acomodaron en una mesa del bar, el pidió un *gin-tonic*, ella un *dry martini*, y relajados disfrutaron de la música, bailaron y se rieron. Él era un buen bailarín, pero haciendo justicia,

ella concluyó que no conocía ningún hombre que bailara como lo hacía Lully.

Cuando bajaba hacia el estacionamiento del edificio para ir a buscarlos, Lully se topó en la puerta del ascensor con su vecino, un norteamericano mayor que llegaba a su casa pasado de tragos y parecía no reconocerle, pero en su pobre español le dio a entender que se veía muy bien, mejor que su esposa, que le iba a pedir cuentas por regresar tan tarde y en el estado en que se encontraba, y entonces ella sonrió de buena gana por el cumplido y quedó perfectamente despierta.

—*Llévanos a algún lugar en donde podamos ver las estrellas* —le ordenó Sophie después de que los recogió y antes de sumergirse entre los besos de su amante en el asiento trasero del coche.

Entonces, Lully condujo sin rumbo, sin saber hacia dónde dirigirse, hasta que se le ocurrió estacionar el coche en el malecón de la Reserva a un costado del parque Domodossola, en un lugar desde donde se podía ver el mar y parte de la Costa Verde.

—*Aquí podrán ver las estrellas* —se limitó a decir mientras que se acomodaba en su silla para observar la manera como sus fantasías se hacían nuevamente realidad, pensando que esa mención de Sophie a ver las estrellas significaba que entre ellos habían comentado la conversación que había sostenido con Daniel en la cocina del apartamento esa mañana.

Sin quitarse el corto vestido que llevaba puesto, Sophie se acomodó encima de Daniel dándole la cara a Lully, que al verla en esa posición no resistió la tentación de pasar por el estrecho espacio entre las sillas delanteras para comenzar a besar la cara interior de sus muslos recorriéndola desde las rodillas hasta alcanzar con esfuerzo su clitoris, ayudándole a desencadenar un tremendo clímax seguido por la potente eyaculación de Daniel, y satisfecha se acomodó de nuevo en su silla y condujo hasta la punta del malecón Armendáris.

—*Esta noche me has ayudado a llegar de una manera inesperada* —le confesó Sophie cuando estuvieron a solas.

—*¿Te gustó?*

—*¡Me encantó!*

—*¡A mí también y mucho! Sería bueno repetirlo de vez en cuando, pero no dentro del coche, mira que he tenido que hacer algunas contorsiones...*

—*Sí, sería bueno* —susurró Sophie riéndose por el apunte, aunque no muy convencida de la conveniencia de repetir ese improvisado trío y cambiando de tema le preguntó—: *¿Quién te enseñó a bailar, amorcito?*

—*No lo sé, en casa todas bailamos, pero con quien más me gustaba hacerlo era con Margarita, la mayor de mis primas que lo hace estupendamente, a ella simplemente le fluye.*

—*¡Como a ti!* —reconoció Sophie que de pronto tuvo una ocurrencia.

—*¿Regresamos al bar?*

—*¿A esta hora?*

—*Vamos a bailar, no lo hemos vuelto a hacer desde que decidiste mostrarte al mundo tal y como eres.*

—*¿Y no te importa...?*

—*Claro que me importa, ¡me excita increíblemente!*

Después de esa noche Lully fue testigo de la manera como Sophie y Daniel se sumergían en un tórrido romance pasional comportándose como dos adolescentes que se gozaban con su total

complicidad mientras que ella trataba por todos los medios de manejar prudentemente lo que estaba ocurriendo, porque era un hecho que habían perdido la dimensión del riesgo social y se encontraban en el SPA, en el apartamento de Daniel o en algún lugar público sin más interés que disfrutarse el uno al otro, abriendo para ello el espacio necesario en sus congestionadas agendas de trabajo.

El viaje

Algunos meses después de haber comenzado a darle rienda suelta a su apasionada aventura, Sophie hizo una pausa en sus actividades para viajar a Miami con el propósito de asistir a un congreso internacional. Iría sola, porque Lully tenía cosas importantes que atender en el bufete y Daniel, a quien le hubiera encantado acompañarla, se encontraba en medio de una negociación dirigida por su padre con un poderoso grupo español de medios de comunicación y no podía ausentarse.

Así que se sintió libre para hacer sus arreglos de viaje y decidió hospedarse en la casa de un antiguo amigo y profesor, el jefe del departamento de cirugía del hospital en que había hecho su especialización, uno de aquellos tipos que se metían esporádicamente entre su cama que estaba más que complacido de atenderla durante los días de su estadía en Miami para asistir a ese congreso del que era uno de sus organizadores.

Para Lully, que estaba acostumbrada a no conocer los detalles del pasado de Sophie, tanto como a intuirlos, era claro que se alojaría en la casa de alguien que era más que su profesor, lo había confirmado al escucharle hablar con él por teléfono para coordinar los detalles de su estadía y eso le producía cierta excitación, pero Daniel sentía que la llegada de Sophie a la casa de Ernesto estaba rodeada por un halo de misterio que le causaba desazón, un sentimiento que las circunstancias particulares de su relación con ella no le permitían expresar.

Era miércoles y aunque Sophie hablaba a diario con Lully, desde el domingo en que había viajado, no se había comunicado con Daniel que comenzaba a extrañarla, y llevado por los celos, más que por el deseo sincero de saber cómo se encontraba, la llamó a su móvil.

—*Hola, discúlpame por interrumpirte* —le dijo forzando un tono de voz amable con el que no lograba ocultar su descontento.

—*No te preocupes, estábamos terminando de cenar* —le contestó ella percibiendo de inmediato su incomodidad.

—*Solo quería saber de ti.*

—*Todo esto del congreso y las compras me ha tenido bastante ocupada, pero Ernesto se ha portado muy bien conmigo.*

—*Ya veo... ¿y debo suponer que cuando terminen de cenar te va a seguir atendiendo?*

—*Seguramente vamos a tomarnos un trago y conversaremos, porque hace bastante tiempo que no lo hacemos, pero estoy segura de que nos iremos a dormir temprano porque el día ha sido tan largo y pesado como el que nos espera mañana.*

—*Y... supongo que no te quedarás en el cuarto de huéspedes* —le dijo Daniel exponiendo ante ella toda su incomodidad.

—*Supones bien, amorcito* —le respondió escuetamente Sophie mientras que se levantaba de la mesa para no incomodar a Ernesto con esa conversación, y cuando estuvo a prudente distancia, remató—:

¡Pero no pienso pedirte permiso!

Daniel no supo qué contestar, sabía que él no era la persona indicada para pedirle explicaciones a Sophie por algo como eso, pero sentía la necesidad de hacerlo.

—*¡Te comportas como una perra!* —le recriminó él dejando aflorar un sentimiento de frustración que no podía controlar.

—*Estás un poco confundido, tal vez deberías estar descansando.*

—*¿Mientras que tú te revuelcas con tu amigo? ¡Eres una ninfómana!*

—*¿Te parece si mejor hablamos de esto mañana con más calma, Danny?* —le rogó ella incómoda por tener que sostener esa clase de conversación.

Durante los años que llevaban juntas, Sophie nunca había tenido que lidiar con celos de parte de Lully, que simplemente aceptaba todo lo que ella hacía y le pareció inaceptable el comportamiento de Daniel, que inesperadamente le planteaba semejante conflicto.

Después de esa conversación Daniel no podía dormir, se sentía profundamente herido en su ego masculino e impotente frente a lo que Sophie estaba haciendo, algo que claramente estaba fuera de su control y no hallaba cómo canalizar la reacción que le causaba saber que estaba pasando la noche con otro hombre.

Varios meses antes Sophie le había entregado las llaves de su apartamento para que pudiera entrar cuando deseara hacerlo, había instruido al conserje del edificio para tratarle como a un residente más y todos en el edificio se preguntaban cuál podría ser el vínculo que relacionaba a ese hombre apuesto con la pareja del último piso que tanto frecuentaba.

Esa noche Lully había terminado muy tarde de revisar algunos documentos del bufete y se había puesto una delicada pijama de satén gris para sentarse en el estar de televisión de su habitación dispuesta a ver un video pornográfico, algo que nunca haría en compañía de Sophie, cuando escuchó ruidos en el primer nivel del apartamento.

Estaba punto de llamar a la policía cuando se dio cuenta de que se trataba del amante de Sophie que irrumpía sorpresivamente en su privacidad.

Lo que estaba ocurriendo era una situación incómoda y totalmente inaceptable, a no ser porque se trataba de Daniel, que entró de pronto a su habitación sin darle tiempo para detener la película.

—*Buenas noches* —la saludó utilizando un tono frío, casi hostil.

—*Buenas noches, Danny, no te esperaba, me has dado un gran susto, como sabes, Sophie está de viaje* —le explicó Lully, sin entender lo que le llevaba a presentarse sin aviso a semejante hora.

—*Ya lo sé* —confirmó él, dejándole percibir su enfado, y entonces acusó a Sophie con resentimiento—. *La muy perra está revolcándose con uno de sus amigos en Miami.*

Al escucharle, Lully se puso en guardia y comprendió por dónde iban las cosas.

—*Para decirlo en tus propias palabras, la muy perra se revuelca con quien quiere, Danny, ¿acaso no sabes que Sophie es libre de hacer todo lo que le viene en gana?* —aclaró ofendida por la forma en que se había referido a Sophie, y para que no le quedara ni la menor duda sobre su aceptación total de esa situación.

—*¿Y no te importa?* —le preguntó entonces él, haciendo cara de incredulidad.

—*Definitivamente, has perdido el juicio, la muy perra, como ahora le dices, es la misma mujer con la*

que has tenido el privilegio de acostarte cuantas veces has querido durante los últimos meses, sabiendo que a mí, que soy su compañera, no solo me parece bien, sino que me encanta que lo hagan, y sin herir tus sentimientos, se me viene a la cabeza la idea de que tú eres solo uno de los muchos amantes que ella podría tener a su disposición si lo quisiera.

Lully se levantó prudentemente del sofá, caminó hasta su cama y se metió bajo el *duvet* tratando de no exhibirse ante Daniel en esa pijama sensual, pero él, sin dejar de mirarla de una forma extraña, la siguió y deshaciéndose de su saco, el cinturón y los zapatos se acomodó a su lado prestándole atención a la película.

—*Es mejor que te vayas...* —le advirtió Lully sabiendo que eso ya no iba a ocurrir.

—*¿Prefieres ver esto solita? No lo creo...* —se insinuó señalando las imágenes que se proyectaban y acercándose más a ella—. *¿Qué tal si tú y yo hacemos un video como ese?*

—*No te voy a negar que me encantaría, pero la verdad es que prefiero no tener problemas con Sophie* —afirmó Lully riéndose de sí misma al recordar el regaño que le había dado Veruska cuando usó esa palabra para referirse al deseo de hacer el amor.

—*No te entiendo, Sophie hace lo que quiere y ¿tú solo sigues pensando en serle fiel?*

Lully no le respondió, pero sabía que ya no podía, ni quería, evitar lo que estaba a punto de suceder.

—*Tu diosa, como a esa loca ninfómana le gusta que le digas, está revolcándose con un tipo en Miami, ¿es que no te das cuenta?*

—*Claro que me doy cuenta y me fascina que lo haga.*

—*¿Qué?*

—*Sí, me encanta y deseo que regrese pronto para que me lo cuente todo.*

—*¿Tú crees que ella te lo cuenta todo?* —le preguntó Daniel usando un tono escéptico para sembrarle dudas.

—*Pues no, ella solo me cuenta lo que lo que quiere que yo sepa, pero eso para mí es más que suficiente* —le contestó Lully afirmando su absoluta sumisión y para desdeñar cualquier sombra de duda se explicó—: *Entiende que a mí no me importa lo que ella haga para buscar el placer que necesita, porque lo que en verdad me hace feliz es que se sienta satisfecha, es así de simple y así es como nosotras nos amamos.*

—*¿Y tú se lo cuentas todo a ella?*

—*Absolutamente todo.*

—*Y si hacemos algo tú y yo esta noche, ¿también se lo vas a contar?*

—*Sin la menor duda, y no le va a gustar que lo hagamos sin su permiso, así que seguramente nos meteríamos en problemas, ¿es mejor que te vayas!* —le advirtió ya sin convicción.

—*¿Y no quieres meterte en estos problemas?* —le propuso entonces Daniel tomando su mano y poniéndola sobre su pantalón para hacerle sentir la fuerza de su erección.

—*Estos son los problemas a los que a veces no nos podemos resistir...* —aceptó Lully con fingida resignación, bajando completamente la guardia para acariciar al hombre que tanto placer le proporcionaba a su diosa y haciendo lo que siempre había soñado, lo besó en la boca.

Lully deseaba a Daniel desde la primera vez que le vio y su sentimiento de realización fue inmenso

cuando después de un juego erótico dulce y prolongado él le hizo el amor en varias posiciones, regalándole el mejor polvo que había tenido con un hombre en toda su vida.

Después de sentirlo eyacular de la manera como lo hizo a Lully le hubiera gustado abrazarlo y pasar junto a él lo que quedaba de la noche, pero Daniel se levantó, se vistió y se marchó de inmediato, así que no tuvo más remedio que abrazar la almohada de Sophie. Ahora tendría que ingeniárselas para contarle lo que había sucedido, pensó justo antes de caer en un profundo sueño percibiendo el aroma de su diosa.

El día en que Sophie llegó de Miami, Lully condujo hasta el Callao para recogerla en el aeropuerto. De regreso hablaron de los vuelos, de cómo había encontrado la ciudad en que había hecho sus estudios de especialización, del clima y también sobre lo que había sucedido en Lima durante su corta ausencia sin mencionar a Daniel, a quien Sophie comenzó a llamar insistentemente sin obtener respuesta.

Esa noche, mientras que abrían una por una las maletas por las que a pesar de viajar en primera clase había tenido que pagar una suma extra, Sophie le entregó a Lully los regalos que le había traído y se metieron entre la cama a conversar.

—*¿Qué ocurrió con Daniel?* —le preguntó Lully esforzándose por hacer su mejor cara de inocencia.

—*No sé qué pensar, él me llamó una noche en que sufría una extraña crisis de celos.*

—*¿Celos?*

—*Sí, estaba ofuscado y yo tuve que ponerle en su sitio. Tú nunca me has hecho una escena como esa.*

—*Pero ¿qué hiciste para provocar semejante reacción?*

—*Creo que se sentía molesto porque yo estaba quedándome en la casa de Ernesto.*

—*¿Le dijiste que te estabas acostando con tu amigo?*

—*Tal vez se lo di a entender..., pero qué más podía decirle, ¡si hice el amor con él todos los días!*

—*Sophie, existe algo que podrías llamar prudencia o sentido común, qué necesidad tenías dejarle saber algo así.*

—*Tienes razón, no lo pensé...*

—*Por si no te has dado cuenta, Daniel está enamorado de ti, lo que ya me preocupa bastante y debió sentirse herido al saber que estabas con otro hombre.*

—*¿Lo estás justificando?*

—*No, solo estoy tratando de decirte que frente las circunstancias que tú misma has propiciado, su reacción no fue tan absurda.*

Sophie miró a Lully con su típica expresión indescifrable e intuyó en un segundo que le estaba ocultando algo, pero ella desvió su atención escapándose hábilmente de sus indagaciones.

—*Ahora cuéntame todas las cosas que hiciste durante los días en que estuviste lejos de mí* —le pidió.

Dejándose llevar por el placer que le causaba hacerlo, Sophie le contó, sin ocultarle nada, todo lo que había ocurrido durante su viaje, le habló del congreso, de las compras, de los encuentros con sus colegas y especialmente de su antiguo profesor, de su casa en Key Biscayne en donde le había atendido como a una princesa, se lo describió diciéndole que, aunque no era especialmente atractivo, era un profesional brillante, un hombre bien dotado y todo un toro en la cama.

Y, finalmente le contó lo que había ocurrido en la fiesta que le ofreció al terminar el congreso, una

reunión a la que invitó a algunos de sus antiguos compañeros y profesores de la especialización.

—*La fiesta había terminado y nos quedamos hablando junto a la piscina. Ernesto comenzó a besarme, yo me sentí incómoda porque uno de los invitados no se había marchado, pero él me susurró al oído que a Javier le gustaría acompañarnos, imagínate, ¡se lo tenían planeado esos dos!*

—*¿Y qué hiciste?*

—*Dejar que todo sucediera y, de repente, sentí que me besaban por todas partes y tomé sus penes entre mis manos, el de Ernesto, que ya es bastante más grande que el tuyo, y el de Javier, no me hubiera imaginado que ese tipo tuviera un miembro tan grande, y pensar que nunca me acosté con él durante aquellos años que viví en Miami.*

Lully no supo qué decir y simplemente se quedó callada escuchando el relato de Sophie como si le estuviera narrando una película.

—*Te juro que nunca, en toda mi vida, había estado con un hombre que tuviera un pene de semejantes proporciones, y aunque al principio fue doloroso, cuando me lubiqué comencé a gozar como nunca, pero, aunque me esforzaba, su miembro no me cabía completamente en la vagina.*

—*¡Vaya!*

—*Javier se había recostado en una silla junto a la piscina y yo estaba encima de él cuando Ernesto se acercó, me untó un lubricante y me introdujo su pene por el ano, la sensación era indescriptible, porque esos dos se movían como animales. Esa noche debí tener al menos cinco orgasmos, me llegaban uno detrás del otro y no quería que se detuvieran, hasta que Javier se vino dentro de mí.*

—*Qué historia, me tienes muy excitada.*

—*No te imaginas cómo llegó ese hombre, yo sentí que me inundaba por dentro y cuando finalmente se quedó quieto, Ernesto aún continuaba moviéndose.*

—*¡Pero qué perra eres!* —gritó Lully repitiendo con sarcasmo la forma en que Daniel se había referido a ella, y al escucharle, Sophie se rio de buena gana antes de terminar su relato, disfrutando más que nunca del curioso placer que le producía revelar a su compañera lo que había hecho con tanto detalle.

—*Yo estaba algo tomada y aunque parezca increíble, me quedé dormida, así que no me enteré a qué hora terminó Ernesto, fue como si hubiera perdido el conocimiento, ¿puedes creerlo?*

—*¿Alguna vez habías hecho algo como eso?*

—*Solo una vez, hace muchos años en Viña del Mar, de hecho, así perdí la virginidad, estaba muy joven y había tomado más de la cuenta, lo malo fue que al otro día no pude recordar todo lo que hice con esos tres tipos que me hicieron el amor como quisieron en la suite del hotel en que se alojaban.*

—*¿Tres hombres en tu primera vez?*

—*Sí.*

—*Definitivamente, ¡tú eres mi actriz pornográfica preferida!*

—*Pero nunca antes en toda mi vida me habían introducido dos penes simultáneamente, uno por la vagina y el otro por el ano, como lo hicieron Javier y Ernesto.*

—*Me hubiera gustado verte.*

—*¿En Viña o en Miami?*

—*A decir verdad, en ambos lugares y en cada polvo de tu vida loca.*

—*No sé si te hubiera gustado ver lo que hice en Miami, nos comportamos como animales, créeme.*

—*Yo tampoco estoy completamente segura, pero todo lo que me cuentas me tiene muy excitada.*

Cuando Sophie terminó su relato, Lully le contó lo que había sucedido la noche en que sin previo aviso Daniel se había presentado en el apartamento y le aseguró que no había tenido la intención de sostener relaciones con él sin su consentimiento, pero no había podido evitarlo, no obstante, no le dejó saber de la agradable emoción que había experimentado gracias a ese preámbulo de caricias y besos en la boca con el que había hecho realidad una de sus más antiguas fantasías.

—*¿Te gustó?* —fue lo único que se le ocurrió preguntar a Sophie.

—*¡Tu hombre es fantástico!* —se limitó a responderle.

—*Óyeme bien, pequeña putita sin dios ni ley, tú nunca vas a volver a estar con él, ni con nadie diferente de mí si yo no te lo he ordenado, ¿está claro?*

—*Está claro, mi diosa* —aceptó sumisa y disimulando una leve sonrisa al saberse perdonada.

A Lully no le gustaba la idea de ver a Sophie dándole a su relación con Daniel un giro inesperado, «Al fin y al cabo, nadie es perfecto», pensó, y lo verdaderamente importante era que durante los últimos meses él había logrado mantenerla satisfecha, en la medida que eso era posible, así que intentó restarle importancia al asunto y trató que ella se sintiera culpable por haberse comportado tan insensiblemente, aun sabiendo que culpabilidad por alguno de sus actos era algo que rara vez llegaba a sentir.

Ménage à trois

No atender sus llamadas era, sin que él se lo hubiese propuesto, la estrategia perfecta para tenerla a sus pies, pues si algo no conocía, ni estaba dispuesta a aceptar Sophie, era el rechazo de un hombre, así que con la desazón que le producía perder el control de cualquier situación, el viernes siguiente a su regreso, al terminar su jornada en el SPA y decidida a no dejar pasar ni un solo día más sin tomar cartas en el asunto, se dirigió presurosa hacia el apartamento de Daniel.

Pensaba que lo sucedido en Miami era un asunto verdaderamente íntimo sobre el cual nadie tenía por qué opinar, una experiencia que solo le venía en gana compartir con Lully, que la aceptaba y además la disfrutaba, de tal manera que los celos de Daniel estaban completamente fuera de lugar, pero, en cambio, él creía tener razones suficientes para sentirse molesto.

No obstante, cuando la puerta del elevador se abrió en su piso y Sophie entró buscándole con su natural desparpajo, no fue capaz de rechazarla y hasta se emocionó al tener nuevamente entre sus brazos la mujer que tanto deseaba.

—*Eres un tonto, ¿me has hecho mucha falta!* —le reclamó ella besándole una y otra vez entre sollozos fingidos.

—*Yo creí que no necesitabas a nadie más que a tu viejo amigo, ese con el que pasaste las noches durante tu viaje a Miami* —respondió él con evidente resentimiento.

—*No me digas que sigues pensando en eso, yo solo pienso en ti y en lo mucho que te deseo.*

—*Pero qué cosa más extraña, ¿acaso no hiciste el amor suficientemente con Ernesto?* —recalcó Daniel sin mostrar ni el menor ánimo conciliador.

Sophie no iba a darle explicaciones y se limitó a empujarle sobre el sofá y desabrochando sus pantalones comenzó a hacerle sexo oral, de tal manera que a Daniel no le quedó más remedio que echar su cabeza atrás y disfrutarlo, hasta que con semejante estimulación eyaculó abundantemente dentro de su boca, y esa fue simple y llanamente la forma en que ella se congraciaba con él, porque lo que no haría nunca sería justificarse o pedir perdón y, por supuesto, jamás reconocería ninguna falta en su comportamiento.

—*Ahora sé por qué a Lully le gusta tanto* —dijo mientras que una gota blanca se escurría de sus comisuras.

—*¿Qué es lo que a Lully le gusta tanto?* —le preguntó él desconcertado.

—*El sabor de tu semen* —contestó tranquilamente haciendo la más perversa de sus miradas inocentes, mientras que recogía con un dedo el líquido perlado para volverlo a meter dentro de su boca y tragárselo en una actitud provocadora.

—*¿Cómo puede saberlo?*

—*Lo sabe bien, lo ha lamido cada vez que hemos estado juntos, le encanta hacerlo.*

—*¿Y te gusta que lo haga?*

—*Me fascina, me hace sentir que me pertenece sin limitaciones y eso me hace muy feliz.*

—*¿Que te pertenece?*

—*Sí, que no importa lo que yo haga o deje de hacer, está siempre conmigo y me ama.*

—*No sé si eso que llamas amor es...* —Daniel iba a decirle que todo eso era una extraña y enferma perversión sdomasquista, pero Sophie le interrumpió para explicarse.

—*El de Lully es un amor que me lo entrega absolutamente todo, y lamermme como lo hace es justamente la mayor demostración de su sentido de adoración hacia mí. Además, es verdad, sabe delicioso* —afirmó volviendo a hacer esa mirada inocente y perversa a la vez.

Daniel sabía de sobra que no tenía ningún beneficio discutir con Sophie y, además, esa historia le hizo sentir una nueva dimensión de su exhibicionismo innato, algo que indudablemente deseaba explorar, pero haciendo un esfuerzo para no dejarse llevar por la extraña sensualidad de una conversación inusual como esa, que solo Sophie podría llegar a plantear, adoptó una actitud firme para pedirle explicaciones sobre lo que había hecho durante su viaje.

—*¿Cuál es tu relación con Ernesto y qué fue lo pasó con él en Miami?, ¿me podrías explicar ese asunto que me ha parecido tan molesto?*

—*Soy yo quien debería estar molesta contigo por tu comportamiento que no podría aceptar ni aun viniendo de Lully* —anotó ella.

—*Lully es otra cosa... este..., ella es tu esclava, ¿o no?*

—*Eso es, nene, lo vas entendiendo, pero es mi pareja y si en vez de aceptar mi relación contigo, como lo hace, sintiera unos celos tan absurdos como los tuyos, ¿qué ocurriría?*

—*No lo sé, Sophie, pero el asunto que me interesa aclarar ahora mismo es la relación que tienes con este amigo tuyo, ¿quién es Ernesto?*

—*Es solo un viejo conocido, un profesor de mi especialización...*

—*¿Y por qué fuiste directo a su casa y a su cama?, ¿lo tenías planeado?*

—*No es que lo tuviera planeado como dices, pero sí era una buena posibilidad...*

—*¿Te comportas como una ninfómana!* —Daniel se creía una persona de mente abierta, pero estaba asombrado por las declaraciones de Sophie—. *¿Una posibilidad? ¿Y yo que soy para ti?* —le preguntó mirándola a los ojos.

—*Tú eres mi amante, el hombre que puede hacer con mi cuerpo todo lo que desea y aquí me tienes para comprobarlo* —argumentó ella sin darle ninguna importancia a sus confusos sentimientos.

—*No sé si tenerte aquí ahora pueda probar algo más que tu constante necesidad de tener un hombre a tu disposición, ¿qué opina Lully de todo esto? ¿Le contaste que andabas en Miami revolcándote como una puta con ese amigo tuyo?*

—*Primero que todo, no me he prostituido, no le he cobrado nada a nadie por mis servicios sexuales y si lo hubiera hecho no sería un asunto tuyo, lo que he hecho ha sido por placer y, para tu información, a Lully se lo he contado absolutamente todo, como siempre lo hago.*

—*¿Y a ella le parece bien?, quiero decir, ¿normal?*

—*No sé si normal, ¿acaso qué es lo normal? Lo que sí te puedo contar es que ella acepta que yo encuentre la forma de satisfacer mis deseos y que se excitó muchísimo cuando le conté lo que hice durante el viaje, tanto que ahora no para de hablarme sobre el asunto.*

—Déjame decirte que ustedes dos son un par de locas, sí, ¡están total y absolutamente locas! Sophie, tú eres, sin duda alguna, la mujer más linda e inteligente que yo he conocido en toda mi vida, además, me encanta tu forma de ser, pero ahora mismo no sé qué pensar. ¿Acaso no puedes dar dos pasos fuera de tu casa sin terminar entre la cama del primero que se te cruce en el camino?

—Esa es una acusación absurda, lo que ocurre es que te da miedo que sea yo, es decir, una mujer, la que tome la iniciativa, porque seguramente tú siempre has hecho lo que te viene en gana sin tener que justificarte con nadie, y déjame decirte, señor acusador, que fuiste justamente tú quien hace poco tiempo me despertó para volver a disfrutar plenamente de mi sexualidad, porque antes de estar contigo llevaba varios años viviendo con Lully y disfrutando tranquilamente de nuestras fantasías.

—¿Fantasías?

—Sí, ambas soñábamos con tener un verdadero hombre entre nuestra cama cuando de repente apareciste tú.

—¿Quieres decir que yo tengo culpa en que tú seas la ninfómana que eres?

—No me hables así, o dime, ¿cuántas amantes has tenido durante los últimos siete años de tu vida?, déjame darte una cifra... ¿podrían haber sido... unas veinte?

—Tal vez... —aceptó Daniel cayendo inocentemente en la trampa, picado en su orgullo de hombre seductor.

—Estoy segura de que me quedo corta, y ahora dime, ¿cuántos compañeros de cama crees que he tenido durante esos mismos siete años, que el tiempo que llevo viviendo con Lully?

—No lo sé, Sophie, ni me lo imagino.

—Ah, no te lo imaginas y crees que son muchos, pues déjame hacer las cuentas... en total he hecho el amor con cinco personas además de Lully, ¡y eso te incluye a ti y a los dos con que tuve relaciones en este viaje hace menos de dos semanas!

—¿Dos tipos? ¡A eso te fuiste a Miami!

—Sí..., pero dime, ¿alguien te ha dicho que eres un maniático sexual por haber tenido más de veinte amantes en siete años?, seguramente no, claro que no, tú solo eres un hombre que disfruta de su sexualidad, ¿cierto? Porque, además de esas amantes a las que recuerdas tanto como para poderlas contar, te debiste haberte acostado con otras tantas mujeres desconocidas y tal vez a algunas de ellas hasta les pagaste por sus servicios, ¿o me equivoco?

Daniel se sintió incómodo al darse cuenta de que su actividad sexual encajaba perfectamente en la descripción que hacía Sophie sobre aquello que él simplemente consideraba una sexualidad sana y activa.

—No, no te equivocas... —reconoció confundido y de inmediato volvió a la carga—. Sophie, algo no me cuadra, dime quiénes son esas dos personas que me falta reconocer según tus cuentas —le exigió perentoriamente.

—No tienes derecho a saberlo.

—¡Sophie!

—No te voy a decir sus nombres, uno es alguien sin importancia a quien quise demostrarle por qué no confío en la fidelidad de los hombres, y la otra es una persona maravillosa y la que veo esporádicamente desde hace muchos años.

—¿La ves? ¿Es una mujer? ¿Acaso tienes una amante?

—Sí, una amiga a la que adoro, ¿te importa?

—Este... no, para nada —le contestó él aturdido y sin entender por qué el hecho de que fuera una mujer le causaba alivio—. Entiendo lo que intentas defender, pero no creo que tengas razón, reconoce que en este viaje te has portado como una loca desenfrenada.

—Tal vez, pero hagamos las cuentas de nuevo, digamos que durante los últimos siete años tú has hecho el amor con unas treinta mujeres y, mientras tanto, yo, en ese mismo tiempo, solamente he estado con Lully, mi compañera permanente, y otras cinco personas. ¡No se diga más!

—Está bien, tal vez no seas una ninfómana, es solo que... estábamos tan bien...

—Y me gustaría que continuemos estándolo —le aclaró Sophie.

—¿Quiénes? —le preguntó irónicamente Daniel intentando no quedar tendido sobre la lona, totalmente vencido por esa aguerrida argumentación y desconcertado al no comprender su papel en la vida de Sophie—. Solo por curiosidad, cuéntame en qué momento se enteró Lully de lo nuestro.

—Ella lo supo antes de que sucediera, lo deseaba tanto como yo y supo de antemano lo que iba a ocurrir la mañana en que nos encontramos en el SPA porque me conoce mejor que nadie.

—Y... ¿qué dijo al respecto?

—Justo antes de salir me abrazó, me miró con sus hermosos ojos grises y me dijo al oído lo mucho que deseaba que gozara contigo, y cuando regresé al apartamento, después de que todo había pasado entre nosotros, ¡besó cada centímetro de mi cuerpo y me hizo el amor más excitada y amorosa que nunca!

—¿Y no te dio vergüenza con ella?

—Para nada, me sentí liberada, deseada, infinitamente amada y segura de mí misma, en pocas palabras: estupenda, y desde ese momento y hasta el día en que tuviste tu ataque de celos estaba feliz y disfrutando de mi cuerpo con la tranquilidad de poder hacer lo que se me antoja sin poner en riesgo nada.

—Yo me he acostumbrado a tu relación con Lully y la verdad es que no me afecta y hasta disfruto mostrándole que te satisfago en la cama, porque por alguna razón que no he podido entender, desde el principio intuí lo que significa para ti y acepté seguir adelante con nuestra aventura sabiendo que estaba allí y que, muy probablemente, allí se quedaría, además, ya no es un secreto para ti que me parece muy atractiva.

—Y lo es, ¡pero es mía! Y hablando de eso, ¿puedes explicarme qué tenías en la cabeza el día en que la acorralaste en mi propia cama?

—Te lo contó? —le preguntó Daniel sorprendido.

—Me lo contó todo.

—¿Y crees que abusé vilmente de ella?

—Yo no diría eso, pero le causaste unos horribles sentimientos de culpa al obligarla a romper su promesa de fidelidad y, por eso, en los últimos días he tratado hacerla sentir tan amada y aceptada como ella me hace sentir a mí.

—La verdad es que Lully trató de razonar conmigo para impedirlo, pero yo la presioné un poco para que accediera a mis deseos.

—La acorralaste y aunque nada ocurrió en contra de su voluntad, ¡te has portado como un canalla!

—Si quieres que hablemos con total sinceridad, tu Lully me parece bellísima, yo jamás me imaginé que pudiera hacer el amor con otro hombre como lo hice con ella, es una persona especial.

—Seguramente, pero no dudes ni por un momento que es solo mía.

—Eso mismo me dijo...

Sophie se sintió bien al escuchar ese comentario y miró a Daniel con los ojos entrecerrados mientras que él le contaba espontáneamente una historia de su pasado.

—Cuando estudiaba en la universidad tuve un compañero que se le parecía un poco, una vez estuve en su casa y a mitad de la tarde terminamos besándonos, no hicimos nada más, pero a mí me angustió mucho que los demás muchachos pudieran darse cuenta de lo que había pasado y me alejé tanto como pude.

—Le dejaste solo.

—Sí, y no había vuelto a pensar en él.

—Definitivamente, eres un canalla, pero... ¿te gustó?

—No lo puedo negar, aunque desde ese momento no pude mostrarle a los demás que era su amigo.

—¿Y te sigue preocupando tanto lo que digan los demás?

—A todos nos preocupa o ¿no?

—No te das cuenta de que la gente no puede vivir como quisiera hacerlo por estar pendiente de lo que dicen o piensan los demás?

—¿Tú crees?

—Absolutamente, ¡nos subyuga la necesidad de mantener las apariencias que nos impone una cultura llena de mitos en los que creemos ciegamente y sin fundamento! O más bien con oscuros propósitos porque, ¿qué importancia puede tener para la sociedad la manera como te vistes, el género al que perteneces y tus preferencias más íntimas, cuando los temas verdaderamente importantes se ocultan detrás de cortinas de humo que nublan nuestras mentes.

—Tal vez, pero...

—Pero nada... Dime por qué es tan difícil celebrar las diferencias y especialmente el derecho que las personas tenemos de vivir libremente nuestra sexualidad de la manera que nos plazca y no bajo las reglas de una sociedad psicótica que encuentra repudiable la diversidad en el amor, pero no las distintas formas de robar, asesinar, acabar con la naturaleza y hacerse toda clase de males los unos a los otros.

—Realmente no lo sé, Sophie.

—En la medida en que cada día dependemos menos de la aceptación de los demás, a Lully y a mí nos ha dejado de preocupar la forma como nos ven o lo que piensen de nosotras, e intentamos vivir simplemente como lo que somos y de la manera en que se nos antoja.

—Las muy pervertidas... —dijo Daniel, arrepiñtiéndose de inmediato por su broma.

—No te imaginas la perversión tan maravillosa en la que vivo al estar segura de que Lully me ama tanto como para que, conociendo todo lo que soy, pienso y hago, permanezca a mi lado haciéndome feliz.

—¿Todo lo que eres?

—Sí, y, además, para ella son importantes todas esas cosas que normalmente no comparte un hombre con una mujer.

—¿Pero qué cosas no comparte un hombre con una mujer? No te entiendo.

—Usualmente, los hombres solo quieren compartir el lado fácil de la relación, obtener placer, exhibir una hembra atractiva delante de sus congéneres y tener a su lado en la intimidad a una mujer servil que les dé gusto en todo, pero no se ocupan de ser una buena compañía, y las mujeres tenemos que enfrentar la vida solas.

—¡Pero qué más quieren! No se conforman con que su hombre cuide de ellas... —bromeó de nuevo Daniel.

—La mayoría de las mujeres no necesitamos hombres que cuiden de nosotras, sería mejor que simplemente nos acompañen con su admiración, con un amor que se manifieste en los detalles y en la manera afectuosa como nos tratan.

—Pero Lully es un travesti, o ¿acaso la ves como tu hombre?

—Ella es mi todo, me hace sentir segura de mí misma y yo la amo tanto como para gozar del mundo en su compañía sin importarme nada.

—Yo creo que lo que más te gusta de ella es que se comporta como tu esclava sumisa, o ¿no estoy en lo cierto?

—Indudablemente, eso me gusta, no te lo voy a negar, pero ella lo hace porque lo disfruta, siempre que a cambio obtenga todo mi amor..., y lo tiene.

—¿Y tú qué recibes a cambio?

—Su amor incondicional, su admiración, su afecto y la compañía de una persona maravillosa que siente una enorme satisfacción en complacerme y comportarse como mi ángel de la guarda.

—Ustedes dos tienen una concepción particular del amor, Sophie, yo nunca acabaré de entender su relación, y creo que es algo que no podría cambiar.

—Ni lo sueñes...

—Sophie, ¿tú me amas? —le preguntó de pronto Daniel.

—Te amo, pero no deseo que cuides de mí, ni que te creas mi dueño.

—Y a esa amante cuyo nombre has mantenido en el más absoluto secreto, ¿la amas?

—¡Inmensamente!

—Y, por supuesto, también amas a Lully.

—¡Más que a nada ni a nadie en este mundo!

—¿A cuántas personas más puedes llegar a amar?

Sophie se sintió expuesta en un asunto sobre el que no acostumbraba siquiera pensar, pero que era particularmente cierto, aunque ella misma no lo comprendiera y respondió con total honestidad.

—No lo sé, por ahora los amo a los tres.

Daniel cayó en cuenta en ese momento que no debía tratar de profundizar más sobre las respuestas de Sophie e interrumpió el tema con una propuesta que se le vino a la cabeza.

—Hoy compré los ingredientes para preparar un buen ceviche de pescado y camarones, ¿por qué no invitas a tu Lully a cenar? Me gustaría verla y disculparme con ella.

—No te burles de mí... ¿lo harás?

—Claro que lo haré, le daremos una cena estupenda.

—¿Y de postre?

—¿Qué tal un delicioso ménage à trois?

Al escucharlo, Sophie sintió un leve cosquilleo en su bajo vientre y tomó de inmediato su teléfono móvil. Eran las siete de la noche cuando llamó a Lully para hacerle la inusual propuesta de reunirse con ellos para cenar en el apartamento de Daniel.

—*¿Te perdonó?* —le preguntó Lully.

—*Sí, nena, lo hizo.*

—*Qué bueno, ¿y estás segura de querer que yo vaya hasta allá a inmiscuirme entre ustedes dos?* —apuntó temerosa de que su presencia pudiera causar algún conflicto.

—*Lo estoy, ven pronto, ya sabes en dónde queda, aquí te estaremos esperando.*

—*Entonces no tardo.*

Mientras que Lully llegaba improvisaron la cena, Sophie arregló los ingredientes del ceviche cortando en pequeños trozos el pescado que puso a marinar en zumo de limón junto con los camarones, picó la cebolla, destapó una lata de agua de coco y preparó la vinagreta agregándole cilantro, un diente de ajo y unas gotas de ají, y, finalmente, preparó *pisco sour* con la fórmula tradicional con un toque con amargo de angostura mientras que Daniel ajustaba las luces para generar un ambiente acogedor.

En el momento en que recibió la llamada de Sophie, Lully entraba al apartamento después de haber pasado el día en el bufete y se encontraba de traje y corbata, como acostumbraba a hacerlo para asistir a las juntas directivas, pero con el apremio de la invitación que le hacían salió a buscarlos tal y como estaba.

Por el camino se detuvo a comprar flores, había aprendido de su madre que no se debía asistir a una invitación a cenar con las manos vacías y esta no sería la excepción, así que llevando ese detalle llegó hasta el edificio de Daniel en la punta del malecón Armendáriz, pulsó en el control de acceso del estacionamiento los números que Sophie le había enviado en un mensaje de texto y condujo hasta una de las posiciones de parqueo reservadas para los visitantes.

El ascensor abrió sus puertas en el último piso de la torre y al instante Sophie y Daniel salieron a recibirle afectuosamente y se mostraron sorprendidos por su traje, Lully la saludó con un beso fugaz en la boca y le entregó a Daniel las flores estampándole un beso en la mejilla que lo hizo enrojecer.

—*Hacía días que no te veía vestida de esa forma* —observó Sophie mirándola de arriba a abajo.

—*No fue mi elección, hoy asistí a la junta directiva del bufete y cuando me llamaste acababa de regresar* —se explicó Lully.

—*Te ves divina, mi cielo, ¿no te parece, Danny?* —dijo Sophie mirando a Daniel que no sabía cómo comportarse en una situación como esa y le agradeció por las flores. Nunca en su vida otro hombre le había regalado flores, ni le había saludado con un beso semejante.

—*Sí, te ves fantástica... Ven, dame el saco y la corbata, ponte cómodo, por favor, siéntete en casa* —atinó a decir Daniel para darle la bienvenida, un poco enredado con el género con que debería tratarle.

Aceptando la hospitalidad Lully se deshizo del saco y de la corbata que traía puestos y disculpándose entró al baño de visitantes para soltarse el cabello que llevaba recogido, y mientras que Sophie organizaba los últimos detalles de la cena, Daniel le mostró su apartamento haciéndole notar que allí también tenía una vista magnífica sobre la Costa Verde y la bahía de Miraflores, y después se quedaron conversando a un lado de la baranda de la terraza, justo en el lugar en que él le había hecho

apasionadamente el amor a Sophie algunas semanas antes y cumpliendo su promesa se disculpó por haber irrumpido en la intimidad de su habitación en medio de su crisis de celos.

—*No te disculpes, tú sabes muy bien cuánto disfruté de tu compañía, aunque hubiera preferido que amaneciéramos juntos. Lo único que realmente me preocupaba en ese momento era la reacción de Sophie, pero curiosamente no lo ha tomado a mal...*

—*Para que lo sepas, le he dicho que el postre de esta noche sería un delicioso ménage à trois y la verdad es que se ha limitado a mirarme como lo hace cuando no quiere dejarte saber lo que piensa* —le contó Daniel en voz baja.

Dejando todo dispuesto sobre la mesa para la cena Sophie los buscó y no pudo evitar sonreír al verlos justo en ese lugar y se acercó tomándolos por la cintura para sacarlos de sus aparentes disquisiciones sobre los puntos de luz que flotaban sobre la superficie del mar.

—*Vamos a cenar, chicos* —los urgió melosamente sintiendo al abrazarlos a un mismo tiempo que se le humedecían las bragas.

—*¡Vamos!* —repitieron ellos con afectuoso entusiasmo, haciéndose un guiño discreto al confirmar que Sophie no había escuchado toda su conversación.

Durante la cena Daniel les contó sobre los avances del proceso de internacionalización del grupo empresarial de medios de comunicación fundado por su padre y de la inminente conversión de la sociedad familiar en una sociedad pública por acciones, un cambio necesario para establecer la alianza que buscaban con una gran empresa española, y Lully se interesó mucho por la forma como había llevado esa negociación en la que cedieron el setenta por ciento de las acciones del grupo a cambio del treinta por ciento de la propiedad de la empresa que poseía una de las revistas de mayor circulación en el mundo hispanoparlante, y, al terminar, las invitó a seguir al salón, pero se quedó organizando la cocina, así que ellas tuvieron un momento a solas.

—*¿Seguro quieres que me quede?* —le preguntó Lully.

—*Claro que quiero que te quedes, esta noche vamos a hacer realidad nuestras fantasías* —le contestó mirándole a los ojos, justo cuando Daniel llegaba para reunirse nuevamente con ellas.

Entonces todo ocurrió, los dos besaron y acariciaron a Sophie, se deshicieron del vestido que llevaba puesto y mientras que Daniel la abrazaba por la espalda, Lully bajó besando su vientre hasta arrodillarse para que su lengua entrara en contacto con el clítoris sensible de su adorada diosa.

Daniel, que la sostenía pasó su pene por el espacio triangular que se formaba entre los muslos de Sophie y su glande apareció brillante justo enfrente de la boca de Lully, que comenzó a lamerlo empapado en la abundante humedad que Sophie producía, hasta que la penetró lentamente y estimulada de esa manera ella comenzó a tejer una sucesión interminable de orgasmos, le llegaban uno a continuación del otro, y cuando pareció que había alcanzado todo el placer que le era posible experimentar en una sola noche la llevaron a la cama.

Amanecía cuando Sophie se levantó sin hacer ruido y olvidando que había guardado sus bragas en el bolso antes de salir del SPA las buscó por todos los rincones del apartamento de Daniel.

Su búsqueda entre los muebles le dio algunas sorpresas, como encontrar bajo los cojines unas braguitas atigradas que obviamente no eran suyas, el sujetador que había perdido varios meses antes y la pierna de una media velada que tampoco le pertenecía y buscando más minuciosamente encontró bajo

el sofá el empaque de unos preservativos que Daniel podría haber utilizado para sostener relaciones sexuales con alguna zorrilla, pues con ella jamás lo había hecho.

No contenta con eso se dirigió hasta el cuarto de servicio y sacó la ropa sucia de las canastas formando un montón en el que encontró una blusa pequeña y otras bragas que definitivamente no le pertenecían. Hallazgos que solo podrían ocurrir en el apartamento de un hombre promiscuo y para rematar, camino de la habitación encontró el teléfono móvil de Daniel que, a pesar de tener una clave de acceso que le era desconocida, por uno de esos artilugios de la tecnología mostraba en la pantalla las primeras líneas de los últimos mensajes recibidos.

Eran cuatro mensajes de texto que habían llegado justo cuando disfrutaban de su velada, el último había entrado hacia la media noche y de cada uno de ellos se podían leer un par de líneas.

A juzgar por su contenido esos mensajes provenían de tres mujeres diferentes, una repetía mensaje y otra era evidentemente una prostituta.

«Hola, me gustaría verte de nuevo, fue delicioso estar contigo, te estaré esperando...».

«Danny, en serio, no te vayas a perder otra vez, hoy también estoy con ganas...».

«Cuando desees mis servicios no llames a la central, mi número personal es...».

«Hola, Danny, la pasamos muy bien, no has perdido tu toque de buen bailarín...».

Daniel se despertó esa mañana con la sensación de haber pasado la mejor noche de su vida y al no encontrarlas entre la cama como le hubiera gustado, caminó buscándolas hasta toparse con los hallazgos que Sophie había dejado sobre la mesa y mirando esas prendas que reconoció de inmediato, se rascó la cabeza y pensó que todo en su relación con ella era completamente absurdo, excepto esos poderosos momentos que la justificaban absolutamente, cuando sentía la intensidad con que su magnífico cuerpo se le entregaba por completo.

Al llegar a su apartamento comentaron los hallazgos de Sophie y concluyeron que Daniel era un hombre libre que tenía todo el derecho a sostener aventuras con quien quisiese y, por tanto, aquello era la cosa más natural del mundo, así que no sería razonable incomodarse.

Lo que Sophie no se atrevería a comentarle a Lully fue la gran impresión que le causó sentirlos haciendo el amor a su lado cuando la creían dormida y que después descansaran abrazados en un estado de armonía que la perturbó, algo inesperado en esa relación que ella misma propiciaba, un riesgo que le era imposible aceptar.

Sophie y Daniel volvieron a encontrarse una semana más tarde en el SPA, se habían acostumbrado a programar sus citas los viernes al final del día, cuando Silvia ya se había marchado para la universidad, y en esta ocasión ella sentía la necesidad de poner las cosas en claro.

—*Danny, tú sabes cuánto te deseo, pero debes entender que a pesar de eso no quiero que seas mi compañero, me encanta que seas mi amante.*

—*Pero ¿qué clase de relación es esa?*

—*No me pidas que la clasifique de alguna manera, tú sabes lo intensa que es.*

—*¿Me vas a castigar por haber sentido celos?*

—De ninguna manera, absurdamente yo también los sentí cuando descubrí que invitas a tu apartamento amiguitas con las que seguramente compartes la cama —le confesó ella pensando en sus hallazgos y en los mensajes de texto que le había dejado leer su teléfono móvil.

—Pero... ¡tú eres única para mí, Sophie!

—Ese es justamente el punto, tú y yo no debemos ser únicos el uno para el otro, podemos vivir eternamente la pasión que se desata cuando estamos juntos, pero esos sentimientos posesivos no me gustan.

—No te comprendo, yo estaba comenzando a pensar que iba a pasar el resto de mi vida junto a ti.

—Eso no es posible, Danny, no de la manera como te lo imaginas, porque yo no tengo ninguna intención de dejar a Lully y mi relación con ella es una sociedad que va mucho más allá de compartir el apartamento o vivir nuestras fantasías.

—No me digas que solamente soy una de tus fantasías.

—Y qué si lo eres, ¿no es maravilloso?

—Tal vez, pero yo comenzaba a pensar que íbamos a darle algún nombre a nuestra relación.

—Lo tiene, querido, somos amantes y cualquier otra cosa no es posible.

—¿No lo es?

—No, porque tú y yo necesitamos poseernos, atarnos, limitarnos y eso es totalmente diferente de lo que he logrado construir con Lully, ella y yo somos socias en la aventura de la vida.

—¿Qué me estás tratando de decir?

—Que con Lully tenemos retos que nos exigen una gran dedicación y completa armonía, que yo jamás la voy a poner en un segundo plano y que por ninguna razón se me ocurriría dejarla.

—¿Me estás terminando?

—Eso sería impensable para mí.

—Entonces... ¿qué quieres?

—Te lo he dicho mil veces, deseo que seas mi amante, un amante discreto, pero para toda la vida.

—No lo sé, Sophie.

—Es fácil, Danny, yo te daré tanto placer como el que tú me das a mí, pero tú harás tu vida y yo la mía.

Negocios

Puesta en la dimensión deseada la relación con Daniel sintieron la necesidad de tomarse unos días para hablar sobre el futuro y Sophie comprendió que Lully deseaba hacer cambios definitivos, y que después de haber transformado el bufete en un pujante grupo empresarial ahora solo esperaba recibir beneficios por el valor creado socializando la propiedad accionaria y, sobre todo, entregarle la responsabilidad de la dirección general a alguien que con una visión nueva lo continuara impulsando para apartarse definitivamente y dedicarse a un emprendimiento que le hiciera más feliz.

El bufete fue una tabla de salvación a la que Lukas, ahora Lully, se había aferrado aprovechando al máximo todas y cada una de las oportunidades que se le presentaron, demostrando a sus clientes el valor agregado de sus brillantes aportes hasta convertirlo en un negocio de consultoría empresarial que creció siguiendo la pauta de las grandes compañías internacionales del ramo al que fue asociando paulatinamente a los profesionales más competentes que iban apareciendo en su camino.

Gracias a su incansable actividad la empresa mostró un crecimiento vertiginoso y le dio lugar a la creación de un grupo de compañías que sin ninguna estructura se aglutinaban bajo su mando en una carrera de diversificación que había comenzado con la adquisición de pequeños negocios de minería de alto potencial, que bien financiados y mejor administrados aumentaban considerablemente su valor, logros con los que el grupo empresarial crecía día por día.

Había trabajado en la búsqueda de oportunidades cada vez mayores en los sectores de petróleo, gas y minería de la región, consolidando año tras año indicadores financieros que comenzaban a atraer la mirada de los inversionistas y el salto al otro lado de la cordillera de los Andes se veía venir con los primeros negocios en Argentina y Uruguay.

A Lully que había comenzado a transitar definitivamente hacia el género femenino, le llegó el momento de abordar los cambios necesarios para proteger el negocio y, aunque tenía claro lo que deseaba hacer, temía enfrentar personalmente el proceso que se requeriría para vender una parte de sus acciones y concretar la salida de la dirección, sintiendo que entre menos tuviera que ver con ese proceso todo sería más fácil, entonces a Sophie se le ocurrió una forma de lidiar con el asunto.

—Si estás de acuerdo puedo pedirle a Juliette que venga unos días para contarle lo que estás pensando y escuchar su opinión.

Al terminar sus estudios de Administración de Empresas Juliette había regresado a Buenos Aires para trabajar en el negocio familiar al lado de su padre, pero rápidamente se había dado cuenta de que anhelaba algo más que ser la asistente del dueño onnipotente de esa gran empresa agroindustrial que su familia había construido por generaciones, y un buen día, después de tener una diferencia sobre algún asunto irrelevante, decidió presentarle su renuncia para preservar intacta su relación y en contra de la voluntad de Antonio consiguió un empleo como subgerente administrativa en una reconocida casa internacional de modas en Buenos Aires, en donde un par de años más tarde fue promovida al cargo de

gerente, pero pasaba el tiempo y no encontraba nuevas oportunidades de crecimiento y se decidió a fundar su propio negocio de asesoría empresarial que comenzó a impulsar con entusiasmo.

Lo suyo era la transformación de grandes empresas familiares en verdaderas corporaciones, las reestructuraciones, las fusiones, la valoración, la compra, la venta y la gestión de estabilización de esas transformaciones, lo que, en un entorno árido, con una economía variable, frecuentemente en crisis y con un futuro políticamente incierto, no tenía en su país la dinámica que se vivía en otros lugares del mundo.

En Buenos Aires la vida de Juliette era solitaria y solo las llamadas esporádicas de Sophie anunciándole que iría a visitarla o invitándola a pasar algunos días en donde quiera que estuviera le causaban la sensación pasajera de felicidad, la que sentía al tenerla en su vida, porque sus sentimientos por ella no cambiaban con el paso de los años.

Nada podía agradarle más que acoger a Sophie en su casa de Palermo durante algunos días, como alguna vez lo hizo en su apartamento de estudiante en Santiago e irse con ella comer, a tomarse unas copas o a bailar, solo para volver y hacer el amor hasta el amanecer.

Un par de semanas después de haber recibido la curiosa llamada de Sophie invitándola a hablar de «oportunidades de negocio», Juliette llegó a Lima mostrándose aprensiva frente a Lully, a quien apenas conocía.

En los últimos años ella había visitado esporádicamente Lima para acompañar a Sophie durante algunas de las ausencias ocasionales de su compañero y en esas oportunidades había percibido la fuerza de esa curiosa relación, pero se sentía incómoda y le disgustaba deslizarse subrepticamente entre la cama de su amiga cuando su compañero se encontraba de viaje.

Aun así, pasaron juntas varios días en la casa del mar discutiendo las ideas que Lully tenía para transformar el bufete e integrarlo como un grupo empresarial, y la aprensión de Juliette bajó de punto en la medida en que le conoció mejor, percibió su aguda inteligencia y comprendió la magnitud de sus logros, además de sentir el amoroso comportamiento con que le atendía y ver que su entrega llegaba al punto de cederle sin problema su lugar en la cama junto a Sophie para dormir en el cuarto de huéspedes.

Fueron días productivos en los que idearon un plan para avanzar en busca de los propósitos que Lully había acariciado desde hacía algún tiempo, una estrategia de salida para liberarse y comenzar un nuevo emprendimiento, el que sin haberlo vislumbrado las llevaría a un mundo completamente nuevo.

El análisis financiero mostró que la valoración del grupo podía rondar los cuarenta millones de dólares, que su nivel de endeudamiento era razonable y que mostraba un crecimiento sorprendente.

En los meses que siguieron a la reunión de la casa del mar los planes comenzaron a materializarse y Juliette, encargada por Lully, condujo el proceso de transformación que comenzó con la creación de una nueva sociedad a la que se transfirió la propiedad de todos sus emprendimientos bajo el nombre de Grupo Jacobsen Meyer & Asociados.

El modelo de transformación que concibieron tuvo en la cuenta de que quienes debían impulsar los grandes cambios eran personas, gerentes, vicepresidentes y directores que bien remunerados y con una atractiva participación en las utilidades de la sociedad serían la clave para lograr objetivos retadores,

y teniendo en mente eso, decidieron que los altos directivos recibirían en su conjunto el diez por ciento de los beneficios del grupo y conformarían con Juliette el Comité de Transformación.

La meta era crecer la generación de valor en al menos un veinte por ciento cada año, un reto grande que los debía llevar a duplicar su valor en cinco años, algo que al observar la tendencia de los indicadores parecía posible.

Como condición especial se pactó que al alcanzar esas metas los ejecutivos recibirían una participación accionaria que pagarían cómodamente a los gestores durante los años siguientes.

Cuando todo quedó perfectamente planeado, estructurado y asegurado en documentos, Lully renunció a la presidencia cediéndole su lugar a Juliette que había demostrado su capacidad para dirigir el negocio con una visión que iba más allá de las fronteras y una nueva junta directiva integrada por Sophie, Lully y un director designado por el Comité de Transformación, con Juliette ejerciendo funciones como presidenta ejecutiva del grupo, comenzó a trabajar dándole al negocio una dinámica de clase mundial.

Durante los años siguientes el grupo se consolidó como un negocio internacional de consultoría posicionándose en todos los nichos de su segmento, pero el crecimiento más asombroso se dio gracias a la extraordinaria valorización de las pequeñas empresas mineras adquiridas poco tiempo antes de que algunos de los minerales que explotaban aumentaran considerablemente sus precios en el mercado internacional.

Oro, cobre, plata, molibdeno y sílice eran producidos por empresas con explotaciones relativamente pequeñas ubicadas en el sur occidente del Perú y en el norte de Chile, compañías que incrementaron su producción en un buen momento gracias a la habilidad de Juliette para conseguir los inversionistas que aportaron el capital para tecnificarlas.

En algún momento la adquisición de una compañía minera con sus oficinas principales en la ciudad de Antofagasta despertó un interés inusitado en Sophie, que desde su posición en la junta directiva nunca había intervenido en los asuntos operativos, pero de pronto y sin una razón aparente quiso involucrarse en esa negociación.

Lully y Juliette estaban gratamente impresionadas por el interés que ella mostraba por intervenir en esa negociación, pero a pesar de sus grandes capacidades, los preocupaba su falta de experiencia, sabiendo que su presencia afectaría indudablemente la objetividad de los negociadores que se sentirían inclinados a aceptar y respaldar todas sus posiciones.

Sin haber hablado nunca con Víctor a cerca de sus negocios personales, durante los años en que se frecuentaron, Sophie escuchaba eventualmente sus conversaciones con los gerentes a cargo de la operación de las minas y estaba segura de que la compañía cuya información había llegado a la mesa de la junta directiva del grupo como una excelente oportunidad de adquisición, era la misma que él había creado y que dirigía luchando a diario con los problemas operativos, comerciales y financieros cuyo manejo se hacían más complejo por el comportamiento errático de los precios de los minerales en el mercado. Sin duda, esa era la empresa más importante que él poseía en el norte de Chile, que a su muerte había quedado en manos de su esposa y de sus hijos, quienes ahora se enfrentaban a problemas que no lograban superar.

Sophie llegó a la capital de esa región minera del desierto de Atacama en un vuelo privado desde

Lima un día soleado del mes de octubre, iba acompañada por un geólogo, un experto en explotación minera, el director comercial y el gerente financiero del grupo, además de un abogado experto en adquisición de empresas.

Justo al bajarse del avión en el Aeropuerto Cerro Moreno ella percibió en el ambiente un cierto aroma característico que nunca la abandonó durante su estancia y reconoció de inmediato entre sus recuerdos de Víctor.

En Antofagasta, Sophie trabajó hombro a hombro con el equipo negociador participando en las reuniones con la viuda y los hijos de Víctor. El mayor de ellos a sus veintiocho años había asumido la gerencia general, el menor se encargaba de controlar las operaciones y entre los dos intentaban desesperadamente atar todos los cabos sueltos para que el negocio continuara siendo tan dinámico y productivo como cuando su padre lo dirigía.

Nadie se imaginaba las razones que motivaban el manejo de aquella negociación y Juliette, a quien el equipo debía reportar en la distancia sus avances, vio materializar sus mayores temores, pero la dejó influenciar los acuerdos en los que sorpresivamente decidió no tomar ventaja de la precaria situación de sus dueños que les hubiese permitido adquirir la compañía por un precio más que conveniente.

En vez de eso, las decisiones de Sophie estuvieron encaminadas a mantener en su cargo al joven y apuesto gerente general nombrando un comité de expertos para apoyarle, ratificar como director de operaciones y logística a su hermano menor, dándole también el apoyo de un profesional con buena experiencia para garantizar que los minerales llegaran al puerto en la cantidad, oportunidad y calidad requeridas para cumplir los compromisos comerciales, asumiendo desde el área de *trading* del grupo empresarial la tarea de vender a buenos precios la producción en el mercado internacional.

También designó un director financiero que cuidaría de los intereses del grupo y se conformó un Comité de Transformación para asegurar que los indicadores de la compañía tomaran buen camino, orientando las estrategias para sanear la situación financiera en el menor tiempo posible.

La viuda, que la miraba con insistencia, sabía, por la forma en que todos le trataban, que era ella quien tomaba allí todas las decisiones e intentaba resolver en su mente la incógnita que ninguno de los presentes llegaría siquiera a imaginarse.

Después de algunos días, Sophie cerró el trato ofreciéndole a la familia un valor justo por el cincuenta y uno por ciento de las acciones de la empresa y los abogados se quedaron materializando las formalidades, pero no pudo ocultar las emociones que sintió al despedirse del hijo mayor de Víctor, que, además de llevar el nombre de su padre, se le parecía enormemente, y en un gesto espontáneo le abrazó estrechamente, sintiendo que saldaba una cuenta pendiente con la vida.

Al regresar a Lima, Sophie se desahogó contándole a Lully esa parte de su historia personal que no había mencionado nunca antes, y ella se sintió feliz de conocer algo más sobre su pasado.

—En cada paso de tu vida y de la mía, en medio de todo aquello que pudiera parecer impublicable, apareció siempre un ángel —se limitó a concluir Lully mirándola a los ojos.

Terminaba el año 2008 y el pesimismo dominaba los precios de los minerales que caían día por día. Nadie sospechaba que en poco tiempo sus precios se multiplicarían hasta cinco veces en el mercado internacional, pero eso era algo que misteriosamente ocurría con los negocios en los que Sophie y Lully se involucraban.

Cuando llegó el esperado repunte algunas de las pequeñas empresas adquiridas por el grupo fueron vendidas en valores considerablemente mayores generando recursos de caja que sirvieron para pagar las obligaciones adquiridas con los inversionistas del grupo que entraron y salieron felices con sus altos rendimientos, y un año antes de cumplirse el plazo establecido para medir la efectividad de la transformación, los objetivos trazados se habían superado ampliamente, el valor del Grupo Jacobsen Meyer & Asociados se había incrementado en más de seis veces y su cultura corporativa era percibida por los clientes, por los inversionistas que los acompañaban y por el público como un sello de excelencia, una manera de hacer las cosas que apalancaba la búsqueda de oportunidades más ambiciosas, como las que Juliette proponía para los años por venir.

Feminización

Con Juliette en la presidencia del grupo empresarial y su tiempo libre, Lully comenzó a aprovechar los servicios del SPA a donde asistía dos o tres tardes de la semana para someterse a diversos tratamientos que le permitieron eliminar imperfecciones de su piel y moldear su figura en busca de un aspecto más femenino.

A Silvia, que le atendía con mayor esmero que a cualquier otra de las pacientes, al principio le sorprendió el cambio de género que exhibía Lukas, pero rápidamente se acostumbró a llamarle Lully como lo había comenzado a hacer Sophie, a tratarle con naturalidad y a disfrutar de su amorosa presencia en el SPA.

Conversando en la cabina de tratamiento, Lully le tomó un cariño especial a Silvia y al conocer la situación económica de su familia se decidió a apoyarla para que terminara la carrera de Administración de Empresas que había abandonado cuando cursaba el tercer año para comenzar a trabajar. Así que haciendo algunas gestiones logró que fuera admitida de nuevo en la universidad, pero en el horario nocturno, y organizó todo lo necesario para darle un apoyo efectivo, creando un fondo para cubrir el valor de las matrículas, libros y gastos asociados a sus estudios.

Además, acordó con Sophie que se manejaría flexiblemente su tiempo para no afectar sus compromisos universitarios y le dieron un aumento en su salario para que pudiera atender sus obligaciones, y Silvia, agradecida, aprovechó ese apoyo demostrando durante los años siguientes una admirable dedicación y excelentes resultados académicos sin faltar a su trabajo.

Por esos días también comenzó a incluir en su agenda cursos de estética, un oficio que desde la época en que visitaba el Salón Veruska le llamaba la atención, y ahora disfrutaba aprendiendo del tema, lo que le llevó a acariciar la idea de un nuevo negocio, uno que se complementaría muy bien con el SPA, un reto que empezó a tomar forma en su mente con la complacencia de Sophie, a quien le parecían interesantes sus ideas y creía en el potencial de las oportunidades que le planteaba a diario.

Lully permanecía cada vez más tiempo exhibiendo su cambio de género, hasta que llegó a hacerlo de manera permanente y, aunque al principio Sophie se resistió a la idea, finalmente aceptó que iniciara la terapia de reemplazo hormonal con la que soñaba y entonces comenzó tomar estrógenos, antiandrógenos y progesterona bajo la supervisión de un endocrinólogo, pero con la promesa de que si en algún momento el tratamiento llegaba a afectar su capacidad para sostener relaciones sexuales satisfactorias o le producía algún efecto secundario indeseable, lo suspendería siguiendo un adecuado protocolo de abandono.

Después de algunos meses las hormonas comenzaron a surtir efecto y una visible reacomodación de la grasa corporal hizo que sus caderas adquirieran un aspecto redondeado, su piel se volvió más tersa, los rasgos de su cara más delicados y lo que ella más anhelaba, le comenzaron a crecer los senos. Pero lo

más sorprendente de todo era que las hormonas no solo moldeaban su cuerpo, también causaban un perceptible efecto en su forma de comportarse.

Como un torrente la feminidad invadió el cuerpo y la mente de Lully, los pezones le ardían al contacto con su ropa mientras que sus aureolas crecían y se sentía tan sensible como una joven menstruando y a punto de llorar por cualquier cosa, pero feliz.

La academia de estética era un lugar en donde las cosas marchaban de una manera particular, allí Lully no era la única mujer transgénero y, aunque ver el aspecto de algunas de sus compañeras que habían pasado varios años en sus procesos transición le daba aliento, el ambiente del lugar le hacía recordar la avenida Libertador, porque los travestis que tomaban clases en su grupo eran hipersensibles y se movían entre lo pasivo y lo agresivo sin mayor estímulo, haciendo difícil establecer con ellos una relación de amistad.

Todo transcurría en medio de la emocionante exploración de la manera de relacionarse con el mundo desde su nueva identidad de género, cuando una noche calurosa Lully soñó que se encontraba en la casa de Veruska y la buscaba en la oscuridad sin poder encontrarla, pero su amiga le llamaba una y otra vez con una voz lastimera.

—*Lully...*

—*¿En dónde estás, Veru?* —respondía ella buscándola con angustia.

—*¡Lully, mi ángel!* —repetía Veruska y de pronto la vio demacrada y pálida, sentada en medio de su cama blanca rodeada de toldillos resplandecientes, fue una visión impactante que le hizo despertar sobresaltada mientras que Sophie a su lado trataba de tranquilizarla.

Ese sueño inesperado la perturbó durante varias noches seguidas y las hizo pensar que ocurría a causa de la medicación, así que, aunque podría haber prolongado por más tiempo el tratamiento, transcurrido un año y medio ella misma decidió abandonarlo.

A esas alturas las hormonas habían ocasionado ya un cambio notorio en su apariencia y Lully se sentía plena, especialmente porque Sophie no dejaba de alabarla y porque a pesar de algunos problemas transitorios con la fortaleza de sus erecciones continuaban sosteniendo relaciones sexuales frecuentes, estimuladas por el gran torrente de fantasías que dejaban fluir al hacer el amor.

Con el paso del tiempo, Sophie había llegado a controlar a Lully de una forma tal que disponía sobre todo lo que ocurría en cada pequeña cosa de su vida, y ella siempre estaba dispuesta a complacerla en todo, tanto en lo esencial como en lo banal, y tanto en público como en privado, se sentía muy feliz ahora que a las dos las había dejado de inquietar lo que pensarán los demás sobre la naturaleza de su relación.

Uno de los retos más difíciles del proceso de transición de Lully fue hacer verdaderamente femenino el timbre de su voz sin recurrir a la cirugía que le recomendaba su médico, y para lograrlo recibía la visita de una fonoaudióloga que la sometía a terapias dos veces por semana con resultados sorprendentes.

La nueva forma de hablar que Lully estaba marcada por el acento de la tierra en que había nacido y su estilo de comunicación por el buen humor, una capacidad que desde siempre había tenido para burlarse de sí misma haciendo uso de un comportamiento particularmente histriónico que le afloraba cuando reaccionaba automáticamente ante situaciones especiales o inesperadas, con una combinación

de movimientos de sus manos, su cara, su cabello, sus ojos y el tono de su voz que acompañaba con apuntes divertidos de los que todos a su alrededor se reían, rezagos de su amaneramiento de travesti de los que no podía o no deseaba desprenderse.

Al terminar de arreglarse cada día ella se miraba en el espejo para asegurarse de que todo en su aspecto reflejara la imagen que deseaba proyectar ante el mundo y con frecuencia se sorprendía al encontrarse tan parecida a Alicia, tal y como la recordaba en los lejanos días de su infancia, cuando la veía con admiración y orgullo, porque su madre no solo era una mujer dulce y amorosa, era verdaderamente atractiva.

Como una buena hija, Lully vivía pendiente de Alicia y la llamaba para contarle las intimidades de su vida cotidiana, incluso los detalles de su proceso de feminización, pero se cuidaba de no dejarle percibir la forma en que vivía sometida a Sophie, y por ninguna razón le hubiera dejado saber nada acerca de ese acuerdo que le permitía a su compañera sostener libremente relaciones con otros hombres o mujeres.

Facilitarle a Sophie todo lo necesario para mantenerse satisfecha asegurándole la compañía de Daniel, la de Juliette o la de algún otro personaje que ocasionalmente deseara meter entre su cama era una experiencia íntima misteriosamente placentera para Lully, que coordinaba en secreto todos los detalles de esos encuentros, tomando las precauciones necesarias para evitar cualquier riesgo de exposición frente a sus conocidos.

En la vida cotidiana las dos habían compartido las tareas domésticas desde el principio, pero sus roles venían cambiando y ahora Lully se encargaba casi por completo de los quehaceres de la casa y también de hacer realidad todo aquello que Sophie pudiera llegar a desear.

Además, ellas continuaban haciendo las cosas que siempre les había gustado hacer juntas, pero ahora, cuando iban al cine parecían dos buenas amigas y cuando cenaban en los mejores restaurantes de la ciudad no generaban miradas incómodas, y Lully se sentía cada vez más feliz porque en todos los lugares su presencia era percibida como la de una verdadera mujer.

Hablaban más que antes y abordaban temas que hubieran podido catalogarse como de mujeres, un sinfín de asuntos que usualmente no serían tratados en la conversación normal entre una mujer y su compañero.

Pensando que casi todo en su vida estaba resuelto, Lully sintió la necesidad de fortalecer sus vínculos familiares y nueve años después de haber comenzado a vivir con Sophie le propuso hacer una celebración familiar para recibir la llegada del nuevo año acompañadas por sus parientes más cercanos en el apartamento de Lima.

Año Nuevo

Los padres de Sophie volaron desde Viña del Mar, Alicia desde Caracas acompañada por su hermana Sara, que trajo con ella a sus tres hijas, Juliette llegó desde Buenos Aires y Marcelo, su hermano, desde París con su novio Jacques. Silvia también los acompañaría, pero regresaría para reunirse con sus padres que la esperaba para cenar antes de la media noche.

Durante el recorrido entre el aeropuerto y el apartamento Sophie aleccionó a Franz y a Adele sobre la manera como deberían comportarse con Lukas, a quien desde ese mismo momento deberían acostumbrarse a llamar Lully, y conociendo a su hija ambos se abstuvieron de hacer comentarios, además, porque en sus últimos encuentros ya habían notado los cambios que venían ocurriendo.

Para Alicia, que viajaba con facilidad por el mundo después de haber trabajado por más de treinta años como azafata, esa transformación era la expresión definitiva de algo que conocía desde siempre y había confirmado aquella noche en que había llegado de improviso al pequeño apartamento de estudiante que su hijo ocupaba en Londres.

Pero el cambio de género de Lukas sí sería una novedad para Sara y sus tres hijas que verían a Lully por primera vez, un asunto sobre el cual no se hablaba en las reuniones familiares en Caracas.

Alicia había sufrido de sentimientos de culpa después de aquella fiesta infantil en la que tuvo la ocurrencia de disfrazar a Lukas de niña sin imaginarse lo que consideró durante mucho tiempo como un error con graves consecuencias, y lo recordaba jugando y corriendo feliz por la casa de su hermana totalmente apropiado del papel de niña, hasta que sin poder resistir ni un minuto más lo que estaba viendo se lo llevó de regreso a casa sin escuchar sus protestas, ni las de sus primas que se divertían en grande con él.

Ella recordaba cada palabra de la conversación que sostuvieron esa noche.

—*¡Pero si la fiesta no había terminado mamá!*

—*Tal vez no, chico, pero yo me equivoqué con esto del disfraz. Recuerda siempre que tú eres un niño.*

—*Mamá, estábamos jugando felices, por qué teníamos que volver a casa antes de terminar la fiesta, ¡me he perdido de todo!*

—*Ya te lo dije, porque tú eres un niño y no me sentí a gusto viéndote actuar como una niña.*

—*Pues a mí sí me gusta ser como una niña, ¿acaso qué tienen de malo Margarita, Lucía y Carolina?, ellas son niñas, ¿o no?*

—*Pero tú no, Lukas.*

—*Mamá, ¡yo quiero ser una niña!* —gritó el pequeño Lukas con un cierto desespero en su voz, que Alicia no le había sentido nunca antes.

—*¿De dónde te salen esas ideas, mi corazón?*

—*Pues de ahí mamá, del corazón, cuando yo sea grande voy a ser como tú. ¡Una mujer bonita!*

—*Tú no puedes ser una mujer, porque lo quieras o no naciste siendo un varoncito* —le contestó Alicia verdaderamente angustiada y al escucharla Lukas, se encerró en su habitación asegurando la puerta desde adentro para llorar amargamente hasta quedarse dormido.

Ese episodio ocurrió cuando Lukas tenía solo siete años y ellos no volvieron a hablar sobre el tema, aunque desde ese momento Alicia había comenzado a notar aquello que hacía diferente a su hijo de los demás muchachos, una actitud que no pasaba inadvertida y se hizo más inquietante cuando algunos meses antes de su graduación de la escuela secundaria y de manera inexplicable, él comenzó a ocultar extrañas prendas femeninas entre su guardarropas que ella, en medio de sus viajes permanentes, no sabía cómo las conseguía y menos aún cuándo las usaba, pero era evidente que las usaba.

Los sentimientos de culpa de Alicia se vieron siempre mitigados por el cariño de su hijo y más recientemente por el grado de realización personal que veía tanto en él como en su adorable esposa, que esa noche de celebración del Año Nuevo en familia demostraba tranquilamente frente de todos que aceptaba sin el menor problema el género de Lully.

Gracias a la diplomacia familiar que cuidaba Sophie para evitar que se produjera en su casa cualquier comentario fuera de tono sobre los asuntos relativos a la orientación de género, las celebraciones fueron estupendas, aunque extenuantes, desde la simple decisión de Lully sobre cómo vestirse para no escandalizar a sus parientes, hasta los preparativos de la cena y la logística necesaria para recibir y alojar a sus invitados.

Durante esa agradable cena de Año Nuevo, entre las risas, abrazos y besos de las personas que amaba, Lully pensaba con nostalgia en la única cosa que hacía falta, aquello que la había atormentado todos los días de su vida desde hacía varios años, la extraña nostalgia que no había compartido con nadie, el no saber nada acerca de su hermana Valkiria.

Juliette aún estaba de luto porque en abril de ese año Antonio había regresado intempestivamente a Buenos Aires al terminar la vendimia dejando en manos del administrador de la hacienda la tarea de firmar los registros de recepción y pesaje de la uva en las bodegas porque se sentía extrañamente enfermo, y ella, alarmada, lo llevó de inmediato a la clínica más cercana en donde un par de días más tarde falleció a causa de un misterioso envenenamiento.

Ni las autoridades, ni sus más cercanos colaboradores que le habían acompañado en Mendoza durante los días anteriores pudieron explicarse lo que le había sucedido a Antonio, y los preparativos para su funeral tomaron apenas el tiempo necesario para hacer los trámites de rigor, dándole a Marcelo el tiempo justo para volar desde París y despedirse de su padre.

Las exequias se hicieron en la intimidad de su grupo familiar y durante los días siguientes los dos se vieron inmersos en el manejo de los detalles de la sucesión en donde fue evidente que Antonio lo había previsto todo. Sophie solo se enteró cuando Juliette la llamó un par de semanas más tarde para contarle lo ocurrido.

Después de tres días de convivencia familiar, la celebración del Año Nuevo terminó entre abrazos y besos que demostraban un buen grado de aceptación a la particular condición de sus anfitrionas, porque al verlas juntas y felices, nadie hubiera querido que nada de lo que pasaba entre ellas fuera diferente.

Cuando sus parientes se fueron las cosas volvieron a la tranquilidad en Lima, y acompañadas por

Marcelo y Jacques, dos inmejorables cocineros, Sophie, Lully y Juliette pasaron una semana en la casa del mar en donde finalmente pudieron compartir el dolor de la partida de Antonio, disfrutaron de largas caminatas por la playa, profundas conversaciones, juegos de mesa, algunas películas y maravillosas cenas.

A mediados de la segunda semana del nuevo año Juliette y su hermano volvieron a Buenos Aires para atender asuntos relacionados con sus negocios familiares y entonces Sophie y Lully emprendieron, como lo tenían planeado, su primer viaje de vacaciones.

Punta del Este

El apartamento que el bufete había adquirido en Punta del Este para alojar a sus altos ejecutivos en viajes de trabajo o de descanso se encontraba justo en el corazón de La Península, al comienzo de la avenida Gorlero.

Instaladas en ese agradable entorno dejaron transcurrir el verano caminando hacia el norte por la playa Brava, en donde encontraron restaurantes maravillosos a los que asistían sin que nadie llegara a sospechar algo extraño en la condición de género de Lully.

Hicieron el amor cuantas veces quisieron y durmieron más horas de la cuenta, pero uno de esos días, como lo había planeado Lully, se fueron a pasar la tarde del lado de la mansa, a las playas nudistas de Chihuahua en donde Sophie aprovechó para broncearse, y al caer la noche fueron hasta el Club Le Poisson, un lugar que se realizaban fiestas en las que participaban hombres y mujeres de diferentes nacionalidades, por lo general, turistas europeos, brasileños y argentinos, gente que se podía dar el lujo de pagar una suma nada despreciable para de acceder a sus instalaciones.

Lully había revisado cuidadosamente el plan que ofrecía el club en su página web, hizo preguntas y recibió respuestas de algunos de los asistentes que habían dejado sus comentarios en ella hasta quedar convencida que aquel era el sitio indicado, antes de decidirse a hacer las reservas para asistir en dos fechas diferentes, sería una sorpresa para Sophie que no conocía sus intenciones de cumplir en ese viaje la promesa que le había hecho tiempo atrás.

Desde afuera el establecimiento no parecía especialmente atractivo, pero en su interior se encontraron con un espacio amplio y bien montado en donde los clientes eran atendidos por mujeres con atuendos sensuales que se encargaban de revisar sus reservas, les informaban de la manera más natural sobre las distintas actividades del club, registraban sus tarjetas de crédito y les colocaban en la muñeca una pulsera de papel con un código de barras que les permitía cargar a su cuenta los consumos y los servicios que no estaban incluidos en el valor de las entradas.

Una vez registradas, la anfitriona las acompañó hasta el amplio camerino contiguo a la recepción en donde pudieron dejar lo que traían consigo desde la playa en una casilla de seguridad y siguiendo sus recomendaciones, antes de subir al salón en que se llevaba a cabo la fiesta, tomaron una ducha, se vistieron con la ropa que Lully había llevado entre su gran bolso de playa y se maquillaron para la ocasión.

El segundo nivel del club era un espacio amplio con pequeñas mesas dispuestas frente a un escenario en donde un hombre con aspecto de *stripper*, micrófono en mano, motivaba a los presentes a ocupar sus lugares.

Cuando la mayoría de los asistentes se encontraban sentados en los lugares que les correspondían, las luces bajaron de intensidad y los reflectores iluminaron el centro del escenario en donde dos parejas danzando sincronizadas se desvestían al ritmo de la música.

Completamente desnudos, los bailarines recorrieron el salón en distintas direcciones para darle la bienvenida a los asistentes y regresaron al escenario en donde con perfecta sincronización y gestos evidentemente sobreactuados, simulaban hacer el amor sobre un gran diván.

En cada una de las mesas, bajo la luz tenue de una pequeña lámpara, una cinta blanca y otra negra amarraban una hoja de papel en la que, en varios idiomas, se encontraba escrito un instructivo.

CLUB LE POISSON

CÓDIGO DE COMPORTAMIENTO

En este lugar estamos a su servicio y esperamos que su visita sea una experiencia fabulosa. Para lograrlo, tenga en cuenta estas sencillas reglas que deberá seguir durante su estancia en el club:

- Está prohibido consumir drogas dentro de las instalaciones del club.
- Sea amable y respetuoso con los demás asistentes.
- Entienda que no, significa: NO.
- No beba en exceso.
- Si no desean interactuar con personas diferentes a su pareja, pueden atarse la banda blanca en su brazo izquierdo de manera visible.
- Si, por el contrario, desean ser abordados por otras personas de manera indiscriminada, colóquese de manera vivible la banda negra en su brazo derecho.
- Si desean interactuar con los otros asistentes de una manera selectiva, no se coloque ninguna de las bandas y sea cortés al comunicar sus intereses a las personas de su agrado, pero, por favor, absténgase de abordar a las personas que tengan una banda blanca atada a su brazo izquierdo.

Cumplir estas reglas hará la diferencia y asegurará que esta noche sea inolvidable para todos.

No cumplirlas será considerado mal comportamiento y en caso de ser notado por el personal de seguridad o denunciado ante ellos por alguno de los asistentes, nos obligaría a retirarle de las instalaciones del club sin derecho al reembolso de los costos de admisión.

Sophie leyó el código de comportamiento del Club, hizo una sonrisa enigmática, le ató a Lully una de las bandas blancas en el brazo izquierdo y ella simplemente no se colocó ninguna.

Cuando terminó el primer acto, algo inesperado para ser la apertura de la noche, el maestro de ceremonias invitó a los asistentes a integrarse y a saludar a las personas sentadas en las mesas vecinas, lo que ocasionó un gran alboroto, mientras que los *strippers* se movían de un lado para otro asegurándose de que todos los asistentes leyeran y entendieran el instructivo.

A partir de ese momento el escenario se convirtió en una pista de baile, el volumen de la música aumentó paulatinamente mientras que la luz disminuía su intensidad y en medio del bullicio el hombre del micrófono ofrecía premios para las mujeres que se quitaran alguna prenda, las interesadas abundaban.

El alcohol desinhibía a los danzantes que se mezclaban con inusitado entusiasmo sobre la pista de baile cubierta por una densa niebla salpicada de puntos de colores que se movían en todas direcciones

al ritmo de la música y ese efecto especial era cómplice de la euforia colectiva.

Los que se mostraban más atrevidos eran invitados a continuar la fiesta con mayor privacidad en la íntima comodidad del tercer nivel del club, un lugar al que se podía acceder subiendo por una escalera controlada por el personal de seguridad, después de pasar las pulseras de papel por un lector de código de barras.

Sophie y Lully bailaron un buen rato en medio de esa masa informe de personas semidesnudas y finalmente subieron intrigadas al tercer nivel del club para encontrar un ambiente diferente, un espacio más sofisticado en donde la música sonaba a menor volumen.

En ese salón amplio y tenuemente iluminado, grandes y abullonados pufs conformaban la imagen de un gran trébol de cuatro hojas, en tanto que una cómoda banca tapizada en cuero rodeaba el salón en todo su contorno.

Hasta ahí llegaban los asistentes que estaban interesados en sostener encuentros íntimos con desconocidos, mientras que los demás continuaban bebiendo y bailando en el segundo nivel del club que se iba desocupando paulatinamente a medida que avanzaba la noche, porque la gran mayoría se marchaba al cabo de un par de horas sintiendo que la experiencia había sido más que suficiente.

La verdadera fiesta ofrecida por el Club Le Poisson en su página web ocurría en ese tercer nivel, en donde las parejas más cautas o menos experimentadas preferían sentarse en la penumbra de la banca perimetral para observar desde allí lo que ocurría sobre las hojas del trébol.

Con un par de martinis en la cabeza, Sophie había terminado por quitarse hasta sus pequeñas bragas y desinhibida buscaba un hombre que le llamara la atención cuando se topó con uno de su gusto y, sin preguntárselo, le desató la cinta negra que llevaba en su brazo derecho para asegurarse de que nadie se inmiscuyera entre ellos.

Por su aspecto el sujeto debía ser del norte de Europa, era un tipo alto y atlético que rondaría los cuarenta años, no hablaba en español, pero se comunicaba en inglés.

Mientras que los asistentes observaban impactados la increíble energía que desprendían haciendo el amor, Sophie le dio un gran espectáculo a Lully, que los observaba sin pestañear desde la banca perimetral, y cuando se sintió satisfecha la buscó para marcharse, estaba ebria cuando abordaron el taxi que las llevó de nuevo a La Península y apenas entraron al apartamento la cabeza le dio vueltas y trasbocó parte del exceso de alcohol que había ingerido.

Durante el desayuno Lully le contó que había hecho reservaciones para asistir en dos ocasiones distintas al Club Le Poisson y que tendrían la oportunidad de volver al lugar antes de dar por terminadas sus vacaciones, y Sophie se limitó a mirarla y a sonreír en medio de su fuerte resaca.

El verano continuó su curso y cansadas de comportarse como un par de típicas turistas volvieron al Club Le Poisson. En esta ocasión se prepararon durmiendo durante la tarde y Sophie se prometió que no tomaría más de un martini para disfrutar sobria de los placeres que le traería la noche.

Todo comenzó a transcurrir de la misma forma, pero cuando subieron al tercer nivel Sophie se convirtió en el centro de atracción del establecimiento porque alguien la confundió con una famosa modelo y regó la falsa noticia que algunos se creyeron.

Desnuda y sin ninguna cinta atada en sus brazos ella atraía todas las miradas y era objeto del deseo de los asistentes, que siguiendo el código de comportamiento del club le ofrecían compañía, un

privilegio que solo lograron un argentino cuya espigada esposa le observaba en bragas desde la banca perimetral, un brasileiro de piel acanelada cuya novia hacía el amor con un personaje rubio sobre una de las hojas del trébol y un francés divertido y bien dotado que había ido acompañado por su bella esposa, una joven con un aspecto intelectual.

Su grupo se apoderó de una de las hojas del trébol y Sophie actuaba tan desinhibida como una diosa a la que sus elegidos debían satisfacer, y antes de sumergirse por completo en los placeres de la orgía se tomó un instante para desatar la banda blanca del brazo de Lully.

—*Este es tu premio, disfruta como quieras, ¡veo por aquí muchos hombres y mujeres a los que les encantaría estar contigo!* —le dijo dejándole en libertad.

Lully no había pensado participar activamente, pues su único propósito al asistir al club era cumplir la promesa que le había hecho a Sophie, además, no le entusiasmaba la idea de sostener relaciones íntimas con desconocidos, pero en medio de ese ambiente lujurioso le fue imposible no sentirse atraída por uno de los asistentes.

Indudablemente, la variedad era parte de los placeres que la gente buscaba en el Club Le Poisson y, aunque ella parecía ser la única mujer transgénero de la fiesta, al tipo no le disgustó lo que encontró entre sus bragas.

Una luz tenue invadía Punta del Este cuando salieron del club extenuadas pero felices y al volver al apartamento tomaron una ducha antes de recostarse. Entonces Sophie besó amorosamente a Lully para agradecerle por haber hecho realidad sus fantasías.

Justo antes de terminar las vacaciones y para conocer algo del entorno natural de la región abordaron un yate turístico que partiendo de La Península las llevó hasta la Isla Gorriti, a playa Honda, en donde nadaron con aletas y careta en un mar transparente.

Cuando regresaban al yate los turistas recibían un breve saludo del capitán que los esperaba parado sobre la cubierta al final de la escalerilla de abordaje y, para su sorpresa, el guapo capitán era el mismo personaje nórdico con el que Sophie había disfrutado del tercer nivel del Club le Poisson durante su primera visita.

—*Bienvenida a bordo, parece que los vientos del sur te traen nuevamente hacia mí* —bromeó amablemente el capitán al saludarla con una gran sonrisa, hablándole en un inglés con un acento indefinible.

—*¡Trombas marinas!* —respondió Sophie muerta de la risa, sin encontrar las palabras adecuadas para contestarle.

—*¿Qué tal si tú y yo nos vemos después de desembarcar?* —le preguntó el capitán de manera directa.

—*Eso me encantaría, pero...* —Sophie le hizo notar al capitán que a su lado Lully los observaba en silencio.

—*¿Ustedes siempre están juntas?*

—*¡Sí, siempre!* —aceptó ella haciendo una cara divertida.

—*Muy bien... ¿cómo se llaman?*

—*Yo soy Sophie y ella es Lully.*

—*Yo me llamo Njord. Si me esperan en La Marea las buscaré cuando termine de entregar este barco.*

Les propuso antes de despedirse para continuar saludando a los demás viajeros que hacían fila para

el abordaje.

Atracaron cerca de las cinco de la tarde, Njord hizo la entrega del yate al personal de tierra y cumpliendo lo prometido las buscó en La Marea para reunirse con ellas. No había duda sobre la razón que impulsaba su encuentro y, sin darle vueltas al asunto, salieron caminando hacia el apartamento situado a pocas calles de distancia.

Por el camino el capitán le preguntó discretamente a Sophie por su compañera.

—¿Ella es tu novia?

—*Relájate, ella es un travesti y es... mi esclava* —aclaró Sophie al oído de Njord en un descuido de Lully, y esa explicación tan sencilla como sorprendente fue suficiente para que no volviera a preguntar nada más sobre el asunto.

El capitán había nacido en Stavanger y su familia tradicionalmente dedicada a la pesca del arenque se había venido reduciendo por falta de nacimientos, así que el negocio se estaba extinguiendo literalmente, además, había aceptado recientemente una oferta como capitán de un gran remolcador perteneciente a la empresa petrolera más grande de su país y en este viaje estaba tomando unos días de descanso antes de emprender su nueva actividad.

Para facilitarse las cosas había aceptado un trabajo de temporada bien remunerado como capitán de un yate turístico que le ayudó a conseguir un amigo noruego.

Tal vez en el lugar del que provenía Njord era un personaje común, pero en Punta del Este ese vikingo de un metro con noventa y cuatro centímetros de estatura, cabello rojizo y ojos azules, con su cara de niño y su barba de cinco días se destacaba donde quiera que estuviera, especialmente cuando usaba el *blazer* azul y la gorra de capitán que la compañía turística le había entregado el día en que firmó el contrato para encargarse durante el verano de uno de sus yates.

Después de haber pasado ese caluroso día del verano a bordo, al entrar al apartamento Njord pidió que le permitieran utilizar una ducha y cuando el sonido del agua se detuvo, Lully empujó a Sophie para que fuera a buscarle.

—*¡Lleva una toalla y seca a tu dios nórdico!* —le sugirió mientras que entraba al cuarto de huéspedes para descansar un poco.

Cuando abrió de nuevo los ojos, el sol se había puesto y en la penumbra se escuchaban los inconfundibles gemidos de Sophie. Debía haber dormido al menos una hora, y llena de curiosidad se levantó para aproximarse a la habitación principal en donde Njord poseía a Sophie por tercera vez apoyada en sus rodillas boca abajo sobre la cama.

Fue una experiencia surrealista hablar con ella en español sin que su amante entendiera nada de lo que se decían.

—*Pensé que me ibas a dejar sola con este tipo* —le reclamó modosa Sophie apenas la sintió, volviendo su cara para verle parada en la puerta de la habitación.

—*Y perderme de esta escena, ¡imposible!*

—*No te imaginas lo que me hace sentir este hombre, ahaaag...*

—*¡Se ven increíblemente hermosos!*

—*Me hace ver las estrellas, ven y acomódate debajo de mí, amorcito...* —le ordenó levantando un poco el torso sobre sus brazos para abrir el espacio en que Lully se acomodó reptando de espaldas

mientras que Njord, con un pie en el suelo y otro sobre la cama, aceleraba su ritmo.

La atención de Njord estaba puesta exclusivamente en Sophie, que en esa posición le transmitía todo el placer que le estaban haciendo sentir, una sensación creciente que se multiplicó cuando Lully comenzó a lamerle simultáneamente el clítoris hasta que el capitán eyaculó haciendo desproporcionado su orgasmo y Lully, loca de emoción, recibió en su boca lo que se escurría desde la vagina de su diosa y después de tomarlo todo regresó al cuarto de huéspedes dejándole a solas con su compañero casual.

Njord se despertó de madrugada con una buena erección y apenas obtuvo una leve respuesta de Sophie, se acomodó sobre ella para hacerle nuevamente el amor y al terminar se marchó en silencio.

La actividad comenzaba temprano para el capitán que, como parte de sus obligaciones, debía supervisar el estado general del yate a su cargo antes de zarpar, así que se fue al alba y desde ese día ellas comenzaron a referirse a él como Odín, haciéndole parte del abundante material erótico de sus fantasías.

El día anterior a su regreso a Lima se recogieron temprano para empacar sus maletas y entre varios temas, hablaron sobre Juliette.

—*Es dulce y maravillosa* —afirmó Lully.

—*¿Te gusta Juliette?*

—*No juegues con eso.*

—*Solo respóndeme, ¿te gusta?*

—*Tendría que estar ciega para que no me gustara, ella es preciosa y, además, es una linda persona, pero si me gusta o no, ese no es un asunto...*

—*¡Ah!, ¿te gusta!*

—*Sí, Sophie, me gusta.*

—*Y te gusta mucho, veo* —insistió Sophie peligrosamente.

—*Pues sí, ¡me parece divina!*

—*¿Y qué piensas cuando hacemos el amor?*

—*Es casi irreal, me excita muchísimo que estén juntas.*

—*A mí no me disgustaría hacerlo con las dos a un mismo tiempo, pero no quisiera romper el equilibrio y lastimarla, tú sabes que yo soy una loca desenfrenada y estoy segura de que July no podría manejar todo esto en que las dos vivimos.*

—*Tal vez nadie más que yo podría hacerlo, Sophie.*

—*¿Cómo es posible que seas feliz conmigo?*

—*Porque te amo más allá del bien y del mal.*

—*Es una buena descripción, pero sabes, mi vida no sería la misma sin Juliette.*

—*Es difícil no quererla.*

—*Si tú y yo no nos hubiéramos encontrado aquel día, seguramente ella sería mi pareja* —le confesó Sophie tranquilamente y le contó cosas que Lully no conocía sobre la vida de Juliette, y mientras que lo hacía un par de gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—*No me gustaría que se entere de este asunto del club, no quiero lastimarla de ninguna manera.*

—*No te preocupes, yo nunca le mencionaré nada.*

—*Antes de conocerte, Juliette fue mi mayor apoyo y cuando la necesité, sin pedírselo, voló miles de*

kilómetros para estar a mi lado, en cambio, debo reconocer que yo no siempre he estado presente en sus momentos más difíciles.

Sophie lloró sin una razón específica mientras que Lully la observaba sorprendida al percibir en ella una vulnerabilidad que no había conocido antes y justo en ese momento se le ocurrió comentar lo que venía observando.

—Debes pensar que alguien podría aparecer en la vida de Juliette, alguien para quien ella sea lo más importante, como tú lo eres para mí.

Durante todos esos años Sophie no había considerado ni remotamente la idea de que algo como eso pudiera ocurrir y la miró con cara de sorpresa.

—¿Tú crees?

—No solamente lo creo, me parece justo, y si eso ocurriera debes aceptar que ella merece tener a su lado a alguien que la ame.

—¿Piensas que está involucrada en alguna relación?

—Sí, algo está pasando, lo intuyo.

—No puede ser que tú te hayas dado cuenta de algo que le ocurre con Juliette y yo no lo haya notado.

—Parece que está pasando, aunque no estoy completamente segura, como te dije, solo lo intuyo.

—Pero ¿qué es lo que intuyes?

—Que Juliette y Silvia se están enamorando.

—No puedo creerlo, yo creo que Silvia es heterosexual, es solo que trabajan mucho tiempo juntas.

—Y lo disfrutan, lo veo en sus miradas, y si eso estuviera ocurriendo sería justo y maravilloso.

—Si eso estuviera pasando yo lo aceptaría y la seguiría queriendo igual.

—¿Y también a Silvia?

—¿A qué hora comenzamos a querer tanto a esa chica?

—Se lo ha ganado, has visto cómo ha cambiado con el paso de los años, ¿no es sorprendente?

—Absolutamente, ¿quién se lo hubiera imaginado?

Matizz IBC

La aventura de organizar el grupo empresarial entregándole una participación accionaria a sus principales ejecutivos fue tan exitosa que muy pronto comenzaron a figurar como un modelo en las páginas de las revistas especializadas en negocios, y de la nada apareció un conocido bufete de abogados de New York que, representando un inversionista que deseaba mantenerse inicialmente en el anonimato, les hizo una oferta para hacerse del control del grupo.

Durante la negociación fue evidente que los nuevos socios minoritarios querían que Lully saliera definitivamente del grupo, que estas personas no tenían sentimientos de agradecimiento e impulsados por prejuicios sobre el estilo de vida de su mentor deseaban que vendiera a como diera lugar, sin recordar que gracias a su generosa visión habían llegado a obtener su participación en ese gran emporio.

Pero a pesar de todo esa era la oportunidad para convertir el esfuerzo de esos años en una verdadera fortuna, un capital que les permitiría impulsar con toda tranquilidad sus nuevos emprendimientos, así que bajo la supervisión de Juliette avanzaron con cautela en el proceso de venta y varios meses más tarde, cuando el inversionista se sintió satisfecho con los resultados del *due diligence* y ellas con la valoración del grupo, se cerró la negociación con la transferencia del cincuenta y uno por ciento de la propiedad a cambio de una suma sorprendente, asegurando mediante acuerdos protegidos por las normas del derecho internacional que bajo ninguna circunstancia los nuevos accionistas podrían diluir su participación remanente sin pagar por ello un precio muy elevado.

Durante el año siguiente recibieron una nueva oferta del mismo grupo inversionista por las acciones que quedaban en su poder y en una negociación rápida aceptaron parcialmente su ofrecimiento conservando en sus manos el diez por ciento de la compañía, una participación pequeña que continuaría estando protegida por reglas que aplicarían en su favor en caso de cualquier intento de dilución u oferta hostil, porque Lully pensaba, y con razón, que esa pequeña porción del negocio se valorizaría significativamente con el crecimiento que los nuevos socios planeaban impulsar.

Al final todos quedaron satisfechos, la transacción incluyó como parte de esa segunda negociación la cesión de la propiedad del apartamento de La Península y desde ese momento ellas abandonaron todo vínculo con la dirección del grupo empresarial que Lully había creado.

Para ese entonces Sophie había trabajado intensamente por cerca de tres años siguiendo normas y protocolos internacionales para perfeccionar sus fórmulas magistrales utilizando insumos naturales obtenidos en la región amazónica del país que, mezclados con bases de alta calidad provenientes de Asia, les daban características especiales a sus productos.

Ella misma se había encargado de documentar, con la ayuda de químicos especializados en productos de consumo humano, la solicitud de las licencias que debían ser expedidas por los organismos de salud de la región para autorizar la comercialización y de adelantar las formalidades ante las oficinas de registro de patentes para proteger su valiosa propiedad intelectual.

El SPA adoptó entonces una nueva imagen convirtiéndose en un Centro Integral de Belleza, y Silvia, que se había graduado, fue promovida al cargo de gerente de ese, el primer CIB, como le llamaba Juliette, una pieza clave del nuevo emprendimiento en donde se perfeccionaría el modelo de negocios.

Así fue como nació Matizz International Beauty Corporation con su nombre corto registrado como Matizz IBC y ocupando la gerencia de desarrollo de negocios Lully cerró contratos de maquila con reconocidos laboratorios de la industria química que comenzaron a producir las fórmulas magistrales de Sophie, y puso en funcionamiento una pequeña pero moderna planta de empaque y despacho en el Callao, en un lugar cercano a los principales puertos marítimos de carga y al Aeropuerto Internacional Jorge Chávez.

Una reconocida empresa publicitaria desarrolló la imagen corporativa que se vio reflejada en el diseño y decoración del CIB, en el empaque de los productos, en su página web, en la papelería que utilizaban y hasta en la presentación personal de los empleados que atendían al público, destacando el mensaje con el que comenzaron a hacer presencia en el mercado como una empresa de productos de belleza naturales y comprometidos con el cuidado del medio ambiente que brindaban verdaderos resultados y bienestar a sus usuarios.

Como si hubiera nacido para ello, Juliette asumió la presidencia de este nuevo emprendimiento y trabajó en el establecimiento de acuerdos con los productores locales de sus principales insumos asociándose con ellos para fortalecer su capacidad técnica para cultivar y procesar las materias primas, y comenzó a trabajar en la construcción de relaciones comerciales estratégicas con grandes compañías francesas del ramo ganándose su confianza por su aguda inteligencia y su conocimiento del mercado latinoamericano, lo que se facilitó gracias a que hablaba fluidamente en su idioma.

En corto tiempo varios CIB abrieron sus puertas llevando el distintivo de la compañía a Santiago, Buenos Aires y Montevideo, los productos adquirieron una presentación atractiva y el plan de crecimiento que habían soñado comenzó a desplegarse gracias a que Juliette se codeaba con los presidentes y directores de las grandes multinacionales de la belleza y de las grandes tiendas especializadas en los países en donde comenzaron a funcionar y, sin buscarlo, un día ella se vio viajando permanentemente entre Lima, Santiago, Buenos Aires, Montevideo y París, de la misma forma en que años atrás lo hacía su padre, cuando trabaja sin descanso para hacer verdaderamente grande el negocio fundado por sus abuelos.

Finalizando el segundo año, Juliette las convenció de la importancia de trasladar las oficinas principales de la empresa a Buenos Aires, argumentando que ese cambio les permitiría tener una mayor exposición al mercado internacional. A Lully la idea le gustó mucho porque en esa gran ciudad podría tomar cursos más avanzados de estética y cosmetología.

Cinco años después de haber iniciado actividades, Matizz IBC hacía presencia en los principales mercados de América, sus ventas anuales no paraban de crecer y Juliette, como presidenta ejecutiva de la compañía, planteó a las socias que había llegado el momento de trabajar en la siguiente etapa de la estrategia corporativa para impulsar el crecimiento del negocio a nivel global.

Siguiendo la visión de Juliette, aceptaron convertir la empresa en una sociedad pública y sus acciones comenzaron a cotizarse en las principales bolsas de valores de la región, Sophie abandonó la dirección científica y Lully se retiró de la gerencia de desarrollo de negocios para quedarse únicamente

en el rol de directoras, mientras que Juliette dejaba el más alto cargo ejecutivo para asumir la presidencia de la junta directiva desligándose de las responsabilidades que hasta el momento había llevado con admirable dedicación, y entonces se creó la Dirección General de Operaciones a cargo de Silvia, que asumió el control de las tareas más importantes del negocio.

Una vez definida una estructura organizacional de clase mundo para Matizz IBC las tres se dieron a la tarea de buscar un nuevo presidente que asumiera el reto de dirigir la estrategia corporativa para alcanzar sus ambiciosas metas de globalización.

No tuvieron que buscarlo mucho, Sophie lo conocía bien y para todas era claro que Daniel había dirigido la conversión del conglomerado de su familia en una importante compañía multinacional de medios de comunicación con fuertes vínculos en España. Su experiencia, su visión y el apoyo de los medios bajo su control lo hacían un candidato realmente atractivo para ese cargo.

Como era de esperarse, Daniel se había casado con una joven modelo doce años menor que él, una chica que había sido reina de belleza de su país, pero a pesar de eso continuaba sosteniendo encuentros esporádicos con Sophie, citas que Lully organizaba en todos sus detalles con la más absoluta discreción como si se tratara de viajes de negocios, manejando públicamente esa relación como si él fuera uno de los asesores de la dirección, cuando el único propósito de aquellos viajes era propiciar los espacios para que disfrutaran de apasionadas noches de placer.

Así que la invitación que le hizo Sophie para desayunar en Buenos Aires fue para Daniel una verdadera sorpresa, porque durante los años que habían transcurrido en esa relación habían estado juntos en muchas ocasiones y en diferentes lugares, pero nunca para hablar de negocios.

La noche que llegó al elegante hotel de Buenos Aires en donde habían reservado para él la suite presidencial, la recepcionista le indicó que su esposa le esperaba y él subió con la mejor sonrisa y sin permitir que el botones llevara su maleta.

Definitivamente, Sophie llenaba su vida de aventura con un código de conducta que nunca acabaría de descifrar, y cuando abrió la puerta de la *suite*, la encontró acomodada en una de las poltronas del comfortable salón de la habitación luciendo una corta pijama de seda.

—*¡Buenas noches!* —se anunció en voz alta al entrar, simulando el acento de Sophie.

—*Buenas noches, amorcito* —le contestó ella ronroneando como una gata.

—*Pero qué sorpresa...*

—*¿Creíste que no te iba a dar personalmente la bienvenida?*

—*Claro que no.*

—*Gracias por hacer ese viaje tan agotador para venir a vernos.*

—*Para ti nunca estaré cansado, Sophie.*

—*Entonces, ¿qué haces ahí parado sosteniendo esa maleta?*

—*Es que estoy estupefacto...*

—*¿Qué?* —gritó ella muerta de la risa, imitando conscientemente la reacción que hubiera tenido Lully ante esa curiosa expresión mientras que se acomodaba en la mullida poltrona mostrándole sensualmente sus piernas.

—*¡Estupefacto!* —repitió él riéndose con gusto y a continuación aclaró jugando jocosamente con las palabras que le venían a la mente mientras que dejaba su maleta en el guardarropa de la habitación

para ir a sentarse a los pies de Sophie—. *Impresionado, sorprendido, anonadado o maravillado, lo que te suene mejor, al observar tu deslumbrante belleza* —y se extendió en elogios, bromeando para hacerle un cumplido a Sophie que se rio a carcajadas—. *Y aquí me tienes, ahora soy todo tuyo* —afirmó besándole amorosamente las rodillas.

—*Todo mío, claro, y de Elizabeth...* —bromeó ella peligrosamente.

—*Y de Elizabeth* —afirmó Daniel sonriente, acostumbrado a todos sus excesos.

—*¿Y cómo está tu hermosa reina?*

—*Ella está cada día más linda, casi tanto como tú...*

—*Gracias...*

—*No es solo un cumplido, es cierto.*

Sophie separó lentamente sus piernas frente a Daniel que no le hizo esperar.

—*¿Te produce lo mismo tu Elizabeth?* —le preguntó arqueando sus cejas mientras que perdía el aliento.

—*Mi Elizabeth es bella, dulce y cariñosa, aunque es algo menos sensual, es una gran compañera y espero que pronto sea la madre de mis hijos* —le contó Daniel con orgullo, dejándole conocer de paso los planes que había hecho recientemente con su esposa.

—*¿Menos sensual? ¿Qué quieres decir con eso?* —volvió a preguntar Sophie, que nunca paraba de indagar sobre cualquier cosa que pudiera interesarle hasta no obtener una respuesta que le dejara satisfecha.

—*Digamos que no es la señorita sexo.*

—*Y yo sí soy la señorita sexo...*

—*¡Lo dijiste tú y no podrás negarlo!*

—*¿Pero te gusta que lo sea? ¿O no?*

—*¡Tanto como para tomar un vuelo desde Lima y llegar varias horas más tarde a Buenos Aires solo para ser feliz entre tus piernas!* —aseguró él tranquilamente mientras que se ponía de pie y alzándola en sus brazos cruzó la habitación para dejarla sobre la cama.

A Sophie, que no dejaba de mirarlo a los ojos tratando de leer cada uno de sus pensamientos, ese gesto le fascinó, era tan fuerte y atractivo ese hombre, su macho alfa, su amante, ¡su hombre de verdad!

—*¿Y cómo está Lully?* —le preguntó él con genuino interés.

—*Divina, como siempre, y feliz porque viniste. Esta tarde me compró esta pijama que tengo puesta para ti.*

—*Ustedes dos son un par de locas* —anotó sonriendo y sin extrañarse ya por nada de esa particular relación.

—*Un par de locas...* —repitió Sophie con una sonrisa de oreja a oreja.

—*Mañana ella va a desayunar con nosotros* —le informó.

—*¿Qué es lo que se traen ustedes dos? Me tienen intrigado.*

—*Nosotras tres, porque Juliette también nos acompañará.*

—*¿Juliette? ¿La despampanante presidenta de tu junta directiva? ¿Ese bombón del que hablan todos los medios de comunicación como la nueva estrella de la industria de la belleza? ¿Aprovecharé la oportunidad para pedirle que le conceda una entrevista a la directora de una de nuestras revistas!*

—*Ella misma...*

—*¿Me quieres adelantar algo?*

—*Mejor esperemos hasta mañana.*

De repente, el teléfono móvil de Daniel timbró con un tono especial, él se levantó de inmediato para buscarlo en el bolsillo de su chaqueta y caminó hasta el balcón para contestar con discreción la llamada de Elizabeth. Mientras tanto, Sophie entró al baño para limpiarse el maquillaje que ahora usaba más frecuentemente y volvió a la cama justo a tiempo para oír que Daniel se despedía de su esposa.

Al verla de nuevo, Daniel pensó que con los años algo indefinible había madurado en Sophie, tal vez por las líneas de expresión que comenzaban a notarse levemente alrededor de sus ojos, pero lo que fuera que hubiera cambiado en ella solo la hacía ver aún más atractiva que cuando la conoció en el SPA de Lima, en donde parecía una quinceañera jugando a ser una doctora.

No muy lejos del hotel, Lully pasaba la noche en la casa de Juliette, habían cenado y se disponían a ver una película en el salón familiar.

—*¿Te dijo Sophie a qué hora regresaría?* —le preguntó cándidamente Juliette.

—*No va a regresar esta noche, July, cuando ella está con Daniel pierde la noción del tiempo.*

—*¿Cuando está con Daniel?*

—*Sí, siempre le pasa.*

—*¿Y eso ocurre frecuentemente?* —preguntó Juliette sorprendida por la tranquilidad y tolerancia de Lully sobre el asunto.

—*Digamos que de vez en cuando* —titubeó Lully, cayendo en la cuenta de que sin tener la intención de hacerlo acababa de revelar a Juliette algo que Sophie siempre había mantenido en secreto para ella.

—*A mí me incomoda un poco ese asunto, ¿y a ti?*

—*Pues a mí me produce muchos sentimientos, yo diría hasta emociones, pero no me incomoda, en absoluto.*

—*¿Emociones? Cómo es eso, no te entiendo.*

—*No sabría cómo explicártelo, pero todo lo que ella hace me fascina.*

—*¿Cómo te puede fascinar que esté con otro?, ¿no te da miedo perderla?*

—*Realmente no, yo disfruto de que Sophie sea libre, porque estoy segura de que eso la hace feliz.*

—*No lo sé...*

—*¿Hace cuánto que sientes esto por Sophie?* —le preguntó entonces Lully mirando a Juliette fijamente a los ojos.

—*Desde el instante en que la vi por primera vez* —le confió ella sinceramente.

—*Sophie nunca me lo ha contado.*

—*Fue en Santiago, en un café, ella venía de Viña del Mar y era una niña de provincia, qué digo, tenía la actitud de una niña de provincia, pero era difícil creer que una mujer tan bella como ella existiera.*

—*Te entiendo, y ¿qué pasó entre ustedes?*

—*Llegó hasta mí como flotando en el aire y me sentí tan impactada al verle que aun sin conocerla la*

acepté como compañera para compartir el apartamento en donde yo vivía, y algunas semanas más tarde, al final de una fría tarde de invierno, la seduje e hicimos el amor.

—¿La sedujiste? Es difícil creer que alguien pueda seducir a Sophie, ella hace siempre y solo lo que quiere.

—Éramos unas niñas y yo la ayudé con un espasmo que la afectaba dándole un masaje, pero aprovechando las circunstancias terminé acariciando y besando cada centímetro de su cuerpo. Esa noche dormimos muy juntas y lo hicimos a diario durante varios años, hasta que un día cualquiera, sin ninguna razón que yo pudiera entender, decidió irse a vivir sola en una pequeña buhardilla.

—¿La amabas?

—Intensamente, y la he seguido amando durante todos estos años, solo que ella pone cada cosa en el lugar que le parece y tiene la capacidad de que a todos los demás nos parezca perfecto.

—Aunque para mí eso está bien y me hace feliz, me preocupa un poco lo que significa para ti.

—Es confuso, cuando me enteré de que se mudaba a vivir contigo en Lima lloré mucho y pensé que la estaba perdiendo definitivamente, pero no podía negarme a viajar para acompañarla cuando viajabas...

—¿Hacían el amor?

—¡Como si nada hubiera cambiado!

—Aunque ella nunca me lo confesó, yo lo sabía, y he llegado a entender que Sophie tiene la capacidad de amar a varias personas al mismo tiempo, y eso, curiosamente, no representa para ella ningún conflicto. Lo que sucede es que para mí eso está bien mientras viva a mi lado.

—En cambio, yo esperé muchos años a que mi relación con ella se estabilizara y en algún momento creí que finalmente vendría a Buenos Aires a vivir conmigo, pero ya he perdido la esperanza y lo que es más increíble, he terminado por aceptar tranquilamente sus condiciones y, en particular, tu presencia, pero Daniel es otra cosa...

Lully se limitó a mirar dulcemente a Juliette dejándole sentir lo mucho que le gustaba la confianza con que le estaba compartiendo sus sentimientos y la dejó hablar sin interrumpirla.

—Nuestra relación finalmente está cambiando y, aunque nunca podré dejar de sentir algo especial por ella, en este momento deseo entablar una relación que le dé sentido a mi vida, tener a mi lado una persona a quien amar, alguien que también me ame. Los años pasan.

Estaban sentadas muy cerca la una de la otra, mirándose a los ojos y hablando en voz baja como si alguien pudiera escucharlas.

—¿Qué crees están haciendo ahora mismo?

—No te atormentes más, están haciendo el amor y lo hacen como los dioses.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los he visto, he estado junto a ellos cuando lo hacen.

—Nuestra Sophie está un poco loca y tú también, ¿o no?

—Ya lo sé, pero es una locura de la que no queremos sanar nunca...

—¿Te gustaría hacer el amor conmigo? ¡Me muero de ganas!

—Con una sola condición.

—La que tú quieras.

—Que no le contemos ni una palabra de esto a Sophie.

Se besaron y acariciaron dulcemente y cuando su excitación ya no podía ser más intensa, Lully le hizo el amor sintiendo su deliciosa estrechez y llevándola a un nivel de éxtasis que Juliette no había experimentado antes.

Después de los saludos protocolarios, de ordenar el café y de recorrer la exuberante barra del desayuno, cuando los cuatro estuvieron sentados en la mesa reservada, Juliette tomó la palabra.

—*Daniel, como tú sabes, las que estamos sentadas aquí contigo esta mañana tenemos el control de la propiedad y del directorio de Matizz IBC.*

Daniel bebió un sorbo de su café y asumió una actitud amable y atenta, entendiendo que querían plantearle algo que consideraban importante.

—*Nosotras hemos decidido establecer a Matizz IBC en París, incrementar la participación de nuestros socios franceses e incorporar otros grandes actores del negocio para abrir la empresa al mercado global y multiplicar sus ventas.*

—*Yo he seguido la trayectoria de su empresa desde el principio con la mayor admiración, de manera que esto que me cuentan no me sorprende, pero obviamente se trata de un gran reto.*

—*¡Lo es! Y también creemos...* —continuó Juliette con su característico ímpetu ejecutivo y sin darle más vueltas al asunto—, *que tú eres la persona más apropiada para presidir la compañía, ayudarnos a refinar las estrategias comerciales, orientar las decisiones para hacer cada día más eficiente su administración y señalar el norte al que deben apuntar todos los esfuerzos que Matizz IBC deberá hacer para proyectarse al mundo en el inmediato futuro. En resumen, te estamos ofreciendo que te conviertas en el nuevo presidente ejecutivo de Matizz IBC.*

Daniel conocía la meteórica carrera de ese emprendimiento que Sophie y Lully habían concebido por la magnitud de la pauta publicitaria que crecía en las revistas de toda Latinoamérica, así que al escucharlas no le parecieron descabelladas sus aspiraciones.

—*¿Y qué les hace pensar que yo tendría tal capacidad?* —indagó, asumiendo una actitud aún más profesional.

—*Sabemos que bajo tu dirección el grupo de las empresas familiares en que diriges justamente la estrategia de desarrollo de nuevos negocios ha crecido rentablemente y que, para lograrlo, se han fusionado con importantes empresas españolas de medios de comunicación adquiriendo una interesante participación en algunas de ellas* —le aclaró y prosiguió—. *Sabemos que eres ingeniero industrial, que tienes una maestría en economía y la formación como MBA de una prestigiosa universidad holandesa, y que, además, cuentas con una experiencia de cerca de diez años como vicepresidente, que hablas fluidamente en varios idiomas y... que nos gustaría tenerte cerca* —comentó Juliette mientras que se volvía para mirar fijamente a Sophie a los ojos haciéndole el único y silencioso reclamo que le haría por haberle ocultado su relación con Daniel durante tantos años.

—*Como verás, no tienes que presentarle a Juliette tu currículum...* —bromeó Sophie y se quedó en silencio, pero ante la mirada sonriente de todos se puso roja como una quinceañera mientras que Juliette, satisfecha, retomaba la palabra para terminar de plantearle a Daniel lo que habían acordado previamente.

—*No tienes que tomar una decisión ahora mismo, al terminar la reunión te haremos entrega de un documento que contiene las condiciones de nuestra oferta para que puedas estudiarlas con calma,*

esperamos que sean atractivas para ti —le informó dando por terminada su explicación con una sonrisa triunfal que hizo ver su cara más hermosa que nunca.

—*¿A quién le reportaría esta presidencia?* —preguntó él para conocer la conformación de la junta directiva, cayendo en cuenta en ese justo momento que Juliette era la amante de Sophie, esa mujer cuya identidad ella siempre había mantenido en reserva.

—*La junta directiva está integrada por cinco personas, Lully, que concibió este increíble emprendimiento y ha trabajado en su estructuración corporativa y legal asegurando los contratos que le dan vida al negocio; Sophie, que le ha dado la base científica de su exitoso portafolio de productos y servicios; el señor Almeida, que representa a los accionistas minoritarios, un grupo de altos directivos a los que se les cedió una pequeña participación; Paul Gérard, un verdadero conocedor del negocio de la belleza a nivel global que representa a nuestros accionistas franceses, y yo, que actuaré como presidenta de esa junta* —le informó Juliette.

Sin presionarlo cambiaron el tema, se rieron de cosas sin importancia y mirándose en silencio pensaron en otras más íntimas, sin acabar de entender la fuerza del vínculo que los tenía sentados esa mañana desayunando juntos y haciendo planes importantes para el futuro en ese elegante hotel de Buenos Aires.

La oferta que Matizz IBC le hacía era completamente inesperada para Daniel, que al verla en cifras supo de inmediato que esa era su oportunidad para respirar y alejarse por un tiempo del poder totalitario de su padre, quien al menos por ahora no le dejaría asumir la presidencia del grupo familiar.

Regreso

Para organizar la vida de su madre y asegurarse de que nada le hiciera falta, Lully planeó regresar a Caracas durante un par de semanas que Sophie aprovecharía para hacer un viaje que le llevaría con Adele a París, Basilea, Schaffhausen y Ginebra, en donde visitarían a su tío Hans, conocerían el hotel del lago Lemán y después de eso harían un recorrido en tren que las llevaría al valle del Loira para terminar algunos días más tarde en la Costa Azul, dándose la oportunidad de reencontrarse como madre e hija y compartir su historia familiar.

En Caracas, Alicia recibía la pensión de jubilación que le daba la aerolínea y vivía tranquilamente instalada en el apartamento que su hija le había regalado varios años antes, además, contaba con el ingreso de la renta que producía el apartamento de la avenida Los Samanes.

Lully sabía muy bien que a su madre no le gustaba tener más de lo necesario y que trataría de rechazar lo que planeaba darle, pero esta vez no estaba dispuesta a permitir que viviera en condiciones muy diferentes a como ella misma lo hacía, de modo que llegó a Caracas para trasladarla a un lugar mejor, un apartamento que le había comprado en Altamira y quería asegurarse, antes de regresar a Buenos Aires, de que tuviera a su disposición un coche con conductor y, de ser posible, una persona de confianza, una mujer que la ayudara con el trabajo doméstico para hacerle más segura y placentera la vida cotidiana.

Mientras que recorría en un taxi el camino desde el aeropuerto Lully percibió que la ciudad no era el mismo lugar en que había crecido, algo allí le causaba una rara sensación de inseguridad porque todo se veía más pobre, deteriorado y sucio de como recordaba haberlo dejado.

Alicia, acompañada por la tía Sara y sus tres hijas, la esperaba ansiosa y de inmediato los besos, los abrazos, la alegría y la belleza de todas esas mujeres le devolvieron a Lully la sensación de pertenecer a ese lugar y le hicieron sentir que todo lo que ella era, su forma de ser, de hablar y de reírse, se originaba en el amor y la alegría que normalmente compartían en su familia.

Entre todas, a pesar de sus ocupaciones, en un par de días empacaron y desempacaron la mudanza y organizaron el nuevo apartamento de Alicia sin dejar de disfrutar ni un solo minuto del placer que evidentemente les causaba el simple hecho de estar juntas.

Una semana después, instalada en su nuevo apartamento, Alicia se ocupó en ir a comprar algunos regalos que quería enviarle a Sophie, mientras que Lully, vestida con *jeans*, zapatillas cómodas, anteojos oscuros y cuidándose de no llevar encima nada de valor, excepto su teléfono móvil y algunos billetes sueltos que puso en el bolsillo trasero de sus pantalones, tomó un taxi que la llevó al lugar en que había crecido.

Se bajó del taxi frente al edificio de la avenida Los Samanes y desde allí recorrió el camino que muchos años atrás seguía aquellas noches en que salía vestida de mujerzuela para ir a exhibirse en la

avenida Libertador, luego tomó la avenida Quito y fue hasta la Plaza Venezuela y, sin pensarlo, sus pies la llevaron a la casa del Salón Veruska justo antes de ponerse el sol.

La casa se veía en mal estado, tanto que parecía un milagro que continuara en pie, en el antejardín la vegetación crecía desordenadamente, los vidrios de las ventanas estaban horriblemente sucios y algunos de ellos estaban rotos, del portón, antes blanco, colgaban tiras de pintura recubiertas por el polvo, todo lucía en un lamentable estado de abandono.

Lully miraba la casa con asombro desde la acera de enfrente recordando el día en que se acercó allí por primera vez, no había olvidado absolutamente nada de lo que para bien o para mal había vivido en ese lugar y se estaba preguntando qué habría pasado durante los últimos años, cuando vio encenderse la luz en la pequeña ventana del baño del recibidor a la izquierda del portón y, aunque no había llegado hasta ahí con la intención de buscar a Veruska, no pudo resistir la curiosidad y pasó temblando al otro lado de la calle, cruzó el antejardín y sin necesidad de buscarlo pulsó el botón del timbre.

Entonces, el pesado pasador sonó con el golpe seco de siempre, transportándola directamente al pasado, y cuando la puerta de lo que alguna vez fuera el Salón Veruska se abrió frente a sus ojos, de la penumbra interior salió la figura menuda de Berenice para abrazarla con una triste emoción.

—Niña Lully, qué bueno verla, han pasado tantos años, pero... ¡cómo está de linda!

Impresionada por el afecto con que Berenice la saludaba, cayó en cuenta de lo equivocada que estaba al pensar que no había dejado nada en aquella casa.

—Berenice, qué bueno verte, mujer, ¿cómo has estado?

—Mi niña, yo estoy vieja, como me ve, y esperando completamente sola a que me llegue la hora...

—¡No diga eso, Berenice! —le pidió Lully sintiendo que algo se arrugaba en su interior.

—Desde hace tiempo que aquí nada está bien...

—Pero ¿qué ha pasado, Berenice?

—¿Es que no lo sabe?

—Berenice, hace muchos años que no vengo por aquí y nunca volví a saber nada de Veruska — cuando mencionó a Veruska, a Berenice se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Siga mi niña —le pidió la buena mujer halándola del brazo hasta uno de los sofás de la recepción que ahora lucían envejecidos.

—Berenice, por favor, cuénteme qué ha pasado en los últimos años, ¿por qué está todo tan deteriorado?, ¿en dónde está Veruska?

—La niña Veruska murió de un cáncer que la acabó de una forma horrible, los médicos le descubrieron un tumor en el hígado que se la llevó en menos de tres meses.

El mundo se detuvo y el piso se movió bajo los pies de Lully, y al ver su reacción, Berenice, alarmada, corrió a la cocina para traerle un vaso de agua.

—Ya estoy mejor, Berenice, gracias... no lo sabía.

—Sí, fue terrible, además, la pobre no tenía una mano caritativa que la acompañara en sus últimos días cuando ya no podía hacer nada por ella misma, y en esos momentos difíciles no aparecieron los amigos, ni el novio, ni nadie, así que yo tuve que mudarme aquí para acompañarla. El mes entrante se van a cumplir tres años desde el día en que la enterré en el General del Sur y aquí me tiene, viviendo en su casa, porque no tengo para dónde irme.

Lully recorrió la casa y llegó hasta la puerta de la habitación de su amiga Veruska sin atreverse a traspasarla. Todo allí estaba cubierto por una gruesa capa de polvo, pero intacto, porque Berenice vivía en el cuarto de servicio en el primer piso, detrás de la cocina.

Parada en ese lugar sintió una tristeza profunda mientras que la imagen de Marilyn Monroe parecía mirarla directamente desde el pasado con sus labios deslucidos por el polvo y ante sus ojos el tiempo retrocedió, se vio aquella noche en que conoció a Veruska y recordó haber disfrutado cada minuto de su compañía, hasta el día en que decidió marcharse para no volver.

Sin entender la razón por la que había regresado, sola y por su propia voluntad, como la primera vez, cerró sus ojos para despedirse de su amiga agradeciéndole todo lo que había vivido a su lado, su afecto histriónico y el nombre con que le había bautizado marcando profundamente su vida y porque, sin saberlo, ella le había señalado el único camino posible: ser quien era.

Lully se fue después de darle un abrazo a Berenice dejándole el dinero que llevaba en el bolsillo trasero de sus pantalones, no era mucho, pero le permitiría sobrevivir más cómodamente durante algunos días, y para regresar hasta Altamira tomó el metro. Hubiera sido una caminata demasiado larga y en palabras de Berenice, una mujer tan bonita y elegante, aunque no llevara nada de valor encima, podría correr riesgos.

—*Aquí ya nada es como antes* —le explicó cuidándola como lo había hecho siempre mientras que le entregaba el boleto de un solo trayecto.

Por el camino pensó en aquellas noches febriles que había pasado año y medio después de haber iniciado el tratamiento de reemplazo hormonal y se le puso la piel de gallina al recordar que en sus sueños vio a Veruska muy pálida, sentada en su cama llamándola, y no pudo contener las lágrimas que brotaron de sus ojos al imaginarse la soledad en que su amiga había enfrentado la muerte.

Alicia, que la esperaba preocupada, vio de inmediato la tristeza en los ojos de su hija y se limitó a abrazarla amorosamente.

El día siguiente Lully revisó todos los asuntos prácticos de la vida de su madre, hizo una llamada para reunirse con los abogados del mejor bufete de la ciudad a quienes había contactado antes de viajar para que la ayudaran a crear y administrar la fiducia que manejaría los recursos necesarios para que Alicia no tuviera que volver a preocuparse por nada, y a ese mismo bufete le dejó la misión de organizar la vida de Berenice para que esa humilde mujer pudiera atender dignamente sus necesidades.

Esa misma noche se la mencionó a Alicia, aunque sin darle detalles sobre el contexto en que le había conocido, y ella estuvo de acuerdo en que si Berenice era la buena, honesta y diligente persona que Lully recordaba, bien podría trabajar para ayudarla a diario con las labores domésticas en su nueva vivienda.

Acompañada por Alicia y por el abogado asignado por el bufete para crear el encargo fiduciario, Lully visitó a Berenice para contarle sobre las decisiones tomadas en su favor, le ofrecieron el trabajo y la humilde mujer lo aceptó sin pensarlo dos veces.

Antes de despedirse, Berenice miró a Lully con sus pequeños ojos negros envejecidos pero vivaces por la emoción que le causaba lo que estaba haciendo por ella y le contó algo que la hizo estremecer.

—*La niña Veruska jamás la olvidó, varias semanas antes de su muerte me pidió que la buscara, deseaba verla, pero yo no sabía cómo encontrarla, y la pobre se fue sin despedirse como quería hacerlo, y*

ahora que por fin la vuelvo a ver, estoy segura de que ella tenía razón.

—¿Razón sobre qué, Berenice?

—En sus últimos días, tan enferma como estaba y en medio del sopor que le causaba la droga para el dolor que yo misma le suministraba, repetía una y otra vez su nombre, y en los momentos en que parecía estar más lúcida me decía que usted, mi niña Lully, que usted era su ángel y que algún día regresaría.

Celos

Sophie y su madre pasaron algunos días visitando los sitios que de alguna manera marcaron hitos en la historia de su familia, compartiendo un tiempo que Adele aprovechó para contarle a su hija lo que había ocurrido en su vida desde el día en que conoció a Franz en el hotel de sus padres en el lago Lemán, hasta cuando finalmente obtuvieron el divorcio en un complejo y costoso proceso judicial que se desarrolló entre Suiza y Chile.

Ella hubiera preferido no enterarse de tantos detalles, pero a Adele, que era una mujer con una gran fortaleza interior, hablar sobre el engaño injustificado al que la había sometido Franz, el hombre que consideraba imprescindible en su vida, le hizo bien.

Durante esos días también fue inevitable que tocaran el tema de Lully.

—Entre todos los pretendientes que tuviste terminaste escogiendo a Lully y siempre me he preguntado por qué.

—¿Por qué lo dices?

—No quiero cuestionarte, pero salta a la vista, ¿no lo crees?

—Ella es diferente, es claro, pero tú sabes muy bien lo especial que es conmigo, yo la amo, mamá, y no me afecta para nada que sea como es.

—La gente piensa que eres una lesbiana, hija.

—Pues qué bueno, porque lo soy, pero no justamente por mi relación con Lully.

—¡Sophie!

—Tú lo sabes desde siempre, mamá, yo nunca te lo oculté.

Adele recordó aquellas vacaciones de verano en que su hija llegaba a casa desde Santiago acompañada por la adorable Juliette y la inquietud que siempre le había causado que durmieran juntas, y cayó en la cuenta de que se había negado a reconocerlo.

—Tú podrías tener a tu lado al hombre que quisieras.

—Yo lo sé, mamá, esa lección la aprendí bien, pero la cosa es que amo a Lully y, además, estoy segura de que no existe nadie en el mundo que pudiera tolerarme, hacer lo necesario para hacerme feliz y, al mismo tiempo, sentirse feliz a mi lado como ella lo hace.

—Lo dices como si fueras un monstruo.

—En cierta manera lo soy, no lo dudes, yo soy una mezcla compleja de cosas, mamá, y ella es la única persona que conozco que puede aceptarme y catalizar todos mis impulsos haciendo mi vida feliz y productiva.

—Yo no tengo ningún problema con ella, sé que es una persona maravillosa y también que te ama inmensamente, solo preguntaba...

—Está bien, pero me gustaría que tengas claro que lo que hace diferente a Lully no es que quiera parecer una mujer, lo que la hace especial para mí es que, siendo tan bella, brillante y sensible como es, me

ame como nadie más lo ha hecho, que disfrute de todo lo que yo soy y que me haga sentir absolutamente segura de que nunca me dejará ni me engañará.

—Como tu padre lo hizo conmigo, ¿es eso?

—Sí, mamá, ¿es eso!

Después de esos días especiales, Sophie y Lully se reunieron de nuevo en Buenos Aires para seguir impulsando sus emprendimientos.

El interés por saberlo todo a cerca del negocio de la belleza llevaba a Lully a entablar conversaciones con todos en la academia de estética en donde tomaba cursos libres, y conociendo su gran interés, el director le presentó a Mike, el proveedor de los equipos y los productos que se utilizaban allí, quien, además, prestaba el servicio técnico y era una verdadera enciclopedia del tema, pero sin una buena visión empresarial, y ella comenzó a sostener con él algunas conversaciones para comprender mejor los pormenores de la cadena de distribución de los productos y servicios de ese gran negocio de la belleza.

Mike era un hombre casado y ciertamente heterosexual, un personaje que no le ponía misterio al medio en que se debía mover a diario para subsistir y que estaba acostumbrado a interactuar con personas con diferente orientación de género, pues sus principales clientes eran los centros de estética y los salones de belleza de la ciudad en donde la presencia de los miembros de la comunidad LGBT era sensible.

A Mike, como a todos los que la llegaban a conocer, le llamó la atención la belleza de Lully, y después de haber tenido la oportunidad de conversar con ella le gustaron sus ideas sobre la excelencia del servicio y la distribución a mayor escala de productos con claros diferenciadores.

Atraído por su visión del negocio y la capacidad económica que parecía tener para materializarla, Mike comenzó a generarse la expectativa de desarrollar un proyecto con Lully y consideró que sentarse de vez en cuando para tomarse un café en su compañía, intercambiar información y hablar sobre el tema era una buena inversión de su tiempo.

A su vez, Lully comenzó a pensar que con Mike podrían contar con alguien que conocía mejor que nadie el negocio en Argentina, y comenzaba a evaluar la posibilidad de hacerle una propuesta para fortalecer la estrategia comercial y logística de Matizz IBC.

El error que cometió Lully fue no haberle contado a Sophie desde el principio de estas charlas ni haberle hablado sobre lo que estaba pensando en relación con las oportunidades que la experiencia de Mike podría llegar a aportarles, y para complicar las cosas, tampoco le había comentado nada sobre sus encuentros esporádicos en el café vecino a la academia a los que no daba trascendencia desde el punto de vista personal.

Sin tener un norte definido, la comunicación con Mike se había vuelto frecuente en correos electrónicos y también en mensajes que comenzaron a ser notados por Sophie, que apenas le había oído mencionar su nombre y no tenía clara la razón de su relación con él.

De un momento para otro, Sophie comenzó a prestarle atención con suspicacia a esa comunicación y en un descuido revisó el teléfono móvil de Lully para leer los mensajes y correos que se cruzaban entre ellos, que no eran pocos, y, a pesar de que ahí no había nada diferente a información y comentarios sobre oportunidades de negocio, creyó leer entre líneas lo que no estaba escrito y sintió amenazado su control absoluto sobre Lully y sobre Matizz IBC.

Juliette había viajado para presentar su tesis doctoral en la Sorbonne y tendría que permanecer en París hasta asegurarse de cumplir todos los requisitos necesarios para su graduación, y justo el día siguiente a su partida Sophie desató una verdadera tormenta en su relación con Lully.

—*¿Quién es ese tipo con el que tanto te escribes?* —le preguntó con evidente malestar.

—*Es el proveedor de equipos y productos de belleza de la academia, se llama Mike, ¿recuerdas que te mencioné que el director me lo había presentado hace un par de meses?*

—*¿Y te has visto con él por fuera de la academia?*

—*Nos hemos reunido algunas veces en un café cercano porque quiero que me ayude a entender bien la cadena de distribución de los equipos y los productos de belleza que conoce en detalle.*

—*¿Y tienes que hablar permanentemente con él?*

—*Pues no, no tengo, pero me parece que podría ayudarnos a identificar oportunidades para impulsar el negocio.*

—*Pero ¿qué clase de trato quieres hacer con él?*

—*Aún no lo sé, solo estoy explorando el asunto* —aclaró Lully, intuyendo que Sophie no iba a quedar satisfecha con esa explicación.

Y en efecto, sin poder contener sentimientos que de repente surgían desde lo más profundo de su bien oculta inseguridad y con la fuerza destructora de una tempestad, Sophie la acusó absurdamente de engañarla.

—*No me envuelvas con tus mentiras, Lully Jacobsen, dime qué es lo que estás tramando con ese tal Mike, ¿acaso te estás acostando con él?*

Lully se quedó petrificada por un momento al escuchar lo que Sophie le acababa de decir, no se lo hubiera imaginado y no encontró las palabras apropiadas para explicarse.

—*Eso que dices no se me ha pasado nunca por la cabeza y sería materialmente imposible porque yo te amo, porque él es heterosexual y porque tú conoces mi agenda mejor que nadie y sabes que no tendría tiempo para nada como eso. Además, no entiendo cómo puedes pensar en algo así, tú sabes que a mí me basta y me sobra contigo, y si algo tengo claro en esta vida es que soy solo tuya y no se me ocurriría serte infiel.*

Pero en ese momento ya ninguna explicación era suficiente, y cuando Lully se le acercó para tratar de calmarla abrazándola afectuosamente, Sophie la rechazó agresivamente.

—*No me toques, vete a donde Mike si eso es lo que quieres, ¡pero no vuelvas!* —le gritó cerrando la puerta.

Esa noche Lully tuvo que dormir en otra de las habitaciones de la casa de Juliette a causa de la tremenda e injustificada rabieta de Sophie.

La mañana siguiente Lully no pudo entrar a la habitación que ocupaban porque la puerta permaneció cerrada hasta que Sophie terminó de arreglarse y salió sin despedirse mostrándole su gran disgusto y, aunque lo intentó hacer, en la oficina le fue imposible conversar con Sophie sin que su hostilidad fuera percibida por los empleados, así que después de un par de intentos se abstuvo de buscarla, sabiendo que a ella no le importaría hacerle quedar mal frente a todos y eso no era conveniente.

Al medio día la llamó a su teléfono móvil para invitarla a almorzar e intentar tranquilizarla, pero

ella no le contestó y la tarde transcurrió miserablemente para Lully, que pensó que ese comportamiento no era justo, en absoluto, y que no habían razones para que Sophie la acusara de engañarla haciéndole pasar semejante mal rato, sin embargo, al encontrarse de nuevo en la casa de Juliette su actitud no había cambiado y no le dirigió la palabra hasta que Lully se atrevió a abordar el tema intentando, una vez más, poner las cosas en orden.

—*No es justo lo que estás haciendo, Sophie Meyer, yo no tengo nada que esconderte y nunca podría pensar en tener una relación con Mike que no fuera estrictamente de negocios, eso es algo en lo no tengo ni el menor interés.*

—*A mí me parece que tienes todas las intenciones de entregarle a ese tipo nuestros negocios, porque hasta donde me he dado cuenta, a él se lo cuentas todo.*

—*¿De qué estás hablando?*

—*Hablo de lo que vi en los correos y mensajes que se mandan todo el tiempo entre ustedes.*

—*¿Estuviste revisando mis correos? Eso no está bien, pero, además, esos mensajes no hablan de nada más que de asuntos del mercado, de los equipos y de los productos de asuntos relacionados con el negocio de la belleza, temas que Mike conoce muy bien porque son el entorno en que se mueve a diario.*

—*Tú me crees tonta, pero no lo soy y no vas a jugar conmigo, ¡vete con él, anda!* —le gritó Sophie cerrando una vez más la comunicación y la puerta de la habitación de la casa de Juliette en que se alojaban.

A partir de ese momento la situación empeoró con cada día que pasaba, Lully no encontraba una manera de razonar con Sophie, que estaba empeñada en acusarla de haber cometido una falta grave y ella, que se había formado como abogada para defender las causas de sus clientes, no lograba defender ni un ápice la suya propia.

Para agravar aún más las cosas, Mike continuaba enviándole mensajes sobre los temas que habían venido tratando y Sophie, en una actitud sorprendente, seguía buscando todas las oportunidades que se le presentaban para revisar su teléfono y los leía.

—*¿Por qué no te vas a vivir con él?, ¡seguramente él te puede dar lo que tanta falta te hace!* —le dijo con furia una noche diez días después de haber comenzado el absurdo conflicto que incontrolablemente crecía entre ellas.

Lully se alejó tanto como pudo de Mike, aunque sin comentarle la razón, pues no le tenía tanta confianza como para dejarle conocer un problema tan personal como ese y no sabía cómo pedirle que dejara de escribirle, así que optó por no sostener más reuniones con él, ni volver a responder a sus mensajes para tratar de enfriar la comunicación, pero pasaban los días y esto no bastaba para que él dejara de enviarle correos con información y comentarios relativos a los temas sobre los que ella misma le había venido consultando.

Sophie había juzgado y encontrado culpable a Lully de serle infiel y de estar dándole participación en los negocios a Mike sin su conocimiento, una grave traición, y nada podría ser más difícil que defenderse de su imaginación, sumida como estaba en ese estado de absurda desconfianza con que dejaba al descubierto un grado de inseguridad que Lully no le había conocido antes y que, de improviso, se materializaba en esos celos enfermizos sin causa que le impedían comprender su arbitrariedad, porque utilizaba inconscientemente todos los recursos de su inteligencia para construir

una versión inexpugnable de lo que Lully le estaba haciendo, ante la cual no valían razonamientos ni súplicas.

Transcurrido todo un mes las cosas no tendían a mejorar, la comunicación entre ellas era imposible y cada vez que Lully intentaba razonar sobre el asunto salía mal parada por la forma como Sophie la trataba.

En medio de ese absurdo conflicto continuaban asistiendo a diario a las oficinas de Matizz IBC, pero evitaban participar en las mismas reuniones y regresaban a la casa de Juliette al terminar el día para ver los noticieros y comer sin dirigirse la palabra, y Sophie, aprovechando cualquier descuido, tomaba el teléfono móvil de Lully para revisar sus mensajes y hasta entraba, sin que ella entendiera cómo, a su correo electrónico.

La situación desembocó en una crisis más profunda el día en que Lully, armada de valor, le pidió que por el bien de su relación y del negocio, se abstuviera de imaginarse cosas y tratara de concentrarse en los hechos, y entonces todo se le salió de las manos.

—Me acusas de tener una relación con un hombre que es claramente heterosexual, por favor, recapacita y déjate de tonterías, estás creando un problema que no existe, cuando las dos tenemos tantas cosas buenas para disfrutar y tanto trabajo por hacer.

—Los problemas los has traído tú, que llevas meses engañándome con Mike. No he sido yo la que ha causado esto, ¿y ahora quieres que me sienta culpable cuando la única responsable eres tú? Lully Jacobsen, ¡yo te dije que nunca te perdonaría una infidelidad!

—Estás actuando como una loca, te digo una vez más que yo no te he sido ni te seré nunca infiel.

—¿Qué me estás diciendo? Yo te he aceptado tal como eres, ¡un travesti que no logra siquiera satisfacerme en la cama! ¡La loca eres tú, la que necesita ayuda eres tú! —gritó Sophie fuera de control, demoliendo de un solo golpe las bases de lo que hasta entonces había sido una armoniosa relación.

Esa noche Lully lloró amargamente por su impotencia frente al manejo de la situación y decidió que las cosas ya no podían ir más lejos del punto al que lamentablemente habían llegado.

Con su relación destruida puso en orden sus asuntos en la oficina, avisó a sus colaboradores más cercanos que estaría ausente por un tiempo indefinido, compró tiquetes para Lima sin informarle a nadie sobre su destino y se marchó con cuatro maletas llenas con sus efectos personales, que el conductor del taxi que le recogió montó con dificultad en la cajuela del coche antes de llevarla al Aeropuerto Internacional Ezeiza.

Llegar al apartamento del malecón Cisneros fue abrumador para Lully que no recordaba haberse sentido tan sola en su toda su vida, esa noche no pudo conciliar el sueño y a la mañana siguiente se levantó agotada.

En el estado de abatimiento en que se encontraba pensó que si algo le llegara a ocurrir nadie sabría que se encontraba allí y llamó a la única persona que se le ocurrió, la menor de sus primas.

Aunque se comunicaban frecuentemente utilizando las redes sociales, rara vez hablaban por teléfono y la llamada de Lully tomó por sorpresa a Carolina, que pensó de inmediato que algo grave le podría estar ocurriendo.

—¿Está bien la tía Alicia? —le preguntó.

—Sí, Caro, ella está bien, y no quiero que le cuentes a nadie sobre esta llamada, por favor.

—*¿Qué te pasa, Lu?, ¿estás bien?*

Desde hacía algún tiempo que Carolina le llamaba Lu, para no correr el riesgo de equivocarse, además, al hacerlo generaba una exclusividad en su comunicación, pues ella era la única persona en el mundo que se refería a ella de esa manera.

—*No te preocupes, estoy bien, solo que estamos pasando por un tremendo problema con Sophie.*

—*No recuerdo haber oído que ustedes hayan tenido ningún disgusto antes, Lu.*

—*Es extraño y difícil de entender, pero hoy estoy en Lima y ella se encuentra en Buenos Aires, el hecho es que ni siquiera sabe que estoy aquí.*

—*La cosa está seria, Lu, ¿me quieres contar qué ocurre?*

A Lully se le quebró la voz y Carolina, al otro lado de la línea, se preocupó.

—*¿Con quién estás, Lu?* —le preguntó para saber si tenía algún apoyo emocional.

—*Caro, tú eres la única persona que sabe que estoy sola en el apartamento de Lima y, la verdad, esta situación me tiene muy mal.*

Para Carolina, Lully era como su hermana y, aunque en ese momento estaba lejos para ir al rescate, tenía todo el tiempo del mundo para prestarle atención.

—*No me gusta que estés allá sola.*

—*A mí tampoco, pero no quisiera hablar con nadie más sobre este asunto, ¿qué tal si vienes a Lima por unos días?*

—*Frotaría la lámpara maravillosa para aparecerme allá de inmediato, eso me encantaría, pero la verdad es que no tengo cómo hacerlo.*

—*Ese no es el problema, chica, si tienes el tiempo, dame una hora y lo resolvemos.*

—*Lo tengo, ¿vas a frotar la lámpara maravillosa?*

—*Lo voy a hacer, créeme, y te esperaré en el aeropuerto.*

—*¿Qué?*

—*Relájate, alguien te va a llamar desde la oficina que maneja mis asuntos en Caracas.*

—*Está bien* —aceptó extrañada Carolina pensando que todo eso parecía una broma, pero para su sorpresa, un par de horas más tarde un abogado del bufete que manejaba los asuntos de Lully en Caracas la contactó para coordinar sus reservas en vuelos de ida y vuelta en primera clase a Lima, era fácil, Lully quería que llegara cuanto antes y Carolina no tenía nada mejor que hacer.

Esa misma tarde un mensajero le hizo entrega de un sobre cerrado que contenía los tiquetes, un saludo cortés de la oficina y mil dólares en efectivo que Lully había ordenado que le entregaran para que no viajara con los bolsillos vacíos, y a la hora convenida un coche la recogió en la puerta de su casa para llevarla hasta Maiquetía.

Saber que Carolina estaba en camino animó a Lully, que pudo dormir un par de horas antes de ir al salón de belleza de uno de sus antiguos compañeros de la academia de estética, a quien le pidió que le hiciera un corte de cabello corto y masculino.

—*Tú estás completamente loca, chica, ¡mira que ese cabello que te llega por debajo de los hombros tiene que haberte tomado varios años y muchos cuidados para crecer así!* —le dijo Fabricio antes de comenzar a hacer a regañadientes el trabajo que ella le pedía.

Mientras que escuchaba el zumbido característico de la máquina, con sus grandes ojos grises más

abiertos de lo normal, Lully se miraba al espejo sin pestañear recordando el día en que Veruska le había hecho un corte parecido para asistir a su ceremonia de graduación, pero cuando Fabricio terminó se miró en el espejo con asombro descubriendo que su cambio era tan profundo, que a pesar de tener el cabello corto como el de un hombre, sin la menor duda parecía una mujer.

Regresó al apartamento y se midió la ropa de hombre que guardaba bien protegida desde hacía varios años, pero nada le quedaba bien, había perdido varios kilos, su cintura ahora era más estrecha, sus caderas más generosas y, además, tenía unos pequeños pero bien formados senos.

El vuelo de Carolina salió de Caracas a las cinco de la tarde y arribó a Lima cerca de la ocho y media de la noche hora local, llegó cansada de ese viaje intempestivo que no se había soñado ni remotamente y preocupada por Lully.

Al encontrarse en la salida de los viajeros internacionales del aeropuerto se abrazaron estrechamente durante varios minutos sin decirse ni una sola palabra, y apartándola por los hombros Carolina la miró con detenimiento de arriba abajo.

—*¿Qué has hecho, Lu? Te ves rara.*

—*Solo he vuelto a ser lo que soy, Caro* —se explicó Lully de una forma dolorosamente autodestructiva, pero su prima la miró a los ojos y sin darle muchas vueltas a lo que pensaba le dijo con afectuosa honestidad:

—*Yo sé muy bien quién eres tú y debo decirte que me gustas más de falda corta y con el cabello largo.*

Y entonces las dos se rieron entre lágrimas. Por el camino hablaron sobre la familia, era curioso, pero ellas dos nunca habían compartido un tiempo a solas, y aunque desde siempre tuvieron una relación extraordinariamente cercana, no estaban acostumbradas a estar juntas sin la compañía de toda la tribu.

Lully preparó todo para que cenaran en la terraza del apartamento y, además, mezcló tequila con *triple sec* y zumo de limón para hacer unas margaritas en la coctelera batiendo la mezcla con algunos cubos de hielo que sonaron agradablemente, y para darles un toque especial humedeció el borde de las copas con el zumo para coronarlas con sal, antes de servir cuidadosamente el licor frío.

Se tomaron dos margaritas cada una, comieron algo ligero que Lully había pedido y no pararon de reírse con sus recuerdos de infancia hasta que el efecto del alcohol y el cansancio se dejaron sentir, y entonces se fueron a dormir juntas, en la misma cama como lo hacían cuando eran niñas en esos paseos familiares que la tía Sara se inventaba los fines de semana cuando Alicia se encontraba de viaje.

A pesar de tener casi la misma edad, al llegar a la pubertad Carolina había crecido un poco más rápido, era más fuerte y más lista, y por eso siempre llevaba las riendas y disponía a su gusto de todo lo que hacían, y Lully nunca se había detenido a pensar que justamente en esa inocente relación ella había comenzado a descubrir el placer que le producía sentirse a merced de una mujer.

A Carolina le preocupó la absurda reacción de Lully de cortarse el cabello como un hombre, algo que a esas alturas de su proceso de cambio de género ya no le quedaba bien, porque ni su piel, ni la forma de su cuerpo, ni su voz y mucho menos su manera de actuar le permitían verse como tal, pero el daño estaba hecho y su cabellera debía haber ido a parar al mercado de las pelucas sin ningún costo para Fabricio, a quien, además, Lully le habría pagado generosamente por sus servicios.

Un par de días después de la llegada de Carolina a Lima y de haber vuelto a sentir con emoción la

manera como le trataba desde que eran niños, dominándole a su antojo con el alegre desparpajo de su adorable personalidad, Lully le propuso que fueran hasta la casa del mar para asegurarse de que todo allí estuviera en orden.

Lo que más le agradaba a Lully de la casa del mar era sentir que en ese lugar parecía como si el tiempo se hubiera detenido, porque allí todo se encontraba siempre igual y eso le generaba una agradable sensación de estabilidad en medio de su cambiante vida.

No bien llegaron se cambiaron de ropa para caminar por la playa y entonces Lully encontró el momento perfecto para contarle lo que le estaba ocurriendo con ese asunto imaginario de Mike y le narró todo, hasta su última conversación con Sophie, omitiendo por vergüenza las últimas palabras que ella había utilizado para agredirle al mencionar despectivamente su condición de género y su incapacidad para satisfacerla en la cama.

Carolina la escuchó con atención y le dejó hablar libremente para que sacara lo que llevaba por dentro, y al final le hizo las preguntas que consideraba más importantes.

—*A pesar de todo, la amas, ¿cierto?*

—*Más que a mi propia vida, Caro* —le confesó Lully sin dudarlo ni un instante.

—*¿Y piensas que ella también te ama o algo puede haber cambiado en lo que siente por tí?*

—*Yo juraría que me sigue queriendo igual, pero sus celos enfermizos e irracionales no me han permitido aclarar ni en lo más mínimo este asunto, y ya no tengo idea de cómo manejar las cosas, esto se me ha salido de las manos para convertirse en una pesadilla difícil de sobrellevar.*

—*Si Sophie te ama no se va a permitir perderte, estoy segura de que más pronto que tarde te buscará, si no lo está haciendo ahora mismo.*

—*No lo sé, ella es tan orgullosa...*

—*Ya lo verás, Lu, solo es cuestión de tiempo. Ha sido una buena cosa que hayas tomado distancia para dejarle sentir tu ausencia, estoy segura de que eso la hará recapacitar.*

—*¿Y si no lo hace?*

—*Si no lo hace vas a tener que ser fuerte y seguir adelante con tu vida, pero lo hará, créeme que lo hará* —afirmó Carolina con convicción tratando de darle ánimo sin perder objetividad, y sin profundizar más en esa conversación continuaron disfrutando de estar juntas en la casa del mar, relacionándose de la manera en que lo hacían desde niñas.

Una semana más tarde Lully llevó a Carolina hasta el aeropuerto, al despedirse se abrazaron amorosamente y ella le recordó, una vez más, cuánto le amaban todas en la familia.

—*Prométeme que te vas a dejar crecer el cabello* —le pidió afectuosamente.

—*Te lo prometo, Caro.*

—*Y prométeme que vas a guardar esa ridícula ropa de hombre que no te queda bien y te hace ver machuna!* —recalcó con una inmensa sonrisa.

—*Lo prometo, Caro, cuando me crezca un poco el cabello lo haré.*

—*Eres una persona maravillosa, Lu, no lo olvides.*

—*Te quiero mucho, Caro, espero verte pronto.*

—*Eso espero, Lu. Yo también te quiero.*

Después de dejar a Carolina, Lully regresó al apartamento del malecón Cisneros decidida a que, si

Sophie quería arreglar la situación y salvar su relación, tendría que buscarla y así fuera por una única vez en su vida, pedirle perdón.

El día en que Lully desapareció de la casa de Juliette en Buenos Aires Sophie se sintió aún más molesta porque en medio de sus confusos sentimientos creía que se había ido con Mike y su desasosiego era total, tanto que buscó entre la información que tenía a mano y encontró el número telefónico junto a su firma en los correos electrónicos que ella se había retransmitido desde el teléfono de Lully y lo marcó pensando en darle a ese sujeto un mensaje que le dejara en claro, de una vez por todas, lo que pensaba, haciendo la llamada más absurda de su vida.

Para su sorpresa, una vez que Mike se sintió interrogado sobre una supuesta relación de carácter íntimo con Lully, enfurecido, se despachó con la mayor rudeza imaginable.

—*Yo siempre supe que esa perra travesti no me podía traer nada bueno por más rica e inteligente que pareciera, pero caí como un tonto en su trampa porque pensé que podría plantearme algún negocio que valiera la pena. Pero óigame bien, señora, y dígame a ese degenerado que si se llega a aproximar a mi familia con alguna historia como esa me la va a pagar...*

Al escucharle hablar así Sophie quedó pasmada y, de repente, cayó en la cuenta de que Lully realmente no tenía nada que ver con ese sujeto, y que todo lo que le había dicho tratando infructuosamente de explicarle el asunto era verdad, y, de pronto, no entendió cómo había construido semejante embrollo sin darle ninguna credibilidad, pero su gran orgullo no le permitió reconocer que había cometido una absurda injusticia, un grave error.

Cuando repasó de nuevo los mensajes que había leído en el teléfono de Lully, con otros ojos, no encontró nada de lo que se había imaginado y cayó en la cuenta de que esos textos no reflejaban nada más que el interés de tratar diversos asuntos en la búsqueda de nuevas oportunidades de negocio para Matizz IBC.

Desde ese momento no volvió a trabajar, comenzó a llamar a todos sus conocidos para indagar sobre el paradero de Lully, pero ninguno tenía ni la menor idea y ella no aparecía por ninguna parte.

Un mes y medio después de su partida Juliette regresó a Buenos Aires feliz por haber sometido exitosamente ante el jurado su tesis doctoral y se encontró en su casa a Sophie sola en medio de ese extraño drama.

—*¿Que hiciste qué?* —le preguntó indignada, al oír su historia atropellada sobre la partida de Lully.

—*La traté mal porque se me ocurrió que tenía un enredo con un hombre.*

—*¿Lully con un hombre? Estás loca, ¿qué tan mal la trataste?*

—*Muy mal.*

—*Déjame entenderlo, de uno a diez.*

—*Nueve, ¡porque no la apuñalé!* —contestó ella explicándose claramente.

—*¿Nueve?*

Cuando eran estudiantes en Santiago, Sophie y Juliette habían desarrollado un código de comunicación personal con el que calificaban en una escala de uno a diez tanto a las personas como a las situaciones que se presentaban, la belleza de una mujer o de un hombre, el atuendo de alguien, el sabor de una comida o la gravedad de un problema, todo.

Sophie, que jamás había visto a Juliette molesta, por primera vez en su vida comenzó a sentirse

culpable por algo.

—*Cuéntame los detalles, ¿qué tan grave fue el asunto, Sophie?, ¿qué cosas le dijiste?*

—*Tantas como puedas imaginarte, le hice dormir en el cuarto de tu hermano durante el último mes sin determinarle para nada y el último día que la vi le dije que solo era un travesti... que no podía satisfacerme en la cama.*

A Juliette se le aguaron los ojos y no pudo terminar la conversación, le dio las buenas noches a Sophie con cierta distancia y cansada por la tensión de los días previos a su ponencia, el cambio de horario y el largo vuelo, se acostó y durmió de un solo tiro hasta la tarde del día siguiente.

Cuando finalmente se despertó, sentada en su cama tomó el teléfono móvil y le envió un mensaje a Lully.

«Hola, nena, ¿en dónde estás?», le preguntó, y aunque la respuesta se hizo esperar varios minutos, al final llegó.

«Hola, July, ¿ya llegaste a Buenos Aires?».

«Sí, y me encontré con estas noticias. ¿Cómo estás?».

«Yo estoy mejor, ¡hace unos días pensé que iba a saltar por una ventana!».

«Me lo imagino, ¿en dónde estás?».

«Lejos, prométeme que no le vas a contar a Sophie».

«Claro que no, estoy preocupada por ti».

«Estoy en Lima, acabo de regresar de pasar unos días en la casa del mar y ahora mismo estoy sola en el apartamento».

Juliette descansó al saber que todo estaba bien y continuó.

«¿Y qué estás pensando hacer?».

«No lo sé, por ahora solo voy a dejar que el tiempo pase».

«Me parece una buena estrategia, ¿te hace falta algo?».

«No te preocupes por mí, estoy en casa».

«Ok. Aquí ya te extrañan y veo que hay arrepentimiento».

«No va a ser fácil, se dijeron cosas duras».

«Ya lo sé, me lo contaron todo».

«No sé qué pensar».

«No pienses nada, los celos son una expresión rara del amor, pero son amor».

«Ni hablar».

«Cuídate mucho».

«Y, a propósito, ¿cómo te fue en París con tu tesis?»

«Pues mira que estás hablando con una doctora, ¡solo me falta asistir a la ceremonia de graduación!».

«Felicitaciones, ¡eso tenemos que celebrarlo!».

«Sí, gracias».

«Gracias a ti».

«Nos vemos pronto, te mando un beso».

Lully se sintió feliz de saber que Juliette había regresado a Buenos Aires y que todo le había salido bien, pero se emocionó aún más al leer que Sophie podría estar sintiendo algo de arrepentimiento.

El día siguiente Juliette viajó a Mendoza y a su regreso había concluido que la relación entre Sophie y Lully no tenía otro camino más que arreglarse, y que su papel en todo eso sería hacer sentir tan culpable a su amiga como le fuera posible para que recapacitara y pidiera perdón por todas las cosas estúpidas que había dicho y hecho, porque aun amando a Sophie como lo hacía, había llegado a querer a Lully más allá de lo imaginable.

Cuando Juliette le dejó saber que Lully se encontraba en Lima habían pasado quince días desde su partida y unas horas más tarde, mientras que Sophie volaba para ir a buscarla, un mensaje de texto llegó al teléfono de Lully.

«Tu amor vuela en AA», le informaba escuetamente.

«Has roto tu promesa».

«No te imaginas cuántas promesas he roto en la vida, nena. Dale a nuestro amor una buena bienvenida. Te amo».

«Je, je. Yo también te amo».

Un camino de pétalos de rosa recorría el piso de mármol travertino desde la puerta del apartamento hasta el comedor y al verlo un escalofrío recorrió la espalda de Sophie, que pensó que esa bienvenida podría ser para alguien más y con el alma en la mano lo siguió hasta encontrar que la mesa estaba arreglada para una cena romántica.

Estaba ahí parada sin saber qué pensar cuando Lully salió de la cocina y ella no la reconoció hasta que la tuvo prácticamente a un paso de distancia.

—*Bienvenida, te estaba esperando* —le dijo tímidamente Lully algo prevenida por el trato que Sophie le había venido dando desde que comenzó el problema.

—*Te ves diferente.*

—*Estoy diferente, Sophie.*

—*Eso veo, me gustaba tu cabello largo.*

—*A mí me gustaba cuando confiabas en mí.*

—*Es tu culpa, me has provocado con ese tal Mike.*

Al escucharla Lully no pudo darle una respuesta, solo se limitó a darle un beso en la frente.

—*¿Estás bien?*

—*Sí, aunque no he dormido mucho últimamente.*

—*Entonces descansa y mañana hablamos...* —le propuso decepcionada porque esas palabras mostraban que el conflicto solo había cambiado de escenario, superando toda su capacidad para manejar la situación y ella, como lo había dejado en claro el día en que salió de la casa de Juliette en Buenos Aires para refugiarse en su apartamento de Lima, no deseaba continuar viviendo en medio de esa destructiva confrontación sin sentido.

Ausencia

Lully se levantó muy temprano esa mañana, recogió los pétalos que había esparcido sobre el piso para darle la bienvenida a Sophie, arrojó en el lavaplatos el contenido de las copas de vino que continuaban servidas sobre la mesa y se preparó una taza de cereal que tomó sentada en la terraza mirando hacia el mar que a esa hora no se distinguía entre la bruma que lo envolvía todo.

Estaba en medio de una encrucijada, de una trampa maligna construida enteramente por la mente de Sophie y ya no estaba segura de si el daño que todo eso había ocasionado en su relación podría ser reparado, pero peor aún, veía que su compañera no tenía la intención de hacerlo, y llevada por el impulso de huir de esa absurda situación se vistió y salió del apartamento con sus ojos grises aguados escondidos detrás de unos grandes anteojos de sol y una gorra deportiva con el logo de Matiz IBC.

Cuando se paró sobre la acera del malecón Cisneros no tenía idea de hacia dónde dirigirse, así que cruzó la calle y comenzó a caminar por el costado del Parque del Amor con el único propósito de alejarse, después de unos cuantos minutos se sentó a pensar frente al Faro de la Marina, pero sin poder llegar a ninguna conclusión avanzó hacia el norte siguiendo la forma sinuosa del malecón hasta el Parque de los Niños, tomó el malecón de la Marina a un lado del parque María Reiche con el homenaje a su extraordinaria investigación sobre las líneas de Nazca, y siguió adelante hasta el Coliseo Manuel Bonilla para avanzar por la avenida Pérez Aranibar que recorrió completamente hasta que se convirtió en la avenida del Ejército, y tomando la bajada Brasil cruzó por el puente peatonal sobre el Circuito de Playas para continuar caminando sin destino hacia el norte.

La bruma desaparecía paulatinamente dejando al descubriendo un día particularmente azul y soleado. En contraste, nada en la mente de Lully estaba claro, excepto que no quería volver a enfrentarse con Sophie, así que continuó avanzando junto a la Costanera.

El entorno urbano en que se movía iba haciéndose cada vez menos atractivo y poco a poco se adentraba en una zona desconocida, pero nada le importaba, así que continuó andando sin prisa con el océano Pacífico a su izquierda y el Callao a su derecha hasta llegar a un punto en donde literalmente se terminó la calle y tuvo que caminar sobre la playa para no meterse entre esa barrida desconocida, un trayecto que finalmente la condujo al caer la noche hasta la avenida Miguel Grau por la que ingresó con los pies adoloridos al distrito de La Punta, llegando finalmente a la plaza Matriz, un lugar en el que nunca antes había estado.

Desde el momento en que salió de su apartamento habían pasado cerca de diez horas en las que no había comido ni bebido nada, y cuando se sentó en una banca de la plaza los pies le palpitaban, las rodillas le dolían, la cara le ardía, estaba exhausta y cayó en la cuenta de que no llevaba consigo su billetera ni su teléfono móvil.

Entraba la noche y extrañamente aislada de su mundo se sintió indefensa en ese entorno desconocido en donde el cansancio la venció.

Sin su cabello largo y demasiado delgada por la pérdida de peso que había venido sufriendo desde el inicio de ese absurdo conflicto, aunque con una bella presencia a pesar del estado en que se encontraba, la imagen de Lully dormida sobre una banca de la plaza era un asunto que no pasaba desapercibido para quienes transitaban por ahí.

Varias horas más tarde alguien le tocó el hombro para despertarla.

—*Hola, ¿te encuentras bien?* —le preguntó un hombre canoso de unos sesenta años con aspecto amable.

Lully, completamente desubicada, se sentó en la banca para mirarlo sin entender de momento la situación. Su confusión era total y no supo qué responder.

—*Tengo mucha sed, ¿qué hora es?* —le preguntó al hombre que parecía genuinamente interesado en ayudarla.

—*Son más de las nueve de la noche y no es una buena idea dormir en el parque, deberías irte para tu casa.*

—*Esta noche no tengo casa, no tengo nada... solo... siento una sed terrible* —fue lo único que atinó a decir Lully en medio de su desconcierto, mientras que aquel hombre la miraba sorprendido y movido por el estado en que la veía y la corazonada de que debía ayudarla, le ofreció un lugar para dormir, advirtiéndole que sería solo por esa noche.

Extremadamente cansada ella lo siguió hasta una villa en la esquina de la plaza, una casa grande fuera de contexto en donde se bebió de un solo sorbo la soda que le ofreció y aceptó pasar la noche en un pequeño espacio espartano detrás de la cocina apenas dotado con una cama sencilla en la que cayó profundamente dormida de inmediato, mientras que ese buen samaritano la observaba tratando de descifrar lo que podría estarle ocurriendo, porque no le parecía que fuera alguien en condiciones de mendicidad, ni una adicta, sino una persona que estaba pasando por un problema serio.

A medida que pasaban las horas sin que Lully regresara, Sophie entraba en pánico, había notado que no había llevado nada consigo, de modo que andaba por ahí sin su identificación, había dejado su tarjeta de crédito, no llevaba dinero y tampoco su teléfono móvil, pues todo lo había dejado junto a la cama del cuarto de huéspedes del apartamento en la que había pasado la noche. En esas condiciones, era de esperarse que no se demorara mucho en regresar, pero no fue así.

Llegada la noche llamó preocupada a Daniel para pedirle su apoyo y él no tardó en llegar para entender lo que estaba ocurriendo, y entonces se puso en contacto con el jefe de seguridad del grupo empresarial de su familia, un general en retiro de la policía de Lima a quien le comentó el caso.

El general recomendó que esperaran cuarenta y ocho horas antes de presentar formalmente una denuncia para que le tomaran en serio y, por lo pronto, buscarla entre sus conocidos, porque si la relación con su pareja no andaba bien, explicó, probablemente se trataría de una ausencia voluntaria y no necesariamente estaba comprometida su seguridad.

Cuando Lully se despertó en la pequeña habitación detrás de la cocina de aquella villa ya había amanecido, hacía calor, tenía fiebre, le dolían las piernas y sus pies estaban horriblemente maltratados. Instintivamente, tomó una ducha y un fuerte escalofrío sacudió su cuerpo, se sentía más débil que nunca, pero, aun así, salió de esa habitación con la intención de despedirse de su protector y marcharse,

no sin antes agradecerle el gesto caritativo de haberle recibido en su casa para pasar la noche sin conocerla.

El hombre preparaba algo en la cocina y al verla a la luz del día, a pesar de las ojeras y el lamentable estado de su piel quemada por el sol, quedó impresionado con su belleza, y verdaderamente preocupado por su estado de salud le hizo saber que podía acompañarle a desayunar para tomar fuerzas antes de marcharse y Lully, que se sentía hambrienta y no tenía ningún plan en su mente, aceptó el ofrecimiento y se sentó a desayunar con él.

—*No te veías bien anoche cuando te encontré dormida en esa banca del parque y créeme que puede ser peligroso dormir ahí sola, además, en la madrugada hace frío* —le explicó.

—*Estaba tan cansada que me quedé dormida sin darme cuenta, pero tienes mucha razón, no sabes lo agradecida que me siento.*

—*Yo vivo en esta casa, me llamo Arturo y anoche regresaba de la reunión mensual del Club de Regatas cuando te vi dormida sobre aquella banca.*

—*Me da mucho gusto conocerte, yo me llamo Lully y llegué caminando desde Miraflores* —le contó ella tratando de explicarle de alguna manera su lamentable estado.

—*Es una larga caminata, ¿en qué estabas pensando?* —le preguntó el sorprendido.

—*Huía de la imaginación de Sophie.*

—*¿La imaginación de Sophie?*

—*Sí...* —Lully no supo cómo explicarse con Arturo, quien afablemente la interrumpió.

—*No te preocupes... ¿descansaste bien?*

—*Sí, pero me parece que tengo fiebre y mis pies están en mal estado.*

—*Déjame verte.*

Arturo puso su mano sobre la frente de Lully y después se inclinó para observar las ampollas que le habían salido en los pies y las peladuras que los zapatos le habían causado en los talones durante su larga caminata.

—*Sí, veo que estás en mal estado y vas a necesitar algunas curaciones antes de seguir con tu loca huida. La imaginación de tu Sophie debe ser terrible* —concluyó, pensando que ese comentario era algo que no acababa de entender.

—*Lo es, créeme.*

—*Yo tengo que salir, pero la verdad es que no te veo bien y por alguna razón siento que puedo confiar en ti. Si quieres, puedes descansar un poco más, duermes que yo regresaré hacia el medio día para ver que te encuentres mejor antes de marcharte.*

Lully no dudó en aceptar esa extraordinaria hospitalidad porque se sentía muy mal.

—*¡Muchas gracias, Arturo!* —fue lo único que pudo decir.

Arturo había nacido y crecido en el distrito de La Punta en esa villa heredada por dos generaciones de donde solo había salido algunos años después de terminar sus estudios universitarios para especializarse en Italia, y había regresado para acompañar a sus padres ya mayores que fallecieron pocos años después.

Él se había casado cerca de los cuarenta y cinco años, pero su esposa, varios años más joven, a quien amaba profundamente, le había dejado. No tuvieron hijos y un buen día simplemente se fue con un

navegante, un explorador que atracó su gran velero en la marina de La Punta, pero antes de irse para siempre se justificó diciéndole que estaba aburrida de vivir en esa enorme casa rodeada de una historia familiar que no era la suya, que se iba a conocer el mundo, y Arturo, que era un hombre sencillo, se quedó esperando a que el mar se la devolviera, algo que hasta entonces no había ocurrido.

Apenas su protector salió de la casa, Lully volvió a la cama y continuó durmiendo. En el estado febril en que se encontraba temblaba y sudaba copiosamente inmersa en una sucesión de sueños desagradables en los que buscaba a Sophie en algún lugar oscuro sin poderla encontrar. Cuando se despertó nuevamente era el medio día y Arturo entraba a la pequeña habitación acompañado por un hombre enorme con unos anteojos de marco redondo que cargaba un clásico maletín de médico.

—*Veo que has dormido, eso está bien, yo me he tomado el atrevimiento de traer a este gran amigo que es el médico de la base, me gustaría que te ayudara con esas curaciones y de paso que te dé un vistazo* —le informó haciendo seguir al doctor.

Y Lully aceptó agradecida, porque en ese momento se sentía realmente enferma.

Cuando Arturo se retiró para dejarlos a solas, el médico se sentó en la silla a un lado de la cama y comenzó a hacerle el interrogatorio de rigor.

—*¿Cómo te llamas?*

—*Lully, Lully Jacobsen* —respondió ella con un lánguido orgullo.

Hacía un par de años que había logrado cambiar su nombre y, aunque las leyes no le permitían modificar su género en los documentos de identidad, ahora, legalmente, se llamaba Lully Jacobsen.

—*¿Qué edad tienes?*

—*Cuarenta y cuatro años.*

—*¿Cuánto mides?*

—*Un metro con setenta y tres centímetros.*

—*¿A qué te dedicas?*

—*Soy abogada y tengo algunos negocios.*

—*¿Has tomado alguna droga no prescrita?* —indagó el galeno pensando que la situación en que su paciente se encontraba podría ser producto del uso de alguna droga ilícita.

—*No, doctor, yo no he consumido ninguna droga.*

—*¿Ingeriste alcohol ayer?*

—*No, doctor, yo tomo poco alcohol y nunca lo hago cuando estoy sola.*

—*¿Cuánto estás pesando?*

—*Después del tratamiento me estabilicé en sesenta y nueve kilos, aunque el último mes he bajado un poco.*

—*¿A qué tratamiento te refieres?*

—*A un tratamiento de reemplazo hormonal.*

—*¿Prescrito o autoformulado?* —le preguntó mirándola con detenimiento por encima de sus pequeños anteojos.

—*Prescrito por el doctor Aguirre, mi endocrinólogo.*

—*¿Acaso estás buscando una reasignación de sexo?*

—*No, doctor, eso no me interesa, solo quería un cambio de apariencia.*

—*Y en verdad, el cambio es notable* —le confirmó el doctor sin salir de su asombro—. *¿Sufres de alguna enfermedad?*

—*No, doctor, he sido bastante sana toda la vida.*

—*¿Y cómo te sientes ahora?*

—*Muy débil.*

—*¿Desde cuándo te sientes mal?*

—*Desde que desperté esta mañana, aunque anoche me sentía extremadamente cansada y adolorida.*

—*¿Has estado sometida a alguna situación particular de estrés físico o emocional en los últimos días?*

—*Ayer caminé desde Miraflores hasta aquí huyendo de mis problemas.*

—*Vaya, esa es una caminata larga y más ayer, que curiosamente no hubo bruma. ¿Está bien si te examino?*

—*Adelante, doctor, por favor, hágalo.*

—*Bien, comencemos por revisar algo que me parece que está un poco fuera de parámetros.*

El doctor le entregó a Lully un termómetro que sacó de su maletín, le pidió que se lo pusiera bajo la lengua y salió a buscar a Arturo para preguntarle por una báscula, afortunadamente, él tenía una en el baño de su habitación.

—*Por favor, pésate en ropa interior* —le pidió colocando la báscula en el piso y asegurándose de que la aguja señalara el cero.

En ese momento Lully no tenía más preocupaciones que su salud y obedeciendo las instrucciones se quitó los pantalones, se paró en ropa interior sobre la báscula y después dejó que el doctor le hiciera un examen físico completo recostada en la cama.

Ardía de fiebre cuando escuchó el dictamen del médico.

—*Tu temperatura está sobre los treinta y nueve grados, eso es una fiebre alta, tenemos que bajarla de inmediato. Si tu estatura es de uno con setenta y tres y estás pesando los sesenta kilos que nos muestra esta báscula, estás baja de peso, además, te encuentras deshidratada y con signos de insolación, lo que explica por qué te sientes tan mal. Por lo demás, no parece que tengas ningún otro problema, tu corazón y tus pulmones se oyen bien. Por favor, toma de inmediato una ducha con agua fría y al terminar no te seques.*

Después de darle su opinión profesional el doctor sacó de su maletín una tira de analgésicos y le indicó que debería comenzar a tomar dos pastillas cada ocho horas, hasta que cediera la fiebre, le hizo curaciones en los pies con sus enormes y bondadosas manos y al final se tomó el tiempo necesario para escribir una larga fórmula, recomendándole tomar muchos líquidos y permanecer en recuperación durante al menos cinco días sin exponerse al sol ni hacer esfuerzo físico, y antes de retirarse de la habitación se volvió para hacerle una pregunta.

—*¿Arturo sabe que no eres una mujer?*

—*No, solo le conté que tenía una compañera.*

—*¿Tienes una compañera?, ¿una mujer?* —le preguntó.

—*Sí, y hasta hace poco éramos felices.*

—*Bueno, ¿de todo se ve en la viña del señor!*

—*Mira, yo no te voy a juzgar, pero debes darle la oportunidad a Arturo de decidir si te sigue acogiendo al conocer la verdad sobre tu condición de género, ¿no lo crees?*

—*Sí, doctor, tiene toda la razón, él es un ángel* —aceptó Lully.

Antes de irse el doctor habló con Arturo para informarle sobre el estado en que había encontrado a su protegida y le recomendó tener una charla con ella, pero no le adelantó nada y se marchó despidiéndose con calidez.

Lully quería que la tierra se la tragara, pero se sentía débil, sabía que necesitaba ayuda y el único número telefónico que tenía en su memoria era el de su madre en Caracas, porque los números telefónicos de las demás personas que conocía, incluido el de Sophie, estaban solo en la memoria de su teléfono móvil y lo último que hubiera querido era preocupar a Alicia.

—Déjame ver la fórmula —le pidió Arturo apenas el doctor se marchó y la invitó a almorzar en la cocina.

Tomaron un caldo de pescado que Arturo había traído desde el restaurante de la marina y lo hicieron rápidamente porque él parecía tener algo urgente que hacer, pero antes de salir le preguntó.

—*¿Te gusta la música?*

—*Me encanta, Arturo.*

—*¿Y qué es lo que más te gusta escuchar?*

—*La música clásica.*

—*¿Algo en especial?*

—*Hay dos piezas que al escucharlas me hacen sentir que todo es posible.*

—*No me digas, ¿y cuáles son?* —indagó Arturo gratamente sorprendido y levantando su ceja izquierda en un gesto automático que le caracterizaba cuando algo llamaba poderosamente su atención.

—*La primera es la sonata Claro de Luna.*

—*¿Y la segunda?*

—*La obertura del poema sinfónico Así habló Zaratustra, que me hace poner la piel de gallina.*

—*Ahora estoy totalmente convencido de que yo tenía que rescatarte.*

—*¿Por qué lo dices?*

—*Porque la primera me muestra que eres una persona sensible frente al dolor y las necesidades de los demás, y apreciar la segunda no es para cualquiera, me hace pensar en la humildad y el asombro que las personas verdaderamente brillantes sienten frente a lo desconocido. Si te aburres puedes utilizar el tornamesa en mi estudio y allí mismo encontrarás discos que con seguridad te van a gustar.*

Cuando Arturo salió de la casa y siguiendo las indicaciones del doctor, Lully tomó una ducha, pero al hacerlo su cuerpo reaccionó rechazando los alimentos que acababa de ingerir y lo vomitó todo arrodillada en el piso junto al inodoro de ese baño austero y desconocido en donde se sintió perdida y más infeliz que nunca antes en toda su vida.

Arturo volvió solo quince minutos más tarde trayendo un par de bolsas llenas con los medicamentos que el doctor le había prescrito a Lully y las dejó en la cocina a su alcance, al lado de la fórmula, antes de retirarse cautelosamente cuando la escuchó llorar encerrada en el baño, y esa noche al regresar de la marina la invitó a acomodarse en una de las habitaciones espaciales y más frescas del segundo piso de su casa, sacó una pijama limpia del *closet* en que aún guardaba las cosas que había

dejado su esposa y se la ofreció para que pudiera dormir más cómodamente y le dejó descansar sin importunarle con su presencia.

A la mañana siguiente la fiebre había cedido, la hidratación comenzaba a surtir efecto y un poco más fuerte Lully pasó el día husmeando entre la colección de discos de Arturo que no era tan grande, comparada con la del hermano Aguirre, pero allí estaban los grandes maestros en antiguos acetatos bien conservados que escuchó durante horas.

El viernes en la noche, sintiéndose mejor, Lully se decidió a hablar con Arturo sobre su condición de género, como se lo había pedido el doctor.

—*No sabes lo agradecida que estoy, si no me hubieras rescatado habría muerto.*

—*No es para tanto, pero sí, estabas en mal estado, afortunadamente, ahora te veo mejor.*

—*Gracias, Arturo y... ahora debo hacerle caso al buen doctor y contarte algo importante.*

—*¿Qué puede ser tan importante?*

—*Bueno, no sé cómo comenzar, mira, yo no he querido abusar de tu hospitalidad, estoy segura de que eres una de las mejores personas que he conocido en toda mi vida y en estos días en los que me he sentido apaleada como un perro y necesitando ayuda, tú, sin ninguna razón y generosamente, me la has dado toda.*

—*No le des tanto rodeo, me muero de la curiosidad por saber qué fue lo que el doctor te pidió que me contaras, niña.*

—*Que no soy biológicamente una mujer.*

—*¿Cómo?*

—*Sí, que soy una mujer transgénero.*

—*¿Una qué?*

—*Alguien que pertenece al sexo masculino pero que se identifica como mujer* —le confesó haciendo un esfuerzo por explicar lo más sencillamente que pudo su condición.

Al escucharla, Arturo la miró en silencio con detenimiento y pensó que esa historia era difícil de creer.

—*Debe ser difícil para ti* —fue lo único que se le ocurrió decirle con la bondad que lo caracterizaba.

—*Lo fue, no te imaginas.*

—*Estoy seguro, porque las personas tendemos a rechazar todo lo que no comprendemos* —comentó Arturo dejándole saber que rechazarle por esa razón estaba lejos su manera de ver la vida.

—*Lo más triste es que las personas tienden a rechazar más duramente aquello que no aceptan de sí mismas* —concluyó Lully.

Arturo era un ser humano bueno hasta la médula de sus huesos y había pensado que, si alguien había llegado a su vida de esa manera, era porque debía ofrecerle su ayuda sin esperar ninguna retribución.

—*No lo había intuido, porque francamente tú pareces mujer y no cualquier mujer, pero para mí lo importante es que me has hecho sentir útil y, además, estoy seguro de que eres una buena persona, y haber podido ayudarte en este momento difícil es todo lo que cuenta.*

—*Gracias, Arturo, yo jamás lo olvidaré.*

—No me des las gracias, descansa que pronto tendrás que regresar de nuevo a tu vida, y, a propósito, ¿tienes cómo volver hasta Miraflores o has pensado hacerlo caminando? —bromeó.

Lully cayó en la cuenta en ese instante de que llevaba varios días por fuera de su casa sin su teléfono y sin dinero, pero nada le había hecho falta.

—No, Arturo, no tengo cómo comunicarme con nadie y la verdad es que llegué hasta aquí sin un centavo entre los bolsillos —le confirmó apenada.

—No te preocupes, hace un mes que no saco mi coche y ya es hora de darle un paseo —afirmó Arturo antes de darle las buenas noches e irse a dormir.

En el apartamento de Miraflores la situación era caótica, la policía había montado un equipo especial para contestar al teléfono en caso de que alguien llamara pidiendo rescate, Sophie, apoyada por Silvia, no podía manejar la angustia que sentía y la búsqueda de Lully, que hasta ese momento se había mantenido en prudente reserva, se comenzaba a desplegar en los medios de comunicación.

Transcurridos seis días desde el momento en que Lully había salido para caminar sin rumbo, esa mañana por fin se sentía completamente recuperada, y aunque la actividad en la marina de La Punta se intensificaba los fines de semana cuando los dueños de las embarcaciones tenían el tiempo libre para navegar, Arturo organizó sus cosas para volver a casa justo al caer la noche porque quería invitar a cenar a su protegida para despedirse.

—Me encantaría, Arturo, pero apenas hoy he lavado la ropa que traía puesta y aún no se ha secado —le explicó Lully agradecida, enfundada en la pijama que él amablemente le había prestado.

Entonces, Arturo le pidió que escogiera lo que quisiera en el *closet* de la habitación en que se estaba alojando, en donde perfectamente organizada, como si continuara viviendo en la casa, estaban las cosas que su esposa había dejado varios años antes, todo lo que no se pudo llevar en la pequeña maleta que subió a bordo del velero en que se marchó para siempre.

Incómoda, pero sin alternativa, Lully buscó y rebuscó en el guardarropa de la esposa de Arturo hasta encontrar un sencillo vestido blanco de algodón y unas sandalias, lo mínimo que podría necesitar para salir a cenar, y cuando terminó de arreglarse se miró en el espejo y vio la expresión de su cara recuperada por los cuidados recibidos, aunque maltratada por el sol que le había quemado la piel durante aquella larga caminata, y cayó en la cuenta de que el cabello le había crecido de una manera inusualmente rápida durante las últimas semanas.

El restaurante al que Arturo invitó a Lully no estaba muy lejos de su casa, era un gran kiosco de madera que se adentraba unos metros en el mar con una vista fantástica de la isla de San Lorenzo que irrumpía sobre el horizonte del mar chalaco.

—Gracias por aceptar mi invitación —le dijo Arturo cuando estuvieron sentados en la mesa frente a una copa de vino.

—Todo lo contrario, Arturo, tu hospitalidad no tiene límites y este es un sitio precioso, muchas gracias por invitarme.

—Siempre he pensado que este es un lugar hermoso, pero hace varios años que no venía, me trae recuerdos que me hacen sentir solitario.

—¿Te sientes solo?

—No acabo de acostumbrarme a su ausencia.

—¿Qué ocurrió con ella?

—Nada, no pasó nada, ese fue el problema, nuestra vida era tranquila, pero un buen día apareció un aventurero, tú sabes, un tipo como sacado de una película y mi mujer se fue detrás de él, eso fue todo.

—Lo siento mucho, Arturo.

—Pasan los años y yo sigo pensando en ella cada día, es difícil, ¿sabes?

—¿No crees que ya es hora de olvidarla y dejarla ir para volver a hacer tu vida?

—Eso es fácil de decir, pero no es fácil de hacer, además, estoy poniéndome viejo.

—Tú no estás viejo, Arturo, en absoluto, y algunos cambios te vendrían muy bien, solo tienes que salir de la rutina y aventurar un poco.

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no lo crees?

—Nunca es tarde para eso, siempre que tengas buena salud.

—Además, no sabría qué hacer, tal vez embarcarme e irme a buscarla.

—O tal vez quedarte y buscarte a ti mismo para construir una nueva vida con alguien que en verdad te ame y te haga feliz.

—Querida Lully, yo ya no entiendo bien lo que eso significa.

—Es hacer lo que siempre quisiste, Arturo, cuéntame con qué soñabas cuando eras joven.

—Cuando me gradué en la Facultad de Administración yo quería ser un gran empresario o el ejecutivo de una importante compañía multinacional, quería viajar por el mundo haciendo negocios, y por eso fui a hacer una especialización en Milano, pero volví y aquí me tienes, administrando la marina.

—¿Y crees que vivir como lo soñaste te haría más feliz?

—Ahora ya no lo sé, en mi vida todo está bien, siempre lo he tenido todo, solo ella me falta.

—Te entiendo, a veces el amor duele.

—El amor duele siempre, Lully, pero ahora cuéntame tu historia.

—La mía es una historia diferente, mi madre me crio sola y con mucho esfuerzo, durante mi niñez y mi juventud tuve apenas lo necesario y cuando finalmente construí algo trabajando con entusiasmo, lo que menos esperaba ocurrió en mi país y todo se deshizo en medio del caos, perdí el rumbo, mi nave naufragó, Arturo, y fue entonces cuando llegué a Lima para buscar cómo ganarme la vida y aquí la conocí.

—Ella es otra mujer... ¿cómo se dice?

—No, Arturo, cierra tus ojos y piensa en la mujer más hermosa que te puedas llegar a imaginar..., esa es Sophie.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué te encontré durmiendo en una banca de la plaza Matriz el domingo pasado en la oscuridad de la noche?

—Porque estaba huyendo de aquello en lo que se convierte cuando siente celos.

—No te entiendo, ojalá Laura hubiera sentido celos alguna vez, eso me hubiera demostrado que me amaba.

—Eso me dijo una amiga, que los celos son una expresión rara del amor, pero que son amor.

—Eso es seguro, mi esposa nunca sintió celos conmigo.

—Pero no, Arturo, los celos son una enfermedad, una distorsión de la realidad, un monstruo irracional que se traga la confianza, y la felicidad se acaba cuando tu pareja sin ninguna razón válida

deja de confiar en ti.

—Y... ¿ella dejó de confiar en ti?

—Completamente, Arturo, se hizo a una idea, creó una versión de la realidad, la aceptó como si fuera cierta y convencida de su invención me acusó sin contemplaciones de algo que no sucedía, los celos la ciegan y ahora mismo no escucha razones, no le valen explicaciones y está absolutamente convencida de que le he faltado cuando en verdad ni lo he pensado y no se me ocurriría hacerlo, porque para mí ella es incomparable y la amo.

—Te entiendo, pero al menos no ha sido ella la que se ha ido... —le hizo notar Arturo.

—Es cierto, fui yo quien salió huyendo de esa persona desconocida que encontré adentro de ella.

—Todos tenemos cosas por dentro que son desconocidas para los demás, para nuestras parejas y aun para nosotros mismos, Lully, si la amas debes volver a su lado y arreglar este asunto, ese problema imaginario, o te pasa por la cabeza la idea terminar tu vida como lo hago yo, en la soledad de una casa tan grande y vacía.

Al volver a su casa esa noche Arturo invitó a Lully a su estudio.

—Veo que te gusta la buena música, eso me habla bien de ti, ¿has escuchado la ópera?

—No, Arturo, mi maestro musical era un erudito en los grandes compositores, pero la ópera no era su expresión favorita y yo no...

—Quiero que escuches bien esta obra, la lírica, como en casi todas las óperas, está en italiano, te la voy a ir traduciendo para que la entiendas, pero quiero que después de eso la vuelvas a escuchar sin interrupciones.

Lully miraba a Arturo pensando que ese era un hombre noble, generoso y bueno, como pocos, al igual que el hermano Miguel.

—Es un aria de Turandot, una obra de Giacomo Puccini que me parece maravillosa, es mi regalo para ti antes de tu partida, se llama «Nessun Dorma».

—Como diría mi madre, soy toda oídos —le dijo Lully mirándole con una expresión encantadora y Arturo sonrió dejando caer suavemente la aguja de su tornamesa sobre el acetato y con los ojos cerrados ella comenzó a reconocer cada uno de los instrumentos de la orquesta, hasta que la impactante voz del tenor entonó su aria y como se lo había prometido, Arturo le fue traduciendo cada frase.

Cuando la pieza terminó Arturo volvió a colocar la aguja al comienzo de la pista y subió el volumen de su equipo de sonido, el único aparato moderno en esa antigua casa y ambos la escucharon con los ojos cerrados.

—¿Qué opinas? —preguntó con la emoción que esa composición le causaba cada vez que la escuchaba.

—¡Que el amor vencerá, Arturo! ¿En dónde aprendiste a hablar el italiano?

—Como te conté, pasé algunos años en Milano especializándome en Gerencia de la Innovación e hice mi tesis de grado en logística. Allí aprendí a hablar en italiano.

—¿Logística?

—Sí, es una mezcla entre oficio y arte que se originó en la necesidad de apoyar con alimentos, medicinas y pertrechos los ejércitos que iban a la guerra en la antigüedad y que ahora, con una óptica

empresarial, permite que los buenos negocios puedan crecer y expandirse sin dejar de ser competitivos y rentables.

—Ya veo...

En un instante Lully pensó que lo que fuera que le había llevado hasta ese lugar lo había hecho para que pudiera conocer a Arturo.

—Pero volviste.

—Regresé porque mis padres estaban ancianos y necesitaban de mi compañía, yo fui hijo único, ¿sabes?

—Pero qué coincidencia, Arturo, yo también lo soy.

Compartieron ese momento alrededor de la ópera y se fueron a dormir cerca de la media noche.

Lully no lograba conciliar el sueño pensando atormentada que en algún momento de su vida ella también había abandonado a alguien que amaba y le amaba, solo por considerar que su vida sería mejor en otro escenario y, por primera vez, se permitió sentir el dolor que le había causado alejarse de Veruska y lloró amargamente, a pesar de entender que todo en su vida se habría desenvuelto de una manera diferente y muy limitada si se hubiera quedado a su lado. «Fue injusto, pero dejarla era mi destino», pensó antes de quedarse dormida.

Había transcurrido una semana desde la misteriosa desaparición de Lully sin dejar el menor rastro y la noticia con su fotografía aparecía ese domingo en los principales medios de comunicación del país.

Esa mañana ella se despertó sintiéndose totalmente recuperada y Arturo, que se había tomado el día libre, la invitó a la cochera de su casa en donde al retirar la lona protectora descubrió un precioso MG deportivo modelo de 1952, un pequeño convertible de color rojo con la capota negra, una verdadera joya que había pertenecido a su abuelo y después a su padre, como la casa en que vivía y que, como todo en ese lugar, se mantenía impecable.

Darle arranque manualmente a ese coche con una palanca era todo un rito para Arturo, que tuvo que girarla en varias ocasiones antes de lograr que el motor permaneciera encendido, y una vez que lo logró ambos se subieron al coche y salieron con rumbo a Miraflores.

Sentir el viento agitando su cabello corto mientras que avanzaban en el MG de Arturo con la capota recogida le permitió acabar de entender que todo lo que le estaba pasando en ese momento de su vida era una solemne tontería, algo que debía esfumarse de la misma forma como había desaparecido su malestar gracias a la hospitalidad y los cuidados de Arturo, y cuando él estacionó el coche en la esquina de la avenida Italia a un costado del edificio, Lully, infinitamente agradecida, le estampó un beso en la mejilla que él no intentó evitar, y entonces se bajó del coche prometiéndole que nunca olvidaría lo que le había enseñado y él, simplemente, se marchó satisfecho por haber hecho una buena obra.

La alegría que traía Lully se aplacó al entrar al edificio cuando la abordaron un policía, un periodista y un fotógrafo, que por fortuna se habían perdido de su glamorosa llegada a bordo del coche de Arturo y le informaron brevemente sobre el operativo que se desplegaba para buscarle.

Para la prensa y para la policía local Lully debería estar muerta y la noticia se comenzaba a esparcir sin control en los medios de comunicación, algo que con seguridad iba a afectar el valor de las acciones de Matizz IBC en las bolsas de valores del cono sur.

Mientras tanto, Arturo regresó a su casa en el distrito de La Punta tratando de poner en orden sus ideas, nunca antes había conocido a alguien como Lully, y normalmente se habría alejado de cualquier persona que no tuviera una clara identificación con su sexo biológico, pero haber tenido la oportunidad de rescatarla en el estado en que se encontraba y cuidarla hasta verla recuperada le había generado sentimientos paternalistas que se habían acentuado al conocer la dulzura de su comportamiento, su gusto por la música clásica y la inteligencia de sus conversaciones.

En La Punta, su amigo, el buen doctor, le esperaba paseándose impacientemente frente a la puerta de la villa y con gran excitación le pidió que entraran para ver las noticias en que una presentadora haciendo cara de preocupación leía su nota.

«Lully Jacobsen, la exitosa empresaria venezolana fundadora del prestigioso holding Jacobsen Meyer & Asociados y del emporio Matizz IBC, ha desaparecido desde hace varios días de su apartamento en Miraflores, las autoridades temen lo peor y han desplegado un gran operativo para dar con su paradero».

Entonces, Arturo miró sorprendido a su amigo, subió hasta la habitación en que había alojado a Lully durante los últimos días y regresó trayendo entre sus manos la gorra deportiva que ella había dejado intencionalmente sobre la cama en la que se veía claramente escrito en letras bordadas el nombre de su emprendimiento: Matizz IBC.

Reencuentro

Evadiendo las preguntas que atropelladamente le formulaba el periodista, Lully tomó el ascensor acompañada por un policía y entró a su apartamento temerosa de enfrentar su reencuentro con Sophie.

El cuadro era deprimente, todo estaba en desorden porque en el lugar se había instalado un grupo de policías con equipos de interceptación de llamadas y Sophie, que llevaba varios días sin dormir, no salía del estupor que le ocasionaba la incierta ausencia de Lully, y al verla corrió para abrazarla estrechamente, incapaz de modular palabras durante varios minutos.

En pocos días Sophie parecía haber envejecido varios años y eso le dolió a Lully, que le correspondió el abrazo y los besos que le daba con el sentimiento de felicidad más profundo que hubiera experimentado en toda su vida.

Esa misma noche habló con su madre que, acompañada por la tía Sara y sus primas, se morían de la angustia en Caracas, y con la ayuda de Silvia escribió un breve comunicado para explicar la situación y dar tranquilidad a los inversionistas, agradeciendo a todas las personas que habían manifestado su preocupación y solidaridad.

«Pensando en algunos asuntos personales caminé hacia el norte, alejándome de mi casa y no me di cuenta de cuán lejos lo hice hasta que entrada la noche me quedé dormida en la banca de un parque desconocido para mí.

El sol, la brisa y la distancia recorrida me causaron una insolación que me mantuvo enferma durante varios días, afortunadamente, un ángel protector me acogió en su casa y me hizo ver a un médico hasta que me sentí fuerte de nuevo para regresar junto a Sophie.

Todo el tiempo he estado a salvo, pero no me pude comunicar porque no llevaba conmigo el teléfono móvil.

Agradezco a todos sus manifestaciones de afecto y espero reincorporarme muy pronto a mis actividades».

Daniel entregó el comunicado a los medios y entonces ellas llamaron a Juliette, que descansó al escucharlas nuevamente juntas.

Se despertaron con hambre al amanecer. Silvia se había encargado de despachar a la policía y le había dado instrucciones al personal del servicio de aseo para que en el más absoluto silencio recogieran el desorden y dejaran todo limpio, de tal manera que el apartamento se veía como si allí nada hubiera ocurrido.

—*Debemos poner nuestros asuntos en orden* —anotó tranquilamente Lully mientras que preparaba el café.

—*Yo no me imaginé que todo esto nos iba a hacer tanto daño* —dijo con evidente culpabilidad Sophie.

—*Supongo, como me dijo Juliette, que los celos son una manifestación rara del amor.*

—*¿Celos?*

—*¡Sí, celos!*

—*Yo sé que son absurdos viniendo de mí* —aceptó Sophie mostrándose débil frente a Lully por primera vez en todo el tiempo que llevaban juntas.

—*Lo son, ¡sobre todo viniendo de ti!* —le confirmó ella apartándose de la actitud condescendiente que regularmente mostraba frente a ella.

—*Te prometo que esto no volverá a suceder.*

—*No me prometas nada, solo trata de explicarte a ti misma cómo es posible que sabiendo que yo te amo sin limitaciones y celebro absolutamente todo lo que se te ocurre pensar o hacer, hayas podido concebir una fantasía como esa para amargarnos la vida.*

—*Tuve la idea de que podía llegar a perderte con ese tal Mike y enloquecí.*

—*Tuviste una loca idea y no la entiendo, porque tú y yo hemos hablado sobre cada cosa que pensamos y sentimos cada día durante los años que llevamos juntas, con tanta confianza como complicidad. ¿Cómo fue que no pudiste hablar sobre esto racionalmente conmigo?*

—*No lo sé, fue algo superior a mí.*

—*Sí, eso fue lo que vi y fue tan absurdo que pensé que iba a convertirse en el final de nuestra relación.*

—*Lo siento mucho.*

—*Cuando tú me cuentas tus deseos yo los disfruto como si fueras una extensión de mi propio ser y lo pongo todo para acompañarte en cada aventura.*

—*¿Y quieres que yo haga lo mismo?*

—*¡Sophie! Yo quiero seguir viviendo a tu lado, que nada cambie entre nosotras, solo quiero mi vida de regreso, la que teníamos antes de que te volvieras loca con este asunto. ¡Por favor, prométeme que vas a olvidarte del embrollo que armaste!*

—*Te lo prometo* —aceptó Sophie mirándola con sus ojos azules más abiertos que nunca.

—*¡Ahora lo que tenemos que hacer es volver para celebrar como es debido los grandes logros de Juliette!*

Antes de regresar a Buenos Aires aprovecharon su estancia en Lima para ir hasta la casa del mar y también al CIB, en donde la nueva gerente contratada por Silvia lo controlaba todo, pero la noche anterior a su partida Lully invitó a Sophie a cenar en El Mirador de La Punta para presentarle a su protector.

—*Lully me dijo que tú eras la mujer más hermosa que yo pudiera llegar a imaginarme al cerrar los ojos, pero contigo acabo de descubrir que mi imaginación es verdaderamente corta* —acertó a decir Arturo con una amorosa sonrisa cuando Lully orgullosamente se la presentó, y a partir de ese instante, entre ellos dos se desarrolló una relación en la que él se comportaba como el padre que a ella le hubiese gustado tener.

Juliette

Los ancestros de Juliette llegaron a América dejando atrás el clima social enrarecido que se vivía en la región que habitaban entre los Apeninos y el mar Tirreno antes de la Primera Guerra Mundial, y buscando un entorno rural semejante encontraron en Mendoza una tierra apropiada para plantar las cepas que habían traído con ellos y se dedicaron al cultivo de la vid y la producción del vino, el oficio que verdaderamente conocían.

Su abuelo arribó siendo niño y trabajó sin descanso durante toda su vida para adquirir mayores extensiones de terreno y extender el modesto cultivo que habían iniciado sus padres, hasta terminar construyendo una gran hacienda vitivinícola.

Varias décadas más tarde, el padre de Juliette, como único heredero de los extensos viñedos y la bodega en la que también había trabajado desde su infancia, decidió trasladar la casa familiar y las oficinas principales del negocio a Buenos Aires con el propósito de comenzar a ofrecer sus vinos en los mercados del mundo.

Estefânia había nacido en Portugal en el seno de una familia con una tradición centenaria en el cultivo de la vid y la producción de vinos de alta calidad.

A los veintidós años fue a Logroño para conseguir un grado en Enología, un oficio que había aprendido mucho antes de hacer estudios formales, y al terminar regresó a Oporto, pero la vida allí era demasiado aburrida para una chica de su edad y se sintió tentada por la propuesta de viajar al otro lado del mar en un programa organizado por la universidad para fortalecer los conocimientos de los productores de vinos del nuevo continente y aprender algo de ellos.

Antonio era un trabajador incansable que luchaba por hacer grande el sueño de sus abuelos mientras que Estefânia era la princesa de una familia de origen anglosajón con gran tradición en el negocio que exhibían sus vinos en las bodegas de Vila Nova de Gaia, y sus padres no vieron con buenos ojos a ese campesino de la lejana América, no aceptaban de muy buen agrado el color de su piel trigueña curtida por el sol, y ese ingrediente hizo cada día más difícil su relación.

En respuesta a ese menosprecio, Antonio se dedicó por completo a su negocio para demostrarle a todos que sus vinos no tenían nada que envidiar a los portugueses, y cuando la relación de pareja se volvió insostenible, Estefânia se sintió atrapada por la crianza de sus hijos y la determinación con que había defendido la decisión de casarse con él.

Antonio pasaba una semana de cada mes supervisando personalmente los viñedos, pero en marzo, cuando llegaba la vendimia, viajaba para asistir a las fiestas locales y permanecía en la provincia durante varias semanas, hasta que toda la uva había sido cosechada y el mosto se encontraba almacenado en las barricas de roble.

Solamente después de haber verificado meticulosamente el aforo de todos los toneles regresaba a Buenos Aires para organizar su agenda comercial, asegurarse de que el suministro de botellas, corcho,

etiquetas y cajas para envasar y embalar la producción estuviera contratado en las cantidades necesarias para comercializar la cantidad de botellas de vino que se esperaba obtener de los quintales en fermentación, y entonces viajaba para promocionar sus vinos durante varios meses en los que se codeaba con los propietarios de las grandes cadenas de supermercados, los dueños de los más reconocidos restaurantes y de las casas importadoras de licores, participando en ferias y patrocinando eventos de degustación en las principales ciudades de Latinoamérica y en los Estados Unidos.

En la medida en que sus hijos crecían protegidos en la mansión de Buenos Aires de los avatares políticos y sociales que agitaban permanentemente el país, Estefânia se había venido convirtiendo en un fantasma solitario que deambulaba por las haciendas familiares visitando las bodegas con el pretexto de examinar la calidad del vino y terminó por volverse alcohólica, y Juliette, que veía todo lo que hacía su madre sin poder hacer nada para impedirlo, se convirtió en una niña reservada y diferente a sus compañeras de clase.

Cuando Estefânia falleció a causa de una afección hepática a la edad de cuarenta y ocho años, sus cenizas viajaron para ser esparcidas sobre las aguas del Duero en una emotiva ceremonia a la que no asistió Antonio, pero estuvieron presentes Juliette y Marcelo, acompañados por sus abuelos y las personas más allegadas a la familia.

Haber compartido eventualmente su cama con algún sujeto solo le había servido a Juliette para reafirmar lo que sabía desde siempre, que los hombres no eran lo suyo, que su contacto no la excitaba como lo hacía la delicada piel de otra mujer y que le era difícil, por no decir imposible, sentirse a gusto con todo lo que implicaba aceptar la ridícula pose machista de un compañero que normalmente venía de la mano con un descuidado comportamiento que, tarde o temprano, la llevaba a rechazarlo y alejarse tanto como le era posible.

Según su definición, los hombres eran personajes que podían pasar un domingo sin bañarse cuando estaban pendientes de un partido de fútbol en la televisión, seres incapaces de recoger del piso la ropa sucia que se quitaban de encima o de lavar el plato en que comían, y el último que había pasado por su vida algunos años antes lo había hecho solo durante el tiempo suficiente para hastiarle, a tal punto, que desesperada lo despachó de su casa para no tener que seguir atendiéndole como si fuera su madre, o más bien su sirvienta.

A sus treinta y nueve años Juliette era una mujer atractiva que no había tenido relaciones con más de media docena de hombres, las que calificaba abiertamente como errores cometidos a causa de la soledad, y cuando comenzó a viajar a Lima para asesorar la transformación del grupo empresarial creado por Lukas Jacobsen y apoyar ese nuevo emprendimiento que terminó por convertirse en Matizz IBC, se encontró con la persona que le daría sentido a su vida.

Silvia había llegado al SPA como una joven humilde de origen indígena, una chica tímida, pero responsable, una trabajadora que se empeñaba en hacer bien todo lo que le encomendaban.

Pero cuando terminó la carrera de Administración de Empresas, gracias al apoyo de Lully, ella comenzó a asumir mayores retos, los que sus patrones le planteaban, y su cambio fue más notable cuando Juliette comenzó a buscarla para que la ayudara en el desarrollo de las estrategias del nuevo negocio.

Así que cuando la requirieron, estaba preparada para asumir la responsabilidad de dirigir el negocio

en Perú y comenzó a controlar las compras locales y las importaciones de materia prima, a manejar la relación con las empresas químicas que producían las fórmulas magistrales, a supervisar las operaciones de la planta de empaque, a asegurar el cumplimiento de los compromisos de despacho de productos, a vigilar el funcionamiento del CIB de Lima y a llevar la administración general de las operaciones de Matizz IBC bajo la dirección de Juliette.

Ella crecía profesionalmente de manera rápida y mientras que lo hacía, su apariencia y su forma de ser cambiaban, simplemente se fue transformando como una oruga en una mariposa y su actitud humilde dio paso al comportamiento de una ejecutiva competente y comprometida a quien todos observaban con profunda satisfacción.

Establecidas en Buenos Aires, Sophie y Lully rara vez tenían que volver a Lima, y quien lo hacía regularmente para controlar la buena marcha del negocio era Juliette, que utilizaba el apartamento del malecón Cisneros para alojarse.

Cuando Juliette requería explicaciones sobre la información que le proporcionaba Silvia o para hablar sobre algún asunto especial, las dos sostenían sesiones de trabajo que se extendían más allá del horario normal.

Juliette había descubierto que Silvia no tenía nada que envidiar a los altos ejecutivos de la industria por sus grandes cualidades como ejecutiva, algo que reconfirmó el día en que por causa de una fuerte gripe no pudo atender un grupo de inversionistas que llegaron a Lima para conocer la solidez de las operaciones de la empresa en Perú, y Silvia le hizo frente a ese compromiso llevándolos a conocer las plantas en que se hacían las maquilas de los diferentes productos y las instalaciones de Matiz IBC en el Callao, para luego sentarse con los visitantes en las oficinas y responder a sus preguntas antes de invitarlos a cenar, compromisos de los que salió airosa recibiendo los mayores elogios por su manera de desenvolverse y, especialmente, por su conocimiento profundo sobre todos los detalles del negocio.

A sus treinta y tres años, cuando fue nombrada gerente general en Perú, Silvia no había tenido nunca un novio a pesar de haberse convertido en una hermosa mujer de tez cobriza con el cabello rubio y estilizadas facciones chachapoyas en las que se destacaban unos vivaces ojos verdes con un cierto dejo de tristeza.

Era extraño que ningún hombre se hubiera molestado seriamente en invitarla a salir, y para no hacer del tema un asunto a considerar, trabajaba más de lo necesario y decía a sus conocidos, cuando se lo preguntaban, que no le quedaba tiempo para pensar en esas cosas.

Por alguna razón, que no era tan clara, Juliette había establecido la rutina de pasar en Lima una semana de cada mes, independientemente de lo poco o mucho que tuviera que hacer allí y, de paso, parecía decidida a hacer de Silvia una ejecutiva a quien le pudiera encargar mayores responsabilidades, comenzando por pagarle clases privadas de inglés.

Cuando Juliette llegaba de viaje usualmente le traía de regalo a Silvia ropa y accesorios que compraba en las mejores tiendas de Buenos Aires o de cualquier otro lugar del mundo que hubiera visitado, y no contenta con ello, cuando se presentaba la oportunidad y justificada en las reuniones a las que eventualmente debían asistir, la llevaba de compras y al salón de belleza para asegurarse de que su forma de vestir y su presentación personal fueran apropiadas para proyectar la imagen de excelencia que impulsaba en Matizz IBC.

Pero Silvia sabía que eso no era del todo cierto, porque para hacer todas esas compras e invitarla a comer en los restaurantes más exclusivos de la ciudad, Juliette utilizaba su tarjeta de crédito personal y no la de la compañía.

Un viernes en que trabajaban preparando la presentación que le harían a un grupo de inversionistas interesado en la financiación de los esfuerzos de globalización de la empresa, Juliette sugirió a Silvia que no regresara tan tarde a su casa y se quedara a dormir en el apartamento del malecón Cisneros.

Terminada la presentación cenaron algo ligero y cerca de la media noche se recostaron a conversar sobre la cama de la habitación principal en donde se quedaron dormidas.

Amanecía cuando Silvia abrió los ojos para darse cuenta de que Juliette la abrazaba y entró en pánico pensando que si su jefa se llega a despertar la iba a despedir de inmediato, así que no fue capaz de moverse ni un poquito hasta que casi una hora más tarde Juliette abrió sus ojos y tomó alguna distancia de ella.

—*Buenos días* —la saludó Juliette afectuosamente.

—*Buenos días, July, nos quedamos dormidas* —le respondió Silvia utilizando el diminutivo de su nombre con el que había oído tratarle a Sophie.

—*¿Dormiste bien?*

—*Muy bien, hasta hace como una hora.*

—*¿Te despertaste hace una hora?*

—*Sí, y estaba quietecita pensando.*

—*¿En qué pensabas?*

—*En que me tenías abrazada.*

—*Sí, me sentí muy cerca de ti toda la noche.*

—*Es raro dormir acompañada* —comentó Silvia.

—*Pero más raro es dormir vestida, yo nunca lo hago, mira, hoy es sábado y podemos descansar un poco más. ¿Quieres quitarte la ropa y ponerte una pijama limpia?*

Y sin esperar una respuesta, Juliette se desnudó delante de ella sin el menor pudor para ponerse su pijama y de inmediato le ofreció a Silvia otra que sacó de su maleta de viaje, y ella hizo exactamente lo mismo, aparentando la mayor naturalidad posible, aunque sintiendo que el pulso se le aceleraba notablemente.

Esa pijama olía a limpio o, más bien, al suave aroma que envolvía todo lo de Juliette, y Silvia lo percibió con agrado al ponérsela. Más cómodas, se metieron debajo de las sábanas y siguieron conversando.

—*Desde que te conocí has cambiado mucho* —le manifestó Juliette.

—*¿Por qué lo dices?*

—*Porque eras una chica extremadamente tímida y ahora mírate, te has convertido, no sé a qué hora, en una gran ejecutiva.*

—*¿Te parece?*

—*Me parece y..., dime, ¿tienes un novio o alguien que te pretenda?*

—*La verdad es que yo no tengo tiempo para esas cosas, July* —le dejó saber Silvia utilizando su desgastada defensa de siempre.

—*¡Qué bien!*

—*¿Te parece bien que nadie me pretenda?*

—*Me parece bien que nadie te impida trabajar conmigo hasta tarde.*

—*Solo piensas en trabajar, July.*

—*No lo creas, con mucha frecuencia pienso en otras cosas.*

—*¿Sí? Dime, ¿en qué otras cosas?* —le retó Silvia burlándose de ella haciendo gala de una confianza inusitada.

—*En ti.*

—*¿En mí?*

—*Sí, ¿te parece extraño?*

—*Pues no lo sé, todo depende de las cosas que pienses.*

—*Pienso que me gusta la manera como progresas cada día.*

—*¡Gracias!*

—*Y que me gusta verte puestas las cosas que a veces te traigo, te ves preciosa.*

—*Tú eres muy generosa conmigo.*

—*¿Te has dado cuenta de que cuando vamos a cenar todos te miran?*

—*La verdad, no me he dado cuenta de que eso ocurra, porque July, cuando salimos juntas todos los hombres te miran tanto que me siento invisible, pero son muchos cumplidos para una sola mañana, ¿puedo hacerte algunos?*

—*Me muero de ganas por escucharlos* —le contestó Juliette mirándola a los ojos con una sonrisa que iluminaba la habitación.

—*Yo no sé bien cómo lo haces, pero siempre logras lo que quieres.*

—*¿Tú crees?*

—*Lo creo. Eres el centro de atención en donde quiera que estés porque eres muy atractiva y segura de ti misma, y veo que en las reuniones de negocios todos quedan tendidos a tus pies y aceptan lo que propones.*

—*¿Y crees que eso pasa porque soy atractiva, como tú dices?*

—*No, no quise de ir eso, para nada, yo te veo actuar de una manera brillante, contigo aprendo cosas todo el tiempo.*

—*¡Gracias a Dios!*

—*July, yo quiero decirte que me siento agradecida por la manera en que me apoyas y me tienes en cuenta, que disfruto de todas las cosas que me traes cada vez que llegas de viaje, pero que me avergüenza no poder corresponderte.*

—*Tú no tienes que darme nada, Silvia, yo lo hago porque me nace y porque puedo hacerlo. ¡Porque tú me gustas!* —remató mirándola a los ojos.

Silvia se quedó callada, sentía que desde hacía algún tiempo algo especial estaba ocurriendo entre ellas y, aunque nunca antes se había sentido atraída por otra mujer, con Juliette todo era distinto, no solo porque le parecía bella y brillante, sino porque en su compañía todo parecía estar bien, pero su gran cercanía con Sophie la asustaba terriblemente y armándose de valor le habló del tema.

—*July, a mí nunca me han gustado las mujeres.*

—*¿Quieres decirme que yo no te gusto?*

—Yo no he dicho eso o no me he expresado bien, lo que quiero decirte es que nunca antes...

—¿Entonces te gusto?

—Sí, pero eso me confunde mucho.

—Te entiendo y ya somos dos, ¡porque yo he estado confundida toda la vida!

—Y, además, me preocupa mucho tener algún disgusto con Sophie —le dijo sacando a flote su mayor inquietud.

—Tú no vas a tener problemas con Sophie, ella está feliz contigo y también con su propia vida, que, como sabes, comparte felizmente con Lully en una relación en la que no cabe nadie más —le explicó dejándole sentir la pena que cargaba por dentro desde hacía muchos años.

—Pero yo sé que tú tienes algo más que ver con ella..., con ellos, quiero decir, algo íntimo.

—No te lo voy a negar, entre nosotras ha existido una relación íntima, como tú dices, pero para mí es un amor frustrado que no ha encontrado el espacio adecuado para ser vivido y yo ya estoy cansada de esperar, porque, además, cada vez que te miro deseo sentirme libre.

—July, yo no quiero correr riesgos, tú sabes que Sophie y Lully han sido buenas conmigo, yo las adoro porque trabajando a su lado mi vida ha cambiado, he progresado y estoy llegando más lejos de lo que nunca antes me imaginé que podría lograr.

—Te entiendo, pero créeme que en cualquier caso yo manejaré ese asunto.

—No estoy segura de que nadie pueda manejar a su antojo lo que piensa Sophie.

—Silvia, yo sé mejor que nadie que ella es una persona maravillosa.

Debajo de las sábanas, Juliette se le acercó hasta que sus cuerpos entraron en contacto, con esas pijamas delicadas parecía como si estuvieran desnudas y disfrutando de la agradable sensación de encajar perfectamente la una con la otra se quedaron nuevamente dormidas.

Despertarse a plena luz del día en esa alcoba, el sitio en que dormían las personas que más admiraba en el mundo, la hizo sentir extraña, era como profanar un santuario y solo la urgencia la obligó a utilizar el baño de donde salió para vestirse y buscar a Juliette, que a esa hora se encontraba atendiendo una teleconferencia con el gerente de producción de su hacienda vitivinícola, y aprovechando que se encontraba absorta en la solución de algún asunto, le dio un beso en la frente y se marchó sin darle la oportunidad de retenerla.

Silvia pasó el fin de semana encerrada en la casa de sus padres con el teléfono móvil apagado, viendo la televisión, pensando y tratando de entender lo que le estaba ocurriendo, y al llegar a su trabajo el lunes lo primero que hizo fue confirmar que Juliette ya se encontraba como de costumbre en Buenos Aires.

Esa semana todo fluyó con normalidad en el CIB de Lima, aunque Silvia, un poco ansiosa, no lograba poner en orden sus ideas. Entendía que Juliette tenía razón sobre sus patrones y, a pesar de eso, se sentía confundida porque nunca en su vida se había visto, ni imaginado a sí misma, como una lesbiana, y no se creía capaz de enfrentarse públicamente a semejante asunto, no obstante, en su interior sentía el deseo inmenso de expresarle a Juliette, de una vez por todas, que la amaba.

Cuando no se encontraba en Lima, Juliette viajaba visitando sus centros de actividad, pasaba un par de días en Buenos Aires, iba a la hacienda en Mendoza, después volaba a Lisboa y desde allí conducía hasta Oporto para asistir a las reuniones del concejo de dirección de la empresa familiar y

luego viajaba a París, en donde despachaba durante una semana completa en las nuevas oficinas de Matizz IBC y cuando finalmente regresaba a Buenos Aires hacía viajes cortos a las ciudades en que tomaban forma los nuevos negocios de Matizz IBC y, al cabo de veinticuatro días, volvía indefectiblemente a Lima con un deseo cada vez más intenso de ver a Juliette.

A pesar de estar acostumbrada a trabajar en la supervisión de los niveles gerenciales y a moverse en las decisiones propias de las juntas directivas, en Lima ella se bajaba por unos días al nivel operativo y acompañaba a Silvia a sus reuniones con los contratistas de las maquilas, participaba en sesiones internas de trabajo con los grupos de control de calidad de los productos y revisaba las estrategias con los responsables de la logística que le daban muchos dolores de cabeza por su falta de visión global, y, para terminar, pasaba algunas horas en el CIB observando de cerca la dinámica de ese punto de venta de productos y prestación de servicios, en donde la clientela era cada día más abundante y los más antiguos no se cansaban de preguntar por Sophie.

Conociendo su agenda, Silvia no tenía razones para esperar el regreso de Juliette el viernes de la semana siguiente a su partida, sin embargo, hacia las seis de la tarde cuando se preparaba para salir hacia su casa, ella llegó al CIB. Había una especie de preocupación, algo diferente en su mirada cuando la saludó y entró para sentarse en la oficina de la gerencia en donde se quedó observando a través de la ventana el atardecer sobre los campos de golf.

Silvia entró cautelosamente a la oficina y se acercó a Juliette, que, al sentirla caminar a sus espaldas, se volvió girando la silla para mirarla.

Los ojos de Juliette estaban brillantes y su cara mostraba una expresión cansada.

—*¿Qué pasa, July? No te esperaba tan pronto* —le preguntó preocupada al verle.

—*Ni yo...* —afirmó ella utilizando en un tono de voz plano, casi molesto.

—*¿Ha ocurrido algo malo?*

—*No, es solo algo que no logro hacer encajar en mi vida.*

—*No me preocupes más, July, ¿qué te ocurre?*

—*Es solo que no me imaginé que esto podría pasarme a mí.*

—*¡Me estás matando de la angustia, Juliette!*

—*Tranquilízate, nena, no es nada grave.*

—*Creí que algo malo estaba sucedido.*

—*No, pero sí es algo importante para mí.*

—*¿Qué tan importante puede ser algo como para verte actuar así?*

—*Es solo que... estoy enamorada.*

—*¿Estás enamorada?*

—*Sí, muy enamorada... de ti.*

—*¿De mí?* —repitió Silvia mecánicamente, mirándola a la cara con ingenuo asombro.

—*Sí, y necesito poner esto en orden de una vez por todas. Dime que no sientes nada por mí.*

—*Cómo te voy a decir eso si no es cierto.*

—*¿Sientes algo por mí?* —le preguntó Juliette observándola fijamente a los ojos.

—*July, yo nunca he estado enamorada de nadie y nunca me imaginé que pudiera sentir algo por otra mujer.*

—*¡Por favor, contesta mi pregunta, Silvia!* —le urgió Juliette.

—*Desde hace algún tiempo solo pienso en ti y durante todo el mes espero con ansiedad el momento de tu regreso porque anhele verte más que nada en el mundo...*

—*Te amo, Silvia.*

—*¿Qué quieres decir?*

—*Que anhele compartir mi vida contigo.*

—*¿Conmigo?*

—*Sí, ¿te parece malo?*

—*Bueno, es que somos dos mujeres, July... es decir, se supone que...*

—*¡No me digas qué es lo que se supone que deberías sentir!*

—*Está bien, yo siento lo mismo que tú* —confesó finalmente Silvia echándose a llorar, pero al escuchar su respuesta, Juliette quiso asegurarse de haberle entendido bien.

—*¿Qué dijiste?*

—*Que yo también te amo, July, pero me da mucho miedo todo esto.*

—*¿Miedo?*

—*Sí, porque tú vienes de una familia muy rica y yo soy pobre, miedo de perder mi trabajo y miedo porque yo misma no sabía que era lesbiana hasta el día en que me comenzaste a hacer falta y, sobre todo, pánico de ser un capricho pasajero y no ser suficiente para ti.*

—*¡Cállate, nena!* —le ordenó cariñosamente Juliette.

—*Mírate bien, tú eres una mujer preciosa e inteligente y, sobre todo, una dulce y maravillosa persona, que es lo que en verdad importa, la riqueza no es lo que te imaginas, es solo el resultado de un cúmulo de coincidencias que lamentablemente no le ocurre a todas las personas que se esfuerzan para alcanzar el éxito en lo que hacen, y yo no he hecho nada especial para adquirirla, ni para merecerla, simplemente, ¡no tengo ni la menor idea de a qué hora mis abuelos y mis padres hicieron tantas cosas!*

—*Tantas cosas como las que sigues haciendo a diario, debe ser un mal hereditario* —comentó irónicamente Silvia interrumpiendo el llanto infantil en que estaba sumida con su risa de niña.

—*¿Y ahora qué haremos?* —le preguntó a Juliette.

—*Vamos a contarle a todos lo que estamos sintiendo* —le propuso ella acostumbrada a sellar sus asuntos con declaraciones públicas.

—*Sí, claro, les vamos a contar a todos que tú y yo tenemos un bonito amor platónico* —dijo Silvia con una mirada inexplicablemente llena de inocencia y, al mismo tiempo, de malicia.

—*Ven aquí, mosquita muerta, que te voy a hacer el amor por primera vez en toda tu vida, para que no vuelvas a pensar nunca que nuestro amor es platónico.*

—*¿Cómo sabes que no lo he hecho ya con muchas otras mujeres...?* —jugó ingenuamente Silvia.

—*Simplemente lo sé.*

—*Tú crees que lo sabes todo.*

—*Así es, mi nena, yo lo sé todo* —se burló cariñosamente Juliette y la besó en la boca sin que Juliette tratara de resistirse.

Antes de salir del CIB Silvia llamó a su madre para avisarla que tendría que trabajar hasta tarde y se quedaría nuevamente en el apartamento de Sophie, y se fueron a celebrar su declaración de amor,

regresaron en la madrugada algo tomadas e hicieron dulcemente el amor hasta el amanecer.

París

Matizz IBC adquirió la dinámica propia de una corporación transnacional y comenzó a volar muy alto bajo la orientación estratégica de Juliette y la dirección ejecutiva de Daniel que representaban inmejorablemente los intereses de sus fundadoras, que disponiendo de un crecimiento tan considerable en su patrimonio personal y con sus compañías generando valor día por día, dejaron de ser los motores principales de ese nuevo emprendimiento y enfrentaron un nuevo cambio de vida cuando decidieron alejarse de todas sus funciones para dedicarse a disfrutar de la aventura de conocer cada rincón de París, sin más obligaciones.

Instalarse en esa gran ciudad fue más fácil de lo esperado gracias a la ayuda de Juliette, que se movía allí como pez en el agua, y al apoyo incondicional de Jacques, el compañero de Marcelo, que tenía una oficina de negocios inmobiliarios y era extremadamente servicial con ellas.

Recién llegadas se inscribieron en cursos de francés, Sophie lo hizo porque se había impuesto el reto de recuperar aquello que desde siempre le correspondía, hablar perfectamente en la lengua de su padre y, para lograrlo, tomó los niveles más avanzados de gramática y conversación, mientras que Lully tomó un nivel intermedio para continuar el proceso de aprendizaje que había iniciado en Buenos Aires.

Aunque asistían a la misma academia ubicada en un antiguo edificio cercano al Centro Pompidou y la Fontaine Stravinsky, sus clases tenían horarios diferentes y se desenvolvían con algún grado de independencia, aprovechando los programas extracurriculares que la academia ofrecía para llenar su agenda semana tras semana con actividades orientadas a mejorar su interacción con el medio francés.

Algunos meses más tarde, un frío día antes de comenzar la primavera celebraron el cumpleaños número cuarenta y ocho de Lully instaladas en un apartamento rentado en el corazón del distrito Ocho, pero para el cumpleaños de Sophie, a mediados del verano ya habían comprado un lugar acogedor en la rue Euler, aunque modesto si se le comparaba en dimensiones con su apartamento de Lima o con la gran mansión de Juliette en que se habían alojado durante los años recientes de su estancia en Buenos Aires.

El apartamento del distrito Ocho ocupaba parte de los dos últimos pisos de un edificio de siete plantas, en su segundo nivel se encontraba la habitación principal con su baño y su *vestier*, un estar de televisión y la terraza, mientras que en el nivel inferior estaban el recibidor, un salón con chimenea, la habitación de los huéspedes, el comedor formal, un estudio y la cocina, muy francesa, por cierto, con su gran mesa central y detrás de ella una pequeña área de servicios.

Indudablemente, era un buen lugar para vivir cerca de todo y como cosa especial, les permitía darse el lujo de disponer de una cochera en el sótano del edificio.

Al principio caminaban incansablemente encantadas de encontrarse a cada paso con alguna novedad, una tienda de ropa de diseñador, una heladería artesanal, una librería, un parque, un museo, algún hermoso café o un buen restaurante, y poco a poco aprendieron a utilizar el metro que les

permitía moverse a mayores distancias para conocer los puntos de mayor interés de la ciudad mientras que la habilidad de Lully para comunicarse mejoraba día tras día.

Seis meses después de su llegada, cuando Lully había comenzado a comunicarse más fluidamente en francés y las dos se orientaban mejor en la ciudad, tomaron los cursos exigidos por la Gendarmería Nacional para obtener la licencia de conducción y aprobaron los exámenes, para celebrarlo compraron un coche similar al que tenían guardado en el estacionamiento de su apartamento en Lima, un juguete que a decir verdad no era tan necesario en París, pero les facilitaba la vida para ir hasta la Galerie Lafayette en Haussmann, el lugar en donde les fascinaba hacer compras, y también para desplazarse a la campiña, en donde tenían sus casas los socios franceses de Matizz IBC que con alguna frecuencia las invitaban.

Juliette pasaba una semana de cada mes en París y en su compañía Sophie y Lully se asomaban a la vida social asistiendo a eventos y comidas ofrecidas por las más diversas personalidades del mundo empresarial de ese gran negocio de la belleza que ardía de actividad, pero cuando ella no se encontraba en la ciudad, su agenda era menos glamurosa y libres de compromisos sociales se dedicaban a sencillas actividades lúdicas.

Durante esos años fueron a las funciones del Lido, un verdadero placer para los sentidos, y aprovechando que el lugar se encontraba sobre el Boulevard des Champs Élysées a corta distancia de su apartamento repitieron varias veces los mismos espectáculos sentadas muy cerca del escenario para apreciar hasta el último detalle de esas coreografías perfectamente sincronizadas, de las deslumbrantes escenografías que aparecían de la nada y de la asombrosa belleza de las jóvenes bailarinas que danzaban con sus pechos perfectos al descubierto.

Cada vez que presentaban alguna novedad visitaban el Centre Pompidou-Metz y no muy lejos de la academia descubrieron Le Marais, un vecindario de estrechas calles adoquinadas con una acogedora estructura urbana de hermosas y pequeñas plazuelas que conforman un lugar encantador provisto de una multitud de tiendas, galerías de arte, pastelerías, restaurantes, mansiones y museos, un entorno perfecto para la comunidad gay, un paraíso para Lully que lo visitaba cada vez que podía y algunas noches iban juntas a los mejores cabarets para tomarse unos tragos, escuchar música y bailar.

Para completar su experiencia se aventuraron en el distrito de las luces rojas, fueron al Moulin Rouge y al Crazy Horse en donde vieron los espectáculos eróticos más conocidos, y caminando por Rochechouart se toparon con La Cigale, un escenario en el que pudieron disfrutar con las presentaciones de extraordinarios artistas, pero actuando en la más absoluta complicidad buscaron en Pigalle aquellos lugares de los que habían oído hablar, sitios en los que se presentaban espectáculos de sexo en vivo, y no fue difícil encontrar uno al que entraron bajando por una estrecha escalera alumbrada por un bombillo rojo mortecino que las condujo hasta un sótano sombrío en donde encontraron un rústico escenario rodeado por sesenta sillas.

Ese oscuro teatro se llenaba todas las noches con un público que en su gran mayoría estaba compuesto por turistas orientales, era un lugar sórdido, pero alucinantemente erótico, y sentarse en la primera fila le permitía, a quienes lo deseaban, formar parte de la función.

Una vez que comprendieron el funcionamiento de ese antro, como lo calificó Lully, Sophie decidió que quería sentarse en la primera fila, de nada valieron sus súplicas para hacerle desistir de la idea, así

que una noche llegó al lugar ataviada con un corto vestido de cuero, medias de malla atadas con ligeros y un antifaz, una vestimenta que le llamó la atención de todos los hombres y mujeres que se cruzaron en su camino desde el momento en que salieron del edificio en la rue Euler, hasta que se bajaron del metro en Blanche para caminar hasta el lugar.

Cuando Sophie dio a conocer su interés por participar en la función fueron invitadas a sentarse en la primera fila y después que fue pomposamente presentada por el maestro de ceremonias, quien le inventó un nombre y una nacionalidad de un país de Europa del Este, se convirtió en la estrella de la noche ante la mirada expectante del público y de Lully, que observaba atónita su comportamiento.

El lugar estaba a reventar cuando se apagaron las luces y un reflector la iluminó para que los actores, tres hombres y tres mujeres, caracterizados con una precaria indumentaria a los miembros de una tribu africana, la levantaran sobre sus cabezas tomándola por los muslos, las caderas y los hombros exhibiéndole como un trofeo frente a los asistentes para dejarle justo en el centro del escenario, bajo la luz del reflector que la enfocó resaltando, de repente, su extraordinaria belleza y entonces la rodearon improvisando una danza al ritmo de tambores africanos.

La coreografía trataba de reproducir la situación de una turista que había caído en las manos de una tribu, y cuando los guerreros comenzaron a hacerle caricias cada vez más atrevidas, apareció el jefe para poner orden y tomar posesión de la cautiva.

Desde el instante en que lo vio, Sophie no pudo quitar sus ojos de Bakhit, un moreno con una piel del tono más oscuro que jamás hubiese visto, con un cuerpo atlético y una sonrisa que la hipnotizó, pero, además, dotado con un miembro descomunamente grande, quien, acomodándola sobre la rústica mesa que apareció en el centro del escenario, le abrió las piernas y comenzó a poseerla en medio de los aplausos del público.

Bakhit se movía rítmicamente mientras que los turistas orientales se masturbaban en la penumbra observando la alucinante escena que ocurría entre esa hembra blanca de cabellos dorados como el trigo y ese macho más negro que la noche.

Disfrutando de un placer inimaginable Sophie recibía las embestidas del jefe de la tribu, hasta que, posesionado de su papel, Bakhit sacó su gran miembro y eyaculó copiosamente sobre su abdomen y sus senos, mientras que los tambores alcanzaban un ritmo paroxístico y Lully, como muchos de los asistentes, terminaba de masturbarse observando la sonrisa de agradecimiento que su diosa hacía para Bakhit.

Pero ahí no acabó todo, porque Sophie se volvió a mirarla y moviendo el dedo índice de su mano izquierda le ordenó acercarse.

—*Ven, muéstrale a todos tu absoluta sumisión* —le ordenó.

—*Sí, mi diosa* —le contestó Lully aterrorizada, y obedeciendo sin rechistar lamió hasta la última gota que la bañaba mientras que el pequeño teatro estallaba en un aplauso delirante.

Después de esa experiencia, al menos una noche cada dos meses volvían hasta aquel sórdido escenario para hacer realidad las fantasías eróticas de Sophie.

A mediados del segundo año de su estancia en París, Sophie y Lully llenaban su agenda con actividades lúdicas, en las mañanas asistían al *spa* de un hotel cercano a su apartamento para hacer ejercicio y recibir tratamientos para mantener sus cuerpos esbeltos, después iban por separado a sus

clases de francés y, en ocasiones se encontraban para almorzar en algún restaurante recomendado por las revistas especializadas, pero normalmente no se volvían a ver hasta la noche cuando regresaban a casa.

Los fines de semana visitaban diversos sitios de interés de la ciudad y sus rutinas solo cambiaba cuando Juliette o Daniel llegaban a París en medio de agitados viajes de trabajo, y entonces usaban su nuevo conocimiento de la ciudad para atenderlos y pasar la noche en su compañía.

Alain

Alain era el profesor del taller avanzado de conversación que se dictaba en la academia, un tipo joven que no le podía quitar los ojos de encima a Sophie desde la primera vez que la vio en su clase.

Con su tez blanca, el cabello negro y unos ojos azules enmarcados por una cara típicamente francesa, Alain era un profesor jovial que le agradaba a Sophie porque hacía una clase dinámica y en su estilo personal entraba en confianza con los alumnos para ayudarles a expresarse mejor haciéndoles pasar un rato divertido.

—*Estás hablando el francés un poco mejor que yo* —le había hecho notar varias semanas antes dándole a entender que le había llegado el momento de abandonar la academia, algo que ella había decidido no hacer sin antes seducirle.

De manera aparentemente casual, Sophie se encontró con Alain en la puerta de la academia el día anterior al inicio de las vacaciones de verano, ella sabía muy bien que con el atuendo ligero que llevaba puesto le iba a atraer de inmediato y el profesor, que hablaba fluidamente en varios idiomas, la saludó en español y sabiendo que no tendría otra oportunidad para hacerlo le propuso que almorzaran juntos para despedirse.

Sophie aceptó su invitación, pero al llegar al restaurante una larga fila de personas esperaban su turno para ser atendidas, y entonces él le propuso que fueran hasta su apartamento y en broma le cantó una de las canciones de Lady Marmelade con las que ocasionalmente divertía a sus alumnos.

—*Voulez vous coucher avec moi, ce soir?*

A lo que ella replicó espontáneamente, dejando en claro sus deseos.

—*Tu vas me faire attendre si longtemps?*

El profesor era filólogo, adelantaba estudios de doctorado en Lenguas Latinas en el Département des Langues de la Sorbonne y para ganarse la vida dictaba clases avanzadas de francés para extranjeros en la academia en donde había conocido a Sophie, y ella, que era muy perceptiva, había notado la insistencia con que la miraba y no había podido resistirse a la tentación de provocarle con su manera de hablarle y con la sensualidad con que se arreglaba para asistir a sus clases.

Caminaron un par de calles por la rue de la Verrerie hasta el edificio en donde vivía Alain, una construcción típicamente parisina con al menos cien años de antigüedad a la que entraron cruzando una estrecha recepción, subieron por la escalera hasta el cuarto piso y recorrieron un largo pasillo que los condujo hasta otra escalera aún más estrecha y empinada que la anterior, para alcanzar la puerta de la pequeña buhardilla en donde vivía, un piso diminuto pero acogedor con sus ventanas encajadas entre los techos inclinados del edificio.

Al cerrar la puerta se besaron y recorrieron desnudándose afanosamente la distancia entre la puerta y la cama.

Alain tenía un pene grande, un cilindro largo, grueso y bien formado que contrastaba con su anatomía delgada. «No sería tan grande como el de Bakhit», pensó Sophie, pero entre todos los hombres que había llegado a conocer, que no eran pocos, era el que más se le aproximaba.

Recostada sobre la cama de Alain, Sophie separó sus piernas y entonces él la cabalgó implacablemente arrastrándola en un torbellino de estímulos que le hicieron alcanzar un clímax increíblemente intenso y prolongado.

La relación fue magnífica y exhaustos sobre la cama conversaron.

—*Tu es très belle et sensuelle, Sophie.*

—*¿Todos los franceses son como tú?* —le respondió ella en español y se echó a reír nerviosamente.

A Alain le encantaba el español y lo hablaba bien, aunque con un marcado acento que a Sophie se le antojaba extraordinariamente sensual.

—*Una mujer tan bella como tú debe tener a alguien que la espera en su casa.*

—*Así es, Alain* —le confirmó ella—. *Una hermosa mujer transgénero a la que adoro me espera en casa y es mi compañera* —le contó desembarazándose de una vez por todas de lo más importante que tendría que contarle sobre su vida privada, y Alain la miró sorprendido.

—*¿Una mujer transgénero, un transexual? ¿Dijiste eso? ¿O no te entendí bien?*

—*Así es, lo entendiste bien, se llama Lully y se ha sometido a un tratamiento de reemplazo hormonal, jamás te imaginarías al verla que no es una mujer. Ella y yo tenemos una relación maravillosa desde hace muchos años y tú la conoces, porque también toma clases en la academia.*

—*Vaya, pensé que los franceses éramos más liberales que los latinoamericanos* —dijo sin inmutarse, pero después de una breve pausa gritó—: *Un transsexual!* —repitiendo incrédulo lo que Sophie le acababa de confiar.

Podría decirse que Alain no era tan atractivo como la mayoría de los hombres con los que Sophie estaba acostumbrada a sostener relaciones sexuales, pero era un tipo inteligente que aparentaba una edad menor de la que realmente tenía por su atlética delgadez y porque actuaba con el desenfado de un muchacho.

—*Nos volveremos a ver?* —le preguntó él sin creerse lo que acababa de suceder.

Sophie sabía muy bien que lo que realmente le interesaba de Alain era el placer que le pudiera proporcionar y antes de marcharse trató de poner en claro su distancia emocional.

—*No veo por qué no, siempre que entiendas que tú debes seguir con tu vida y yo con la mía* —le explicó con algo de dureza.

—*No veo por qué no...* —le contestó el utilizando sus mismas palabras y comprendiendo que Sophie estaba a años luz de sus posibilidades.

—*¿Te importaría visitarme en mi apartamento? Tal vez puedas hacernos compañía alguna noche* —le propuso ella, pensando que le gustaría mucho compartir la experiencia con Lully, que seguramente se volvería loca de gusto al verlos haciendo el amor.

—*¿Hacerles compañía? Debo aclararte que soy heterosexual.*

—*Te aseguro que mi compañera se sentirá feliz con solo ver la forma como hacemos el amor y se limitará a observarnos.*

—*¿Quieres decir que no solo no le importaría, sino que le gustaría vernos?*

—*Lo has entendido bien. Eso es algo que nos gusta mucho a las dos.*

—*Yo no tengo problema, Sophie, solo llámame...* —le contestó Alain sorprendido por las revelaciones de Sophie, una mujer tan atractiva que le era imposible negarse a tener la oportunidad de volver a verle, aun bajo sus particulares condiciones.

Antes de despedirse intercambiaron sus números telefónicos y sin haberlo premeditado Sophie sacó de su bolso un par de billetes de cien euros, y ante la mirada atónita de Alain, los dejó sobre el mesón de su diminuta cocina.

—*No te estoy pagando, míralo así, tú eres un estudiante y estoy segura de que este dinero no te sobrarás, y créeme que a mí no me hará falta* —le dijo y acto seguido se marchó sin darle tiempo para responderle.

Mientras que atravesaba los corredores estrechos del edificio de Alain y bajaba las escaleras para salir a la calle y dirigirse hacia el Ayuntamiento en busca de la estación del metro, Sophie pensaba en su última frase y en el momento en que Víctor le había dicho exactamente lo mismo.

Era el ocaso de un hermoso día a finales de la primavera y los rayos de un sol anaranjado proyectaban largas sombras alrededor de Lully, que acomodada entre los abullonados cojines de una de las sillas de hierro forjado de la terraza disfrutaba del atardecer ojeando las revistas que había traído consigo, cuando Sophie, agitada por el ritmo de su caminata desde la estación del metro, le estampó uno de esos besos fugaces que acostumbraban a darse siempre que se saludaban o se despedían, y revelándole todo con su mirada brillante, pero sin decirle ni una sola palabra, la tomó de la mano y la condujo hasta su habitación.

El cuerpo de Sophie estaba tibio y su piel lustrosa, lo que solo ocurría cuando había sostenido relaciones sexuales agitadas, además, estaba impregnada por un humor masculino diferente, uno más notable que cualquier otro que Lully le hubiese percibido anteriormente, y entonces ella le ordenó acomodarse boca arriba, se quitó las bragas y más húmeda que nunca se sentó sobre su cara para moverse voluptuosamente sobre la boca anhelante de su esclava.

—*¿Cómo se llama?* —le preguntó Lully intrigada cuando descansaban de esa faena.

—*Alain* —le informó Sophie sin darle más detalles.

—*¿Alain? ¿El profesor de la academia?*

—*Sí, el mismo.*

—*Es bastante joven. Jamás hubiera imaginado que fuera del tipo de hombre que te atrae.*

—*Ni te lo imaginas, jese chico tiene el pene como un dios!*

—*¿Como un dios?*

—*Sí, con unas proporciones épicas.*

—*Vaya... ¿y cómo fue que terminaste acostada con él?*

—*Pues no me di cuenta a qué horas* —mintió descaradamente Sophie y prosiguió—. *Nos encontramos en la puerta de la academia y nos dirigimos a un lugar cercano para almorzar, pero había una larga línea de espera y entonces él me invitó a su apartamento y yo simplemente acepté su propuesta. Por el camino me coqueteó cantando, es muy divertido y bueno, eso fue lo que ocurrió.*

—*¿Quieres decir que tu profesor se te insinuó de buenas a primeras y tú aceptaste de inmediato?* —repitió Lully dejándole notar sutilmente que era perfectamente consciente de que ella le estaba

mintiendo y que estaba segura de que había planeado y propiciado ese encuentro.

—*Caminamos hasta su apartamento y al entrar ardíamos en deseos...*

—*Definitivamente, eres mi actriz pornográfica preferida, Sophie.*

—*Te hubiera gustado verlo cabalgándome como un animal. Al despedirnos, le pregunté si tendría algún inconveniente en venir a visitarnos, estoy completamente segura de que te encantaría vernos, es fenomenal, te lo aseguro, ¿no te gusta la idea?*

—*Tú sabes que me encantaría, ¿y qué respondió?*

—*Lo dudó por un momento y fue enfático en manifestarme que es heterosexual, pero al final me dijo que no tenía problema en permitir que nos observes sin intervenir y para motivarle, antes de salir le dejé uno cuantos euros.*

—*¿Le pagaste?, ¡no puedo creerlo!*

—*Solo le ayudé un poco con sus gastos, estoy segura de que necesita apoyo.*

—*Por mi parte puedes invitarlo a cuantas veces quieras y tal vez podamos darle más de ese apoyo que tú crees que necesita.*

—*Este chico me parece brillante, pero no veo la manera como va a ganarse decentemente la vida...*

Lully sabía que Sophie había planeado meticulosamente su encuentro con Alain, que seguramente se le había insinuado desde algún tiempo atrás y que esa mañana, cuando escogió la ropa que se iba a poner para ir a la academia, tenía perfectamente claro que antes de terminar el día iba a meterse entre la cama con su profesor, pero por alguna razón desconocida ella no le iba a contar esta parte de sus pensamientos, como lo haría hasta con el más mínimo detalle de su encuentro íntimo.

Alain era un típico parisino educado y de mente abierta que hizo empatía con Lully, para él era casi inconcebible sentirse tan bien acogido cuando llegaba a ese apartamento para hacerle el amor una mujer tan excepcionalmente hermosa como la estudiante que durante todo el año le había obsesionado y, más aún, que su compañera, una bella transgénero, los observara y le compensara generosamente en agradecimiento por dejar a Sophie satisfecha.

Barcelona

Sophie y Lully aprovechaban la oportunidad que les brindaba su estadía en París para viajar desde ahí a diferentes lugares de Europa y entre todos los lugares que visitaron en esos años, Barcelona fue el más memorable.

Lully tenía un gran deseo de ir porque sabía que allí vivía Ferdinando, el pintor con el que nunca se había vuelto a comunicar después de su breve pero impactante encuentro en Caracas, así que con el deseo de verle de nuevo buscó información sobre las exposiciones que se realizarían en las galerías de la ciudad e hizo un plan para visitar algunas de las más conocidas durante toda una semana.

Visitar Barcelona fue una gran experiencia y estando allá se dieron cuenta de que hubiesen requerido muchos más días de los que habían planeado para conocer esa bella ciudad por su casco histórico, la arquitectura única de sus casas y edificios, sus museos y la extraordinaria oferta gastronómica de sus restaurantes.

En las exposiciones a las que asistieron preguntaron siempre por Ferdinando, hasta que dieron con un galerista que le conocía y prudentemente les prometió hacerle llegar al pintor el mensaje de su presencia en la ciudad y el número del teléfono móvil de Lully.

Muy temprano el día siguiente el pintor la llamó y la saludó afectuosamente.

—¿Eres tú? ¿El angelito renacentista? ¡Pero qué placer es oírte nuevamente, han pasado muchos años!

—Vinimos para conocer la ciudad y se me ocurrió preguntar por ti en una galería en la que vi colgados algunos cuadros con tu firma.

—¿Vinimos? ¡Finalmente estás acompañado!

—Lo estoy, y me gustaría mucho saludarte.

—Yo no voy mucho a la ciudad, pero se me ocurre que podrían venir hasta mi casa en la Costa Dorada, en Sitges, que no está lejos, y tal vez podrían pasar un par de días con nosotros, te aseguro que este es un lugar fantástico y les encantará conocerlo.

—¿Vives con alguien?

—Sí, tengo un compañero.

—Pues nos encantaría pasar a saludarlos, por favor, envíame tu dirección.

—Será un placer verte de nuevo.

Ferdinando vivía con su pareja de nobles ancestros en una villa de cinco habitaciones, una gran casa veraniega en la que había instalado su taller de pintura. A la sazón el pintor debía rondar los sesenta años y su compañero era bastante menor que él, eran dos hombres maduros abiertamente homosexuales, pero sin el menor amaneramiento y muy atractivos, pensó Sophie al conocerlos.

Habían transcurrido alrededor de veinticinco años desde que Ferdinando y Lully se conocieron en Caracas, y al verle de nuevo ella percibió que algo fundamental había cambiado en el aspecto del pintor, porque ahora el desgarrado artista excéntrico que recordaba lucía como un aristócrata.

—*¡Pero mira en qué te has convertido!* —exclamó Ferdinando con sincera admiración al verla completamente transformada en mujer.

—*En lo que realmente soy, tú lo hiciste evidente en aquella pintura...*

—*Pues has hecho bien, porque la verdad es que te vez preciosa. ¿Quién te acompaña?*

—*Es Sophie, ella es... mi...* —le respondió Lully vacilando al presentarla sin saber por qué y Ferdinando captó en ello un mensaje.

—*De modo que esta es tu madonna, desde la primera vez que te vi supe que estabas destinado a embellecer el cuadro de alguien más, ¡pero no me imaginé que sería una mujer tan guapa!* —dijo el pintor observándola de una forma particular que la hizo sentir como si la estuviera desnudando—. *¿Posarías para mí?* —le susurró en voz baja acercándose a ella para mirarla a los ojos sin darle vueltas al asunto.

—*No lo sé...* —dudó ella, mientras que trataba de construir en su mente una explicación satisfactoria para entender la relación que unía a ese hombre con Lully, que tantos deseos tenía de verlo.

—*¿Te contó Lukas que alguna vez posó para mí?*

—*Lully, ¡ahora se llama Lully!* —le aclaró Sophie recibiendo una dulce sonrisa de gratitud de su compañera que los observaba sin pestañear.

—*Lully, ¡es un bonito nombre!* —repitió amablemente Ferdinando con un curioso gesto que mostraba su voluntad de recordarlo en adelante.

—*Un nombre para una persona especial* —afirmó Sophie.

—*Lo sé muy bien, recuerdo que la exposición que hice con los cuadros que pinté a partir de los bocetos de su cuerpo y de su cara fue todo un éxito.* —Y mirando nuevamente a Sophie a corta distancia insistió—. *¿Lo harías? ¿Posarías para mí?*

—*Tal vez...* —aceptó Sophie ruborizándose algo intimidada por el pintor que satisfecho se volvió hacia su compañero que los observaba en silencio.

—*Les presento a Josep, el hombre que llena mi vida con su música* —dijo Ferdinando y los cuatro terminaron de saludarse con abrazos y besos en las mejillas.

—*Terminen de llegar, son bienvenidas a nuestra casa, James les mostrará su habitación en la segunda planta, pónganse cómodas, descansen un poco y las esperamos a las ocho para cenar.*

El mayordomo de la villa era un hombre de unos cuarenta años que vestía de uniforme, quien, con una amabilidad profesional, les señaló el camino y llevó sus maletas hasta la habitación de huéspedes, un espacio confortable con balcón y una vista extraordinaria del Mediterráneo.

De ascendencia marroquí, James había aprendido su oficio en Inglaterra en donde había adoptado ese sobrenombre para trabajar, tenía una cara de facciones muy masculinas recubierta por una corta barba impecablemente cuidada, las cejas pobladas y como cosa particular, sobre el borde del cuello y los puños blancos de su camisa, sobresalían inquietantes las líneas azules del gran tatuaje que cubría su cuerpo.

Cuando finalmente se quedaron a solas se sentaron en el balcón a disfrutar de la vista y Sophie encaró a Lully con sus preguntas, necesitaba saberlo todo a cerca de ella.

—*Dime si me has ocultado algo, ¿este tipo alguna vez fue tu amante?*

—*Para nada, a él no le agradaban mis plumas* —le contó Lully totalmente decidida a adoptar una actitud sumisa para no provocarla.

—*¿Qué?*

—*Eso fue lo que me dijo cuando le conocí, yo era un estudiante y él me pagó por posar desnudo para él.*

—*¿Que no le agradaban tus plumas? ¿Acaso eras un pájaro?*

—*Se refería a que yo era un chico demasiado amanerado para su gusto* —se explicó utilizando ese lenguaje corporal femenino que en ocasiones continuaba sorprendiendo a Sophie, y ella le observó entrecerrando sus ojos.

—*Este amigo tuyo me ha desnudado con su mirada.*

—*Lo he notado, ¿no te agrada?*

—*Claro que me agrada, es hermoso y su compañero no es menos atractivo. Pero cuando lo saludaste noté que no has sabido cómo presentarme, ¿qué pasó por tu mente?*

—*En ese momento sentí un gran deseo de dejarle saber abiertamente que soy tu esclava, pero no fui capaz de hacerlo.*

—*¿Eres consciente de que esos dos tipos me van a devorar si se lo permito? ¿Estás preparada para que eso ocurra?*

—*¡Más que nunca!* —le respondió Lully escuetamente adoptando una actitud servil para desnudarla y ayudarla a ponerse la pijama.

Sin hablar más del tema se recostaron y durmieron un par de horas. Al despertarse tomaron una ducha, se arreglaron y se maquillaron la una a la otra asegurándose de lucir sofisticadas, y justo a las ocho de la noche bajaron a la primera planta para reunirse de nuevo con sus anfitriones.

James, que las esperaba junto a la escalera, no pudo evitar mirarlas de arriba abajo, pero retomando de inmediato su perfecta compostura las condujo con su característica amabilidad profesional hasta el gran salón de la villa en donde Ferdinando y Josep departían alegremente.

El salón era un espacio moderno como todo en esa gran casa, y tenía puertas de vidrio desde el piso hasta el techo que lo comunicaban con la terraza y el jardín, que a esa hora se veía tenuemente iluminado. Algunas obras de arte colgaban de las paredes y un piano de cola, a pesar de su tamaño, parecía pequeño en un rincón, dándole un toque especial a ese ambiente elegante y acogedor a un mismo tiempo.

Al verlas entrar al salón los dueños de casa guardaron silencio impactados por la belleza de sus invitadas y les tomó algunos segundos reaccionar antes de levantarse para acercarse y saludarlas cálidamente.

A Sophie le llamaron la atención los cuadros que colgaban de las paredes y a Lully el piano de cola, así que mientras que Ferdinando la llevaba hasta el otro extremo del salón para mostrarle las obras más recientes de su colección personal, Josep acompañó a Lully para mostrarle el hermoso instrumento musical.

—*¿Lo interpretas?* —preguntó Lully con un vivo entusiasmo infantil.

—*He tocado el piano desde que tengo memoria, este en particular era de mi madre, en él aprendí los primeros acordes antes que a caminar.*

—*¡Qué emocionante!*

—¿Te gusta la música?

—Adoro la música, he escuchado los clásicos con devoción desde hace al menos veinticinco años.

—¿Eres una melómana?

—Amo la música clásica.

—¿Te agradaría escucharme?

—¡Nada me haría más feliz!

Josep se sentó al piano, abrió cuidadosamente la tapa del teclado, hizo algunos acordes como era su costumbre para asegurarse de que la afinación estuviera perfecta y comenzó a interpretar *Granada*, de la *Suite española* de Albéniz, una obra que Lully no encontró en los registros de su prodigiosa memoria, mientras que Sophie, en el otro extremo del salón, prestaba toda su atención a Ferdinando.

Había algo en la mirada de Sophie que Lully no había visto nunca antes, pero que podría interpretarse como admiración, un interés especial por ese hombre infinitamente refinado y culto que parado a su lado se veía más alto que ella a pesar los tacones que llevaba puestos.

—Yo intento captar la esencia, el espíritu que se revela en el brillo de unos ojos o el rictus de miedo con que su inconsciente descubre que no encaja bien en este mundo de mierda —se explicaba el pintor.

—Yo creí que los pintores buscaban la belleza...

—La belleza de una persona existe en la medida que alguien la observa y la desea para sí, no hay nada más subjetivo, y ten presente que aun la mayor belleza lleva por dentro algo de sufrimiento, de tristeza, de insatisfacción o simplemente de anhelos, y que probablemente va cargada de inseguridad, de incongruencia, de estupidez, de maldad o de depravación, y eso es justamente lo que yo deseo plasmar.

—¡Suenan extraño!

—Pero no lo es, si lo piensas bien, llegarás a la conclusión de que esas son las cosas que en verdad caracterizan a los seres humanos, y por eso, al pintar a alguien, intento develarlas.

—¡Una mirada cruda!

—Sí y no, te lo voy a explicar. He hecho un experimento con los setos que encierran el jardín de esta villa por todos sus costados, el jardinero cuida con esmero el frente del Passeig Marítim, el que los transeúntes admiran desde afuera, pero en la parte de atrás le he dejado crecer libremente y no permito que lo toquen. Varios años después de haberlo plantado las ramas de esos arbustos han adquirido una gran altura y sus ramas avanzan desordenadamente en todas las direcciones, ya no es un seto porque ha perdido completamente su forma, se ha convertido en un pequeño bosque lineal, algunas de esas plantas murieron, pero las que quedan son mucho más fuertes que las de la línea que permanece perfectamente podada en el frente, y su desorden natural encierra algo de misterio, tanto que en la noche se me antoja aterrador, pero a veces florece y ¡los pájaros las prefieren para hacer sus nidos!

—¡Y las ratas sus escondrijos, supongo! —anotó Sophie de inmediato.

—Qué perceptiva eres... —dijo Ferdinando observándola con interés, y Sophie entonces le hizo otra pregunta para tratar de entenderle mejor.

—¿Y cuál de los dos te gusta más?

—Ese es mi experimento, lo que yo quería saber, pero, aunque los miro con frecuencia, no logro determinarlo, ambos tienen lo suyo. En un costado las formas geométricas perfectas que adornan la villa

al gusto del jardinero y que le causan tanta admiración a todos los que pasan por el frente, y en la parte de atrás, esos árboles vitales dotados de la fuerza luminosa y, al mismo tiempo, oscura de su naturaleza.

Sophie guardó silencio durante algunos segundos tratando de asimilar lo que Ferdinando le expresaba, y cambiando de tema mostró interés por conocer ese pasado común que unía a Ferdinando con Lully.

—*¿Qué viste en Lully cuando posó desnuda para ti?*

—*Vi que era un ser humano íntegro, tanto que llegó hasta mi puerta para devolverme una billetera llena de dinero que se encontró sobre la acera, él no tenía ni un ápice de maldad y, además, era un chaval precioso, un ángel, te hubiera gustado verle, todo en él era perfecto, y yo sentí una gran necesidad de pintarle. Pero para responder a tu pregunta, lo más notable que vi en él mientras que hacía mis bocetos fue el conflicto entre su sexo biológico y el género que le fluía naturalmente desde lo más profundo de su ser, un conflicto que ahora no veo y me alegro mucho, porque finalmente parece feliz, aunque me da la impresión de que su felicidad depende de ti, a juzgar por la manera como te mira y la pose que asume cuando está a tu lado tú lo eres todo para ella, ¡qué gran responsabilidad!* —afirmó el pintor.

—*Mírala, ¿no es preciosa?* —observó Sophie interrumpiendo el asombroso análisis de Ferdinando señalándola desde el otro lado del salón, y Lully le correspondió de inmediato iluminando su cara con una amorosa sonrisa.

Nunca antes Sophie había sido tan consciente, como en ese momento, de la forma en que todo en su compañera le atraía.

—*Sí que lo es* —le confirmó Ferdinando.

—*A ella le fascina sentir que me pertenece en cuerpo y alma y yo la adoro por eso.*

—*Ese asunto de no encajar en su sexo biológico sobrepasa a muchas de las personas que lo viven, pero Lully lo ha podido resolver y juraría que vino hasta aquí solo para compartir conmigo la luz que ahora le rodea y las sombras que ha aprendido a amar* —concluyó el pintor.

Pensando en lo que acababa de escuchar Sophie ató los cabos sueltos de la conversación que habían sostenido con Lully esa tarde en el balcón, entendiendo que ese hombre veía con claridad cosas que los demás pasaban por alto e indagó sobre su interés por pintarle.

—*Y si te permitiera pintarme, ¿qué mostraría esa pintura?*

—*No lo sé, tendría que observarte mejor, pero debe haber alguna razón para que una mujer tan extraordinaria como tú necesite a su lado a una compañera transgénero y sumisa como ella.*

—*¿El seto del frente?*

—*Perfectamente cortado a tu gusto, pero en este caso eres tú quien experimenta... Si me lo permites trataré de percibir y plasmar las sombras más oscuras de tu noche, tus temores. ¿Estás dispuesta?*

—*¿Desnuda y a solas?*

—*Así tendría que ser* —le confirmó Ferdinando.

Cuando Josep terminó su interpretación el mayordomo les anunció desde la puerta del salón que la cena estaba lista y pasaron al comedor de la villa.

Sophie se sentó junto a Lully y sus anfitriones lo hicieron frente a ellas sin que nadie ocupara las cabeceras de la mesa, entonces una joven vestida con un impecable uniforme fue trayendo las bandejas

con los platos de la cena y James destapó una botella de Penedès, cosecha del año 2012, que sirvió con metódica precisión.

Una infinidad de cubiertos adornaban cada uno de los puestos de la mesa, una demostración sutil de que ese era un mundo diferente al suyo, un lugar en donde todo ocurría de una forma particularmente refinada que ellas no habían visto ni en las lujosas mansiones de sus socios franceses.

Cenaron tratando de llenar con respuestas los grandes vacíos de su inexistente relación porque se hizo evidente que no se conocían, pero disfrutaron hablando de la vida en París, de los vinos de su predilección y también de Cataluña.

Después de cenar sus anfitriones las invitaron a seguir al estudio para ofrecerles una ratafia.

El estudio de la villa era un lugar aún más acogedor que el gran salón, un espacio rodeado por bibliotecas altas y atiborradas de libros, en donde también había lugar para una buena recopilación de música contenida en acetatos y en discos láser que reunía lo mejor de la música clásica y también una buena muestra de la música popular que había sonado en Europa y América durante los últimos cincuenta años, era la colección personal que había iniciado la madre de Josep y que él continuaba enriqueciendo.

Josep le explicó a Lully el funcionamiento de su sistema de sonido, un equipo alemán de alta fidelidad, y la dejó husmear sola entre su gran colección de discos para ir a reunirse con Ferdinando y Sophie, que concluían la charla que habían iniciado antes de la cena en el salón.

—*¿Desnuda y a solas?*

—*No solo eso, debes estar dispuesta a obedecer mis instrucciones sin rechistar por algunas horas.*

—*Vaya, pensé que ibas a hacer conmigo algo más interesante* —dijo ella abriendo descaradamente la puerta de la imaginación de Ferdinando, aunque poniéndose roja como un tomate y odiándose por hacerlo involuntariamente.

—*Lo interesante es que nada podría requerir un mayor grado de sumisión que posar para mí y solo eso ya es algo nuevo para ti...* —sentenció el pintor haciéndole un guiño a Josep que se acomodaba a su lado, y rodeada por esos dos hombres ella supo lo que estaba a punto de ocurrir y buscó con su mirada a Lully, que ajena a la conversación se veía feliz porque acababa de encontrar un álbum que desde siempre le había fascinado.

Fly me to the moon comenzó a sonar llenando el ambiente con el inconfundible timbre de la voz del cantante, y al escuchar las notas sensuales de esa canción Lully se dejó llevar por movimientos que fluían a través su cuerpo de manera alucinante y danzó mientras que ellos la observaban fascinados.

Acomodada entre esos dos hombres apuestos, Sophie separó levemente las piernas y echó su cabeza hacia atrás para dejarles saber que podrían hacer con ella lo que quisieran, y de inmediato sintió que las manos de ambos se deslizaban por debajo de su ropa.

La noche apenas comenzaba cuando Ferdinando las invitó a subir a la habitación principal de la villa.

—*Déjame subir sola...* —le pidió Sophie a Lully, y al escucharla Ferdinando llamó a James que se presentó de inmediato y le miró con atención como si nada especial estuviera ocurriendo allí.

—*Acompáñala a su habitación o, mejor, llévala a la tuya, si no te importa* —le dijo señalando a Lully con una sonrisa maliciosa.

—*Cuida bien de ella hasta que su dueña la requiera de nuevo* —le ordenó haciéndole un guiño a Lully.

James condujo a Lully a través de la cocina y bajando por una escalera de piedra sombría llegaron al semisótano de la villa, en donde se encontraba su habitación, un espacio amplio con pequeñas ventanas altas que se asomaban al jardín en donde el mayordomo le dejó sola para ir a terminar con sus oficios.

Arreglada para la ocasión, Lully se sentó sintiéndose frustrada sobre la cama de James y esperando con resignación el desenlace de esa humillante situación se quedó dormida.

Entre tanto, Ferdinando y Josep llevaron a Sophie hasta su habitación, un mirador que ocupaba por completo la tercera planta desde donde a esa hora se podían observar las luces de los coches que transitaban por el Passeig Marítim, una franja iluminada que se extendía a lo largo de la Costa Dorada frente al mar Mediterráneo.

Se desnudaron para recostarse en la gran cama en donde comenzaron a besarla y sus manos la recorrieron sin prisa. Era fantástico sentirlos, porque también lo hacían entre ellos con total naturalidad mientras que susurraban palabras amorosas.

Sophie pensó que ya lo habían hecho todo cuando sus dos acompañantes la penetraron simultáneamente por la vagina causándole un placer desconocido hasta que los tres explotaron en un orgasmo desproporcionado.

James volvió a entrar a su habitación pasada la media noche y el sonido de la puerta despertó a Lully, que se incorporó en silencio para verle poner al descubierto el tatuaje que cubría su cuerpo. El torso, la espalda, las piernas y los brazos de ese hombre estaban cubiertos por una enredadera azulosa con espinas que parecían penetrar entre su carne sacándole rojas gotas de sangre que se destacaban en medio de ese dibujo atroz, pero cuidadosamente elaborado sobre su piel acanelada.

Completamente desnudo, James se acercó para quitarle la ropa a Lully, lo hizo como en un ritual, sacudiendo y doblando cuidadosamente cada una de sus prendas antes de colocarlas sobre el viejo *chiffonnière* que ocupaba uno de los costados de su habitación.

—*Ya veo por qué su dueña los prefiere a ellos* —anotó irónicamente cuando terminó, dejándole percibir un curioso acento morisco que ella no había escuchado antes.

Lully no tenía intenciones de resistirse, después de todo estaba ahí porque Ferdinando, en quien confiaba, se la había entregado a aquel hombre que, sin más preámbulo, la empujó boca abajo sobre la cama y sin mediar palabra se acomodó sobre ella para poseerla con una extraña combinación de actitudes que se movían aleatoriamente entre un cierto respeto y un grado indefinible de agresividad con que parecía vengarse de todos los de su clase, demostrando de manera hosca el gusto que le producía poseer su hermoso cuerpo.

Amanecía cuando Lully se despertó sintiendo que James la acariciaba de nuevo y ella levantó sus rodillas para envolverle dejándole en libertad de gozarle sin mediar palabra.

—*¿Ha sido de su gusto, señorita Lully?* —le preguntó con velada sorna el mayordomo dirigiéndose a ella con una cortesía completamente fuera de lugar dadas las circunstancias.

—*Muchísimo, James, pero dime, ¿continúo privada de mi libertad?*

—*De ninguna manera, señorita, esas eran mis órdenes.*

En ese momento el intercomunicador sonó sobre la mesa de noche de James que contestó con su

cortesía profesional.

—*Entiendo, señor* —fue lo único que dijo y de inmediato se dirigió a Lully—. *Si lo desea, puede reunirse con su ama, que parece haber bajado para buscarla* —le informó.

Sophie se había despertado junto a sus anfitriones, de inmediato pensó en Lully, y se imaginó que estaría esperándola sola en la habitación de huéspedes de la casa, cuando escuchó a Ferdinando.

—*Ahora tienes algo menos en tu lista de cosas por hacer, ¿qué tal si posas para mí y eliminas otra?*

—*Teníamos planeado irnos hoy.*

—*No, por favor, quédense algunos días más con nosotros.*

—*Está bien, voy a comentarlo con Lully.*

Entonces se levantó y bajó desnuda las escaleras para ir a buscar a su compañera, pero al entrar a la habitación de huéspedes en que se alojaban no la encontró, allí todo estaba tal como lo habían dejado al salir la noche anterior.

Traía una sensación extraña, como si hubiera perdido la virginidad por segunda vez, y una cierta desazón la invadió hasta que un par de minutos después Lully entró, se veía feliz y Sophie notó un brillo desconocido en su mirada.

—*¿En dónde estabas?* —la interrogó.

—*En el sótano, con el mayordomo que me ha encerrado en su habitación y ¡me ha follado como le ha venido en gana!* —le informó tranquilamente Lully tratando exitosamente de que la verdad sonara como una historia fantasiosa.

—*¿James?*

—*¡El mismo!*

—*¿Te ha follado como le ha venido en gana?*

—*¡Salvaje y deliciosamente!*

—*Ya veo...*

—*¿Y tú en dónde has estado?*

—*En la habitación de tus amigos, y la he pasado de maravilla* —le informó vengativa Sophie.

—*¿Me lo vas a contar todo?*

—*Si te portas bien...*

Entonces Lully besó a Sophie como era su costumbre, recorriendo su cuerpo hasta provocarle uno de esos prolongados orgasmos que le hacía alcanzar con su lengua siempre que ella había tenido relaciones sexuales con otro hombre, y al terminar se quedaron abrazadas conversando.

—*Ferdinando quiere que nos quedemos unos días más para que pueda posar para él, pero tenemos reservas para esta noche en el hotel y tiquetes de regreso a París en un vuelo mañana temprano, así que tendrás que cambiarlo todo, querida.*

—*No te preocupes, ¡para mí nada es tan importante como tu placer!* —declaró Lully dándole un beso y mordisqueando los labios de Sophie con morbosa sensualidad.

—*Entonces encárgate de hacer los arreglos.*

—*Estoy segura de que le tomará varios días hacer sus bocetos, al menos, eso fue lo que ocurrió cuando yo posé para él.*

—*Sí, me pidió que nos quedáramos algunos días más.*

—*Voy a mover las reservas cinco días, espero que sean suficientes, ¿te parece bien?*

—*¡Me parece perfecto!*

—*¿Estás dispuesta a ser obediente?*

—*¿A qué te refieres?*

—*A que al posar para Ferdinando debes seguir al pie de la letra sus instrucciones.*

—*Por lo que oigo parece que es muy exigente...*

—*Cuando está dibujando sus bocetos lo es, busca algo y hasta que no lo obtiene no deja de acosarte con sus órdenes.*

—*Haré todo lo que él me pida, solo espero que no te aburras mientras tanto...*

—*Me sería imposible hacerlo estando por ahí Josep y James* —le dejó saber Lully haciendo una danza corta y ridícula, conociendo bien que esa idea haría sentir a Sophie irremediabilmente celosa.

Pasaron el día en compañía de sus anfitriones, desayunaron en el jardín de la villa junto a la piscina, fueron a caminar por la Platja de Sant Sebastià, almorzaron a media tarde en un restaurante que ofrecía una gran variedad de platos mediterráneos en donde se dieron gusto compartiendo una deliciosa mariscada, y después caminaron hasta la Casa Bacardí, pero antes de terminar el día visitaron el Museo de Maricel.

Regresaron a la villa entrada la noche con el deseo de recogerse temprano en sus habitaciones y la mañana siguiente Sophie y Lully desayunaron solas porque sus anfitriones salieron muy temprano hacia la ciudad en busca de materiales, así que se relajaron, tomaron el desayuno junto a la piscina y, como era su costumbre Lully, se encargó de cubrir meticulosamente cada milímetro de la piel de su diosa con protector solar para que tomara el sol completamente desnuda como le gustaba hacerlo.

Las sesiones para elaborar los bocetos de Sophie se hicieron con la luz de la tarde, así que en las mañanas desayunaban solas y salían a dar un paseo por los alrededores, almorzaban frugalmente y en la tarde, cuando Ferdinando se sentía listo para trabajar, recibía a Sophie en su taller mientras que Josep y Lully se instalaban en el estudio para compartir su gusto por los clásicos, pero entrada la noche el ritual del primer día se repetía, se reunían para cenar, pasaban al estudio para tomarse una ratafia y conversaban sobre algún asunto intrascendente mientras que escuchaban algunas canciones escogidas por Lully y, al final, Sophie subía acompañada por sus anfitriones dejando a Lully bajo la custodia de James.

El mayordomo era un hombre extremadamente reservado, pero su actitud se transformaba cuando al desnudarse surgía la imagen aterradora de su cuerpo cubierto por ese gran tatuaje. Más alto y fuerte que Lully, ese hombre le hacía el amor con cierta violencia, pero ella lo disfrutaba inmensamente.

Justo antes del amanecer del último día de su estadía Ferdinando se presentó intempestivamente en la habitación de James y sin pedir permiso para entrar se acomodó junto a la cama para hacer un boceto mientras que el mayordomo tatuado poseía a Lully, y Sophie, que le había seguido sigilosamente, lo vio todo sin que se dieran cuenta de que se encontraba en la puerta de la habitación.

Esa misma mañana, antes de despedirse, Ferdinando les hizo una promesa.

—*Si esta exposición es tan exitosa como fue la que hice la primera vez que posaste para mí, prometo disfrutar con ustedes dos de mis ganancias.*

Y Lully le respondió mirando a Sophie.

—Si tu exposición es tan exitosa como seguramente lo será, no necesitamos que compartas tus ganancias, solo prométenos que harás algunas pinturas en las que estemos juntas y que reflejarás en ellas lo que sentimos la una por la otra.

—Eso sería un gran reto para mí. ¡Qué oscuro y a la vez luminoso que es su amor! —declaró Ferdinando acogiendo la propuesta con entusiasmo.

Entonces, James las llevó en el lujoso coche de la villa hasta la estación del tren, ellas partieron de inmediato hacia Barcelona, y esa misma noche volaron de regreso a París.

Una vez en el apartamento, Sophie le describió a Lully todo lo que había hecho con Ferdinando y Josep, pero contrariamente a lo que siempre ocurría, Lully no sintió el deseo de contarle lo que había ocurrido con el mayordomo de la villa, aunque no pudo ocultarle algunas marcas que dejó sobre su cuerpo.

NYC

Después de que Matizz IBC estableciera una sólida alianza con una de las multinacionales más grandes de la belleza del mundo, su crecimiento superó todas las expectativas.

Ese año, como lo habían planeado, la empresa emitió acciones en las bolsas de París y Nueva York, y ellas recibieron en su patrimonio personal una suma asombrosa por la parte de la propiedad que cedieron a los inversionistas, manteniendo en su poder el treinta y tres por ciento de la compañía, un porcentaje que les garantizaba el derecho a vetar decisiones y les permitía nombrar por su cuenta dos miembros de los siete que integrarían la nueva junta directiva, y sin tener que pensarlo, estuvieron de acuerdo en que esas personas serían Arturo y Juliette.

Desde la presidencia ejecutiva de Matizz IBC Daniel había superado mes tras mes las metas que se habían propuesto, y pasados tres años le había llegado el momento de apartarse para comenzar a ejercer un rol de asesor y retomar los hilos del negocio de su familia reemplazando finalmente a su padre, que habiéndole visto alcanzar tan grandes logros por su propio mérito comprendía que podía cederle las responsabilidades de más alto nivel ejecutivo para quedarse en la presidencia de la junta directiva, y en un acto renovador, Daniel le propuso a su padre reemplazar un antiguo director en edad de retiro por Juliette.

Completamente libres, Sophie y Lully disfrutaban de la vida alejadas del entorno corporativo de sus empresas a las que solo se aproximaban con ocasión de las asambleas de accionistas a las que debían asistir anualmente y los esporádicos viajes de trabajo de Daniel o de Juliette que aprovechaban para enterarse de lo que estaba sucediendo.

Con la pequeña participación que habían conservado en el Grupo Jacobsen Meyer y Asociados, convertido en una poderosa multinacional de inversiones diversificadas que había movido sus oficinas principales a Santiago, además de su posición en Matizz IBC, y habiendo capitalizado la venta de sus acciones de manera tan jugosa, Sophie y Lully no necesitarían trabajar nunca más para llevar una vida sin limitaciones, pero como el idioma había dejado de ser una barrera para Lully, y París un misterio por descubrir, cada día era más claro que necesitaban asumir nuevos retos para sentirse vivas.

Jean Jacques, el extraordinario fotógrafo que preparaba el material para la promoción internacional de la marca y los productos de Matizz IBC, había acosado a Sophie durante un par de años pidiéndole que se convirtiera en la imagen de sus propios productos, una idea que ella siempre había rechazado, pero ahora, lejos de toda actividad corporativa, finalmente tomó la decisión de hacerlo con el apoyo de Lully.

Las extenuantes sesiones de fotografía se llevaron a cabo durante varias semanas en diferentes lugares de París, de la campiña francesa y de la Costa Azul. Por solicitud de Sophie, Ferdinando viajó desde Barcelona para revisar y aprobar el material, y un mes más tarde, después de haber hecho lo que él sugirió, una asombrada junta directiva vio esas imágenes por primera vez.

Podría decirse que las fotografías de Sophie generaron un sentimiento de euforia colectiva, nadie dudaba ni un poquito de que Sophie era la más bella empresaria y ejecutiva que jamás hubiera llegado al mundo de la belleza en París, pero verla en las fotografías de Jean Jacques era sorprendente, porque esas imágenes transmitían de manera inexplicable la sensación de poder que la belleza fresca y a la vez madura de Sophie le proponía a todas las mujeres del mundo, el estado que todas desearían alcanzar y conservar eternamente.

El lanzamiento se hizo en grande y su efecto, como se esperaba, fue asombroso, el teléfono no paraba de sonar y en una reacción rápida para aprovechar la situación y con la ayuda de un bufete de abogados Lully creó Sophie Inc., se tomaron los servicios de un *call center* para atender las llamadas que llegaban desde diferentes lugares del mundo en busca de material, entrevistas o pidiendo la asistencia de Sophie a diferentes eventos y, de repente, ella se convirtió en una celebridad, su cara comenzó a ser recordada por millones de personas y para poder manejar su agitada agenda Lully tuvo que conformar rápidamente un grupo de asistentes políglotas.

De un momento para otro la doctora Sophie Meyer, especialista en cirugía plástica y estética, socia fundadora de Matizz IBC, la marca que sus socios franceses habían decidido mantener y explotar a nivel global, inundaba las primeras páginas de las revistas y sus fotografías se exhibían en los más remotos lugares del mundo anunciando los productos que ella misma había creado.

Vender su imagen y ser reconocida por el público fue, sin duda alguna, el trabajo más extenuante que Sophie hubiera tenido a lo largo de su vida, a diario la acosaban los fotógrafos, la prensa le seguía los pasos y algunos de los más reconocidos programas de televisión quería dar a conocer su historia.

Gracias a eso, los productos de Matizz IBC se posicionaban en los mercados del mundo, Sophie Inc. crecía volviéndose una caja registradora sin descanso y sus vidas un constante trashumar.

Para pasar desapercibidas y moverse con mayor facilidad decidieron trasladarse a New York, compraron un apartamento en el Midtown cerca del Metropolitan Museum y abrieron las oficinas de Sophie Inc. en uno de los últimos pisos de una gran torre a un costado de Columbus Circle, un lugar con una vista fantástica sobre la isla de Manhattan al que podían llegar caminando a diario por los senderos del Central Park.

Sin buscarlo, la imagen de Sophie les abrió las puertas a un mundo desconocido en que aprendieron a moverse para representar hombres y mujeres que la industria publicitaria demandaba, y en un abrir y cerrar de ojos todo eso se convirtió en un emprendimiento tan grande y dinámico como lucrativo.

Un par de años más tarde los esfuerzos de la nueva compañía se concentraban en impulsar un número importante de jóvenes modelos de los más diversos orígenes étnicos que aparecían en campañas publicitarias alrededor del mundo, y ellas, siguiendo una ruta que ya conocían, convirtieron su emprendimiento en una corporación que no necesitara de su recurso más preciado, su propio tiempo.

A los cincuenta y un años a Sophie le llegó la menopausia acompañada por algunas de sus molestias características, subió algunos kilos de peso, que en el concepto de Lully solo lograban hacerla más atractiva, y comenzó a experimentar una cierta disminución de la intensidad de sus impulsos sexuales.

A las dos les fascinaba la gran manzana porque allí no necesitaban tener un coche para moverse y

podían hacerlo utilizando el metro, tomando taxis en la calle o caminando, como el común de la gente, y su vida comenzó a transcurrir entre las juntas de fundaciones humanitarias y ambientalistas a las que daban su apoyo.

Además, la cartelera de espectáculos musicales que ofrecía la ciudad era verdaderamente impresionante y no había semana en que no tuvieran la oportunidad de asistir a nuevas y extraordinarias presentaciones.

Pero en medio de tantas y tantas novedades, había algo que continuaba atormentando a Lully como una obsesión, un nudo que quería resolver, su mayor preocupación.

—*Hay algo sobre lo que no he hablado nunca con nadie, ni siquiera contigo* —le dijo un día a Sophie con una preocupación poco común reflejada en su rostro.

—*¿Me quieres sorprender?* —le respondió Sophie imaginándose que Lully iba a narrarle alguna historia de su invención para jugar un poco con la imaginación, como le gustaba hacerlo.

—*Te voy a sorprender, tengo una hermana.*

—*¿Cómo?*

—*Tengo una hermana menor, se llama Valkiria.*

—*¿Estás bromeando?*

—*Para nada, y no puedo dejar de pensar en ella, lo único que sé es que tiene como doce años menos que yo y vive en India.*

—*Pero si Alicia...*

—*No es hija de mi madre.*

—*¿Cómo lo sabes?*

—*Mi padre me lo contó.*

—*Pensé que no conocías a tu padre.*

—*Hablé con él una vez en Copenhague justo antes de comenzar el último semestre de mi especialización. Solo le vi durante un par de horas, el tiempo suficiente para entender que no me he perdido de nada, pero aquel día, ese personaje al que no quiero llamar padre me contó que tengo una hermana a la que también dejó abandonada a su suerte.*

—*¿Esto es serio, Lully?*

—*Lo es, y yo no he podido dejar de pensar en ella durante todos estos años, he hecho todas las búsquedas posibles por su nombre, pero no encuentro ni el menor rastro de ella ni de su madre en internet, es como si no existieran.*

—*Nadie se esfuma así nada más, Lully.*

—*Es posible, pero la búsqueda no es fácil, India es un país enorme con una población inverosímil en donde conviven diferentes etnias, culturas y religiones, además, allí se hablan diferentes idiomas y eso dificulta la búsqueda.*

Valkiria

El tren avanzaba velozmente repitiendo sin descanso el traqueteo de sus ruedas metálicas contra la carrilera alejándose de todo lo conocido por Valkiria, que acurrucada en el regazo de su madre observaba el paisaje como una película que se proyectaba en la ventana, mientras que convertía en su mente todos esos sonidos y esas imágenes en música, en una pieza desesperada.

Habían salido de la Estación Central en Mumbai al medio día con el propósito de llegar a New Delhi la mañana del día siguiente, y viajaron toda la tarde y una larga noche en la que la pequeña no logró conciliar el sueño ni un solo minuto.

Eran demasiados cambios para ella, que se sentía perdida en medio de todo lo que estaba ocurriendo, y se aferraba a Mandira sabiendo que lo que estaba dejando atrás le iba hacer falta para siempre, especialmente sus amigos de la fundación musical en que había aprendido a tocar el violín $\frac{1}{2}$ que le había regalado su abuelo al cumplir los cuatro años.

Al llegar a la casa de sus padres en Hauz Khas Village, Mandira se dedicó por completo a acompañar a su madre enferma, y lo hizo cada minuto durante los meses siguientes hasta que perdió la batalla contra la enfermedad.

Tras el funeral, Mandira asumió el control de la casa familiar en Deer Park, el lugar en donde sus padres se había establecido muchos años antes de que se convirtiera en uno de los barrios de moda de la ciudad.

En este nuevo entorno y bajo la tutela de su abuelo, un hombre polifacético que dirigía la Escuela de Música y dictaba clases particulares de violín solo para alumnos especialmente talentosos, Valkiria comenzó sus estudios sorprendiendo a todos al desarrollar grandes habilidades musicales e interpretativas para su corta edad.

Valkiria era una chica espigada con un color de piel más claro que el de su madre, tanto como para que la gente la observara con esa curiosidad descarada e ingenua con que los pobladores acosan a los extranjeros, no obstante, su infancia transcurrió felizmente entre la casa de Deer Park, el colegio y la Escuela de Música.

Al terminar la secundaria Valkiria decidió adelantar estudios para optar al título de Bachelor of Arts en la Universidad de New Delhi, y solo hasta ese momento de su vida comenzó a moverse por fuera de su entorno seguro y entendió que la vida cotidiana podía llegar a ser complicada para una mujer joven en Delhi, y casi intolerable si valoraba su libertad y su autonomía por encima de todo, en medio de una cultura que trataba de imponerle reglas que le parecían absurdas.

Pero Valkiria poseía una férrea voluntad, así que terminó exitosamente sus estudios sin llegar a considerar que casarse era su única opción, como se lo repetían a diario algunos de sus parientes.

Hastada de la vida en Delhi aplicó y fue aceptada en la Shymphony Orchesta of India de Mumbai, así que quince años después de su partida regresó para establecerse en su ciudad natal convertida en

una talentosa violinista y se sintió cómoda, porque allí se hablaba el idioma en que funcionaba su pensamiento, el maratí.

En Mumbai se pasaron los años en una rutina que Valkiria solo lograba sobrellevar gracias a los retos que se imponía con el violín, hasta que un día la orquesta salió de gira por el mundo e hizo su última presentación en el Lincoln Center de New York. Esa noche, durante la atención protocolaria que les ofrecieron sus colegas de la Orquesta Filarmónica de Nueva York, ella recibió del director una propuesta inesperada para acompañarlos durante la primavera y el verano.

Valkiria regresó emocionada a New Delhi para contar a su madre y a su abuelo sobre aquella oferta y después de recibir su consentimiento la aceptó y volvió a Nueva York a mediados del mes de marzo, sintiéndose feliz y liberada al alejarse de ese entorno tan agobiante para una mujer joven, independiente y con un aspecto occidental.

En New York tuvo que defender su posición frente a compañeros talentosos y no le ayudaba mucho ser un poco reservada con sus grandes habilidades, hasta que una noche, cuando los demás músicos se habían marchado, el director la escuchó haciendo una interpretación de gran complejidad y se acercó sin que ella lo notara para observarla.

Valkiria interpretaba con los ojos cerrados la *Danza de los duendes* de Antonio Bazzini imaginándose que viajaba sentada en el regazo de su madre en aquel tren que las llevó de Mumbai a New Delhi a través de la noche en que dejaba atrás todo lo que hasta ese momento conocía.

Perplejo por esa interpretación, el director pudo confirmar que no se había equivocado al escogerla, porque, sin lugar a dudas, las capacidades de esa joven eran extraordinarias.

Lully tenía la costumbre de visitar todos los miércoles la página web de la orquesta para revisar las novedades del programa y ese día, de manera inusual, revisó el contenido con mayor detalle leyendo uno por uno los nombres y los perfiles de los músicos y, de pronto, el mundo se detuvo ante sus ojos al ver entre los violines el nombre de Valkiria Chauhan, de Mumbai.

Ansiosa, consiguió boletos para la primera función del verano y reservó un par de sillas en la primera fila del David Geffen Hall.

Esa noche, cuando los músicos hicieron silencio al terminar la breve algarabía de sus últimas afinaciones, Lully observaba sin parpadear a esa joven que sentada a pocos metros de distancia tenía su mirada puesta en el director con esos grandes ojos grises tan parecidos a los suyos.

Lully escuchó con devoción la impecable interpretación de Valkiria y al terminar el concierto se despidió de Sophie para ir en busca de ella y resolver de una buena vez el asunto que le había atormentado por tanto tiempo.

—*¿Qué vas a hacer?* —le preguntó Sophie.

—*No lo sé... el amor vencerá* —afirmó Lully antes de estamparle un beso fugaz en la boca y dar vuelta para dirigirse hacia la puerta de los músicos en donde esperó pacientemente hasta que la vio salir acompañada por algunos de sus compañeros.

Era una noche tibia a comienzos del verano y Valkiria lucía una falda que le llegaba algunos centímetros por encima de las rodillas y una cómoda blusa blanca sin mangas que dejaba al descubierto sus hombros, dejando entrever el delicado encaje de su sujetador, podría decirse que vestía con una sensualidad discreta, como le gustaría hacerlo siempre, si eso fuera posible en la cálida Mumbai en

donde no podría ni soñar con arreglarse de esa forma, porque caminar o tomar el transporte público con una vestimenta como esa le haría correr riesgos y hasta en su círculo más cercano sentiría la mirada de personas conocidas que la juzgarían mal por ello.

Lo más impactante para Valkiria era sentir que allí en New York, vestida así, pasaba completamente desapercibida, salvo, porque por costumbre llevaba sobre sus hombros una colorida *pashmina* que le daba un toque especial.

Viéndola dudar momentáneamente al despedirse de sus acompañantes sobre qué dirección tomar y sin perder tiempo, Lully se le acercó y la llamó por su nombre.

—¿Valkiria?

La joven giró sobre sus pies para mirarle y la reconoció como una de las mujeres que habían asistido al concierto desde la primera fila.

—*Buenas noches, ¿le ha gustado el concierto?* —le preguntó amablemente.

—*Me ha fascinado, estoy segura de que no es fácil escuchar una mejor interpretación de Brahms.*

—*Gracias por sus elogios, realmente nos esforzamos mucho...*

—*Todos se esfuerzan mucho, pero tú no necesitas hacerlo tanto, tienes un gran talento* —opinó Lully educada para percibir hasta el más mínimo detalle de las interpretaciones de sus conciertos favoritos.

—*Gracias, ¡necesitaba oír eso esta noche!*

—*¿Puedo invitarte a tomar un café?*

—*No acostumbro...* —comenzó a decir Valkiria, pero al notar el color de los ojos de Lully, tan parecidos a los suyos, tomó inesperadamente la decisión de aceptar su invitación—. *Tal vez un té, gracias* —convino sin comprender por qué, de pronto, le interesaba conocer a esa mujer.

Caminaron juntas hasta el David Geffen Hall Café para sentarse en una mesa junto al enorme ventanal y una vez allí se miraron en silencio como si estuvieran esperando una explicación.

—*¿Quién eres?* —le preguntó Valkiria al fin, interrumpiendo el silencio y presintiendo que su respuesta le cambiaría la vida.

—*Me llamo Lully, Lully Jacobsen* —le informó ella con los ojos brillantes por la emoción.

A Valkiria le latió con fuerza el corazón en el pecho, porque, aunque llevaba orgullosamente el apellido de su abuelo, para ella nunca había sido un misterio el nombre de su padre, ese desconocido.

—*¿Jacobsen?* —le preguntó para estar segura de lo que había escuchado.

—*Sí, Jacobsen.*

Entonces, valiéndose de la información que le había dado Ulrik, Lully trató de explicarle atropelladamente las razones por las cuales estaba convencida de que ellas dos eran hermanas.

—*Si estoy en lo cierto, tu madre se llama Mandira y conoció a nuestro padre en Mumbai, el lugar en que naciste. Sé que tu abuelo es músico y que fue el quien te regaló tu primer violín a los cuatro años. Y también sé que cuando tenías seis años viajaste con tu madre desde Mumbai hasta New Delhi porque tu abuela estaba enferma.*

—*¿Cómo sabes todas esas cosas?* —le preguntó Valkiria abriendo sus ojos sorprendida, con una actitud automática que también era muy característica en Lully.

—*Todo eso me lo contó nuestro padre, un marinero egoísta y solitario llamado Ulrik Jacobsen a quien encontré vegetando hace casi veinte años en Copenhague.*

—*No lo puedo creer...* —balbuceó Valkiria mirando a Lully con una expresión de asombro que no la abandonó durante el resto de ese encuentro en el que aprovecharon cada minuto para contarse algunos de los sucesos más importantes de sus vidas.

Después de ese extraordinario momento las dos continuaron viéndose frecuentemente, Lully se la presentó a Sophie, que la acogió de inmediato, y sin esfuerzo surgió entre ellas una amorosa confianza, y entonces Valkiria se acomodó felizmente en su condición de hermana menor.

Como Valkiria no parecía percibir nada especial, pasados un par de meses, Lully decidió contarle su secreto, necesitaba conocer la reacción de su hermana antes de terminar de abrirle completamente su corazón y para eso la invitó a cenar.

—*Hoy te siento un poco misteriosa, Lully.*

—*¿No te gustan los misterios?*

—*Eso depende, ¿está bien Sophie?*

—*Está perfectamente, a ella le encanta recibir huéspedes en el apartamento y desde ayer están con nosotros unos amigos de Barcelona.*

—*¿Me vas a contar de qué se trata?* —insistió ella.

—*¿Desde que me conociste has notado algo especial en mí, Val?*

—*Muchas cosas, Lully.*

—*¿En especial?*

—*En especial... que tienes unos grandes ojos grises, que extrañamente son los mismos por los que la gente se me acercaba para mirarme como si yo fuera un bicho raro en Delhi* —le contó riéndose de sí misma.

—*¿Te miraban en la calle?*

—*En la calle, en el bus, en el colegio, en la universidad, en la Escuela de Música, en la orquesta y en todas partes, tanto que algunos llegaban a pedirme permiso para tomarse fotografías conmigo y me colmaban la paciencia hasta que los espantaba insultándolos en hindi o en maratí para que comprendieran que yo también era india.*

—*Vaya, ¡si no te conociera pensaría que estás un poco paranoica!* —se burló Lully.

—*Nunca llegas a acostumbrarme a algo como eso... era verdaderamente fastidioso.*

—*De alguna manera te entiendo.*

—*No creo que puedas hacerlo, ni te lo imaginas.*

—*Bueno, pues imagínate que yo he estado sometida a situaciones parecidas.*

—*¿A ti también te ocurría que la gente te miraba como un bicho raro?*

—*Aunque no lo creas, sí, me pasó durante mucho tiempo, y por eso estamos aquí esta noche, porque quiero contarte algo importante que aún no conoces.*

—*Vaya, ¿tienes secretos?* —comentó intrigada Valkiria.

—*Val, quería contarte que yo no soy biológicamente una mujer.*

—*Claro, y que yo soy de Marte.*

—*Eso ya lo sé, Val, pero es en serio, me ves como una mujer, pero soy biológicamente un hombre, una mujer transgénero.*

—*¿Qué?*

—*¡Eso, simplemente eso!*

—*Y Sophie es otro chico, claro...*

—*No, Val, Sophie no es un chico.*

—*¿Quieres decirme que tengo un hermano y no una hermana?*

—*Eso es Val, digamos que lo has entendido.*

—*¿Cómo puede ser eso posible sin que yo lo haya notado?*

—*Tal vez porque me he pasado toda la vida preparándome para que nadie lo note.*

Valkiria recordó que el año anterior el Gobierno de su país había presentado una ley sobre inclusión para personas con cambios en su identidad de género buscando hacer de ellos miembros productivos de la sociedad e intentando mitigar la discriminación y el abuso contra esa comunidad estigmatizada, y que por esos días el Tribunal Supremo acababa de reconocer en India un tercer género.

Y pensó también en las discusiones que había sostenido con su abuelo sobre este asunto, conversaciones que Mandira observaba en silencio sin pronunciarse en ningún sentido, pero con evidente admiración por el pensamiento libre de su hija que claramente chocaba con la cultura tradicional en la que había nacido y crecido.

—*¿Y Sophie qué piensa de esto?* —le preguntó intrigada.

—*Como te imaginarás, ella lo supo desde el primer momento, y es la persona que más me ha ayudado a lidiar con todo este asunto.*

—*Yo estaba convencida de que ustedes eran dos...*

—*¿Lesbianas?*

—*Sí, eso.*

—*Pues es como si lo fuéramos* —afirmó Lully riendo.

—*Lully, debo decir que francamente no logro imaginarme que tú pudieras ser un hombre, una hija, pero como sea, eso no me importa, para mí tú eres y seguirás siendo siempre mi hermana* —le confirmó Valkiria sin inmutarse.

Lully miró a los ojos a su hermana menor y se sintió más feliz y afortunada que nunca por haberle encontrado. «¿Qué más podría pedirle a la vida?», pensó y la besó afectuosamente en la frente.

Se acercaba la fecha de terminación de su contrato y un día en que Valkiria pensaba con nostalgia en su partida, le llamaron de la oficina de administración para entregarle una comunicación felicitándola por su excelente desempeño en la temporada de verano y ofreciéndole un contrato para vincularse de manera permanente a la orquesta, un logro extraordinario que Sophie y Lully se encargaron de celebrar debidamente antes de su partida hacia Delhi, y cuando regresó algunas semanas más tarde para iniciar su nuevo contrato con la filarmónica, la acogieron en su apartamento.

Sentir la presencia de su hermana llenó un gran vacío y le permitió a Lully sanar definitivamente la herida que le había causado aquel encuentro con su padre.

Un par de meses después de su regreso de India, Lully le pidió a Valkiria que la acompañara a conocer un piso en West Village.

—*Este apartamento es bonito y cómodo, ¿acaso estás pensando en mudarte?* —le preguntó ella sin entender la razón de su visita a ese lugar.

—Cuando me lo ofrecieron pensé que era apropiado para ti, aquí podrías vivir con independencia y, además, tiene el espacio suficiente para que puedan venir a visitarte tu madre y tu abuelo, a quienes, de paso, me encantaría conocer.

—Podrá ser cómodo y bonito, pero yo no podría pagarlo ni en un millón de años.

—Y no tendrás que hacerlo, Val, solo debes firmar algunos papeles.

El amor y la generosidad de Lully eran tan grandes que Valkiria no se resistió a sentirse amada y protegida, ella simplemente aceptó lo que Lully le estaba dando y la abrazó.

—¿En dónde has estado metida durante todos estos años en los que me he sentido tan sola en cada Raksha Bandhan?

El brindis

Debido a la desbordada actividad de sus emprendimientos Sophie no había podido celebrar debidamente los cincuenta años a Lully y decidió festejarle su cumpleaños número cincuenta y tres procurando que ninguna de las personas importantes en su vida estuviera ausente. Una intensa actividad fue necesaria para contactarlos a todos y hacer los arreglos necesarios para reunirlos durante algunos días en New York con la sencillez que caracterizaba las cosas que ellas siempre hacían.

Para comenzar les dieron la bienvenida con un almuerzo campal en el Central Park un sábado a principios del verano. Cualquier transeúnte desapercibido podría haber pensado que se trataba de una típica reunión familiar, pero cada detalle había sido planeado con el mayor cuidado para que se sintieran cómodos alrededor de una gran mesa atendida por un grupo de jóvenes con vestimenta casual.

Un cocinero y un sumiller se encargaron del menú y del vino apoyados discretamente por la logística de uno de los más reconocidos restaurantes de la ciudad.

Todos estaban allí, Alicia acompañada por Berenice, de quien ahora no se desprendía nunca, la tía Sara sonriente junto a su hija Carolina, tan cercana a Lully, quien por esos días se estrenaba como gerente general de Sophie Inc., y sus hermanas Margarita y Lucía, cuyos esposos no habían podido o no habían querido asistir.

Daniel, el amante secreto de Sophie, que cuidaba felizmente de su inquieto hijo al lado de su bellísima esposa Elizabeth, que parecía feliz en el sexto mes de su segundo embarazo.

Juliette y Silvia, que conversaban alegremente con todos sin ocultar la felicidad que les producía el simple hecho de estar juntas.

Adele, algo envejecida, con la nana de Sophie, encantada de acompañar a su hija en la celebración del cumpleaños de su pareja a quien había terminado por aceptar completamente, aunque contrariada por la inevitable presencia de Franz.

Ferdinando, con su mirada escrutadora, acompañado por Josep, tan encantadores y amistosos como interesados en conocer a los familiares y amigos de sus queridas anfitrionas.

Ariana, la gran amiga de Sophie, algo tímida entre tantos desconocidos, pero atractiva, aun después de su reciente divorcio de un mal marido que le había arruinado la vida por más de veinte años.

Marcelo, el hermano de Juliette, junto a Jacques, su novio, y Jean Jacques, el genial fotógrafo que había llevado a Sophie a la fama, que puso de inmediato sus ojos en Ariana sentándose a su lado para descubrir que ella hablaba fluidamente en francés con un encantador acento quebequense.

No podía faltar Arturo con su cabello plateado, un patriarca que se desempeñaba en remplazo de Sophie como miembro de la junta directiva de Matizz IBC después de haber pasado varios años en el cargo de vicepresidente de Logística Internacional de la compañía desde donde se encargaba de que todas las materias primas estuvieran disponibles en la cantidad y con la calidad que las maquilas la

requerían, y que los productos terminados empacados en la planta del Callao llegaran a sus clientes en los lugares más remotos del mundo, orquestando la producción con los inventarios, los contratos de transporte, las relaciones con las compañías aseguradoras y los agentes de aduanas, él se había convertido en poco tiempo en una figura imprescindible para la compañía e intocable para los socios franceses. A sus sesenta y ocho años Arturo parecía otro hombre y los ojos le brillaban mientras que conversaba animadamente con Alicia, que se mostraba evidentemente halagada por su trato afectuoso.

Muy sorprendida con todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor y sentada al lado de Lully se encontraba Valkiria envuelta en un hermosísimo *saree*, serena y tímida, pero brillando en medio de la celebración como un diamante.

Y para completar, en el centro de todo estaba Sophie, arreglada discretamente, aunque sin poder disimular la extraordinaria belleza y sensualidad que llevaba intacta a sus cincuenta y un años.

Después de observar a todos y cada uno de los invitados, Lully se levantó tintineando en su copa y les llamó la atención.

—*Frente a todos ustedes, familia, amigos, amantes y ángeles, quiero hacer un brindis* —dijo y todos los presentes se rieron de buena gana—. *Es mi cumpleaños y deseo que hoy celebremos por la tormentosa y a la vez maravillosa vida que me ha correspondido, y especialmente por el amor que hoy nos tiene aquí reunidos. Que brindemos por la búsqueda que algunos hemos tenido que librar para descubrir nuestra verdad, la que tanto nos ha hecho sufrir, pero, a cambio, nos lo ha dado todo* —declaró con su inconfundible timbre de voz y continuó—. *Y por los regalos que no cesa de traerme la vida* —afirmó mirando a Valkiria, que hizo para ella su más amorosa sonrisa, y a Arturo, que le respondió con una señal de su dedo índice apuntando hacia el cielo—. *Brindo por el amor paciente y protector de mi madre y por todos y cada uno de ustedes, porque sin su presencia en mi vida tal vez nunca hubiera llegado a este momento en que, contra todo pronóstico, me encuentro sana y salva para alcanzar tan avanzada edad* —bromeó con su característico humor negro y todos volvieron reírse sin entender la verdad oculta detrás de esas palabras, aplaudieron efusivamente e hicieron silencio para permitirle continuar mientras que ella, dando un paso atrás, recorría a Sophie con una mirada llena de admiración, desde el lazo de oro que brillaba en su tobillo izquierdo, hasta sus profundos ojos azules—. *Pero sobre todas las cosas, hoy deseo brindar por la fortuna de haber vivido todos estos años junto a Sophie, el amor de mi vida, la aventura más grande que jamás me hubiera podido imaginar, la diosa capaz de distinguir los puntos luminosos que flotan sobre mi negro océano.* —Y después de una breve pausa pasó su mirada sobre Alicia y Berenice—. *Y por los ausentes, por mi amiga Veruska que con su maravilloso sentido de aceptación de sí misma me ayudó a entender mi propio camino, a quien después de haber partido en profunda soledad le recuerdo con agradecimiento, y por el hermano Miguel Aguirre, aquel extraordinario ser humano que me enseñó casi todo lo que conozco sobre la música.* —Y como si estuviera olvidándolo, declaró para terminar—. *Ah... y también por mi padre, ese desconocido que siguiendo su propio destino nunca estuvo presente, aunque le correspondía, porque su total ausencia dejó en mi vida una huella profunda, la impronta que me diferencia y me hace ser quien soy.*

Los asistentes se quedaron en silencio asimilando el contenido de sus palabras hasta que Arturo se levantó para aplaudir y en medio del alborozo general todos se fueron acercando para felicitarla por su cumpleaños mientras que Valkiria y Sophie se reían repartiendo abrazos y besos.

Antes de dar por terminada la celebración con una cena a orillas del río Hudson en un lugar desde donde se podía apreciar la imponente ciudad de Nueva York iluminada, todos los invitados asistieron a una función especial de la Orquesta Filarmónica que interpretó para ellos el poema sinfónico *Also Sprach Zarathustra* Op. 30 de Richard Strauss.

Índice

<u>Ocaso</u>	<u>7</u>
<u>Encuentro</u>	<u>11</u>
<u>La playa</u>	<u>19</u>
<u>Sophie</u>	<u>25</u>
<u>Medicina</u>	<u>33</u>
<u>Víctor</u>	<u>41</u>
<u>Lukas</u>	<u>59</u>
<u>Veruska</u>	<u>65</u>
<u>El hermano Miguel</u>	<u>77</u>
<u>El pintor</u>	<u>83</u>
<u>Travesti</u>	<u>89</u>
<u>La calle</u>	<u>97</u>
<u>Rebecca</u>	<u>101</u>
<u>Despedidas</u>	<u>109</u>
<u>Londres</u>	<u>113</u>
<u>Inexorable destino</u>	<u>129</u>
<u>Libro abierto</u>	<u>135</u>
<u>Vida de pareja</u>	<u>145</u>
<u>Sumisión</u>	<u>153</u>
<u>Daniel</u>	<u>159</u>
<u>Halo de superioridad</u>	<u>171</u>
<u>Complicidad</u>	<u>179</u>
<u>Ángel y esclavo</u>	<u>187</u>
<u>Invitado a cenar</u>	<u>193</u>
<u>El viaje</u>	<u>205</u>
<u>Ménage à trois</u>	<u>215</u>
<u>Negocios</u>	<u>231</u>
<u>Feminización</u>	<u>239</u>
<u>Año Nuevo</u>	<u>245</u>
<u>Punta del Este</u>	<u>249</u>
<u>Matizz IBC</u>	<u>261</u>

[Regreso 275](#)

[Celos 281](#)

[Ausencia 299](#)

[Reencuentro 319](#)

[Juliette 323](#)

[París 337](#)

[Alain 343](#)

[Barcelona 349](#)

[NYC 365](#)

[Valkiria 371](#)

[El brindis 381](#)